AL MARGEN DE LA CIENCIA

Nº .....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"

— DE —

COMPOSTELA

Donante Sr Ramón Guerrero

de Buenos Aires

A 2258

JOSÉ INGEGNIEROS

Al margen de la Ciencia





BUENOS AIRES

J. LAJOUANE Y C.ª, EDITORES

1908

SUMARIO

	Página
EXORDIO	9
Elogio de la Risa	11
El Ocaso de una gloria	29
La exégesis de Dante	41
Los amantes sublimes	53
La enfermedad de amar	69
Las manos de Eleonora Duse	79
Una hora de emoción	87
Un cónclave de psicólogos	99
La Justicia de Bertoldo	133
La Vanidad Criminal	149
Una temporada lírica de Mascagni	169
El Arte Moderno	183
La Roma Imperial	201
Jesús y Federico	235
El vagabundo ilustre	245
La morfina de España	251
El impuesto del mar	259
Las razas inferiores	267
El Imperialismo	285
Los estudios médicos en Berlín	299
La escuela de la Felicidad	309
Una conferencia en la Sorbona	319
Sobre psicología musical	331
Amigos y Maestros	341
Los fanáticos del ateísmo	365
Las fatigas de un huelguista	381
Un día de elecciones en París	391
El señor Cero-á-la-izquierda	403
DOS DISCURSOS	
Plus Ultra	417
Volviendo al terruño	423

CRÓNICAS DE VIAJE

(1905—1906)

EXORDIO

Para descansar de mis estudios científicos habituales he distraído el espíritu en estas crónicas y comentarios, traduciendo impresiones recogidas durante dos años de estadía en el viejo mundo. Las más aparecieron en «La Nación», de Buenos Aires, y algunas en el libro «Italia».

Poco sensible á los halagos de la vanidad intelectual, acaso en fuerza de sanciones prematuras, creo necesario justificar la publicación de un libro en este medio que no prodiga estímulos á las tareas del espíritu. La recompensa del escritor es subjetiva, íntima: «intender non la può chi non la prova» (Dante, Vita nuova, XXVI).

Alguna vez, encorvado sobre el ocular de un microscopio para sorprender el misterio de los infinitamente pequeños, creí descubrir en la energética de los microbios un símbolo de nuestra propia vida.

Sobre la gelatina pálida de los cultivos experimentales una esfumada mancha roja advertía la soñolienta incubación de cierta colonia microbiana. Inerte, bajo el microscopio, parecía dormir el letargo de una existencia inútil.

De pronto un rayo de luz incidió la superficie de la pálida gelatina; la mancha roja se puso en movimiento, animada por vitalidades generosas y fecundas, como si en la materia dócil hubiese penetrado la plenitud vigorosa de energías nuevas.

Pensé, entonces, que el trabajo intelectual merece cultivarse con amor, aun en países que cifran su grandeza en la agricultura y la ganadería. La inteligencia es el rayo de luz que fecunda esotra pequeña mancha roja, de microbios también ella, que es la humanidad...

ELOGIO DE LA RISA

Chinon, 1905.

Imaginaos un cielo meridiano en Andalucía, un patio empavesado con la chillona locura de todas las flores, una fresca moza llena de gracia y de calor, con la púrpura de tres claveles sobre la sien y la cadera temblorosa de sensualidad al ritmo de una seguidilla coreada por voces primaverales: una tela de Sorolla. Parece reír en ella, omnímoda, la salud de la naturaleza, como si la luz del cielo, el color del cuadro, el frescor de la moza, el desgaire de los claveles y la emoción de la cadera se conjugaran en una apoteosis de vida y de esperanza.

Otro cuadro. Una plazoleta desierta y blanqueada por la nieve bajo un palio de plúmbeas nubes macizas, una iglesia pobre y un muro limitando el breve horizonte, pocos árboles cuyas ramas escasas parecen dedos de manos mendicantes abiertas sobre el cielo gris, una muda silueta arrastrando pasos inseguros sobre la alfombra algodonosa y, más allá, el cadáver de un gorrión á medio sepultar entre los copos fríos. Es un invierno de Sisley. Todo él sugiere un triste agonizar de la naturaleza: el blancor de la nevada bajo el cielo opaco, la melancolía del muro en ruinas, la telaraña del ramaje sin frondas, el mutismo solitario, los pasos inciertos del anciano y el gorjeo apagado en el

cadáver parecen exponentes del agotamiento y la desventura.

Hay alegrías y tristezas en los paisajes, hay quejumbres y risas en todo lo que vive y existe, como si en cada colina, bosque, arroyo, corola ó mariposa palpitara una partícula del alma universal, infinita. Hay paisajes sanos y enfermos, equilibrados y neurasténicos, jóvenes y viejos; en algunos sobra la vida, en otros languidece. La salud de los paisajes tiene fisonomía especial: sonrisa y alegría; los de naturaleza moribunda parecen muecas de envidia, de angustia, de pena.

El Sorolla risueño significa para todos lo mismo: juventud y fecundidad. El triste Sisley parece un símbolo de achacosa decrepitud.

Lo mismo que en los paisajes, en la vida humana la alegría y la tristeza corresponden á estados opuestos de salud mental y física. Bien lo presumió Stendhal: una disertación sobre la risa debe escribirse en estilo anatómico más bien que académico.

Un instinto misterioso y previsor nos da la sensación del placer cuando se produce una intensificación de la personalidad. Nos place todo lo que nos aumenta, completa ó mejora: nos duele todo lo que amengua, dificulta ó restringe la expansión individual. Ese placer y ese dolor, si son duraderos, se traducen por estados de alegría ó de tristeza; si transitorios, estallan en risa ó en llanto. Fácil es comprender que la alegría y la risa concuerdan con los fenómenos fisiológicos más propicios al bienestar y á la evolución del individuo ó de la especie.

En el hombre, como en la tela de Sorolla, ale-

gría es sinónimo de salud. Los higienistas reconocen, unánimes, que la risa es saludable y los fisiólogos enseñan que es privilegio de organismos cuyas funciones están equilibradas; los psicólogos podrían agregar, sin vacilaciones, que la felicidad suele ser patrimonio de los hombres que saben reír.

Todos los encomiastas de la risa, desde Rabelais hasta Anatole France, loaron sus virtudes sanitarias: ella expulsa el humor negro, elimina la bilis y desopila el bazo, presuntos autores ó cómplices de la tristeza. Algunos moralistas solemnes y funerarios han osado considerarla incompatible con cierta estética é intolerable para cierta moral, mas nunca permitiéronse desconocerla como legítima florescencia de la salud. D'Alembert, comentando la alegría chacotona del populacho, escribió con razón á su rey: «Yo también reiría como él si me fuese posible digerir y dormir mejor».

Prescindimos aquí de las risas patológicas, producidas por una enfermedad orgánica ó por un desequilibrio mental; son ajenas á estas reglas y se estudian en los libros de medicina. Para los demás casos podríamos ensanchar la fórmula, según lo quiere Dugas, y darla definitiva: la risa expresa cierto eretismo ó plenitud vital que suele corresponder á la buena salud.

Los psicólogos llaman "euforia" al bienestar subjetivo constituido por la conciencia de ese eretismo ó plenitud vital; la euforia mantiene al hombre en "estado de alegría" y en "inminencia de risa." Nos conviene hacer y fijar esa distinción entre el fenómeno permanente y el accidental, entre el "temperamento alegre" y el simple "acceso de risa." Para establecer su correlación exacta, diremos que el pri-

mero corresponde al organismo habitualmente sano y el segundo á los momentos de bienestar.

Dentro de la salud existe una gama de tonos infinitos: el Hércules Farnesio y la Diana de Falguières, el Perseo de Benvenuto y la Venus Medicea, el Pensador de Rodin y la Tanagra de Gérôme. Hay también risas y risas, distintas todas dentro de la fundamental unidad de su expresión. Algunas abiertas y sonoras como cascabelear de castañuelas; otras discretas como el elogio de un rival; penetrantes como la mirada de una amante celosa; heladas como las felicitaciones amargas de los fracasados; cálidas y expresivas como la palabra alentadora de un satisfecho. Las hay mudas y reveladoras, respetuosas y confidenciales, inflexibles y tolerantes, fugaces y definitivas, aterciopeladas y violentas. Algunas son parciales, relativas ó convencionales; otras son irresolutas, reservadas é incompletas. Hay también risas enfermas: imitativas, grotescas, felinas, el rictus, la risa loca, la risa doliente, la alucinatoria, la delirante, las risas histéricas y otras que preferimos olvidar.

Pero la risa-arquetipo, la ubérrima, la que interpreta la más sintética acepción del vocablo, expresa simultáneamente la máxima intensidad y amplitud de vida, resume el ejercicio del mayor número de funciones físicas y mentales elevadas á su más alto nivel. No olvidemos que organismo y espíritu son dos aspectos de una misma realidad; el alma es la representación de todas las funciones orgánicas. Antes se la creyó el privilegio de una incorpórea entidad acoplada á la carne triste; después se consideró á las facultades del espíritu como funciones

del cerebro, segregando éste ideas como bilis el hígado; hoy se sabe que la actividad psíquica es la resultante de todas las actividades orgánicas percibidas y reflejadas por los centros nerviosos: las funciones elementales del protoplasma—la sensibilidad y el movimiento — contienen ya los gérmenes de las más complicadas funciones del espíritu humano. Y el clásico adagio "mens sana in corpore sano" podemos glosarlo así: "espíritu alegre en cuerpo alegre". Un organismo sano es la substructura indispensable para un espíritu jovial, activo, generoso, optimista; un organismo enfermizo es el fatal incubador de la tristura, la pereza, la envidia, el pesimismo. Ante la ciencia, la alegría y la risa devienen simples epifenómenos subordinados á contingencias materiales. La psicología biológica ha suprimido el problema dualista: un estado de alma es un estado de cuerpo.

Se es triste ó alegre como se es anémico ó pletórico, famélico ó inapetente, ágil ó torpe, bilioso ó linfático. Una alimentación abundante ó pobre, una higiene satisfactoria ó deficiente, un empleo cómodo ó fatigador, un riñón sano ó calculoso, una piel coriácea ó permeable, hacen al hombre alegre ó triste, truecan el temperamento jovial en sombrío. Así también, accidentalmente, una copa de champaña, una buena compañía, una fugaz jaqueca, una digestión fácil, un paseo prolongado, una fatiga de amor ó una hora de estudio, son factores que obstan ó favorecen el acceso de risa, en proporción y circunstancias variables para cada individuo.

Al estudiar la expresión de las emociones suele definirse la risa como el conjunto de movimientos fisionómicos que exteriorizan una emoción de placer. Para los fisiólogos consiste en breves sacudidas respiratorias que se suceden rápidamente á través de las cuerdas vocales reunidas ó separadas, produciendo sonidos altos, claros é inarticulados, quedando flojo el velo del paladar: la boca está generalmente abierta y contraídos de manera característica los músculos de la cara.

Los psicólogos, en cambio, han procurado establecer las condiciones de actividad mental que determinan la risa; no han conseguido, sin embargo, ponerse de acuerdo sobre tan escabroso tema de meditación.

Sólo han concordado en reconocer que la risa es un fenómeno exclusivamente humano, verdad admitida mucho tiempo ha. Voltaire amplió la frase de Rabelais: «reír es lo propio del hombre», en términos muy repetidos: «Los animales no ríen de placer aunque lloran de tristeza. El ciervo puede verter un humor de sus ojos, cuando se ve acosado; el perro también, cuando se le diseca vivo. Pero ellos no lloran la pérdida de sus amigos, como hacemos nosotros; ellos no estallan de risa, como nosotros, en presencia de un objeto cómico. El hombre es el único animal que sabe reír y llorar». Otros filósofos hicieron innumerables incursiones en este campo; y á fe que el tema es tentador. Pero la ciencia ha separado toda la hojarasca filosófica, buscando en estudios objetivos y experimentales una interpretación de la risa, ya sea en el orden fisiológico ó en el psicológico. En ambos sentidos la mies ha sido abundante y fecunda la cosecha.

Spencer cree que no basta resumir en ingeniosas doctrinas algunas condiciones psicológicas de la risa para explicar los movimientos mímicos que suelen acompañarla. ¿Por qué se contraen de cierta manera los músculos de la cara, así como los del pecho y del abdomen, cuando sentimos un placer intenso ó cuando nos choca un contraste inesperado? Esa respuesta debe inquirirse en la fisiología.

La otra tendencia, puramente psicológica, considera secundarios los fenómenos mímicos; lo esencial es, para ella, el engranaje mental que pone en juego esos resortes mecánicos de la expresión.

En suma la fisiología nos lleva á estudiar la risa-mueca y la psicología nos induce á analizar la risa-intención. En un extremo encontramos la mímica de la emoción de placer y en el otro el elemento intelectual de la risa.

Ambas concepciones, lejos de oponerse, parecen complementarse. Ello resultará más evidente si consideramos los diversos factores que pueden entrar en la composición de la risa.

Error de los filósofos y sabios que formulan «una» definición de la risa es el no advertir que ella asume «varias» formas fundamentalmente distintas. Bastaría, empero, comparar las dos risas más clásicas de la pintura universal: el transparente sonreír de «Monna Lisa» y la carcajada fofa de «El Idiota», en las insuperadas creaciones de Leonardo y de Velázquez.

Aquí sonrisa á la sordina; de su boca brota como la vena frágil de una Castalia inquieta; es indecisa en los ojos como el tornasol de una seda sin

ajar; se dibuja en la garganta como el eco de intenciones perspicaces y picarescas. Se atreve tenuemente, como un amanecer primaveral sobre las rosas de un jardín. Es aterciopelada como la caricia de una docta hetaira. Cubre de gracia reservada y honda los labios que diríanse tallados en púrpura antigua para disimular agradables ironías: labios esquivos al estertor y á la jarana, dignos en su sobriedad.—Allí desbordante ronda de músculos pletóricos, hartazgo de contracciones sin reflejo mental, surcos torpes en la hebetud anodina de la mueca, satisfacción imbécil en torno de la gran boca abierta que parece volcar en carcajadas toda la hueca opacidad de su inconsciencia.

Profundo espíritu en la una, mueca superficial en el otro. Diríase que la sonrisa de la Gioconda hermosea su cara como si un Euros dulce frisara en leves ondas la superficie de un mar profundo y que el carcajear del Idiota afeara la suya como si un violento Bóreas atorbellinara las pocas brazas de agua de un lago pantanoso. Pero más que en la cantidad ambas difieren en la calidad de intención que las anima, en su contenido psicológico. Monna Lisa ríe cerebralmente, como si su conciencia se iluminara al recordar picarescas fábulas que pueblan su imaginación partenopea, resucitando en el Renacimiento la clásica creación de los escultores eginetas; el Idiota muequea sin perspectivas mentales, como los ídolos deformes de las razas primitivas, dejando fugar por los músculos indolentes los ciegos impulsos de su inferioridad.

La risa-intención y la risa-mueca son los tonos fundamentales de la gama jocunda, cuyos términos extremos serían la ironía mental y el rictus convul-

sivo. Fácil es comprender que todas las risas no son inteligentes y que todo placer espiritual no se desgrana en risa mímica.

Siendo un fenómeno complejo, los factores que la componen pueden combinarse ó disociarse de varias maneras, como ya lo ha supuesto Ribot. Suelen distinguirse en la risa dos elementos: el gesto y la idea. El uno es exterior, objetivo, fisiológico, susceptible de una descripción exacta y minuciosa; el otro interior, subjetivo, psicológico, cuyo estudio presenta más dificultades y plantea innúmeras incógnitas.

Esa división no satisface por completo. Creemos que en la risa conviene distinguir tres elementos: el mímico, el emotivo y el intelectual. Pueden coexistir los tres, pero pueden exteriorizarse por separado.

a) El elemento mímico de la risa manifiéstase por movimientos particulares de ciertos músculos de la fisonomía y por una sucesión de pequeñas expiraciones ruidosas que parecen depender de contracciones reflejas del diafragma. En el idiota, el niño ó el demente, puede encontrarse la risa circunscripta á sus manifestaciones mímicas, como fenómeno del automatismo inferior, determinado por imitación, ó como simple reflejo funcional, sin que intervenga la conciencia ni la subconciencia. Esta risa es un fenómeno motor, sin significación psicológica.

b) El elemento emotivo consiste en cierto estado especial del organismo, determinante de una emoción de placer, el cual encuentra en la risa mímica uno de sus medios particulares de manifestarse. Esta risa es un medio de expresión de las emociones; en ese carácter la encontramos en todos

los seres humanos de regular desenvolvimiento psicológico.

c) El elemento intelectual consiste en la percepción de lo ridículo ó lo risible contenido en el excitante de la risa; puede no estar acompañado por manifestaciones mímicas, ni por un estado emocional. Los argentinos atribuimos al verbo *gozar* la significación correspondiente á la forma intelectual de la risa.

En suma:

1° En los inferiores mentales la risa es posible como fenómeno mímico, independientemente de toda correlación con un estado psicológico cualquiera.

2° La generalidad de los hombres poseen la risa como gesto destinado á expresar emociones de placer.

3° Los hombres capaces de procesos psicológicos superiores pueden poseer la risa puramente intelectual, para cuya existencia no es indispensable la emoción de placer ni su expresión mímica correspondiente, limitándose á ser un acto representativo.

Es evidente que la risa intelectual constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento: la gala más exquisita del espíritu.

Desde la risa-mueca en que desborda el excedente vital del organismo, como enseña Spencer, hasta la risa intelectual en que la idea toma las riendas y procura inhibir la expresión fisionómica, se advierte una evolución progresiva. La alegría es cada vez más espiritual, la risa cada vez más inteligente. En cambio, la tristeza y la solemnidad tór-

nanse cada vez más tontas, más huecas, más necias. Esa evolución hacia la risa intelectual se confirma observando la evolución étnica: á medida que aumenta la superioridad de las razas acreciéntase la aptitud para reír. Baudelaire hace notar que la risa de los griegos y de los latinos no es la nuestra, necesitándose retrotraer el espíritu para sentir ó compartir su musa cómica ó jovial.

En el individuo, la euforia, que implica la conciencia subjetiva de una perfección ó superioridad, favorece la percepción de cualquier desequilibrio ó inferioridad. Este es el núcleo del ridículo: incoherencia, desproporción, aturdimiento, inadaptación, absurdo, distracción. Por eso mismo el ridículo es una cualidad esencialmente humana; las cosas pueden ser bellas ó feas, pero no ridículas: solamente lo parecen cuando la imaginación las humaniza.

La salud, entonando el espíritu, lo dispone á desplegar su capacidad de observación y de análisis para percibir los motivos de ridículo existentes en todo lo que cae bajo el dominio de los sentidos; es, pues, el substrátum necesario de la euforia y de la propia superioridad frente al ridículo. Un psicólogo sistemático formularía esta serie de términos:

Salud: talento, optimismo, alegría, éxito.

Enfermedad: desequilibrio, pesimismo, tristeza, fracaso.

Los tontos (débiles de espíritu) y los tristes (enfermos de espíritu) son los menos aptos para percibir el ridículo. Su incompletud é imperfección les coloca en el sitio de víctimas antes que de verdugos, de burlables y no de burladores. No hay risa intelectual sin la conciencia de la propia superioridad, puramente subjetiva y relacionada con la

inferioridad de lo ridículo. Ese carácter subjetivo explica por qué muchos tontos de capirote creen burlarse del prójimo en el propio momento en que se convierten en objeto de la risa ajena.

Una misma acción ó persona es ridícula en distinto grado para sujetos diferentes; su ridiculez estriba en la aptitud para percibirla y es inherente á quien la observa. Los idiotas jamás descubren el lado ridículo de las personas ó de los acontecimientos; cuando ríen lo hacen automáticamente, sin gozar. Un imbécil ó un niño de pecho no gozaría ni comprendería el ridículo de Sancho Panza al contar que cabalgando un clavileño subió tan alto que veía á la tierra como un grano de pimienta y á los hombres apenas como avellanas. Un tonto militante reiríase acaso al pensar que los hombres parecían más grandes que la tierra, pero es indudable que leyendo el Quijote no encontraría ridículo á Sancho en posesión del papel de hidalgo y héroe. Mucho menos comprendería el de cierta dama invitada por Cassini á presenciar un eclipse de luna, que llegó al observatorio media hora después de ocurrido y preguntó al sabio si él no podía recomenzar el fenómeno. Callemos de aquel filósofo á quien se le reprochó que usara guantes rotos y resolvió ponérselos del revés para ocultar los agujeros.

Si ridículo es todo lo contrario al ideal de perfección humana, la ridiculez debe ser varia para individuos que tengan un ideal de perfección distinto. En una reunión mundana todos ríen diversamente, según sus aptitudes mentales. Un tilingo es incapaz de comprender el ridículo ceremonial de una tertulia; entrando á una sala sin calefacción encuentra correcto quitarse el gabán aunque tenga frío, tomar

te aunque tal brebaje esté mal preparado, felicitará á la niña cuando toca pésimamente el piano y hablar tres horas, con personas que no le interesan, sobre asuntos absolutamente triviales. Una persona de inteligencia discreta advertirá que todo eso es ridículo, así como buena parte de los gestos y palabras vulgares que en torno suyo florecen, pasando inadvertidas para los individuos menos inteligentes. Por fin, los hombres dotados de una intelectualidad superior pueden llevar más lejos la percepción y el análisis, descubriendo la ridiculez donde los otros no se atreverían siquiera á sospecharla.

Cada espíritu posee su lente; ve más ó menos según él sea. Los tontos y tristes son ciegos al ridículo, refractarios á su percepción; los inteligentes y alegres lo descubren á distancia y con aumento. La risa es humana y es eterna; por eso refiere Platón que las Gracias, buscando un templo que jamás pudiera ser destruido, encontraron el alma de Aristófanes.

El vulgo, constituído por esas unidades gregarias que son los hombres de rebaño, suele confundir la sana alegría con la frivolidad y la seriedad solemne con el carácter. A menudo oímos decir de un triste que es persona seria y reflexiva, ó de un alegre que es informal é inconsecuente. Tal confusión sería un simple disparate si se formulara de buena fe; pero suele ser una excusa difundida y aceptada por la gran masa de los tontos y los tristes, con el objeto de justificar su propia inferioridad.

No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reír. Son contra-

bandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama; solo aspiran á que la gran masa de inferiores los consagre «hombres serios»: saben que con ese pasaporte, y sin bagaje de ningún género, se puede llegar muy alto y muy lejos. Los hombres solemnes y silenciosos son simuladores de baja ralea: espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas. Es raro el hombre serio que calla por astucia; más son los que callan cuando nada tienen que decir: y callan siempre. Su fisonomía amorfa no cobija la profundidad de pensamiento alguno, pues el cerebro de los hombres solemnes suele ser una página en blanco: «el armiño de la estupidez sin una sola mancha de inteligencia», que diría Hugo. La seriedad es una simple incapacidad de reír.

El carácter es otra cosa. Los datos más recientes de la psicología inductiva y experimental han permitido á Sergi afirmar que la integridad de carácter está proporcionada al perfecto equilibrio de la inteligencia y de la salud. Se infiere que coincide preferentemente con la alegría y no con la tristeza.

La bondad misma puede medirse por la risa, como por un cartabón inequívoco. No queremos quitar á Carlyle el honor de patrocinar esa afirmación que parece paradojal. Cuenta, en Sartor Resartus, que el mismo señor Teufelsdrockh se rió una vez, acaso la primera y última en su vida, pero con tal carcajada que bastaba para despertar á los Siete Durmientes; y comenta: «ningún hombre que se ha reído una vez, ingenua y plenamente, puede ser del todo malo, sin remisión. ¡Cuánto significa la risa! ¡Es la clave con que se descifra á todo el hombre!

Algunos gastan una eterna sonrisa afectada y necia; hay en la de otros un brillo frío, como de hielo; pocos son capaces de reír con lo que puede llamarse risa; de ninguno de ellos cabe esperar cosa buena. El hombre que no puede reír, no sólo es apto para traiciones y estratagemas, sino que toda su vida es ya una traición y una estratagema.»

Algunos espíritus refinados tórnanse inaccesibles á la alegría y se crean «una especie de inmunidad á la risa», como afirma Barrés. No negamos el hecho, pero su explicación es fácil: suele tratarse de intelectuales «envenenados» por el fracaso y por la envidia, sujetos desequilibrados é incompletos, brillantes para morder y difamar á los que triunfan, pero incapaces de triunfar ellos mismos en la vida. Entre los griegos florecieron los Agelastas, que practicaban la completa abstinencia de la risa. Así lo refiere Platón, mas parece que no los imitaba; Pascal asegura, en sus pensamientos sueltos, que «ordinariamente se supone á Aristóteles y Platón como personajes solemnes y serios: eran, sin embargo, buenos sujetos que jaraneaban y se reían como los demás, entre sus amigos».

Una clara intuición de estos hechos sugirió al más insigne alienado, á Federico Nietzsche, aquella página dionisíaca de su Zarathustra que termina proclamando sagrada la risa é invita á los hombres superiores á cultivarla con amor.

La risa intelectual es la dádiva con que la Naturaleza ha integrado los privilegios de los hombres superiores.

Dejando á filósofos y moralistas el demostrar la función social de la risa, como correctivo de las costumbres colectivas é individuales, señalemos su campo de aplicación médica y práctica: la risa terapéutica.

La risa y el placer son exponentes de energía vital; pero pueden, á su vez, ser agentes provocadores de esa energía. Una ley general de psicología enseña que toda expresión mímica tiende á determinar la emoción que habitualmente le corresponde: poniendo la cara triste no es posible pensar en cosas alegres y viceversa. Por eso la risa provocada merece una amplia cabida en la terapéutica racional. Las buenas compañías y los espectáculos risueños constituyen la fase mundana de esta medicación; la parte farmacológica puede estar á cargo de los medicamentos eufóricos ó exhilarantes, cuya lista es compleja desde el vino de champaña hasta el protóxido de ázoe, pasando por el opio, el haschich, el kawa, y otras substancias que en dosis pequeñas merecen experimentarse cual modificadoras del tonus cerebral y orgánico.

La risa terapéutica fué preconizada por Moreau de Tours y por Raulin en el tratamiento de ciertas neurosis; la risa provocada produce efectos sorprendentes. Gracias á las mencionadas asociaciones funcionales, la expresión de la jocundia y el placer, obtenida en los sujetos aun á su pesar, llega á producir esos estados. Aunque el orden de ese proceso sea inverso al normal, la eficacia de su acción no es menor; así como el placer trae la risa, la risa trae el placer. «Hay que reír antes de ser feliz, dice Goethe; y si la alegría se resiste á venir, hay que forzarla». Ese es, sin duda, el secreto

de muchas personas que ríen siempre y á todo propósito, viviendo contentas de sí mismas y de las demás.

Esta agradable terapéutica no ofrece peligros, aunque se le han atribuído algunos imaginarios. «Se ha llegado á contar, dice Voltaire, que algunas personas han muerto de risa; me cuesta creerlo, pero seguramente hay muchas más que han muerto de tristeza». No cabrán, pues, vacilaciones al prescribir y provocar la risa como estimulante de la salud, de la inteligencia y de la felicidad: mejor receta no puede otorgar un psicólogo al viviente cementerio de neurasténicos aburridos que afean y amargan la existencia en las grandes ciudades. Y, si son jóvenes, deben enamorarse de una mujer que sepa reír con los ojos y con el espíritu, con los labios y con el corazón, con todo su cuerpo gracioso y salubérrimo, plenamente, absolutamente, con una risa que sirva para algo más que mostrar sus lindos dientes.

EL OCASO DE UNA GLORIA

Londres, 1905.

La gloria es el alcohol de los elegidos. La primera vez embriaga; después se convierte en imprescindible necesidad.

El espíritu se adapta á ella insensiblemente. El primer éxito, grande ó pequeño, es perturbador; el favorecido siente una indecisión extraña, un cosquilleo moral que produce placer y molestia al mismo tiempo, como la emoción que siente el niño de quince años cuando se encuentra á solas por vez primera con una mujer amada. Es dulce, pero infunde temor; estimula, pero inhibe; instiga, pero detiene. Angel Mosso ha descrito admirablemente esta emoción del primer éxito, en el prólogo de su conocida monografía sobre el miedo. Sin embargo, la inhibición pasa y el impulso continúa.

Mirar de frente al éxito equivale á asomarse á un precipicio; se retrocede á tiempo ó se cae en él para siempre. El éxito es un abismo irresistible, como una boca juvenil que invita al beso. Muy pocos retroceden.

Este ajenjo del «yo» se brinda bajo cien aspectos, tienta de mil maneras. Nace por un accidente inesperado, llega por caminos invisibles. Basta el simple elogio de un maestro estimado, el aplauso ocasional de una multitud, la conquista fácil de una

hermosa mujer; todos se equivalen, todos envenenan lo mismo. Corriendo el tiempo tórnase imposible eludir el hábito de esta embriaguez; lo único difícil es iniciar la costumbre, como para todos los vicios. Después no se puede vivir sin el tósigo vivificador.

Los más grandes cerebros son sus fieles servidores, le rinden homenaje. Taine conoció el goce del maestro que ve concurrir á sus lecciones un tropel de alumnos; Mozart ha narrado las delicias del compositor oyendo sus melodías en labios del transeunte que silba para darse valor al atravesar de noche una encrucijada solitaria; Rodin, en una plática inolvidable, nos dijo la fruición con que sorprendió á dos jóvenes inglesas boquiabiertas ante su «Busto de mujer», en el Luxemburgo; D'Annunzio ha confesado que una de sus grandes voluptuosidades consiste en oír recitar sus propios versos por niñas que no le conocen personalmente; á Jean Jaurès, al terminar una de sus conferencias tempestuosas, le oímos comentar la dicha del orador que escucha el aplauso frenético tributado por diez mil hombres. El fenómeno es común, sin ser nuevo. Julio César, al historiar sus campañas, deja entrever la ebriedad infinita del que conquista pueblos y aniquila legiones; los biógrafos de Beethoven narran su impresión profunda cuando le invitaron á volverse para mirar las ovaciones que su sordera le impedía oír, al estrenar su novena sinfonía; Stendhal ha dicho, con la gracia ática de su prosa original, las fruiciones del amador afortunado que ve sucesivamente á sus pies, temblorosas de fiebre y de ansiedad, á cien mujeres. Nadie escapa á la fruición de esta sirena.

La gloria, más que un privilegio, es un derecho

del hombre superior. Es el impuesto que cobra á los inferiores, en moneda sonante, bajo forma de homenaje ó de admiración. Alguno, en verdad, no logra cobrarlo en vida; es decir, no lo cobra nunca. Es injusto esperar la muerte de un hombre para glorificarlo; si algo merece debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios á difuntos? Los herederos no suelen merecerlas.

El éxito es benéfico; exalta el «yo» y, por ende, estimula al hombre de méritos. Pero tiene otra virtud mayor: destierra la envidia, enfermedad pasajera de los jóvenes talentosos y ponzoña incurable de los espíritus mediocres. Triunfar á tiempo, merecidamente, es el más favorable rocío para cualquier germen de bondad. El triunfo es un bálsamo de los sentimientos, una lima eficaz para las asperezas del carácter. Sólo el fracasado puede ser envidioso y maligno. Si el éxito es el mejor lubrificante del corazón, el fracaso es su más urticante corrosivo.

Produce, es cierto, alguna hipertrofia de la personalidad: pero, antes que un defecto, es su consecuencia natural. ¿El atleta no tiene, acaso, músculos excesivos hasta la deformidad? No podría ser de otro modo; la fisiología enseña que la función hace el órgano. Los psicólogos podrían agregar que el «yo» es el órgano propio de la gloria.

Esa hipertrofia solamente es ridícula en el hombre mediocre, porque apenas llega á ser vanidad. En el hombre superior es un adorno: el simple exponente de su fuerza. El músculo abultado no es ridículo en el atleta; en cambio lo es toda adiposidad excesiva, porque es lo monstruoso, inútil é inexplicable: como la vanidad del insignificante. Sarmiento no habría sido completo sin su megalomanía.

La conciencia de la propia gloria es benéfica: suprime toda pequeñez moral y toda villanía. Un triunfador no puede envidiar, como á nadie envidia el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Todo hombre que siente la caricia del éxito lleva en sí un poco de la «gloriosa megalomanía»—permítasenos recurrir para estas cosas á la jerigonza literaria de Sicardi—que impide envidiar. La grandeza puede coexistir con el odio, con la violencia, con la maldad también; pero cuando se es verdaderamente grande no cabe ser envidioso, bajo ó pequeño. César aniquiló á Pompeyo, sin rastrerías; Donatello venció con su «Cristo» al de Brunelleschi, sin bajeza alguna; Nietszche fulminó á Wagner, sin envidiarlo. El éxito da á sus favoritos cierto ademán trascendente y apocalíptico; el fracaso vuelve miopes y reptiles á los suyos.

Ante un hombre envidioso después del éxito, podemos suponer que el juicio público es inmerecido. Es un mediocre; sabe su mediocridad y comprende que sólo puede permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta él. Se defiende.

Para endulzar á un gran hombre triste habría que prodigarle todo el éxito que merece. Un médico psicólogo debiera contar la gloria entre los mejunjes de su terapéutica. A todo hombre superior minado por inexplicables neurastenias, habría que recetarle así: «Gloria (por cucharadas)». Pero la ciencia marcha á paso de tortuga; estas drogas útiles no se despachan en las farmacias.

El lector merece, empero, la gracia de otras mil reflexiones que nos sugiere una interesante conversación con Adelina Patti.

Ha sido una predilecta de la gloria, en su manifestación más directa aunque inferior: el aplauso de la multitud. El éxito de un escritor es lento, pero estable; sus admiradores están dispersos, ningún lector aplaude á solas recorriendo el infolio. En el teatro y en la asamblea la gloria es rápida y barata; los oyentes se sugestionan recíprocamente, suman su entusiasmo y estallan en ovaciones. Por eso cualquier histrión de tres al cuarto puede conocer el éxito más de cerca que Pitágoras ó Descartes, aunque la intensidad está en razón inversa de la duración. Estas verdades menudas no pretenden amenguar los méritos de Adelina Patti, entre los cuales tenemos el buen gusto de no incluir su voz monstruosa.

Don Crisanto Medina, viejo delicioso no obstante su cargo de embajador de Nicaragua, traiciona á la política por las letras y cultiva primorosamente la amistad de Rubén y de Carrillo, á todas luces comprometedora para un diplomático de bulto. En el hall de un gran hotel, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas. De pronto vimos relampaguear sus ojos como ante una visión inesperada:

—Conozco mucho á esa vieja, muchísimo, pero me es imposible recordar quién es.

Frunció el entrecejo é hizo un esfuerzo mental considerable; fué en vano. Permanecimos en silencio algunos minuntos, él buscando solución al enigma, nosotros acariciando con miradas á la Guerrero que hacía muecas ante un círculo de admiradores, en el fondo del salón. A poco, sobrevino otro diplomático, más versado en cuestiones mundanas que en el arte del protocolo, y exclamó con sorna picaresca:

—Don Crisanto, son muchos setenta años para enamorarse de la Patti....

—¡Naturalmente: La Patti! La conocí ha medio siglo, en Nueva York, la noche de su estreno. Mi padre había sido proscrito en una de nuestras revoluciones: yo tenía veinte años. Un empresario casi quebrado tuvo la ocurrencia de estrenar á Adelina, muy niña entonces, de quince años ó poco más; obtuvo un éxito colosal. El empresario llenó su bolsa y la Patti fué célebre en pocos días. Yo era mozalbete, la ví en una fiesta, bailé con ella y me enamoré perdidamente de su gloria; tras tantos años no me avergüenza confesar la inutilidad absoluta de mis galanteos. Después la oí cantar muchas veces, pero mi amor juvenil habíase convertido ya en simple admiración. Desde la última vez han transcurrido quince años. Mirándola comprendo que yo también debo estar muy viejo....

Mientras él discurría nosotros observábamos á la gloriosa artista.

Es una ruina ó un símbolo, nada más. La contemplamos con respeto y admiración, como puede mirarse una sala hipostila en Karnak ó la columna Trajana en Roma. Pero entre los escombros de su belleza, otrora indiscutida, sentimos palpitar su alma exquisita. Es una ruina viviente aún, con simpatías y desdenes, con sensibilidades y estremecimientos, con sueños atormentadores: con sueños, sobre todo, porque la tendencia á soñar es lo último que muere en el espíritu humano.

Diminuta, vivaz, elegante como una muñeca de museo antiguo, da la impresión de algo que lucha

contra el único mal irremediable: los años que pasan. A cincuenta metros, y poca luz, aun podría confundírsela con una solterona de treinta y cinco; pero el error no es posible de cerca. En vano recurre á sabios afeites y á masajes complicadísimos; Cronos ha devastado su fisonomía gentil, inflexiblemente.

Si renunciara á simular la juventud, la Patti sería una vieja bonita, que no es poco ser. Una vieja hermosa vale una joven fea, ó más; la belleza de una vieja es blasón que atestigua un pasado esplendoroso. Pero las preocupaciones femeninas pueden más que un entero volumen de estética; rodando los años, las mujeres se creen obligadas á adulterar su fe de bautismo, en cuyo error son imitadas por numerosos hombres. ¿No sería más respetable que, á cierta edad, cada una hiciera balance de su vida, analizando su obra de madre ó de artista, de compañera ó de maestra? Verdad es que muchas no han sabido vivir su vida, malgastándola en fruslerías. Pero la Patti.... Esto es lo cruel: la Patti es como todas. Cree que una arruga ó una cana pesan más, en la balanza de la estima pública, que cuarenta años de gloria. ¡Si supiera que un solo minuto basta para llenar el marco de una vida!

Estaba sentada frente á una orquesta húngara. El solista de violín, conociéndola, no dejaba de mirarla; en los pasajes patéticos se levantaba sobre las puntas de los pies, estirándose hacia ella y mirando á lo alto, con actitudes sentimentales. Ella correspondía á sus afanes con muestras de visible interés, marcando el tiempo con la cabeza, tarareando alguna frase melódica y aplaudiendo el final de cada trozo. Cuando tocaron cierto zarandeado aire de «Lucía» su interés asumió caracteres de emoción; al

oír la apasionada cadencia sus ojos parecieron dilatarse, iluminados por un extraño brillo interior, y su mirada adquirió súbitamente un resplandor vivísimo, cual de un arma desenvainada. Con el último compás cesó el breve éxtasis y ella cerró los ojos, como queriendo volver el arma á la custodia de los párpados. Un viejo estuche puede guardar tesoros absolutamente juveniles.

Su marido, un joven médico masajista, fumaba á su lado con despreocupación. Estaba con ellos otra pareja, de cuya enrevesada parlanchina yanqui sólo pudimos descifrar algunos comentarios triviales sobre la hermosura del día, la afluencia de extranjeros y el inminente estreno de Buffalo Bill.

Gracias al diplomático mundano pudimos conversar con Adelina. Primero habló don Crisanto; repitió, como era de prever, la historia de su pasión juvenil por ella.

—Han pasado más de veinte años—comentó la Patti.

¡Pobrecita! ¿Quién osaría corregirle que habían pasado cincuenta?

Después habló ella. A poco de hostigarla discurrió de sus triunfos, de sus éxitos pasados. Nos pareció irreparable su nostalgia de la gloria. El placer del recuerdo es grande; pero es triste haber conocido la supremacia y verse obligada á renunciar sus encantos. Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora; leer los mismos diarios y no encontrar jamás aquellos elogios enloquecedores.

Algunas veces canta en conciertos de beneficencia

y la aplauden mucho; pero son aplausos de cortesía, sin entusiasmo, sin calor. Ella lo comprende así, pues las palmadas suenan de otro modo; al decirlo no pudo ocultar cierta melancolía.

—Desde hace algunos años prefiero no cantar, evito esa clase de aplausos. El éxito me hace mal; estoy desacostumbrada.

Esa nos pareció la mitad de la explicación: la gloria es para ella como una bebida que se ha dejado de tomar. Falta la otra mitad: su fino paladar comprende que el público se la sirve falsificada.

Nos tocó hablar; improvisamos una teoría. ¿Quién no improvisa alguna en presencia de una mujer célebre? Hela aquí:

—Por tres causas mereció usted toda su gloria: educación musical, gracia y belleza. Cualquiera de ellas vale más que poseer una voz monstruosa. (La Patti sonrió). Lo que suele llamarse «buena voz» es una monstruosidad. El organismo humano es armónico, todas sus partes son proporcionadas. La laringe y el aparato destinado á producir la voz tienen dimensiones determinadas y funcionan con cierta intensidad que les permite producir notas cuya extensión y altura varían con la edad, el sexo, etc., pero siempre dentro de ciertos límites que caracterizan la voz humana y la distinguen de la voz de otras especies animales. Un gato, un ruiseñor ó un mono, modulan su voz dentro de otra gama y emiten notas más agudas que el hombre; su laringe está conformada de otro modo, en armonía con el resto de su organismo. Pues bien, toda voz que se aleja de la gama propia del hombre es el

producto de un órgano contrahecho y representa una función anormal...

—O de un órgano superior, más evolucionado, interrumpió amablemente.

—Es sensible no poderla complacer. La altura de la voz disminuye á medida que la especie humana evoluciona. El hecho sólo admite dos pruebas y ambas son concordantes. En la evolución de la especie observamos que los pueblos primitivos gritan y chillan más que los civilizados, usando un registro más agudo; en la evolución individual se produce la misma transformación desde el niño hasta el adulto. Por otra parte, desde el punto de vista moral, es sabido que las personas atenúan la altura de su voz á medida que se educan.

—En ese caso los bajos profundos serían hombres muy evolucionados, algo así como superhombres, por lo menos en cuanto á su laringe.

—La ciencia no osa afirmar tanto. Pero nos atrevemos á creer que una voz excesivamente aguda es un simple defecto fisiológico. Decir á una dama que tiene buena voz es tan galante como alabar á un enano por su pequeñez ó á un obeso por su obesidad. Por cuyos motivos no le sorprenderá que haya limitado mi admiración á su arte, su gracia y su belleza.

La Patti sonrió traviesamente y miró á su tercer marido, que en nombre de su profesión nada sabía contestar. Y al despedirnos, con espiritualidad perfecta:

—¡Confiese, doctor, que mi monstruosidad es un defecto admirable!

Se lo afirmamos besando su mano, digna de la Pompadour ó de la Duse.

Vivir con perpetua nostalgia de la gloria es un martirio. Los hijos del éxito pasajero deberían morir al caer en la horfandad. Algún Musset melancólico ha escrito que es hermoso vivir de recuerdos; es una frase absurda. Vivir de recuerdos equivale á agonizar. Es la dicha del enfermo de estómago obligado al ayuno, del pintor maniatado por la ceguera, del jugador que mira el tapete y no puede arriesgar una sola ficha.

En la vida se es actor ó público, timonel ó galeote. Es tan doloroso pasar del timón al remo como salir del escenario para ocupar una butaca, aunque ésta sea de primera fila. El que ha conocido la gloria no puede resignarse á la obscuridad; esa es la parte cruel de toda preeminencia fundada en el gusto público ó en aptitudes físicas transitorias. El público oscila con la moda, el físico se gasta. La gloria de Caruso, de Greco y de Frank Brown sólo dura lo que una juventud; el canto, las estocadas y los saltos mortales se acaban alguna vez y sólo queda la nostalgia de la celebridad.

Hay otra clase de éxito cuya gloria es duradera: las buenas obras. Un gobernante, un pintor, un filósofo, un poeta, un arquitecto, pueden llegar á la decrepitud sin conocer la terrible nostalgia; si es fruto legítimo de sus obras, la gloria se agranda con el tiempo. Cuando se deja el gobierno, el pincel ó la pluma queda el hecho; entonces no se vive de recuerdos, se vive de hechos que persisten. Por eso la mente humana se resistiría á concebir á Ticiano viejo condenado á blanquear tabucos en Chivilcoy, á Napoleón achacoso convertido en policiano rural de Catamarca, á Spencer senil conchabado como portero en la biblioteca de Puerto Gallegos.

El caso de Adelina Patti—no obstante sus millones y su marido joven—es aflictivo. El instante en que se acaba la gloria, para siempre, debería ser el último de la vida. Al fin y al cabo todos morimos, tarde ó temprano. ¿Para qué vivir siendo una de tantas viejas ricas con marido joven, después de haber sido la mujer más aplaudida en su siglo y en su arte? Es preferible que un Otelo excesivo mate de veras á Desdémona sobre el tablado, en uno de esos frecuentes paroxismos artísticos. Para los demás sería envidiable desnucarse en un salto prodigioso, caer del aeróstato, morir por ruptura de un aneurisma al hablar ante cien mil hombres que aplauden ó ser apuñalado por una amante hermosa y violenta.

Para el que ha conocido la gloria, la vida solamente vale por sus horas de triunfo. Convendría despedirse de ella sonriendo y gozando, mirándola de frente, con dignidad, con la sensación de que se ha merecido vivirla hasta el último instante.

La gloria que pasa es una de las mayores infelicidades.

LA EXÉGESIS DE DANTE

Florencia, 1905.

Desde Fiésole, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo entre las siluetas gentiles de Florencia. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso de la quebrada, indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno, inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflecada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas: lamentaciones de Dante, chismes de Boccaccio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una

Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, sitio de lides heroicas cual las que el poeta griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores; palacios dominadores como castillos, seguros como fortalezas, donde, empero, puede un artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento cual si las leyera en las mismas crónicas de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose tímidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la ciudad. Diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaira dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita á meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente á las Pirámides egipcias sugiere hondo respeto de cosas ignotas que se presienten á medias; junto á Florencia instiga á la recordación de momentos dulces, de amables ritmos, de melodías suavísimas, de gestos agraciados. No en vano sorbieron de su ubre Alighiero y Boccaccio,—padres del idioma armonioso —Maquiavelo agudo, Galileo firme, y á un tiempo mismo Donatello, Brunelleschi, Ghiberti y Della Robbia, clarividentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, á Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico místicamente inefable y á cien que preludiaron la hora—suprema en la historia del arte—en que Leonardo, Rafael y Miguel Ángel trabajaron juntos para este renacimiento de la belleza greco-la-

tina ahogada en pocos siglos de cristianismo. Después llegó la decadencia, una decadencia tan ilustre y suntuosa que pudo ostentar un Benvenuto Cellini. Más tarde....hoy....¡lástima grande que D'Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!

Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia: la música. Pero la hubo á raudales en los tercetos de la *Divina Comedia* y la Galería Pitti custodia el expresivo *Concierto* de Giorgione, que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido.

Florencia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita á amar la vida y á vivirla hermosamente; no mentiría al proclamarla primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que tal sería una opinión de artista: un *rastaqouere* daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre. Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irreemplazables en su cariño.

La Naturaleza brinda al valle del Arno una primavera digna de Virgilio ó de Longfellow; justo es que haya inspirado á Botticelli su extraordinaria Alegoría. Algún poeta ha dicho que el Abril de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una joven hermosa que se levanta con sueños de ilusión y de amor. El primero surge de una tumba y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra baja sonriente del cielo cabalgando un haz luminoso de sol.

Entre tantas remembranzas admirables, el espíritu del pensador ó del artista se remonta al extraordinario gibelino

«....Che sorresse il mondo
in suo pugno e le fonti
dell' universa vita ebbe in suo core.»

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse á Dante es un ensayo de objetivación superior á toda capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vió sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son temas para el biógrafo, el novelista ó el dramaturgo; los dioses y los héroes son temas para el genio: de Homero á Wagner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fué un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante —y sabemos que germinó allí el de Leonardo, otro magnífico—ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la «selva selvaggia ed aspra e forte—che nel pensier rinnova la paura», donde para penetrar es fuerza vencer la envidia, la soberbia y la avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera, el León y la Loba, quién le dijera que sólo inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando de la turba plateal el aplauso estrepitoso que consagra á las me-

diocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadura de dublé. Dante se lee meditando. La multitud inorgánica del teatro no puede juzgarle: el ascua nunca fué juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta á sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina.

El de Sardou no fué el primer ensayo de representación objetiva de Dante ó de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunos pasajes de la *Divina Comedia* fueron adaptados escénicamente para los «misterios», en Francia, donde el espectáculo semireligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió á nuestro tiempo la total palingenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fué, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del pensador, digamos del orífice. Y antes que hablar de él, oigámosle:

«.....Io fui talvolta
nella casa di un sommo cantore
nominato Casella
e quivi convenivano taluni
gentili uomini: Guido Cavalcanti
tra gli altri, cavaliere dei migliori,
che si diletta del dire parole
per rima, e Ser Brunetto
dottissimo rettorico
tornato da Parigi,
e un giovinetto
degli Alighieri nominato Dante.
E questo giovinetto mi divenne
caro, tanto era pieno
di pensieri di amore e di dolore,
tanto era ardente ad ascoltare il canto.
E alcuna volta ebbe da lui un bene
inatteso il mio cuore
che sempre chiuso era; perchè la troppa
soavità del canto
alcuna volta lo sforzava a piangere
silenziosamente,
e, vedendolo, anch'io con lui piangevo».

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca da Rimini*, cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas que parecían preguntarse:—¿Qué es ésto?— Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sentimiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje cualquiera, aunque fuese de la más pura ce-

pa intelectual, evocara así, humanamente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

Bovio fué más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millennio*, tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim* y *San Paolo*. Callaremos del *Leviathano* y el *Socrate*, ajenos á la trilogía y muy inferiores á ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia, sintético á la vez que simbólico, impregnado en profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, á quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo* y *San Pablo*, el cristianismo entra en Roma, la hace Ciudad Divina; Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal, italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su Comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del autor: la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto majestuoso. Dante, llevado á la escena de esa manera—lo mismo que Cristo, San Pablo y Sócrates—no pierde su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos á los públicos

mediocres, sino de los que podrían inducir silenciosas meditaciones á un estilita de la filosofía histórica.

Así, *cum dignitate*, mueve á Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tierra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del Purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, son verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que á su ingreso espantan; ha encontrado á Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido de Cerbero escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; luego vió el pantanoso Estigio y llegó á Malebolgia; encontró á Ugolino y á Farinata. Vió suceder los días, restringiéndose su ambiente en espiral imbutiforme, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; cruzó los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; surcó la gélida landa en que yacen enterrados los pecadores y, más allá, la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas á llegar á la isla mística, las etapas que se escalonan

para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el ambiente de bonanza divina donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino donde se le encuentra, perdida la recta vía. De vuelta se le ve salir del Paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

Abstraer á Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada. Aquel que quiso «descriver fondo a tutto l'universo» no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea, por ello, que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que ofrece al talento altísimas inspiraciones simbólicas ó simplemente representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio «Roma» de la Academia de Viena, eligió á Dante como tema de su obra, que, en verdad, es magnífica. Un macizo de roca se eleva sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla con ojo lánguidamente compasivo á los condenados que en desesperante desnudez se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la an-

gustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece superior, distinto de los hombres. El genio es así; vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou no dejamos de preguntarnos á quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar á Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirlo en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable; aparece el contraste abismático entre la silueta que sale de los bastidores y el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente aguijoneando nuestra fantasía. ¿Cómo explicar á Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado—é hizo bien, porque es su oficio—los efectos que el grueso público gusta y aplaude, prodigando al autor el éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparatoso relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero, como las vírgenes de oleografía á las suaves madonas del Ghirlandaio y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece á otra vida y á otros tiempos. No revive en la encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio, se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina ó intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna. Es el viajero de su propia Comedia; hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al Poeta. Lo evoca.

LOS AMANTES SUBLIMES

Verona, 1905.

Verona podría ser la Meca del amor inverosímil. Del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, que se proyecta en el tiempo como una sombra en la pradera: más grande cuanto más lejana.

Toda colina parece allí un Himeto. El Adigio corre sereno; el agro de Verona semeja, junto á él, una helénica landa lamida por el Iliso ó el Cefiso. El murmullo del río suena á melopeya; en el traspié que da sobre cada breña despierta una leve murmuración amorosa: voces traídas desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos en el misterio de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad presentimos un alma y un paisaje propicios á nuestros recuerdos: el alma de una virtud ó de un vicio, de un amor ó de un odio, aleteando en el obligado marco de cierto panorama convencional. Al acercarnos á Verona creemos divisar mansiones medioevales, en cada una el balcón de hierro laboriosamente batido, en cada hierro macetas con lánguidos jazmines y pendiente la fina escala de seda, en cada escala un Romeo pálido de

emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el amante, una Julieta ideal. No concebimos otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio: diríase una joven nostálgica sobre una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así, como las niñas aristocráticas que al caer en mala fortuna conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el manuscrito precioso de una novela trunca; es el refugio de princesas destronadas que aun sonríen á sus admiradores fieles. Pero ante todo, y sobre todo, Verona es relicario venusino, el de dos gemas únicas: los corazones de Romeo y de Julieta.

La ciudad luce otras reminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande y fué podestá Martín Escaligero. Es más célebre uno de sus descendientes, Bartolomé, bastándole para ello haber acogido á Dante, proscrito de Florencia. El poeta vive todavía en el mármol, en la «Plaza de los Señores»; al irse el día se levanta como una gran sombra pensativa, vagando en el crepúsculo, y parece que mil ideas están revoloteando sobre su frente como guirnalda de aguiluchos sin nidos. Además de Catulo, Vitrubio y Plinio el Joven, conocieron allí la línea, la luz y el color sus hijos ilustres Víctor Pisano y Pablo Veronese.

El viajero se arrodilla ante el mármol del poeta y pasa; los otros no incomodan su recuerdo. La historia de la ciudad es la tradición de sus amantes; en toda alma despiertan ó resucitan, allí, romanticismos dormidos pero inmortales.

Existieron las familias hostiles, Capeletes y Montescos; Dante nos lo repite en su «Purgatorio». Es

verosímil que sus hijos se amaran. La novela del conde Luis de Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Gerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dió sangre y alma italianas á tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable.

El viajero que llega á Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza artística: la casa y la tumba de Julieta.

En los callejones podrían querellarse los valientes de ambas progenies; al anochecer diríase que vagan rondas de enmascarados y que Tebaldo va á clavar su acero, otra vez, en el pecho de Mercutio. Allí se derruye el antiguo convento de franciscanos, en el «Vicolo San Francesco al Corso». Hay una capilla lamentable; luego cierta habitación que es indigna parodia de una cripta y en ella un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba.

No falta el holocausto de tontería volcado por algunas románticas londinenses: coronas, tarjetas, versos. A lo sumo deberían admitirse sobre el sarcófago guirnaldas de jazmines; como visitadoras, mujeres con caras tiernas del Beato Angélico y de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Tal sería el marco evocador, para honrar el poema con dulce melancolía, musicalmente. ¿Sa-

cerdotisas para ese rito? Habría que recurrir á las tres gracias—tres como un trébol de amorosa carne.—¿Aglaia? ¿Eufrosinia? ¿Talía? ¿Cuál de ellas negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en Vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos á resarcirnos de esa decepción en la «Via Cappello», donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capeletes. El edificio, físicamente, no importa. La fantasía suple las ausencias reales. Bajo uno de esos balcones Romeo cantó y languideció de amor; de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pie ágil; allí mismo el plenilunio de una medianoche estival envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila el primer beso de las bocas ardientes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa, una amable noticia la hermoseó: el concejo municipal de Verona acaba de comprarla por 14.000 francos, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. Esta compra, delicada y artística, lo honra en extremo; no acostumbran tales gestos las municipalidades modernas. Verona es, empero, ciudad italiana; en esta dulce península de Laura y de Beatriz aun no se ha apagado el culto del amor, del arte y de la belleza. El concejo municipal obró cuerdamente al no discutir la autenticidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como el Alighiero nos dice el amor de Paolo y de Francesca:

Amor, che a cor gentil ratto s'apprende...
Amor, che a nullo amato amar perdona...
Amor condusse noi ad una morte...

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen á través del drama shakespeariano. Es más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste á Lucinia Savorgnana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla á su manera y nosotros á la nuestra, prefiriendo mantenernos fieles á la tradición inicial.

En tiempo de Bartolomé della Scala una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montescos y Capeletes. Dió Messer Antonio, de estos últimos, varias fiestas. Siguiendo á una hermosa que lo afligía con sus desdenes concurrió á ellas un joven de los Montescos, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capeletes prendóse de su belleza y de su tristura, viéndole apartado por las crueldades de una pasión incierta. Cuando cruzaron sus miradas, Julieta ya le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Julieta daba su otra mano á un joven que tenía las propias siempre heladas, en Julio como en Enero. Entoces oyó Romeo una dulce voz: ¡bendita sea vuestra presencia, Romeo!

Y el joven maravillado al oírla, replicó:—¿Por qué podríais bendecir mi llegada?

Y ella:—¡Sí! Bendita vuestra presencia á mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más:—¡Si con la mía caliento vues-

tra mano, con vuestros bellos ojos vos me quemáis el alma!

Ella, con una sonrisa y temiendo llamar la atención por tan largo diálogo:—Romeo, os juro que ningún rostro me parece aquí tan bello como el vuestro.

Y él, ya perdidamente conquistado:—No obstante ser quien soy, si os place, eternamente seré fiel servidor de vuestra belleza.

En estas breves palabras puso la más profunda vehemencia, como un amante que rubrica su profesión de fe definitiva. Amar á la mujer es servirla, someterse á sus más instables anhelos, esclavizarse á su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de la rendición incondicional, porque amar es el sacerdocio de un rito cuyo ídolo es la persona amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no merecen el amor, porque no inspiran respetuosa devoción. Amamos para dar felicidad más que para recibirla; el amador sólo necesita la dicha subjetiva de complacer á quien ama. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles; la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo á todos los dolores, una compensación á todas las inquietudes, un acicate á todas las energías, una sonrisa á todas las esperanzas.

El odio tradicional de las familias, como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los corazones. Mas Julieta, gustando pensar en la buena antes que en la

mala ventura, supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz de ambas, ya en tregua.

Romeo pasaba innumerables noches al pie del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces sobre los fríos mármoles de la calle solitaria. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó á sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando á Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

—¿Qué hacéis?

—Obedezco á mi amor.

—¿Y si os vieran? Corréis peligro.

—Sí, mi señora. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos expirar en este sitio, junto á vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y á vos!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuemente en ellos, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos: su amor sentía ese halo triste, como el obstáculo de una maraña imprecisa. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado sabe que la primera vez el amor tiembla tímidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—

tiene sabor á miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania á Isolda y á Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon con frenesí muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

Llegó el invierno crudo; Romeo intentó conmoverla con el espectáculo de su juventud marchitada por tantas noches de intemperie. ¿Porqué no lo recibía en su alcoba? Indignóse Julieta y amonestó la audacia; mas lo hizo adelantando las salvedades nupciales del caso, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, gran filósofo y experimentador de cosas naturales y mágicas. Fueron esposos en secreto y paladearon á hurtadillas las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio para enternecer al viejo Capelete.

Alguien envidió su excesiva felicidad; la envidia es el veneno que los miserables vuelcan en la copa de los dichosos. De pronto, sin causa explícita, renacieron las querellas. Capeletes y Montescos se atacaron un día, en pleno Corso. Romeo no daba golpe, recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tebaldo, el más procaz, y de un solo golpe le dió muerte. La justicia le desterró de Verona á perpetuidad. Antes de irse, gracias á fray Lorenzo, los amantes tuvieron

en el monasterio su última entrevista, separándose de cuerpos, ya que de almas era imposible.

Fué entonces, para ellos, la eclosión de todos los gérmenes secretos de la tempestad sentimental. La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner en relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Si la mala fortuna es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

Julieta lloraba noche y día. No se equivoca el ingenuo cantar de los pastores galos:

Plaisir d'amour ne dure qu' un moment.
Chagrin d'amour dure toute la vie.

Su madre no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena: un día dijo á Messer Antonio que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

—Convendría buscarle un marido. Pronto tendrá diez y ocho años; después de esa edad las niñas pierden, más que ganan, en belleza.

El buen padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse para ver á fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno y resolviendo el grave caso.

Después de mil vacilaciones, cariñosamente, le habló así:—No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de secundarme, yo te conduciré junto á Romeo, para siempre. Escucha. La tumba de los

Capeletes está fuera de esta Iglesia, en nuestro cementerio. Te daré cierto polvo que produce un sueño de cuarenta y ocho horas; te creerán muerta; serás enterrada. Yo iré á buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré á Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó. Fray Lorenzo encargóse de comunicar el plan al amante proscrito.

Poco después, una noche, Julieta sorbió los polvos y durmióse con todas las apariencias de la muerte. Verona entera compartió la desolación de su familia y el sepelio fué solemne, fastuoso.

Un siervo fiel de los amantes, ignorando el secreto, voló á Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de cierto veneno infalible. Si lo tomaban, moriría á manos de la justicia; si llegaba á Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y moriría allí, junto á ella, inseparablemente. Dos noches después de enterrada Julieta llegó á Verona; fué hacia el monasterio y dió con la sepultura. Levantó la loza y entró. A la luz de su linterna ciega vió á Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos y por su propia víctima ¡Nunca tan bella!

—¡Ojos que fuisteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura! ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré hablar y vivir sin vosotros!

Y entretanto esparcía sus besos en los ojos, en las mejillas, en la boca, sobre todo el cuerpo divino de Julieta, con la garganta ahogada por los sollozos y las pupilas ciegas de lágrimas. Desolado, sorbió el contenido de la ampolla y abrazando á Julieta contra su seno esperó la muerte.

Cuando cesó la acción de los polvos, ella volvió en sí, encontrándose aprisionada entre dos brazos humanos. Una voz le dijo que era Romeo: parecía salir de un sepulcro. Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de Fray Lorenzo y por eso estaba allí, á su lado. Mientras ella le hablaba, él fué palideciendo y comenzó á morir cadenciosamente, entre los brazos de su propio ídolo; la vida huía lentamente de su cuerpo como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó Fray Lorenzo, ella pidióle que la dejase morir sobre Romeo y guardase absoluto secreto.

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron á los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impresionado, quiso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron á llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron efusivamente. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Incontrastablemente.

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los sublimes

amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta, en las noches de luna, diríase el templo de un culto imaginario; y sale de sus ventanas un perfume hierático extraño, como si fieles esclavas de Bitinia ó de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos. ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del Concejo Municipal, asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches parece que dos sombras se acribillan á besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad equivale, en el alma, á los defectos físicos, á la cojera, al estrabismo: es una deficiencia del corazón, es la incapacidad de ideal, es todo lo inestético, la grosería, la sordidez. No basta, sin embargo, ser grosero para ser vulgar. Ciertos actos, con ser de una grosería absoluta, resultan épicos, poéticos, ideales. Cuando Cambronne, invitado por el enemigo á rendirse, responde su palabra memorable, se eleva á una altura homérica, su vulgaridad es sublime. La intención ennoblece el acto, lo eleva, lo idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la reso-

lución del concejo de Verona? Los «vulgares» son otros, son los miles de plebeyos que han criticado la adquisición fundándose en que el dinero empleado no reporta beneficios materiales. Ese cartabón es de cartagineses, no de latinos; y Verona tiene «gentil sangre latina». Casi podría preferirse el criterio del sibarita que considera vulgar y despreciable en sí misma toda satisfacción material, sólo juzgando digno lo superfluo que la exorna, lo que sonríe al buen gusto, lo que trae un perfume de refinamiento.

Aumentemos la parte de la inteligencia ó del corazón y amengüemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva sueña, acaso, una mariposa. La vida puede ser intensa y conservarse digna; encresparse de pasión, tempestuosamente, sin que la ira enturbie las aguas cristalinas de la ola, sin que el rutilar de la fuente sea opacado por el limo infecundo. La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la conducta misma, sino en la intención chata que la acompaña. Ser vulgar es encanallarse, diría Nietzsche. Es renunciar al respeto propio, es fundirse en los moldes de la bajeza común, es «la degeneración del hombre en su semejante, en el común de los mortales, en el mediocre, en el animal de rebaño».

La historia de Julieta y Romeo es la negación de la vulgaridad. El amor vulgar es otro:

> «Tant que cette eau coulera doucement,
> l'eau du ruisseau qui borde la prairie,
> je t'aimerai» me repetait Sylvie.
> L'eau coule encore. Elle a changé pourtant!

Esa cuarteta resume el breviario del amor con-

temporáneo, inconstante como la ola y como la nube, tal cual observamos por millares de casos en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, «fuerte como la muerte».

Sólo un ideal cualquiera nos libra de la vulgaridad, de esa hidra que ofende todo lo que alcanzan sus tentáculos. Ella hace del arte un oficio, de la virtud una empresa, de la ciencia un negocio, de la caridad una fiesta, del amor un sensualismo. Transforma el amor de la vida en pusilanimidad, la prudencia en cobardía, el respeto en servilismo. Lleva á la ostentación, á la avaricia, á la avidez, á la falsedad, á la simulación. Detrás del hombre asoma la bestia y estira su garra, la bestia salvaje que sólo siente el hambre de sus instintos y sólo aspira al hartazgo.

Emancipar al amor de la vulgaridad es, pues, una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades, como Verona, deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen á ella los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos «amantes representativos»—con licencia de Emerson,—narrada por Da Porto, dramatizada por Shakespeare, musicalizada por Bellini y Gounod, sería más benéfica para la educación de las jóvenes que las novelas de Safos y Afroditas devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios donde las más hermosas flores emanan tenues perfumes, en las alamedas propicias para que paseen sus ilusiones los enamorados, podrían colocarse estatuas que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres.

¡Hay tantas de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho, de jurisconsultos que enredaron mucho, de inútiles que estorbaron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar á los amantes que amaron mucho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar, enredar ó estorbar?

Ha poco tiempo, en el taller de Rodín, en Belle-vue, vimos un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos pesados que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre su boca entre las dos caras juntas, tan juntas que besa á un tiempo mismo los labios y los dedos. Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da á la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir á la glacial solemnidad del mármol nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso...

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esta obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

LA ENFERMEDAD DE AMAR

Nápoles, 1906.

«La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor, el príncipe Pignatelli, se suicidó descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos «A sí mismo». En la habitación, libros de Nietzche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye á una intensa neurastenia y á la influencia de la lectura de esos libros». Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.

El joven príncipe era un elegido del amor; la vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre á medias; cien arreboles de ensueño fugaz habíanse sucedido en su corazón, que era un vergel de frivolidades.

Después le llegó su turno, como á todos. Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al golfo que el Vesubio decora, bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones más vehementes, el amor está en todas las cosas:

en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en su corazón?

El vió en la sonrisa un amanecer y en la primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente, como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos de Samain suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Al aproximarse la hora nupcial la felicidad estremecía sus corazones. Llegó la víspera, jovial como un Mayo de Andalucía. ¿Qué pensamientos cruzaron su alma durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente el príncipe se suicidó, con gesto propio de drama clásico, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: «Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo».

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cincuenta hombres y dos mujeres que han leído á Leopardi, Nietzche y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio

El príncipe Pignatelli ha muerto de un mal profundamente humano: tenía miedo de amar y falleció en una crisis de la enfermedad vulgarmente llamada amor.

Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amador teme á su amada como el albino teme á la luz; el amor ciega como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al juicio en que se le estima, romper el propio ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrio de emociones la persona amada parece el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un invisible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oírlo hablar temiendo que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora á solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente á una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradojal, pero lógico. El hombre que sabe engañar á mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar á la única que ama. Cuando se atreve—si alguna vez lo ensaya—se limita á ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente á las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan ó de Manón.

Ovidio y Petrarca sabían que el hombre enamorado no es un ser normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu, desde Mauricio de Fleury hasta Gastón Danville.

El cerebro sano repudia las ilusiones: un cerebro enamorado sólo piensa á través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones ó las ideas. Ver lo blanco negro y lo negro blanco es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto; poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquier niña cree que su novio tiene talento, buen porte, fortuna, virtudes á granel y porvenir risueño, magüer sea zote,

cojo, pobre, vicioso y vagabundo. Y todo galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita ó de záfiro, perfil helénico y labios elocuentes, aunque sea insípida, posea ojos desteñidos, nariz sionista y labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la facultad de juzgar está reducida á cero ó poco menos. Por ende no se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu, mientras dura su amor.

Otras perturbaciones más graves se observan en ellos, aproximando el amor á la locura: la obsesión y la idea fija, cuyas definiciones incompletas pueden leerse en los tratados de patología mental.

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren á la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía aletear como ellos; si un manjar sabe á miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contacto frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo ó de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agreste de ninfa va á salir de entre las frondas, como en

una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como á Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado á frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

Junto con la idea fija se organiza la obsesión, ineludible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página de libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y salta las líneas: todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale á escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva.

¿Trabajar? Un enamorado sólo conserva aptitudes para amar. Si es abogado enredará sus pleitos, si médico olvidará la hora de sus consultas, si barbero degollará á sus clientes, si tabernero servirá petróleo por manzanilla, si prestamista (¡ni ellos se libran de esta enfermedad!) olvidará cobrar su tanto por ciento.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades

suelen beneficiar á los pacientes—la tuberculosis embellece á Margarita Gauthier, la histeria ilumina á Santa Teresa, la locura inspira á Hamlet,—el amor favorece á algunos enamorados. Este privilegio corresponde á los artistas; y es justo, por ser ellos los más sensibles á la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir «Tristán é Isolda», Petrarca al rimar los sonetos á Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos: las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

La clínica enseña que no hay enfermedades sino enfermos. En el mismo sentido puede afirmarse que no hay una enfermedad de amar sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño, en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado. En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión, la raza, la intelectualidad, la posición social, el clima, el temperamento, la oportunidad; ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes «clínicos» de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las condiciones morales de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira.

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior á todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél paga con su vida el precio de un amor absoluto, ó ve triunfante un rival, ó siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wagner, de Barrés y de D'Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un rayo único de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos, con simpatía y con piedad, mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas; parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje lapidario los clasifica y rotula: para él sólo son diversas formas clínicas de una misma enfermedad.

El mal cura á menudo; rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis ó delirios.

Cura por tedio ó por hartazgo, gradualmente, «por lisis»; ó bien cura por celos ó por dignidad, repentinamente, «por crisis».

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega á sobrevivir un par de años en el consorcio; se refería, naturalmente, á los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia la amistad completa no siempre sobreviene con tanta prisa como el amor huye. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan á ella. Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis; son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas; sólo una ó dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno ó dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda

la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

El trágico fin del amoroso príncipe puede interpretarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos tísicos y cardíacos se suicidan para escapar á la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven partenopeo comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando á su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en este continuo padecer del que vive atormentado por una idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final á la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, «como debiera ser» si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora....

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

LAS MANOS DE ELEONORA DUSE [1]

Viena, 1906.

La línea cumple en ellas el prodigio más unánime; la gracia desgrana mil sonrisas en la exquisita virtuosidad de sus movimientos; el ritmo culmina en trepidaciones inagotables; la intención sutiliza sus matices más persuasivos. Palpita en ellas una elocuente profundidad de vida: ora combustión de pasiones, ora pavor de tragedias, inacabable desmayo de ternuras, ayes estertorosos, languideces supremas, ansias incontenibles, alternativamente. Razonan, embriagan, seducen, conmueven, convencen.

Agita en cada mano la mitad de su alma.

Manos que viven y piensan y aman y lloran é impetran: no tienen iguales. Esfúmase en ellas la gama sentimental de más ricos semitonos, exclusiva-

En vano peregrina el recuerdo y la imaginación divaga. La belleza, la elegancia y la fuerza conciér. tanse en ellas con plena armonía: humanas pupilas no vieron jamás dos estuches de emoción labrados

---

(1)—«Entre todo lo que han dicho de mi, nada me ha sido tan grato como las páginas que Ingegnieros ha consagrado á mis manos». *Eleonora Duse,* en París, 1907. (Interview de Enrique Gómez Carrillo).

por más sabio orfebre. Son obras maestras que aniquilan en germen cualquier parangón, hermanas gemelas de una estirpe que en ellas se inicia y termina.

Su físico es de hadas. El brazo parece brotar entre mangas de sedas de Esmirna, cual de una hamadríade que vagara en el sendero de un bosque desierto, donde ni sombras de faunos pudieran perturbar sus meditaciones amorosas. Cuando se mueve conoce el secreto de complicadas actitudes; cuando reposa ostenta la misma desgairada elegancia de madame Recamier en el cuadro admirable de David.

De tal brazo ellas nacen como abanicos á medio entreabir; y decora la punta de cada varilla, coqueta y flexible, una gema rosada, orgullosa en su engarce. Cuando la pasión las empurpura diríanse esculpidas en ónice rosa de Escocia; cuando las hiela el enojo, torneadas en marfil impoluto; cuando la agonía las invade, talladas en mármol violáceo de Tynos. Cambian á compás del voluble corazón que late. Ya están frías como el desdén y la deshonra, ya tibias como la pechuga de un pajarillo en celo, húmedas como párpados en efusión de congojas, secas como labios mordidos por la fiebre. Cuando entreabre los cinco dedos sobre el seno mórbido ó sobre un albo teclado, como un heliántropo besado por un rayo de sol, no sabría decirse qué es: una atercio-pelada estrella de mar arrancada al abismo por una ondina caprichosa ó una viviente blanca flor cogida por Pan entre el boscaje para ornar las sienes de Syringa perseguida.

La riqueza de sus gestos se esparce en inextinguibles sinfonías de movimientos.

Ora son indecisos, como los labios de un efebo que entrega su amoroso corazón en el temblor del primer beso; ora absolutos como el deseo vehemente de una mujer que adora; inciertos como el abrazo de una infiel; subrepticios como la palabra del que ya no ama y aun engaña. Son gestos innumerables y proteiformes: sonrientes como la esperanza, entrecortados como la ansiedad no satisfecha, melancólicos como el crepúsculo en la pampa, ingenuos como la fe, mustios como una amapola que agoniza sobre un seno hermoso.

Si su alma está risueña las manos se animan, como juguetes de gnomos enloquecidos de amor y de jarana; si distraída cascabelean al vibrar, como un aleteo de avecillas entre las espigas de una mies madura; si doliente, ellas recorren todos los matices de una melopeya sentimental, intérpretes expresivos de su angustia y pesadumbre.

Cuando su corazón se inquieta comienzan á revolotear como alas imprevisoras que abanican el aire sin violencia. Después se pliegan sobre sí mismas, cadenciosamente: así el apagarse de un arpegio en las sonatas en tono menor, así la interna murmuración del favonio que se desliza furtivo entre los pétalos de una eglantina.

No ignoran la expresión de ningún sentimiento humano. Son divinas é infernales, castas y voluptuosas, tiernas y violentas: todas las manos del universo están «esenciadas» en las suyas. Extinguidas de romanticismo cual las ve Burne Jones, sensuales co-

mo las sintió Murillo para sus vírgenes, viciosas como las que pone Anglada á sus mujeres de Montmartre, ensortijadamente aristocráticas las de Ingres, exiguas y frágiles en las damas de Gainsbourough, transparentes de poesía las de John Sargent, tranquilamente desmayadas las que en sus telas insinúa Puvis de Chavannes.

Ora la mano se crispa como garra que se clava y no suelta, rasga como lima que muerde, se aliviana como espuma flotante, se tuerce como espasmo que desespera, se enarbola como enseña que llama, se aprieta como un nudo sofocador, se oculta como estrella que se apaga, avanza como un puñal vengativo, crepita como antorcha incendiaria, se vuelca como lluvia inundante, desborda como alución devastador, voltigea como torbellino que arrasa. Es lúgubre y serena en el delito; empuña el arma con donaire, como la mano del Perseo de Benvenuto Cellini: tranquila sobre la espada que decapitara á Medusa. Es, también, orgullosa y humilde en la ternura; no perdería su garbo si le tocara sostener á un Jesús inmutable, como la Virgen de la Pradera de Rafael.

Es, empero, suprema en el amor. La mano fué siempre el más elocuente mensajero y el más indisoluble nudo amatorio. Julieta nació á la dicha cuando Romeo tocó su mano ingenua. Siempre el corazón lleva su fuego á las manos; y éstas atraen como al hierro dulce el imán, como á la abeja el polen, como al toro la capa de escarlata. Así esparcieron el amor sobre el mundo las manos transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí que buscaban en la obscuridad, tropezando como dos mariposas ciegas; las manos embriaga-

doras de Manón y las satánicas de la Montespán, insaciables pulpos de voluptuosidad; las manos inseguras de Mme. Bovary, traidoras de su ilusión antes que el labio, engañando al propio corazón incomprensible; las soñadoras de mil Ofelias y Eloísas, adelgazadas por el amor que enfiebra su apretón de manos. ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire á las gárrulas manos de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio — discreto elogiador de manos—al resumir en las de Silvia Settala toda la poesía de la belleza y del amor...

Son nidos de caricias. Ora sencillas, para acariciar ángeles vaporosos cual los de Luca della Robbia; ora complejas, insuperables para despertar dormidas sensualidades. Podrían deslizarse sobre un cuello con más suavidad que un filo de guillotina; ó pasear ágilmente por sobre los huesecillos de las vértebras sembrando el calofrío, como una felpa á contrapelo; ó esparcir sobre un busto efébeo el ajetreo de mil cosquillas interminables, convirtiendo la piel en teclado armonioso bajo la yema de sus dedos.

Manos hechas para prestidigitar corazones, para estrangular dulcemente cuellos anserinos, para animar nivosas cabelleras centenarias ó peinar rulos de poetas soñadores, para hilar el purificador que cubre el cáliz, para domar leones, para tejer coronas, para ofrendar guirnaldas, para impartir bendiciones, para saludar á los hombres, para dar filtros de amor, para desvanecer sombras, aplacar iras, disipar dudas, destruir conjuros.

Manos destinadas á interpretar sentimientos absolutos, cuando la palabra no sabe traducirlos.

Leda, al verlas, pediríalas para acariciar el cuello de Júpiter transfigurado en cisne, como en la tela de Leonardo. El arpa eólica gemiría mejor bajo sus dedos que por la misma filtración del austro. La seda estrujada por tales manos podría estremecerse como el aire en la caña de una flauta ó quebrarse como un rayo de luz sobre un espejo.

Es tan fino el contacto, tan dulce el deslizar de su piel, que ganas dan de trocar la carne mortal por arena eterna, anhelando que esa mano cogiera un puñado y la dejara tamizarse lentamente por entre los dedos, como si éstos fueran una clepsidra animada y sensual.

Manos ejemplares, modelos de artista, merecen inspirar el numen de los trovadores y los músicos, de los coloristas y los modeladores. Mil cuadros, mil mármoles reflejan su línea y su tono en movimientos diversos. Cuando están quedas parecen de cera devota y ferviente, como la en que fundieron manos de vírgenes los primitivos, como las que pintaron Giotto y el Angélico, Filippo Lippi y Botticelli, Verrocchio y el Ghirlandaio. Si una de ellas señala el cielo con su índice, evoca la línea perfecta en que compiten el Mercurio de Juan Bolonia y el Bautista del sumo Leonardo. Juntas para orar y pedir, no envidiarían á las de Santa Magdalena de Timoteo Veti ó á las de la misma virgen que exorna La Natividad de Van der Goes. Volando en el aire, huyendo infidentes tentaciones de amor, son imprevisoras como las de Dafnis seguida por Apolo en la obra maestra de Bernini. Resueltas á la acción, tendidas como arco dispuesto á fulgurar su flecha, am-

pliados los brazos en gesto absoluto, unánime, igualan el soberbio ademán de la heroina que separa á Sabinos y Romanos en la clásica tela de David. Firmes y seguras, diríanse las de Judith llevando la cabeza de Holofernes, en el cuadro de Allori. Cuando la alarma las llena y conmueve, supónese que las vió Rubens antes de inmortalizarse en el Rapto de las hijas de Leucipo. Otras veces las sacude intermitente emoción y el pulso altera su ritmo, como la diestra de la finísima dama de Fragonnard que graba en un tronco la Cifra de Amor. Y más, aun más expresivas, se esparcen y se anudan, minuto tras minuto, como las inenarrables—abiertas las unas, cerradas las otras,—eternizadas por Bouguereau en la Virgen Consoladora.

Todas parecen fijar en el tiempo un minuto de las suyas instables y eternas. Un sólo momento de inquietud perfecta, pues tales como son, vivientes, sonrientes, elocuentes, no están en parte alguna, ni se encuentra su molde en las más pristinas obras del arte humano.

La Venus de Milo ha perdido las suyas.

¿Las recogió algún misterioso Lohengrin, fascinado por sus primores, llevándolas á un remoto Monsalvado para infundirles vida y encarnarlas en esta viviente transfiguración que arrastra al éxtasis, al paroxismo?

No pueden ser otras. O la belleza tiene incógnitas cuyo enigma nos será perpetuamente insoluble.

UNA HORA DE EMOCIÓN

Montecarlo, 1906.

Obsesionado por el vertiginoso rodar del oro sobre el tapete, el jugador fué presa de un vértigo sobrenatural que le ausentó de las miserias mundanas, como si el voltejar intermitente de la ruleta fuese un placer de estetas ó de dioses.

Imaginaos todas las fantasías que pueden atropellarse en un cerebro de artista sobre un tema sinfónico en la gama del amarillo más esplendente: el deslumbrador reflejo de una aurora que se pulveriza sobre un trigal maduro; la visión de una crujiente plancha de acero llevada al rojo blanco en la fragua de un Vulcano implacable; los resplandores de un vasto incendio crepitante bajo la tranquilidad de un mediodía estival; un tupido jardín de mirasoles reverenciando, unánimes, al triunfante sol meridiano; el dorarse de las crestas abruptas por el tímido beso de un amanecer suavísimo; el solemne orecer de un ocaso sin nubes sobre un océano en calma; una copiosa cabellera de Afrodita rubia desplegada sobre el hombro de un amante insaciable. Toda la gama de imágenes que pueden relampaguear en la mente de un artista sobre la ilusión del amarillo más radioso: de la mies, de la llama, de la aurora, del sol, del oro, todas se

sucedieron como un vértigo en la cerebración instable del jugador impresionado.

Fué una avalancha alucinante, una «sinfonía en rubio mayor», como la cantaran Baudelaire ó Mallarmé, como la pintaran Whistler ó Manet.

El gárrulo retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa: mágico sonar de campanillas sutiles, ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de media noche, rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales: acaso la reducción de una sabia fuga de Bach, ejecutada por gnomos alegres en un clavecino de cuerdas tensas hasta lo infinito. El oído complicaba así las alucinaciones de su vista. En su cerebro una imagen sucedía á la otra walkirianamente, como aparecen las visiones en los cuentos de hadas, como se forjan y disipan los acontecimientos en el desbarajuste fantástico de un sueño acicateado por el haschich.

Sus manos entraban y salían del montón de oro que apenas cabía entre sus brazos, cual si estuvieran amasando un mitológico pan áureo, como si se lavaran en una imperial jofaina digna de Domiciano ó de Nerón. Las monedas no tenían valor alguno; el oro no valía como oro, sino como elemento material de emoción y de belleza. Las placas de cien francos y los luises eran simples manchas de color en el «capricho» de un Goya extraordinario, notas en la armonía refinada de un Grieg profundamente frívolo.

La fortuna desbordó como un aluvión. Un luis, cincuenta luises, mil luises, más de tres mil luises. No había fichas ni billetes sobre los números: oro, todo oro, puñados de oro, pilas de oro, montones de oro. El tapete verde parecía, primero, un hesperidio jardín; después, como por arte de encantamiento, la verde fronda se cuajó de frutos áureos, de tantos frutos que era ya imposible ver el fondo de las hojas, como el friso decorativo que ornara una composición arcaicamente idílica de Puvis de Chavannes. El tapete aluciaba. Un millonario yanqui distraíase en la otra mesa con aparente desgano; tenía entre sus brazos quinientos mil francos en oro. Ante el pagador era un ir y volver de cajas llenas de luises y placas, relumbrantes como espejos feéricos. Los escudos habían desaparecido; hubiera sido vergonzoso jugarlos en tales mesas.

El jugador era novicio, virgen acaso. Compró veinticinco luises y sin sentarse arrojó uno sobre el número de sus años. La bola pareció simpatizar con su inexperiencia y fué á caer en el número apuntado. El jugador dejó cinco luises en el mismo sitio: el número se repitió. Los cuatro mil francos, ganados en menos de medio minuto, estorbaban ya sus manos. Repartió un puñado al azar; salió un número en que había muchos luises. Le entregaron casi diez mil francos, antes del segundo minuto.

Ocupó un asiento. Los otros jugadores comenzaron á suspender su juego; los coros callan siempre cuando aparecen las primeras partes. Le rodearon cincuenta curiosos: el yanqui entretenía á más de doscientos. Un amigo experimentado permaneció de pie, detrás de su silla. Fueron entonces las siembras

de placas, el flujo de discos relucientes que saltaban como gotas en aquel Iguazú de orfebrería.

El jugador estaba fuera de la realidad. No veía ni oía más que el tropel de sus imágenes mentales. Conservaba el bello gesto, con la sonriente serenidad que sólo es posible en la subconsciencia de la emoción. Sus ojos parecían estar envenenados por una pródiga dosis de santonina: veía sus manos brillantes y amarillas, las caras amarillas, los trajes amarillos, las luces amarillas, los números amarillos; el rojo y el negro eran amarillos también. Los puñados de oro caían sonoramente de sus manos, como si éstas agitaran sistros de la Hélada antigua. Tanto sembraba que en todas las puestas recogía puñados de oro, aunque perdiera. ¿Perder? Perder era un verbo sin sentido; jugaba para mover puñados de luises y placas, sin contar las puestas y sin calcular las diferencias del beneficio. El necio y el ingenuo juegan para ganar; un artista sólo juega para gozar.

En una recogida, al pasar su brazo como una hoz sobre el tapete, rodaron al suelo varias placas, dos ó nueve. Un sirviente las recogió; iba á incorporarlas al cauce cuando un gesto le significó que las guardase, sin averiguar cuántas eran.

Antes de media hora tenía más de veinticinco mil francos. Su amigo le tocó el hombro:

—Levántate...

—No. Como dinero, es poco. El placer de la emoción vale mucho más. Con esta suma no puedo comprar mi libertad, no puedo eludir la obligación de trabajar para vivir. No es el millón de duros que necesito...

—Levántate, no seas ingenuo...

—¿Ingenuo? Artista debes decir. Mírame en los

ojos; ve en ellos la emoción del que se deleita frente á un paisaje hermoso. Esto no es una industria ni un negocio; esto es una belleza. Ninguna belleza tiene precio; no lo tiene el Partenón, ni un canto de Homero, ni la Venus de Milo, ni el amor de madre, ni la Gioconda de Leonardo, ni el huracán sobre el Monte Blanco, ni un volumen de Paradojas, ni un crepúsculo sobre el Foro Romano. Esto es también una emoción, una emoción de belleza, de belleza unánime...

—¡El treinta!—interrumpió una voz.

Había sobre él una placa plena y cuatro «á caballo»: diez mil francos de ganancia.

El amigo, insensible á las razones artísticas, se resignó ante ese argumento irresistible.

Como libélulas vaporosas que tienden sus alas gráciles hacia una luz intensa, abriéndose paso por entre los curiosos, cinco ó diez mujeres elegantes le cercaron, abanicándole con las plumas coquetas de sus sombreros y envolviéndole en su halo doblemente embriagador: esencias floreales y perfumes de carne joven. Las jugadas se sucedían rápidamente; en los brevísimos intervalos las damas le enderezaban felicitaciones, consejos y galanteos. El jugador las miró apenas y volvió los ojos al tapete; no eran la Montespán, la Pompadour, ni siquiera la princesa de Chimay. Quince tontos anotaban las jugadas en sus libretas; eran perdedores profesionales, según lo decían sus caras macilentas, dignas de ornar un Purgatorio dantesco. Un judío, prestamista sin duda, se estremecía de envidia. El *croupier* estaba impasible. El amigo palidecía y temblaba. El jugador no com-

prendía un ápice, profundamente distraído por el exceso de atención.

Durante varios minutos la suerte se mantuvo indecisa, como paloma mensajera que aun no puede orientarse. En seguida volvió á ser favorable seis ó diez jugadas. Las bellas mujeres se acercaron más, hasta oprimirle con sus curvas temblorosas de juventud y de deseo. El prestamista clavaba en el oro sus ojos desmesuradamente abiertos. La esposa del americano que se distraía con quinientos mil francos dejó su sitio, se aproximó y le dispensó el honor de mirar su juego durante un par de minutos.

—¡El cero!

No había una sola moneda. El empleado recogió treinta ó cuarenta placas de cien francos. El jugador colocó cinco sobre el cero, cinco á los cuatro primeros números y tres pilas de luises «á caballo» con el as, el dos y el tres.

—¡El cero!

El jugador sonrió levemente, como un niño terrible que acierta una ocurrencia. Más de cuarenta curiosos abandonaron al yanqui y acudieron á su mesa: las fragilísimas cortesanas le estrecharon aún más, como ciñen á una gema los dientes del engarce.

Todo el atractivo de su juego eran la rapidez del éxito y la visible irreflexión con que esparcía las puestas. ¿Estaba emocionado? No se veía, pero lo estaba profundamente; el oro—no el dinero—tiene esa virtud. ¿Recordáis la prodigiosa página de D'Annunzio, en la «Ciudad Muerta», cuando el protagonista refiere el hallazgo de los sarcófagos de oro entre las ruinas de la ciudad helénica? La fantasía del sumo creador de imágenes ha poetiza-

do—sin poderla exagerar—la emoción de los primeros ojos que vieron el hallazgo de Enrique Schliemann en las ruinas de Micenas.

Sucediéronse varias jugadas desfavorables. Una mano inquieta le asió del brazo, como una garra, mientras corría la bola.

—Vamos, no seas caprichoso...

La bola dió su respuesta irónica, entrando en un número lleno de oro. El jugador miró á su amigo, sonriendo.

—¡No importa! ¡Vamos! insistió el otro, sin comprender la absoluta inutilidad de sus palabras.

El imán era demasiado poderoso y el hierro harto dulce. El jugador no se movió; aparte su placer interior, tenía público y no podía defraudar la curiosidad de cien miradas.

Hubo pocas alternativas. En pocos minutos no le quedaban ni cinco mil francos.

Vamos...

—¿Por qué pretendes interrumpirme este goce de perder?

El jugador se puso de pie, satisfecho y sonriente; repartió su oro en una sola jugada y echó las manos en los bolsillos.

La bola partió, veloz como una flecha disparada por Diana contra un centauro descortés. Rodó levemente, y rodó, y rodó,—¡rien ne va plus!, gritó una voz,—y entró en la rueda con estridores de juguete infantil; tropezó en un número, ¿cuál?, dió un brinco, pasó al lado opuesto, volvió á saltar, dió otro salto más pequeño, tropezando en varios números antes de caer en el preferido: como cae un chico travieso fatigado por sus correrías.

El espectáculo había terminado. Ya no había placas en la mesa; el público jugaba escudos y luises. Los curiosos habíanse dispersado. Las mujeres galantes no estaban allí; habían huído como las mariposas de una luz que se apaga. El judío mostraba, como antes, su cara de Harpagón en acecho. En la otra mesa el yanqui proseguía su distracción abundante y monótona, barajando su medio millón inagotable.

—Eres un caprichoso...

—Soy apenas un artista y me encantan las emociones bellas...

—Perder...

—Es mejor que ganar. Se goza más. Embriaga más, ciega más si quieres, pero es más emocionante, más bello. ¿Qué habría hecho con tres mil luises? ¿Habría podido comprar un minuto de esta bella emoción?

Para algunos temperamentos esa es la verdad. El orgullo más grande es saber perder.

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos suculentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y de Barbera que abrevarían sus fauces insaciables: huelga decir que ignora el Falerno de los césares. El artista, en cambio, vive de emoción; la vida sólo merece vivirse á precio de la diversidad continua y

de lo inesperado permanente. Sólo es bueno tener dinero para gastarlo con provecho: comprarse una bella emoción es la mejor manera de gastarlo.

El problema queda reducido á ésto: ¿perder dinero en el juego es una bella emoción?

Sin negar que también lo sea ganar,—cuestión de temperamento,—perder es magnífico. Modos de ver, al fin. Ganando goza cualquier espíritu inferior. El rebaño goza cuando crece el pasto, que es su ganancia; goza el labriego cuando sube el precio de la alfalfa; el tabernero cuando sus vecinos beben más alcohol que de costumbre; el propietario advenedizo cuando se elevan los alquileres; el prestamista cuando vence el plazo y no se retira la alhaja empeñada; cualquiera cuando gana la lotería. Todos ellos quieren ganar dinero por el gusto de ganarlo y de tenerlo, asegurándose el pan y el techo para la vejez. Un espíritu amante de la vida intensa ve las cosas de otro modo. El dinero no es un fin, el pan de la vejez no es un problema. La vida es un hecho actual, independientemente del porvenir; es necesario vivirla intensamente, ahora por de pronto, mañana si es posible. El placer actual, realidad indiscutible, no puede sacrificarse al problemático mendrugo futuro; por eso muchos artistas mueren pobres: pero han vivido su vida. El dinero sólo pueden ansiarlo como instrumento para satisfacer la innumerable serie de placeres concebidos por su fantasía.

Los ingenuos objetarán: el juego es un «placer inútil». El adjetivo inútil no puede calificar al substantivo placer; «placer inútil» es una simpleza.

Lo útil es el negocio; el placer no tiene por

qué ser útil y el juego es por definición una cosa inútil. Para el carnero, el labriego, el tabernero, el advenedizo y el prestamista ¿hay nada más inútil que escribir la Iliada, pintar la Cena, modelar el Moisés ó edificar el Partenón, si por ello no se gana dinero? Para el criterio burgués, Homero, Leonardo, Miguel Angel y los arquitectos de Pericles fueron grandes perdedores de tiempo si no cobraron por su trabajo: ¡cuántos platos de lentejas podrían distribuirse con el precio de una columna del Partenón!

La belleza no puede medirse por su utilidad en metálico; la emoción que nos proporciona vale por sí misma y nó por el provecho material que nos reporta. ¿No pagamos para oír una sinfonía de Beethoven ó una ópera de Wagner? ¿No pagamos para visitar el Foro Romano, la Galería Pitti ó una exposición de arte moderno? ¿No pagamos para liegar hasta el Niágara ó el Iguazú?

Y bien, un jugador se paga su emoción de belleza en la forma que la siente. ¿Goza perdiendo? Pues á perder; para él eso es lo mismo que pintar para Leonardo y esculpir para Miguel Angel.

El juego arruina, se objetará, y es exacto. ¿Cuántos hombres viven y mueren pobres porque aman las bellas artes? ¿Cuántos se arruinan por el amor de una mujer, que es para ellos la más hermosa? ¿Cuántos por ver de cerca el cráter del Vesubio ó por contemplar el mundo desde un aeróstato inseguro?

El juego solamente es hermoso y respetable cuando se está dispuesto á perder, cuando sólo se busca en él una bella emoción.

Jugar para ganar es una forma sencilla de la

avidez, digna de filisteos y de domésticos; no jugar por no perder, es una impotencia ó una inferioridad, como la del que no asiste á una ejecución de «Los Maestros Cantores» por no pagar el precio de la butaca. Jugar para perder es un bello gesto, como lo es toda satisfacción de un deseo, por caro que sea su precio.

Dicho queda, con ésto, que ninguna persona razonable debe ir á Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es perder y solo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo sólo ganan los accionistas y cada jugador contribuye á amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada á Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir á jugar, los que ignoren la locura que acompaña á esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo «El jugador», de Dostoyevsky—cuadro perfecto—y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio.

Lo peor es que miente el adagio: «desgraciado en el juego, afortunado en el amor». En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

UN CÓNCLAVE DE PSICÓLOGOS

Roma, 1905.

La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios, entre los evocadores museos capitolinos, contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Angel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.

En la vasta sala parecían murmurar remotos ecos triunfales del Capitolio antiguo, mezclados con el cercano rumor de las grescas políticas que conmovieron el Capitolio moderno, teniendo como escenario ese mismo recinto. Por las grandes ventanas abiertas frente al azul clarísimo el sol volcaba en frágiles transparencias sus olas de luz y de tibieza; el cielo que sedujo á Taine y á Stendhal parecía complicarse en la bienvenida que Roma daba á los sabios de todos los países, cubriendo con dosel dignísimo el homenaje que les preparaba la eterna ciudad, invicta á través de los siglos y de las devastaciones.

Las fisonomías de los peregrinos desbordaban sonrisas frente á la mañana clásicamente hermosa y cabe aquellas paredes doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos á los descendientes de los bárbaros que otrora vinieron del setentrión sobre la penín-

sula con el ímpetu del río que se desborda ó del alud que se precipita, destruyendo las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las encantadoras colinas, desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza.

Aquéllos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que ayer hacían resonar bajo los cascos de sus potros desenfrenados, hoy llegan sobrecogidos de admiración y de respeto. En la invasión de los modernos extranjeros la mueca y el gesto del bárbaro se han transformado en sonrisa y genuflexión ante las ruinas, elocuentes en su mutismo solemne. En estas caras de sabios que ajó la fatiga de los laboratorios y de las clínicas, en sus ojos hondos y brillantes por tantas noches de meditación insomne, en las frentes que se dirían abovedadas por la perenne rumiación de las ideas, parecía resplandecer el goce de un voto cumplido místicamente. Pues hay en ciertos congresos científicos un ambiente de fe, un tono de peregrinación, como si realmente aquellos acudieran á postrarse ante los imaginarios altares de *la nouvelle idole*, para usar el afortunado epíteto de François de Curel.

La ciencia, en verdad, realizaba allí algunos milagros. El profesor ruso Abrikosoff departía cariñosamente con el diputado japonés Motora, olvidando que en el Oriente remoto la sangre teñía las manos de dos pueblos enredados en una ciclópea experiencia de crueldad y de progreso. Flechsig y Janet trituraban en un cordial apretón de manos la vieja herrumbre francogermana. Vaschide y Gheorgow confundían en una misma aspiración científica el alma rumana y la búlgara. Henschen,

un sueco grande y lírico, trajo el saludo simpático de sus nieves á la Italia floreciente en su más risueña primavera; el viejo James, en su áspera fuerza de centauro yanqui, representaba allí la vida intensa y fecunda. Y, por fin, una voz llevó hasta el Capitolio el eco de la raza fuerte que está surgiendo en las pampas americanas, proclamándola adornada por todas las pujanzas de la juventud. En cada palabra extranjera oíase la nostalgia del terruño: desde lejos es más fuerte el amor al propio país, siempre desconocido ó menospreciado por los hijos que lo habitan; así también muchos nativos de Roma suelen apagar sus vidas de cien años sin haber visitado una sola vez las ruinas del Foro y de la Villa Adriana.

Italia estaba generosamente representada. Su vieja guardia confundíase con la numerosa legión de los jóvenes. Desde Sergi hasta Morselli, desde Bianchi hasta Luciani, Sciamanna y Tanzi, Ferri y Lombroso, Mantegazza, Fano, Mosso, Mingazzini, Marro, Virgilio, Tamburini y cien más.

La afinidad atemperaba el cariz solemne del recinto y de la ceremonia. La primavera esparcida en el frescor de aquella mañana extraordinaria se desposaba místicamente con el amanecer de una fe vigorosa, la fe en la ardua labor de la investigación científica. Por momentos la estatua de Benito XIV parecía estremecerse interiormente, como si comprendiera que ese nuevo credo era distinto del que llega á su crepúsculo arrodillándose entre las naves de oro y lapizlázuli de San Pedro. Otra fe anunciaba allí su aurora, en nombre de ideales fecundos para la vida, servidos por métodos que orientan hacia el conocimiento objetivo de los seres y los fenómenos del universo.

Durante dos horas interminables, mirando los párpados apagados en el frío de la estatua, parecía descubrirse en el mármol un esfuerzo violento y tenaz, como un deseo de cerrar los ojos ante aquella página de historia humana, diminuto reflejo de esa ley universal que sobrepone el mañana al ayer, la juventud á la vejez, la vida á la muerte.

Dos discursos doctrinarios caracterizaron la ceremonia inaugural; el uno pronunciado por el Ministro de Instrucción Pública, Leonardo Bianchi, y el otro por el sabio José Sergi, presidente del Congreso. Después hablaron varios delegados extranjeros; esta ocasión sirvió á pocos para salir lucidamente de su relativo incógnito y á muchos para ponerse en ridículo, mascullando los eternos cumplidos de etiqueta en idiomas inaccesibles ó en una caricatura verbal del italiano que avergonzaría hasta el rojo púrpura las mejillas de los artífices de la Crusca.

Leonardo Bianchi, magüer sea ministro, es un sabio psiquiatra italiano, autor de un modernísimo tratado de las enfermedades mentales. Representa menos de sesenta años y piensa como un joven de veintiocho; olvida que es ministro entre los sabios y tiene para todos una palabra gentil, una confianza de camarada. De la Argentina sólo conocía el nombre y los libros de un alienista á quien cita en su monumental tratado, siendo inútil repetir su nombre aquí. Su discurso fué denso, atrevido, terminante; es un valioso documento de cultura y un jalón fundamental en los rumbos científicos de la psicología moderna.

Dijo que ya no estorba nuestro camino el espiritualismo clásico enmarañado por las distintas facultades preconstituidas en el alma, ni las teorías de la escolástica nacidas al calor del sentido común antes que del buen sentido, ni el antiguo asociacionismo que imprimía un carácter estático al alma humana; esas diversas tendencias han sido corregidas ó reemplazadas por las doctrinas del evolucionismo biológico, que señaló otros horizontes y métodos á las nuevas generaciones.

El pensamiento filosófico abstracto, sea cual fuere su contenido, recorrió ya su ciclo. Fué luz en la obscuridad de los tiempos; pero, en rigor, sólo representaba la conciencia mística de la naturaleza individualizada. Leibnitz, Spinoza, Kant, Descartes, Rosmini, Hegel y otros, cumbres preclaras del pensamiento filosófico, son puntos de orientación en la historia de un período instable é impropio para el análisis objetivo de la naturaleza.

Ahora el pensamiento se vuelve sobre sí mismo, desciende de las cimas culminantes y con frecuencia inaccesibles de la metafísica, encuentra su casa, descubre sus usinas, las recorre una por una, las examina obstinadamente: así la naturaleza se reintegra en su *propia* dignidad. El método especulativo está destronado.

El pensamiento es un modo de energía biológica; la conciencia es una de sus maneras de manifestarse; el cerebro es el órgano destinado á espiritualizar la naturaleza, á reunir imágenes de las cosas externas, á asociarlas y conservarlas. El pensamiento, pues, refleja y resume el medio ambiente en que se desarrolla, registrando su historia. Considerado como fuerza, es uno de tantos modos del movimiento y

está gobernado por leyes que también rigen la transmisión de las demás; considerado como función, emana de órganos, y por eso la psicología ocupa un lugar en los dominios de la biología.

Estas ideas fundamentales fueron desarrolladas ampliamente en el discurso oficial del ministro Bianchi. Y para que su audaz oración fuera completa, integrando á la ciencia con el arte, recordó que en esa misma hora se inauguraba en Venecia la Exposición internacional de Arte moderno. Allá convergían las formas infinitas de la belleza, aquí los frutos maduros del pensamiento que la naturaleza almacena en los cerebros; allá era la fiesta del sentimiento estético en la simpatía de los sentidos, aquí la victoria de los hechos en la simpatía de las inteligencias: dos tendencias, dos maneras del ser: la «belleza» y la «realidad». Y terminó enviando un augurio de los sabios á los artistas, para que el arte y la ciencia se complementen en la cultura de los pueblos y sean solidarios en su misión social. Ellos son la fuerza qué traspasa las fronteras de las naciones y tiende el vuelo sobre las diferencias de raza, pues toda el alma de la humanidad está siempre orientada hacia lo Bello y hacia lo Verdadero.

Es honroso para la cultura italiana que un ministro pueda expresar sin reticencias la modernidad de su pensamiento. Entiéndase bien: un discurso oficial, del ministro de una monarquía, al pie de la estatua de Benito XIV.

Sergi está en ese punto de la vida en que los abuelos tienen nietos menores de diez años. Hay cierta amable travesura en su bondad; sonríe siem-

pre, pero con mesura, como si temiera que sus labios sufriesen por cualquier risa violenta. Es cariñoso, apacible, ligeramente protector; esto último suele disculpársele en homenaje á su mucho saber y á sus tranquilas canas. Si gusta de una persona suprime límites á la confianza y al respeto, se torna camarada y en un par de días se impone el tutearlo familiarmente.

Su discurso fué tan preciso como el anterior. Para Sergi un fenómeno psicológico es un hecho harto complicado si se consideran los factores que lo determinan. Depende de órganos que encontramos en el encéfalo y en todo el sistema nervioso; de las condiciones biológicas del sér vivo, es decir, de todos los otros órganos y funciones de la vida, con las cuales está en íntima relación; de las condiciones del ambiente social, área en que el fenómeno se mueve y donde adquiere formas particulares ó comunes; depende, por fin, de una serie ignorada y obscura de antecedentes de la vida individual, es decir, de la herencia: residuos de generaciones que escapan á nuestra investigación y permanecen en la sombra.

Lo que sabemos de la psiquis humana sólo es una muestra superficial de actividades que escapan á nuestro análisis. Con frecuencia nos basta esa simple superficialidad, creyendo que ella es todo y nos dice todo; sin embargo, la conciencia sólo nos manifiesta el hecho elaborado, no el que se está elaborando. La psiquis seguiría siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de las ciencias biológicas y aun de la patología, la cual nos revela muchos fenómenos que pasan inadvertidos durante el funcionamiento normal. No es, pues,

superfluo el concurso de los anatomistas, fisiólogos, psiquiatras, naturalistas, sociólogos, en un congreso de psicología; todos son colaboradores y su esfuerzo colectivo puede revelarnos las maneras propias de la actividad psicológica y las condiciones que determinan ese trabajo funcional.

Esa labor no es un lujo de nuestra actividad psíquica ó un efecto de la curiosidad que impele á los sabios hacia al descubrimiento de los misterios de la naturaleza orgánica; esa labor es una necesidad de la evolución hacia el perfeccionamiento del hombre individual y social. Se predica el ascenso humano mediante la educación, pero nuestro arte de educar es todavía poco científico, empírico en gran parte; el arte educativo sería eficaz si arraigara en el conocimiento de la naturaleza humana. Ésta será una fecunda aplicación de la psicología moderna.

Una de las sesiones generales del congreso presentó singular interés. El profesor Lipps, de Mónaco, desarrolló el tema «Los caminos de la psicología». Su discurso tuvo una franca entonación metafísica, pues Lipps es uno de los jefes de la tendencia contraria al método puramente experimental. Distinguió dos formas de psicología: la una estudia las modificaciones de cada personalidad, la otra investiga la unidad fundamental del espíritu. Así como la ciencia natural no puede subir desde el examen de los fenómenos externos hasta su íntima realidad y sus causas últimas, también debe distinguirse en psicología el estudio de los fenómenos que se producen en la conciencia y el estudio

del yo «en sí mismo»; este último sería el objeto de la verdadera psicología. Colocado sobre este carril de transcendentalismo, Lipps resbaló hasta afirmar que la psicología debe convertirse en una disciplina puramente filosófica; criticó intensamente la psicología fisiológica, pues pretende explicar los fenómenos del mundo interior fundándose sobre los datos externos, concebidos y elaborados mediante actividades puramente psicológicas. Por eso, cuando se pasa al estudio del fenómeno psíquico en sí mismo se entra á la metafísica, que abarca á la psicología y á todas las ciencias.

Esta marejada de idealismo filosófico encontró su eficaz rompeolas en el espíritu científico predominante en el congreso. Lipps se libró de muchas críticas porque habló en alemán y con escasa elocuencia. El profesor Ahars, de Cristianía, avanzó algunas críticas sencillas y eficaces; pero correspondió á Hoffer, de Praga, el discurso más importante de la jornada.

Evidentemente conmovido, con lágrimas en los ojos, manifestó la profunda impresión que le causaban las palabras de Lipps, considerándolas como una condena del trabajo á que él había consagrado veinticinco años de su vida. Esta hora, dijo, es solemne, tiene un gran valor histórico, es la hora en que debemos decir si conviene renunciar á nuestros métodos científicos y volver al kantismo, pues Lipps, como psicólogo, ha pronunciado el credo de un kantiano. Después de rebatir eficazmente el idealismo y la metafísica, reclamando para la psicología todos los beneficios del método científico, fundado principalmente en la observación objetiva y en la experimentación, terminó con estas palabras: «Nos-

otros, viejos, que otrora habíamos filosofado, hemos comprendido que era necesario ser y permanecer hombres de ciencia, en el momento preciso en que uno de los nuestros declara que desea ser y permanecer filósofo.»

Los que entendían alemán siguieron con verdadera emoción esta controversia, eco de la vieja lucha entre el idealismo filosófico y la psicología científica. Intervinieron en ella varios psicólogos, casi todos en sentido positivista. Sin embargo, al día siguiente, el profesor De Sarlo, de Florencia, en su disertación sobre «la psicología y las ciencias filosóficas», se manifestó en favor del método metafísico; después de terminado el congreso inició una polémica en los diarios, acompañándole Guido Villa, Benito Croce y otros profesores de filosofía.

Estas reacciones contra los métodos científicos —cuando no ocultan disidencias personales, como ocurre entre los contendientes italianos,—son el reflejo de esa ley de vaivén que Spencer pone como condición misma del progreso: ley de los atrasos parciales que, en definitiva, no obstan á la evolución. Sin embargo, recordando el reciente debate, se oye un vago rumor de inquietudes, el temor de que un paréntesis aletargue el adelanto de la ciencia, como si un vientecillo precursor de vendaval pasara por sobre el tejado de este flamante edificio elaborado en medio siglo de esfuerzos y de investigaciones.

William James, en un francés anquilótico y duro al oído, disertó sobre el concepto de la conciencia. Observó que la antigua distinción entre el yo y el no yo, entre el sujeto y el objeto, la conciencia

y lo extraconsciente, conduce á un dualismo que se encuentra en casi todas las teorías, más ó menos veladamente. La psicología acepta los fenómenos de la conciencia y los opone á los externos; pero no tiene el derecho de considerarlos heterogéneos. La percepción de una cosa y la cosa, son lo mismo; la realidad es la percepción misma: *illa est percepi*, como dijo Berkeley. Las impresiones que nos producen los objetos llamados reales y las que nos proporcionan la memoria y la fantasía independientemente de ellos, no son substancialmente distintas.

La conciencia es el punto de intersección entre dos órdenes de hechos que sólo difieren por sus nombres de externos é internos. La distinción entre objeto y sujeto es funcional.

Después de criticar los diversos sistemas filosóficos ante las conquistas fundamentales de la psicología, pesando las teorías dominantes acerca del concepto moderno de la conciencia, declaróse monista y positivista, corroborando sus declaraciones con argumentos y hechos expuestos con perfecta claridad, despertando viva admiración en aquella asamblea de sabios. James nunca ha vertido afirmaciones tan decisivas. Al terminar, una salva de aplausos cubrió sus palabras, iniciándose una discusión interesantísima.

Entre un murmullo de simpatía general, que hace honor á la tolerancia de los congresistas, desfiló hacia la tribuna la silueta enjuta é inteligente del ilustre profesor Buillod, viejo sacerdote francés que dirige en París una importante revista de filosofía.

La palabra fácil, el ademán severo, la elegancia en sus giros de expresión y en la manera de concebir sus ideas, todo influyó para que se le escuchara

con interés. Después de rendir homenaje al talento científico de James, objetó el concepto fundamental de su teoría y se detuvo en atinadas observaciones sobre los sistemas filosóficos de Spinoza y Descartes; como era de presumir, terminó declarándose dualista.

El profesor Lipps no aceptó la interpretación de James acerca de los fenómenos de la conciencia. Se declaró monista y partidario de la relatividad de todos los fenómenos. Hizo notar que su divergencia estriba en el criterio filosófico con que encara la psicología, criterio absolutamente distinto del que inspira á los psicólogos de laboratorio. No ve, por otra parte, la necesidad de imponer el monismo á cualquier sistema ó teoría científica. Terminó haciendo votos por que dentro de diez ó veinte años venga un gran cerebro filosófico á distinguir y fijar bien el dualismo desde el punto de vista científico, desarrollando á la vez el monismo en el campo de la filosofía.

César Lombroso, que ha llenado el mundo con su fama, es un hombre genial, pero no es inteligente. Le bastaría serlo, siquiera fuese á medias, para ser un verdadero hombre de genio. Su cerebro es siempre nebuloso, tal cual vez caótico: una pertua noche en tempestad. Por eso mismo resplandecen con más violencia los relámpagos que esparce el genio en su tiniebla. Lombroso tiene esa peculiaridad mental: chispazos geniales y falta absoluta de talento, entendido este último como la forma superior de la inteligencia educada.

No piensa, adivina; juega al gallo ciego con las ideas científicas. Ha tenido algunas intuiciones ver-

daderamente geniales. Bastaría citar, entre las más notorias, la importancia real del estudio de los delincuentes para comprender el determinismo del delito y la pretendida correlación entre el genio y la locura. Nuestro propósito no es hacer su estudio crítico. En ambas doctrinas tuvo precursores más ó menos definidos. Sus ideas cardinales, presentadas en groseros bocetos sin desbastar, fueron pulidas por la crítica eficaz de sus propios partidarios hasta adquirir contornos realmente científicos. Por sí mismo, Lombroso no habría podido crear un sólido cuerpo de doctrina ni iniciar una escuela sistemática. Carece de dos aptitudes fundamentales: el espíritu crítico que permite el análisis y el espíritu generalizador que hace posible la síntesis. Esos dos caminos, que conducen de la inteligencia al talento, nunca fueron abiertos en la tupida maleza de su cerebración. Es relámpago que rompe las negruras sombrías de la nube; es aquilón vigoroso que desmantela fortalezas seculares. Pero no ha sido ni será jamás un creador metódico ó un crítico sereno, ni un arquitecto de monumentos sólidamente inconmovibles, ni la monótona gota de agua que horada el granito con lentitud tranquila pero con eficacia irremediable.

La «escuela» de Lombroso constituye un fenómeno interesante de psicología colectiva. El profesor de Turín es el símbolo convencional de un partido científico. Nadie cree en él sin reservas, ninguno comparte sus teorías sin beneficio de inventario, pero todos le llaman maestro. Lombroso, además de ser una doctrina, es un símbolo, es el estandarte de una corriente científica nueva, fecunda en promesas y esperanzas. La primera impresión que causa

una tertulia de sus discípulos es de sorpresa: parece una asamblea de sacerdotes descreídos, un concilio de idólatras que le adoran por costumbre pero sin fe. Empero, á poco de tratarlos, detrás de ese aparente convencionalismo se descubre un cariño sincero para ese hombre canoso que ha luchado tenazmente y con rara pertinacia por el triunfo de nuevos horizontes que vislumbraba y no sabía definir. Ellos saben, y en voz baja osan decirlo, que Lombroso fué solamente un gran propulsor, un gran removedor de ideas, correspondiendo á otros la verdadera elaboración crítica y la generalización precisa de sus primitivos teoremas.

En el reciente Congreso internacional de Psicología, la escuela criminológica italiana sentó sus cuarteles en la Sección cuarta, junto con las aplicaciones pedagógicas y sociológicas de la psicología. Las sesiones fueron cuatro, presididas alternativamente por Sommer, Lombroso, Ingegnieros y Ferri. Durante el primer día los psicólogos criminalistas se preguntaban recíprocamente si vendría el maestro Lombroso; todo se alegaba para explicar su ausencia: la salud quebrantada, la edad, las ocupaciones, deberes de familia. Al día siguiente se afirmó que vendría, sin falta.

Concurrió, en efecto, á la tercera sesión, mientras ocupaba la presidencia el que estas líneas escribe.

Su físico no corresponde, por cierto, á su fama; una enfermedad reciente le ha desmejorado bastante, en complicidad con la vejez ineludible. Entró al aula un hombrecillo bajo, más bien grueso, de aspecto setentón, con poblado bigote blanquiamarillo y pequeña pera del mismo color; cabeza deforme, fisonomía como hay muchas, ojos abotagados, nariz

ornada por gafas, cuello grueso y flojo, cuerpo en forma de bolsa, piernas cortas y movimientos pausados. Su indumentaria es modesta aunque severa, siendo su pieza principal una levita ya verdinegra. Habla con leve acento dialectal, probablemente piamontés. Su cara ingenua y satisfecha parece tener una sonrisa para todos los presentes, pues en cada uno cree ver un discípulo ó un admirador. Cuando llega se oye un cuchicheo, todos se ponen de pie, un aplauso resuena y se le abre paso hasta la mesa de la presidencia. El delegado argentino, que preside la sesión, pronuncia algunas palabras saludando al precursor de la criminología moderna. Ferri, que está á su derecha, al terminar le pregunta en voz baja y con una sonrisa bondadosa: ¿Lo crees precursor solamente? El interpelado juzga prudente no insistir sobre las diferencias que existen entre un maestro y un precursor; agita la campanilla y declara abierto el acto. Lombroso, que está á su izquierda, retribuye el saludo que le hace la Sección cuarta por intermedio de la presidencia, encontrando frases tiernas y elocuentes.

Esta sección fué, sin duda, la más numerosa é interesante del Congreso, como debía ser en Italia, cuna de la moderna criminología científica. Se produjeron varias discusiones animadas y se insinuaron cuestiones de importancia.

El profesor Sommer disertó sobre el paralelismo ó antagonismo de los caracteres físicos y psíquicos de la degeneración, sosteniendo la falta de equivalencia entre ambos. Lombroso, con el entusiasmo que le es habitual, declaró que las ideas de So-

mmer confirmaban sus teorías sobre los caracteres físicos de los delincuentes; opinión que pareció poco meditada. El delegado argentino observó que los caracteres físicos degenerativos son comunes á todos los degenerados, no presentando ningún carácter especial en los delincuentes; además, su estudio en los degenerados y particularmente en los delincuentes debería considerarse secundario, siendo los caracteres psíquicos los más importantes para su diferenciación. Ferri terció en el debate con el laudable propósito de poner un punto final, evitando la irrupción de inoportunas heterodoxias.

El profesor Lombroso estudió someramente las causas de la genialidad en Atenas, atribuyendo su lozano florecimiento al usufructo de una elevada libertad política; la demostración, aunque superficial, fué muy aplaudida. Terciaron varios sociólogos y no pocos aficionados; muchos insistieron sobre la función social del genio y la importancia de los factores económicos en su determinación. A la postre el debate resultó más largo que interesante; todos tenían empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso. Y ésto es humano, aun entre sabios: como si el contacto con la celebridad madura pudiera contagiar el germen de la soñada gloria venidera.

Dos tercios de la última conferencia fueron consagrados al debate promovido por una nueva clasificación de los delincuentes, presentada por el delegado argentino y fundada sobre el estudio de sus caracteres psicopatológicos. Su más ardiente impugnador fué Enrique Ferri, autor de la clasificación actualmente seguida por los adeptos de la nueva escuela. La controversia fué larga y vivaz.

Ferri, cerebro luminoso al servicio de una vasta cultura, es un orador extraordinario: el talento en acción. Tiene un físico altivo, hermosamente dominador; su voz está poblada de inflexiones que dan todos los matices de la pasión, no obstante su timbre atiplado, más propio de capilla sixtina que de asamblea revolucionaria. Su reciente campaña, á la cabeza del socialismo semianarquista, le ha valido algún desprestigio entre la gente de ciencia, algunas hostilidades por parte de los adversarios y no pocas diatribas de los socialistas que acaudilla Turati. Pero cuando toma la palabra se hace oír con respeto por los adversarios y arrastra á sus partidarios con ímpetu de huracán. Sin embargo, como orador está algo viciado por el género tribunicio, actualmente de su predilección. Esto atenúa su eficacia en la oratoria científica, en la dilucidación técnica de las ideas, pues se ha acostumbrado más al manejo de las pasiones que al de los cerebros. Es inútil repetir que detrás del agitador político hay un sabio de verdad; la escuela criminológica italiana le debe su prestigio y su difusión, pues Ferri supo transformar en sistema las concepciones deshilvanadas de Lombroso y deducir de ellas las más importantes aplicaciones al derecho penal.

Estos y otros debates, que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de una nueva orientación en el estudio de los delincuentes, completando á la Escuela Positiva Italiana según criterios estrictamente científicos, recogidos en la clínica y en el laboratorio. El estudio de las anomalías antropológicas de los delincuentes está destinado á ceder el paso al de sus anormalidades psicológicas. La morfología empírica será substituida por la psicología

científica. La antropometría de los delincuentes es análoga á la de todos los demás degenerados; los caracteres diferenciales deben buscarse en el terreno de la psicopatología.

Tal vez la presencia de Lombroso sea un obstáculo á esta renovación de su escuela; por una ley general, todos los revolucionarios de hoy llegan á ser los conservadores de mañana, cuando la marcha de su propia obra sobrepasa los límites que ellos señalaron en su concepción primitiva. ¿Habrá que esperar la desaparición de Lombroso para no amargar su vejez con estas heterodoxias impuestas por los nuevos adelantos científicos? La criminología italiana necesita esperar ese doloroso episodio; ésto no significa que lo deseen sus discípulos de hoy para convertirse en sus correctores de mañana.

Es digno de mención especial un trabajo del profesor Niceforo sobre «las clases pobres». El estudio de éstas se ha limitado, hasta hace poco, á investigaciones de economía social ó de estadística; el autor propone ensanchar ese campo aprovechando los conocimientos de la antropometría, la psicología y la higiene. Antaño los economistas y sociólogos estudiaban las clases pobres desde el bufete y frente al silencio tranquilo de las bibliotecas; después los agitadores líricos han declamado en su oratoria torrencial la infelicidad y la injusticia que gravita sobre los pobres; hoy la ciencia puede aplicarles el método de observación y experimental. Además de estudiar el pauperismo abstractamente, haciendo como Proudhon la «filosofía de la miseria», conviene estudiar al pobre de carne y huesos, haciendo su

estudio natural, como la zoología estudia al cisne, la botánica á la caña de azúcar y la mineralogía á la piedra pómez.

Repítese lo ocurrido en criminología. Los metafísicos y los juristas clásicos limitábanse á encarar el delito como entidad jurídica; el delincuente no se estudiaba, era un maniquí inanimado é incoloro, sin personalidad propia, una categoría metafísica sobre la cual se prendía con alfileres un artículo del código penal. Los criminologistas científicos comprendieron que ese maniquí, ese fantoche, era, por el contrario, un factor primordial en la determinación del delito; entonces se estudiaron los caracteres físicos y psicológicos de los delincuentes, al mismo tiempo que las condiciones del medio social donde ellos delinquen. Niceforo, por un camino paralelo, estudia al hombre pobre como exponente concreto de la miseria; la encuesta económica y moral del pauperismo se completa así con su estudio humano. Los resultados de esta «antropología de las clases pobres» son, por cierto, muy interesantes.

El examen de los caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos, minuciosamente realizado, demuestra la inferioridad física é intelectual de los hombres pertenecientes á las clases sociales inferiores.

El estudio de sus caracteres etnográficos comprende el examen de su estado de civilización, costumbres, usos, prejuicios, artes y creencias religiosas. Resulta que el grado de civilización de las clases pobres, étnicamente considerado, equivale al de los pueblos primitivos y salvajes. En ellas encuentra Niceforo las primitivas formas violentas de la criminalidad, el animismo, el culto de los fantasmas, el demonismo, la creencia en daños y posesiones

diabólicas, la personificación y adoración de objetos y fenómenos naturales (astros, meteoros, árboles, fuego, agua, piedras: politeísmo é idolatría), las ofrendas propiciatorias, los banquetes sagrados, la adivinación por los animales, los agüeros, los maleficios, las brujerías, etc. Las manifestaciones estéticas de las clases pobres recuerdan los sentimientos similares de los primitivos, los salvajes y los niños. La literatura de las masas populares (cuentos, tradiciones, refranes, rapsodias, crónicas y *jerga*), su gusto por el folletinesco novelón de aventuras á fuertes tintas, así como todo el arte manifestado en sus danzas, canciones, tatuajes, grafitos, ornamentos personales, iconografía, etc., forman la última parte de estas investigaciones y confirman la misma conclusión: las clases pobres constituyen una verdadera raza atrasada dentro del medio en que viven.

Las causas de este hecho han sido estudiadas en el ambiente social y en las condiciones de vida de los pobres: alimentos, nutrición, fatiga, alojamiento, talleres, instrucción, etc. Se deduce que la inferioridad de los pobres es el resultado del medio económico en que viven, antes que el índice de una inferioridad orgánica original.

Niceforo, al dilucidar científicamente una de las fases del pauperismo, concurre á plantear importantes problemas sociológicos. Sus estudios enuncian un hecho á todas luces evidente: la inferioridad biológica é intelectual de los miserables. Este es un hecho y no una opinión; los hechos se consignan, sólo se discuten las opiniones. Además encontramos que la causa de esta inferioridad reside principalmente en las condiciones propias de su ambiente económico.

He aquí algunas inducciones que podrían someter al criterio de los estudiosos: 1.º La modificación previa del medio económico es indispensable para corregir ó atenuar la inferioridad física, intelectual y moral de las clases pobres. 2.º Su actual inferioridad les impide propender al propio elevamiento; sólo pueden elegir entre los buenos y los malos pastores, sin alusión al precioso drama de Octavio Mirbeau. Luego sería falsa aquella sonada frase de Marx: la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos (adviértase que Marx no era pobre ni trabajador, en el sentido biológico-social de esos términos). 3.º La modificación de las condiciones económicas, indispensable para el mejoramiento de las clases pobres, sólo puede ser la obra de hombres pertenecientes á la clase considerada superior desde el punto de vista físico é intelectual.

La conclusión política de las tres premisas podría ser un socialismo aristocrático, donde los hombres física é intelectualmente superiores propendiesen á mejorar las condiciones de vida de los pobres, de la raza inferior. Señalamos el problema sin abordarlo. En ese terreno podrían conciliarse el cristianismo materialista de Marx y el darwinismo inflexible de Nietzsche, el socialismo que aspira á mejorar la situación de los pobres y el aristocratismo biológico que persigue la selección de las razas y de los individuos superiores.

El problema nunca ha sido planteado en esta forma. Sería divertida una discusión entre individualistas de Stirner ó Nietzsche y comunistas de Cristo ó Marx.

Todos tenemos pasiones; son las notas agudas en la armonía de la vida humana. Buenas ó perversas, tenues ó intensas, obstinadas ó fugaces, pero las tenemos. La mayoría de los hombres las llevan á cuestas sin tener cuenta cabal de su naturaleza: con igual inconciencia lleva el tigre las manchas sobre su piel y el pavo real sobre el abanico de su cola. Son contados los hombres que acostumbran mirarse por dentro; pocos los que llegan á hacerlo fríamente, como un anatomista desmenuza el cadáver de un anónimo.

¿Para qué? se preguntarán los más. El ingeniero mecánico viaja con igual comodidad y tan velozmente como el acompasado señor feudal, aunque el primero conozca los complicados rodajes de la locomotora y el segundo sólo sepa el precio de la alfalfa y de los cueros. También la vida humana es un viaje, uno de los caminos recorridos por la materia á través de la forma orgánica; no está probado que viajen más ni mejor los conocedores de su mecanismo.

Esa objeción pone en tela de juicio la utilidad del saber para la felicidad individual, asunto digno de Goethe y de Renán. En nuestro caso particular es verosímil que el examen de las propias pasiones constituya su freno más eficaz. La pasión es tempestad que abomba las velas, arquea los mástiles, vuelca al buque entero ó lo estrella contra las peñas de una costa ignota; la inteligencia razonadora es el timón que permite aprovechar del bueno y del mal viento sin comprometer los destinos de la embarcación. Otelo no mataría á Desdémona si se detuviera á estudiar la influencia del atavismo, de la educación ó del orgullo sobre sus propios celos; Dante habría

roto, avergonzado, muchos cantos de su *Comedia* al saber que la ambición y el despecho eran el resorte humano que hacía estallar su genio en versos divinos; Ravachol no iría á la guillotina cantando un himno anarquista si pudiera mirar en su propio cerebro como en el agua de una fuente y comprender las causas patológicas de sus pasiones antisociales; Luis de Baviera no podría escuchar las supremas sinfonías wagnerianas si escudriñara los procesos fisiológicos que sirven de engranaje á la obsesión musical; Isolda ó Francesca no llegarían hasta el amor adúltero si antes pretendieran saber todas las causas de su pasión por Tristán ó Pablo Malatesta.

Ese es el hecho seguro. Pero el problema es otro. ¿Las pasiones son benéficas ó nocivas? ¿Intensifican la vida ó la agotan rápidamente? ¿Conviene conocer su mecanismo á fin de contenerlas ó inhibirlas? Son tres preguntas que harían feliz á un filósofo desocupado. La curiosidad científica, que es la forma superior del *dilettantismo*, se advocaría el derecho de explorar las pasiones humanas aun cuando el saber no implicara ventajas para la vida—asunto que siempre estará por resolver, no obstante los debates interminables de los filósofos. O en virtud de ellos.

El profesor Ribot envió á la segunda sección del congreso de psicología una memoria sobre los caracteres específicos de la pasión. Considera que en los tratados contemporáneos suele descuidarse ó faltar el estudio de las pasiones; su trabajo reacciona contra esa omisión, demostrando que son formas especiales de la vida afectiva y tienen caracteres propios fácilmente determinables.

Para ser claro y comprensible distingue tres

formas principales de fenómenos en el dominio de los sentimientos.

Los estados afectivos propiamente dichos expresan los apetitos, deseos y tendencias, siendo inherentes á la organización misma del hombre. Constituyen lo trivial de nuestra vida ordinaria; ocupan transitoriamente la conciencia, con intensidad escasa ó mediana. Las emociones son estados bruscos, roturas violentas, pero fugaces, del equilibrio sentimental (miedo, ira, etc.); son reacciones pertenecientes á mecanismos innatos, son la obra de nuestra constitución fisiológica. Las pasiones tienen su fuente natural en los estados afectivos, no son puramente emotivas ó fisiológicas, sino humanas. Solamente existen en el hombre capaz de reflexión; los animales, los niños, los primitivos, tienen explosiones ó impulsos, pero nó pasiones.

Ribot les atribuye tres caracteres propios. El primero es la existencia de una «idea fija» ó predominante, que sería su núcleo, su centro; las ideas fijas sólo se transforman en pasiones porque involucran sentimientos y tendencia á la acción.

El segundo carácter es la «intensidad». Es evidente en las pasiones dinámicas (el amor, el juego, etc.), donde el deseo se manifiesta incesantemente bajo la forma de acción y no se agota con el ejercicio. En las pasiones estáticas (odio, avaricia, ambición calculadora, etc.) la intensidad existe en estado de tensión, como un ascua violenta bajo la ceniza y á menudo como fuerza inhibidora de las reacciones naturales.

La «duración» es el tercero de los caracteres que les atribuye Ribot. Las pasiones, aun las más cortas, duran muchísimo más que las emociones puras y

simples. La pasión se opone á la emoción como lo crónico se opone á lo agudo.

En suma, las ideas de Ribot consolidan la diferencia ya señalada por Kant. Este comparaba la emoción con un torrente que desborda rompiendo sus diques y á la pasión con un río que cava su propio lecho cada vez más profundamente. Ribot considera necesario ocupar esa posición abandonada, pero con los métodos y los recursos de la psicología moderna, especialmente los de la patología. Sin embargo, insiste en el rechazo de la tesis de Kant, que consideraba á todas las pasiones como enfermedades.

En este punto, la opinión de Ribot es muy discutible; sería derechamente falsa si reemplazáramos la palabra enfermedad por la palabra anormalidad ó desequilibrio. Si se admite que el primer carácter de la pasión es la existencia de una idea fija, no puede afirmarse que ella es un estado normal; la idea fija es una condición patológica de la actividad mental, una enfermedad de la inteligencia que perturba todo el raciocinio mediante un mecanismo ya estudiado bajo el nombre de «lógica mórbida».

Aparte de esta divergencia técnica, cabe reconocer que Ribot ha promovido una discusión de hechos y nó de palabras. Es tan erróneo confundir la emoción con la pasión, en el orden de los sentimientos, como confundir la percepción con la imagen ó la imagen con el concepto, en el orden de la inteligencia.

En esa misma sección del congreso, destinada á la psicología introspectiva, se consumaron numerosas producciones de especulación metafísica, amén

de otras puramente literarias. En todas partes zumban enjambres de aficionados que siguen comprendiendo la filosofía á la manera antigua, ó sea como arte de hablar y escribir agradablemente sobre las cuestiones que se ignoran mejor. Fué la piedra del escándalo: un océano de discusiones nebulosas acerca de palabras antes que de hechos, sin claridad ni precisión, contrastando con el espíritu objetivo y el método científico predominante en las otras secciones del congreso. El distinguido sociólogo Pablo Orano publicó un artículo en un diario político de Roma pidiendo se suprimiera esta sección en los congresos venideros. La medida, excesiva al parecer, resultó más que justificada cuarenta y ocho horas después.

A poco de terminar las sesiones aparecieron sombras de borrasca en el horizonte; se produjo una impetuosa polémica en los diarios, promovida por los psicólogos introspectivos contra los psicólogos experimentales. Fué un desborde repentino de pasiones, odios políticos, envidias científicas, rencores personales; la insurrección de lo trivial contra lo culto, el sacudimiento de la bestia que se oculta dentro del hombre. En semejante río revuelto el lodo salpicó por igual sobre todos los nombres respetables en la ciencia y la filosofía italianas.

Tales torbellinos psicológicos no se comprenden hasta el momento de presenciarlos. Los demás hombres tienen una idea especial del hombre de ciencia, hasta atribuirle un físico y un carácter determinado; es el «señor Teufelsdrock» que pinta Carlyle en su *Sartor Resartus*, es el viejo filósofo cuyas huellas

sigue *El Discípulo* de Paul Bourget, es el *Silvestre Bonnard* de Anatole France. Podría reconstruirse el tipo sintético del sabio en pocos rasgos: hombre viejo ó entrecano, gasta lentes de fuertes vidrios, usa barba larga y alguna porción de melena, viste levita ó saco semisucio, sombrero de copa ó chambergo, botines deslustrados ó rotos. Moralmente, se le supone incapaz de reír, solemne, paciente, obtuso para el amor y para la ira, sin aficiones artísticas ni gustos literarios.

Ese juicio es erróneo, las más de las veces. El ejemplo eficaz de esa erroneidad lo daba en el congreso el sabio Vaschide, del laboratorio de psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios. Es un joven de treinta y dos años, elegante, perfumado, físicamente bello, sin bigote ni barba; para complemento de su originalidad ha nacido en Rumanía. Cuando no estudia es la encarnación del *esprit* francés. Aunque ya casado, gustábale agradar á las congresistas: habría sido el tormento de muchos maridos si el cónclave hubiese durado un mes. Es wagnerista eximio y ejecuta con talento á Beethoven y Grieg; cultiva á Moliére, gusta de Albert Samain y no desdeña á Anatole France. En el museo del Vaticano estuvimos una hora en el Belvedere viendo las cuatro maravillas: Laocoonte, Apolo, Perseo y Antinoo. Frente á las cascadas de Tívoli nos extasiamos una tarde entera, sentados sobre una piedra antigua, sin decir una palabra, oyendo el murmullo de las cascadas y el canto de los pájaros; al regresar no sentimos el menor deseo de comentar la infinita poesía de esa naturaleza, como temiendo que la ineficacia de las palabras pudiera perturbar el sereno recuerdo de sus encantos.

Existen otros tipos de sabios. Aunque parezca inverosímil los hay tontos, ridículos, maridos celosos, padres absurdos, amigos desleales, mercaderes en su profesión, clericales, anarquistas, patriotas, envidiosos, muchísimos envidiosos, casi todos envidiosos.

La posesión de algunas calidades poco vulgares no los exime de tener los defectos comunes á todo el vulgo.

Dos jóvenes cercopitecos y el profesor Ezio Sciamanna, tan velludos los unos como calvo el otro, fueron la nota más interesante de la primera sección del Congreso, destinada á la psicología experimental en sus relaciones con la anatomía y la fisiología.

Sciamanna es un vejete simpático y tranquilo; todas las líneas de su fisonomía parecen denunciar la inteligencia y la bondad. Tiene prendas morales muy estimables; sólo podríamos atribuirle una falla: la modestia, que es defecto en un hombre de valer y equitativa virtud en los inútiles. Los años gravitan sobre su espalda y la encorvan apaciblemente; pero su espíritu no envejece, su amabilidad exquisita no se nubla, ni tiene la inaguantable solemnidad que suele traicionar á los simuladores del saber y del talento. Es profesor eximio y maestro bondadoso; ello vale tanto como los volúmenes científicos que no ha escrito. Sciamanna supo acertar con un tema de índole general y de interés científico permanente: relaciones entre la corteza del cerebro y las funciones psíquicas.

Cuando Flechsig designó ciertas zonas del cere-

bro como centro de ideación, planteóse nuevamente este problema: ¿Las aptitudes intelectuales son la función de todo el cerebro ó solamente de algunas regiones determinadas? Los fisiólogos y los clínicos han vuelto á discutir el antiguo concepto que ubicaba en los lóbulos frontales anteriores el sitio propio de la inteligencia.

Es fuerza mencionar someramente una premisa técnica del asunto. Sciamanna cree que las zonas asociativas de Flechsig no pueden considerarse como verdaderos centros de ideación destinados á las actividades superiores, es decir, como últimas claves donde llegan y se registran las impresiones que los agentes externos determinan en los centros de proyección, mediante los sentidos. Las considera como puntos destinados á desviar y difundir las corrientes intracerebrales que nacen de la actividad de un centro sensorial; de esa manera la excitación centrípeta de un centro de proyección estimula simultáneamente muchos centros lejanos, sensitivos y motores, determinando la reviviscencia de las imágenes anteriormente producidas por los agentes externos.

El lóbulo frontal, en sus relaciones con la inteligencia, no puede tener mayor importancia que las otras regiones del cerebro llamadas zonas asociativas, más cercanas de los centros de proyección y correspondientes á los sentidos especiales. Sobre ese punto las enseñanzas de la clínica no han sido muy fecundas; ésto aumenta el valor de los datos experimentales.

El profesor Leonardo Bianchi realizó en 1894 importantes experimentos sobre monos, admitiendo francamente la participación de los lóbulos fron-

tales en los más elevados procesos de la inteligencia. Algunos años después, continuando sus estudios, creyó poder afirmar que los lóbulos servían para la fusión consciente de las dos actividades superiores del espíritu: los sentimientos y la inteligencia. Por tanto, serían los órganos directos de la conducta y presidirían á todas las formas inteligentes de la actividad individual.

Los experimentos de Sciamanna en la universidad de Roma no confirman los resultados que obtuvo Bianchi en la de Nápoles. El profesor romano presentó al congreso dos monos privados quirúrgicamente de sus lóbulos frontales anteriores. No ha podido observar ninguna variación en sus funciones intelectuales, su conducta es la consuetudinaria, sus manifestaciones instintivas son las mismas y las aptitudes adquiridas mediante la educación se conservan como antes de ser operados. En suma, después de habérseles extraído gran parte de los lóbulos frontales, los monos presentados al congreso no ofrecen ningún cambio en su personalidad. Ante el resultado de esos experimentos, Sciamanna cree poder afirmar que el lóbulo frontal anterior no puede considerarse como el sitio especial ó exclusivo de las funciones intelectuales propiamente dichas.

Esta conclusión, esperada por los entendidos en fisiología cerebral, tiene importancia por los hechos experimentales en que se funda. La nueva psicología, fundada sobre seguras bases biológicas, considera la inteligencia como la forma evolucionada y compleja de funciones elementales que son propias de la materia viva: la sensibilidad y el movimiento; afirma, además, que todo el organismo concurre á constituir las funciones psicológicas, la personalidad

humana, especializándola en los centros nerviosos por un simple fenómeno de división del trabajo.

En definitiva, por ahora sólo puede afirmarse que el conjunto de funciones llamado inteligencia resulta del trabajo armónico y regular de todo el cerebro; los trastornos debidos á lesiones parciales deben atribuirse á la rotura de esa armonía y nó á que determinadas zonas del encéfalo tengan el patrimonio exclusivo de la inteligencia.

Enrique Morselli es una de las personalidades más conspicuas de la psiquiatría moderna. Alienista ilustradísimo, crítico penetrante, filósofo completo, escritor galano. El sabio está doblado por un artista. Sus obras más fundamentales, la *Antropología* y la *Semeiología de las enfermedades mentales,* serán pronto libros clásicos. Hay en ellos erudición vastísima, claridad perfecta de estilo, disciplina ejemplar en el análisis, criterios sintéticos irreprochables. Ha sabido hacer de la psiquiatría lo que Lombroso no pudo hacer de la antropología criminal. Tiene, como Sergi, un riguroso espíritu de sistema. Cualquier alienista moderno puede llamarle maestro, sin reticencias. El físico lo ayuda; es buen mozo, no obstante haber doblado ha tiempo los cincuenta años. Colegas envidiosos contaron á los congresistas extranjeros que se tiñe el pelo y el bigote; es un pequeño desquite que se toman contra su mucho talento, pero es menester agregar que está muy bien teñido, si es verdad el chisme. Conversa muy bien y habla en público desplegando una persuasiva elocuencia de hombre superior, de maestro que sabe mucho y dice muy bien su saber: parece nacido

para la cátedra y merecería un puesto en la más eminente academia.

Presidió los trabajos de la primera sección, destinada á la psicología patológica, turnándose con tres franceses ilustres: Janet, Sollier y Dumas.

Estas rápidas impresiones sobre el ambiente, los hombres y las teorías, permiten comprender en sus líneas generales la obra y las tendencias de este cónclave de psicólogos.

El Profesor Sergi sintetizó el juicio general. Muchos creen—dijo—que un congreso científico debe resolver definitivamente todos los problemas que preocupan á la humanidad; cuando no ven este resultado deducen conclusiones muy escépticas sobre la utilidad de los congresos. Esta falsa espera, tanto mayor cuanto más arduos son los problemas tratados, como ser el alma humana y su mecanismo funcional, expone á sufrir desilusiones también mayores.

Esta vez, sin embargo, el cónclave puede afrontar serenamente el juicio más severo. Dos tendencias y dos métodos viven en permanente conflicto dentro de las ciencias psicológicas; puede afirmarse, como un éxito de mucho valor, la entonación impresa por una de ellas á todo el trabajo del congreso, la tendencia nueva, estrictamente científica. No la que observa empíricamente los fenómenos del alma, sino la que trata de investigarlos metódicamente, hasta recurrir á instrumentos de precisión cuando ellos son necesarios para disminuir los errores que pudieran atribuirse á deficiencias ó ilusiones de nuestros sentidos.

Ese camino, además de señalar derroteros á la psicología y á la fisiología, abre horizontes sobre todos los estudios que interesan á la inteligencia humana, permite aplicaciones á las ciencias, á las letras y á

las artes, é influye de esa manera sobre la orientación de la cultura moderna.

En suma, creemos que el V Congreso Internacional de Psicología puede considerarse como una nueva y poderosa afirmación del rumbo científico que ha seguido este orden de conocimientos durante el último cuarto de siglo. La psicología se ha emancipado de la filosofía abstracta y queda inscripta en el grupo de las ciencias biológicas; al desprenderse de la metafísica ha ganado en precisión y en métodos mucho más de lo que ha perdido en extensión.

En el inmenso arenal de un Sahara filosófico la ciencia ha organizado su modesto oasis.

LA JUSTICIA DE BERTOLDO

Turin, 1905.

Como una risueña griseta en día de holganza, elegante y limpia, lozana y distraída, Turín invita á recordar las nuevas ciudades americanas por el ajedrez que delinean sus calles perpendiculares. No es rumbosa ni venerable; la suntuosidad y la vetustez no ornan su fisonomía, aunque tampoco turba la distinguida quietud de sus calles el sonoro traqueteo de las ciudades industriales. Abundan los hombres estudiosos, los militares apuestos y las modistillas coquetas. Es como una de esas flores gráciles que perfuman el seno tembloroso de tal damisela culta y de buen tono.

Risueña, bonita, serena, Turín es la antítesis de Nápoles, ruidoso hormiguero humano que monopoliza el pintoresco encanto de la mugre y la jarana. En muchos escaparates de librería hemos visto libros titulados: *Las dos Italias*, *Italia bárbara contemporánea*, *Norte y Sur*, etc., queriendo significar que en ese país, políticamente unificado, existen dos civilizaciones distintas. Turín y Nápoles podrían ser los exponentes de ambas. Un meridional es, en el setentrión, tan extranjero como un paraguayo é infinitamente más que un parisién.

El cielo de Turín esparce en todas las cosas incesantes caricias de azul. Los hombres son amables,

las mujeres distinguidas, los niños educados, las casas modernas, las avenidas aromosas; doquiera se percibe una constante inundación de sol y de oxígeno alpestre. Todos los días parecen feriados. El forastero pierde en seguida la noción del calendario; cada mañana, al salir á la calle, se pregunta invariablemente si ese día es domingo. Los turineses parecen llevar en su fisonomía una expresión de hombres sin prisa; diríase que el descanso dominical sonríe perennemente en la comisura de sus labios.

—¿Vienes á lo de Tulio?—dijo de pronto Enrique Ferri.—Y como esbozáramos una mueca interrogativa se apresuró á aclarar la invitación, añadiendo:—á la audiencia del proceso...

«Tulio» y el «proceso», temas familiares en toda la península, son el asunto único de Turín.

El proceso Murri consigue obsesionar á esta población. Se habla de Tulio como de una persona inconfundible, única, tal como entre los políticos criollos se dice don Bartolo, el General, el Gringo, Marcelino y Benito, sin más explicaciones. Tulio es ya un personaje, en Italia y en el extranjero. El delito de Bolonia le ha conferido en poco tiempo la fama que un sabio ó un escritor sólo conquistan en largos años de trabajo intenso y de lucha pertinaz... si la conquistan.

En Italia todo parece organizado para halagar y satisfacer la vanidad criminal, para convertir en hombre ilustre al delincuente: la teatralidad del medio, el debate oral, la manía charlatanesca de los abogados, la propaganda periodística, la curiosidad enfermiza del público, todo. Hombres y mujeres se atropellan en

la barra de una sala de audiencias, mucho más que en un teatro. Fuerza es confesar que de esa manera la justicia asume caracteres de espectáculo teatral, indignamente teatral. Zacconi y Novelli atraen menos público que Tulio y Modugno, otro héroe judicial del día; calcúlese qué pasará cuando ocupa la jaula un Musolino cualquiera. Los diarios más importantes de Italia mantienen corresponsales extraordinarios donde quiera se ventile «una bella causa», llegando á ocupar dos ó tres de sus cuatro páginas con debates judiciales. Nunca faltan un par de asuntos dignos de escándalo.

Fueron menester varios mariscaleos de Ferri para conseguir una entrada. Ordinariamente es necesario tramitarla con varios días de anticipación, como en los grandes estrenos líricos ó dramáticos. Por las dudas convino invocar también el nombre de Sighele, abogado de la parte acusadora, pues Ferri lo era de la defensa: de otra manera persistía el peligro de un desalojo. Se anunciaba para esa tarde un espectáculo salpimentado por copiosas especies: la arenga del abogado acusador Nasi, conocido por su causticidad violenta y su realismo despiadado. Digamos, desde luego, que desempeñó á las mil maravillas su papel, injuriando arremangadamente á los procesados, que lo oían sin poder protestar eficazmente, acoquinados tras los férreos barrotes de su jaula.

Pero antes que de los actores, digamos la impresión del escenario.

Un sujeto con traza de conserje y prosopopeya de canciller abre una puertecilla y dirigiéndose

al público declama automáticamente, con voz acatarrada:

—Señores: ¡la Corte!

Como á una voz de mando, todos los presentes se ponen de pie. Entran los magistrados y ocupan cinco sillones detrás de un largo mostrador, sobre una tarima, frente al gran salón cuadrado. Sus caras no se distinguen bien. Es día de lluvia copiosa y la luz escasea, sin que por ello se recurra á la artificial. Antes de empezar la audiencia el aire está viciado y se respira con dificultad; sin embargo, ese mismo aire será utilizado durante cuatro horas más por los estoicos pulmones de los concurrentes. El fiscal pone á cabalgar sobre su nariz—digna, por cierto, de los versos de Guadagnoli—el inevitable par de lentes dorados; cumplida esta formalidad se atusa el bigote bicolor y compone su voz. El presidente agita la campanilla; la sesión está abierta.

A la derecha de la corte, en dos filas, á lo largo de la pared, sobre otra tarima y detrás de otro mostrador, se sientan los miembros del jurado: es la justicia de Bertoldo. Uno de ellos, con cara de portero muy molestado por los vecinos durante la noche anterior, dormita durante la sesión entera. Entre los restantes se perfilan un par de almaceneros al menudeo, tres hombres flacos que merecen ejercer profesiones liberales, un sacristán de parroquia suburbana y un cambalachero de facciones sionistas. Los demás son perfectamente amorfos: son hombres que no existen. Sólo uno llama la atención entre todos: uno con cara terrorífica, que igual pudiera ser de inquisidor ó de jacobino. Preguntamos quién era; «es un usurero», nos contestó un socialista amigo de Ferri; estuvimos á punto de creer que

no exageraba, á pesar de su credo sectario, pues un católico pachorriento, que escuchó la pregunta, no resistió á la tentación de agregar en voz baja: «es un mercader de esclavas blancas.» Probablemente ambos exageraban, pues más tarde supimos que era un conservador anticlerical, «hermano terrible» de una logia masónica titulada «Caballeros del Infierno.» Sentimos correr un escalofrío bajo nuestra piel y una ola de sangre nos saltó á la cara; era el recuerdo vergonzante de algún artículo ó discurso publicado en defensa de la justicia democrática «ideal». ¡Ese montón de sujetos heteróclitos es el jurado «real», ese es el sueño de tantos ingenuos!...

¡Bertoldo convertido en juez!

Frente á ellos, á la izquierda de la presidencia hay una jaula con gruesos barrotes de hierro, pequeña para sus siete huéspedes, pues el cubo sólo tiene dos metros por cada arista. En su interior yacen los procesados: el doctor en leyes Tulio Murri, la condesa Linda Bonmartini, el médico Pío Naldi, la joven Rosa Bonetti y el médico Secchi. Detrás de ellos, de pie, dos carabineros con el arma al brazo. Fuera de la jaula hay dos más, uno á cado lado. Los cuatro adoptan fisonomías solemnes y posiciones dramáticas; parecen otros tantos ministros de la guerra que concurren por vez primera á una interpelación parlamentaria. Aunque posesionados del papel de celebridades que les corresponde en este asunto, en que todo es célebre, su solemnidad apenas alcanza á ridiculez; mirándoles es fuerza recordar á los gordos coristas que sue-

len cantar *Fra Diavolo* en los teatros de tercer orden.

Cierran el cuadrado las tribunas, pública y privada, la una sobre la otra, frente á la presidencia. El abigarrado auditorio de estos debates merece tentar la pluma de algún cronista ameno. Tratándose del asesinato de un marido engañado por su esposa, no pueden faltar mujeres en la barra. Las hay jóvenes é interesantes; algunas parecen estar ya divorciadas y casi todas dignas de estarlo. Cuando el fiscal, un abogado ó un testigo entra á relatar con minuciosa fruición los pormenores del amor clandestino, las intimidades de los adúlteros, las felonías de la suerte contra el marido, las distinguidas señoras de la barra tienden la oreja rosada hacia la palabra escandalosa, fruncen la frente, atisban la insinuación maligna ó pornográfica: parecen asistir á una lección. Ya son adúlteras en su mayor parte ó, por lo menos, están en vísperas de serlo. Todas simpatizan con los procesados y detestan al marido muerto, al tirano de Linda. Lo odian por que era marido.

También asisten hombres. Muchos curiosos que no tienen donde pasar el día; varios sujetos de temperamento criminal, degenerados mentales, que admiran á Tulio y se creen socialistas; tres viejos libidinosos se regodean con el escándalo; algunos estudiantes de abogacía aprenden á confundir el procedimiento criminal con un espectáculo de circo; aves negras, naturalmente; y, por fin, cierta cantidad de vagabundos semicultos, condenados á infecunda bohemia por incapacidad de trabajar, que en todas las ciudades están disponibles para formar una multitud, en un meeting como en una audiencia, en un comité como en una barra.

En el centro de ese cuadrilátero formado por la corte, el jurado, la jaula y el público, toman asiento no menos de treinta abogados, todos con su toga puesta, alineados en cinco filas de bancos y dando frente á la presidencia. Algunos son de fama recocida: Sighele, Ferri, Altobelli, Nasi, Palberti, Callegari, Vecchini, Tazzari, Gottardi, etcétera.

En suma, ningún espectáculo de teatro puede compararse á éste por la *mise en scène.* La entrada es gratuita. Allí la justicia manipulea el presente y el porvenir de los procesados, entre los aplausos ó la censura de la barra y de los diarios.

Simplifiquemos los términos de este complicado crimen.

Linda Murri, casada con el conde Bonmartini, era absolutamente infeliz con su marido y tenía amores ilícitos con el doctor Secchi. Tulio, hermano de Linda, resolvió libertarla, matando á Bonmartini, con la complicidad más ó menos directa de Pío Naldi, Secchi, Linda y su propia amante Rosa Bonetti. La premeditación es evidente; consta que Tulio y Secchi hicieron experimentos de laboratorio para envenenar al conde, ensayando los efectos del curare sobre un cordero. Ese medio resultó impracticable.

Poco tiempo después se encontró el cadáver de Bonmartini cosido á puñaladas, en su propia casa. Según el fiscal, Tulio y Naldi acechaban su llegada y lo mataron. Según la propia declaración de Tulio, éste le dió muerte después de una riña y en legítima defensa. Entre esas dos versiones gira el debate, del cual habrían dependido la absolución

de Naldi y una sensible atenuación de la pena que corresponde á Tulio. La situación de los otros acusados es secundaria.

Cada uno de los cinco actores de esta desgraciada novela sugiere impresiones diferentes. Llevan ya dos años de cárcel, veinticuatro meses que desmoronan al sér físico tanto como al sér moral. En Italia, como en todas partes, el procedimiento es engorroso, los sumarios marchan á paso de hormiga; diríase que la justicia teme los apresuramientos, sin que por ello se advierta disminución en la estadística de sus errores.

Linda Murri suele sentarse en primer término, al frente de la jaula. Apoya una mano en los barrotes, más alta que su cabeza siempre agachada, ocultando así la cara con el brazo. El sombrero y el vestido, aunque modestos, denuncian la nostalgia de displicentes elegancias. Un tul obscuro, bastante compacto, la protege á medias contra la curiosidad malsana de las famosas mujeres que la escudriñan desde la barra, sin perder acaso la esperanza de ocupar algún día su puesto en los semanarios ilustrados. Es delgada y conserva rastros de interesante distinción: si no fué bella, en el sentido riguroso de la palabra, tuvo muchos atractivos de buen trato y de inteligencia. Está demacrada y siempre palidísima. No es más culpable que mil adúlteras consentidas ó toleradas por la sociedad; pero fué más imprudente, por intelectualismo. En la jaula parece una pantera domada. Dos años de exhibición oprobiosa le cuesta ya su loco afán de amar con el cerebro, de odiar con el cerebro, de vivir con el cerebro. Por-

que esa es la clave de todo su infortunio: Linda Murri tuvo la desgracia de creerse intelectual.

Rosina Bonetti es una autómata al servicio de su amante. Es la perra fiel. Ama á Tulio y haría por él cosas inverosímiles. Por Tulio se vió complicada en el asesinato, por Tulio está en la jaula, por Tulio irá á la cárcel; sin embargo, su único afán ha sido salvar á Tulio, defendiéndolo con declaraciones falsas, amenguando su culpabilidad, facilitando su defensa. Concurre á las audiencias cubierta la cabeza con un manto negro; lo usa con donaire, como las mujeres chilenas. La cabecita resulta agradable y traviesa, no obstante los atroces sufrimientos físicos que han acibarado su permanencia en la prisión. Fué, sin duda, una chica interesante. Y aunque su defensor le asigna el papel de ingenua, más bien parece picaresca y sensual.

Pío Naldi es una víctima de su cara; hay hombres que no pueden prosperar por la falta de buen talante, así como otros prosperan sin tener más cualidades que su buena presencia. Naldi es feo, tuerto, flaco y asimétrico; un tipo físicamente degenerado. Es médico, pero su vida floreció entre tahures y truhanes. Más vivía en la casa de juego que en la propia; en las crónicas del tapete verde se refiere que era jugador deshonesto. Inspira más lástima que repulsión. Es un caído. Hay en su conducta páginas increíbles; cuenta él mismo que mientras estaba encerrado con Tulio, acechando á la víctima, robó á su propio cómplice. Su posición es vidriosa. ¿Intervino en la ejecución del asesinato? El lo niega y Tulio también; las pruebas reales parecen deficientes, pero la convicción moral le es desfavorable. Cuando el abogado acusador tronaba contra él, bordando un

tejido de injurias é invectivas, Naldi tuvo dos ó tres sonrisas de superioridad irónica, á la vez despreciativas y burlescas. Parecía decirle: «me tratarías de otro modo si yo fuera el abogado y tú estuvieses en la jaula.» Los caídos tienen también su filosofía; y no siempre errónea.

El doctor Secchi es un hombre normal, casi el hombre «como debe ser», con sus defectos é inclinaciones naturales. Era amante de Linda, mujer casada. ¿Es una culpa? Al más correcto médico soltero le está consentida esa leve irregularidad. Tulio, su cuñado moral, le enredó en proyectos de asesinar á Bonmartini; es probable que Linda interviniese para complicarlo más. ¿Quién resiste á una instancia de la mujer amada, especialmente contra el marido? El amor impone estas solidaridades; no aceptarlas, en ciertos casos, puede significar cobardía. En rigor, Secchi no tuvo iniciativas en la empresa; accedió á los ensayos de envenenamiento y puso de relieve que ese medio no era practicable. Su complicidad moral es la única positiva; en todo momento fué solidario de un delito cuya gestación conocía y cuyas consecuencias le eran en extremo agradables.

Pasemos á Tulio, el protagonista.

Los especialistas lo llamarían degenerado superior ó delincuente intelectual, según los casos. Nadie se atrevería á afirmar que es un babieca ó un asesino de tres al cuarto.

La lógica de su delito sería perfecta si pudiera aceptarse su punto de vista. Tulio Murri quiere entrañablemente á su única hermana, Linda, y cree que su infelicidad crónica depende exclusivamente del carácter irreductible de su marido. La solución más simple consiste en suprimir al verdugo. Des-

pués de mucho rumiar el proyecto, ornándolo con pintorescas ocurrencias científico-literarias, Tulio lleva á cabo el gran acto, el gesto libertador, movido por una generosa pasión altruista, por el afecto fraternal. Esta sería su propia y verdadera exégesis psicológica si Tulio no hubiese ya inventado mil embustes para escapar á las redes que le tendió la justicia de instrucción. Dentro de su moral moderna cabía la gran honestidad de confesar paladinamente, sin recurrir á las atenuantes de la lucha y la legítima defensa: un delito altruista y pasional no lo habría deshonrado ante sí mismo.

Es un joven bien parecido, á pesar de los pésimos retratos reproducidos por las gacetillas ilustradas. Tenía á su frente el más risueño porvenir. Hijo del ilustre clínico de Bolonia, agregaba á sus atractivos personales todo el prestigio de su apellido; tenía una gran herencia en perspectiva, era afortunado en sus democráticos amores, se le conceptuaba inteligente y culto. Era también mediocre poeta, orador aplaudido en los comités socialistas y candidato seguro á una diputación. Pero había una sombra en su alma, una sombra pavorosa: detestaba á Bonmartini. Su sangre hervía cada vez que le encontraba; las arterias le crugían en las sienes cuando veía á Linda afligida por las infelicidades del hogar. Y, naturalmente, pudo más el sentimiento que la razón.

Su temperamento fué un vehículo propicio á la idea delictuosa. Era un hombre anormal, instable, un degenerado en cuya alma rutilaban algunas espiras de romanticismo mezcladas con arabescos de vanidad; ya había retoñado en Tulio un amoralismo subjetivo y extrasocial, que suele ser fermento y le-

vadura para el delito, cuando no es su simple justificación posterior.

Tulio, con esa alma *art nouveau*, necesitaba realizar cosas extraordinarias; ante la perspectiva audaz de un bello delito no podía permanecer indiferente.

Delinquió en parte por vanidad personal, por deseo de notoriedad folletinesca. Cuando se sospechó de él, estaba libre y podía eludir la acción de la justicia; pero no resistió á la tentación de una celebridad ganada en pocas horas. Redactó un memorial y se entregó.

Ese memorial es un entero tratado de psicología, documento de vanidad y simulación para hermosear un crimen destinado á llenar el mundo con su nombre. Tulio quiere ser el héroe de un gran drama, el mártir que se inmola para libertar á una hermana infeliz, el brazo justiciero que deshace los entuertos de la moral burguesa, el generoso corazón que sirve á los impulsos de nobilísimas pasiones. Anhela ser artista y actúa como sobre un escenario, calculando el efecto que cada palabra de su memorial debe producir sobre el público y la prensa. Todo el infolio converge á demostrar que su asesinato es un bello gesto pasional; sólo le preocupa ser digno de sí mismo, digno del intelectual que cree ser. Por eso, después del crimen, concurre á una biblioteca pública y deja constancia de que se ha dedicado á traducir y comentar clásicos griegos....

Al principio no le amedrenta la perspectiva de la ergástula por toda una vida y se empeña en guardar las formas. Aun hoy, dos años después, se presenta en la jaula correctamente vestido y se cruza de brazos en actitud digna, aunque sin altanería. Parece afirmar que acepta serenamente las responsabilidades filosóficas del caso.

Es verdad que al principio trató de ocultar el delito y despistar á la justicia con pequeños acomodos teatrales de la habitación donde aquél tuvo lugar; fueron ensayos de travesura y de audacia para darse el gusto de burlar á la policía. Pero la vanidad pudo más; redactó en seguida el memorial, proclamándose autor de la obra. Ha habido, pues, un poco de *sport*, realizando un crimen interesante y engañando á la justicia. Como es inevitable en casos de esta índole, al final de cuentas se enredó en los detalles.

Su estrella ha palidecido; todas las vanidades palidecen ante el fracaso, inclusive la vanidad criminal. El Tulio que vemos hoy no es ya el de los primeros días. Una convergencia enorme de pruebas y de presunciones ha caído sobre él, como un alud. La ergástula le entreabre sus puertas como invernáculo permanente, lejos del sol que haría florecer su vida, hasta ayer exuberante de éxitos y esperanzas. Esta visión inflexible sombrea un poco su rostro juvenil y doblega su gesto. ¡Pobre desgraciado! ¡tan joven!

Ahora que está muerto Bonmartini sería un buen diablo á pesar de sus desequilibrios, libre ya de su odio obsesionador, de su única pesadilla. Después de todo, un juez inteligente comprendería que hay en él estofa para un discreto traductor de trabajos ministeriales ó un excelente bibliotecario de aldea, sin necesidad de enterrarlo vivo en nombre de la ley... Pero la legislación penal contemporánea es demasiado absurda todavía. Estamos lejos, muy lejos de una inteligente individualización de la pena.

Lo demás de este proceso—y de todos los semejantes—es teatral, impúdicamente teatral. Cada sujeto actúa teniendo en cuenta que cien diarios se ocuparán de sus actos y palabras. Esto vale para todos: presidente, fiscal, abogados, delincuentes, carabineros, testigos, peritos y jurados. El fiscal se ensaña, á fin de resultar interesante. Los abogados, sobre todo los abogados son intolerables; convierten el proceso en un torneo de oratoria comercial, pues hablan en favor de quien les paga y ganan en proporción de lo que hablan. Los médicos peritos proceden análogamente; dicen que el perro está rabioso ó no lo está, según quien les paga los honorarios.

Esta comedia, disfrazada con el nombre de procedimiento judicial, tiene aspectos inicuos.

Enjaular á los procesados y obligarlos á escuchar durante años la diatriba de abogados que gozan en complacer al público ofreciéndole en pasto los detalles más íntimos del amor culpable, es una práctica inhumana. Por muy infame que sea un procesado, parece innecesaria esta afrenta cotidiana, obstinada, por meses y meses, que al fin y al cabo resulta una terrible pena infamante no prevista ni consentida por ley alguna. Linda Murri ha pagado ya, en esta moneda cruel de escarnio, una docena de homicidios.

Todo hombre culto que vea funcionar un jurado, en casos difíciles como el presente, arriesga convertirse en acérrimo enemigo de esa justicia democrática. En teoría el sistema podrá parecer ideal; pero solamente sería practicable en un país donde cada hombre fuese un sabio y un santo. El buen sentido va reemplazando al sentido común; los «homes buenos» son personajes de leyenda. El ju-

rado no puede recomendarse en materia penal. Si la criminología es una ciencia que estudia las causas sociales y biológicas del delito, lo razonable es que los jueces sean especialistas en esa ciencia, hombres aptos para ponderar la influencia de esos factores en cada caso y para graduar la defensa social contra cada delincuente. Si algunos jueces actuales son malos ó incompetentes—nadie llevará su ingenuidad hasta creer que todos son perfectos, —el jurado es peor, pues reemplaza á mediocres especialistas con hombres absoluta y fundamentalmente incompetentes. Además los jurados son casi irresponsables, en razón misma de su número. Huelga hacer doctrina. Es necesario ver á esas recuas de pelafustanes asumiendo posturas de hombres importantes. ¿Os imagináis á Bertoldo escuchando y juzgando el valor técnico de informes psiquiátricos redactados por Enrique Morselli y Lorenzo Borri?

El debate oral tiene un inconveniente grave. Fomenta la oratoria al por mayor, convirtiendo el tribunal en ateneo de juegos florales. La oratoria por la oratoria es uno de los venenos más funestos de las democracias modernas; es la apoteosis de las palabras y el destierro de las ideas. Los discursos se oyen, no se comprenden; van dirigidos al oído antes que al cerebro. Es necesario ver á los simples ciudadanos del jurado cuando hablan los oradores efusivos; Bertoldo se conmueve, se entusiasma hasta los tuétanos, vibra, rechina los dientes, queda convencido. Después oye al abogado contrario, sosteniendo la tesis opuesta, y Bertoldo vuelve á impresionarse, á entusiasmarse, vibra, rechina los dientes y queda convencido otra vez. De lo contrario.

Por fin, y en globo, este sistema de procedimiento criminal, por su teatralismo y por la publicidad enorme que da la prensa á los debates, resulta francamente peligroso. Fomenta la vanidad criminal y hace que muchos desequilibrados busquen la celebridad cometiendo crímenes ruidosos.

Este es un punto serio. Si en el caso de Tulio Murri la vanidad criminal fué un móvil secundario del asesinato, en muchos otros constituye el móvil único. Sería fácil demostrar que ese procedimiento y la publicidad de los debates—en la forma practicada actualmente en varios países europeos—son fuentes proficuas de la criminalidad más sensacional.

Por de pronto tengamos el valor de renunciar á un lirismo tan funesto como hermoso, aconsejando á los partidarios del Jurado que asistan á una sola audiencia de esta caricatural justicia de Bertoldo.

LA VANIDAD CRIMINAL

Roma, 1905.

Este fenómeno llamó especialmente nuestra atención al visitar algunas cárceles de Italia.

De pronto, rimando el tono de su voz con el matiz grisáceo de la tarde sin sol, un calabrés con cuello de toro y manos como garras, conciudadano de Musolino, nos guiñó el ojo picarescamente. Vivía más satisfecho en la cárcel de Roma que en su montaña abrupta. Mirando su cara simiesca parecía leerse en ella la satisfacción de un hombre que ha realizado su ideal. Mientras recorríamos los corredores cenicientos, cuya penumbra cobija tanta lacra pavorosa y donde cada alma es una pústula, el calabrés nos tocó el hombro á hurtadillas, para que no le vieran los empleados del establecimiento.

—¿Es usted el profesor?—nos preguntó.

—Sí; ¿por qué?

—¿No querría publicar mi retrato en algún diario ó libro suyo, como hicieron con el de Musolino?

—Pero usted no cometió crímenes tan grandes....

—Porque no pude. Mas le juro que cuando ví en un libro el retrato de Pepe, y más tarde en todos los diarios, sentí anhelos de ser un gran hombre como él. Desgraciadamente fallaron mis proyectos. Me tomaron en seguida. Por que, si no....

Y, junto con la vanidosa amenaza, el celeste sin

brillo de sus ojos se iluminó súbitamente, como cuando en la pesadumbre de un cielo nublado se desarticula un rayo.

Pocos pasos más lejos, un gandul de veinte años nos desmenuzó la crónica de su adolescencia. En el prisma de su vida, aun breve, no fulguraba un solo resplandor de honestidad nativa. Ninguna claridad había en su alma, prematuramente empañada por el crimen. Fuera absurdo pedirle transparencias; nació opaca. Nos exageró con inmoderada fanfarronería las páginas más abyectas de su historia. Le preguntamos por cuantos años estaba sentenciado.

—¿Yo?—Nada; tres años. Pero advierto á usted que mi padre está condenado á treinta y mi hermano á doce. Y de mi padre hablaron mucho los diarios, ¿comprende?

En Nápoles un camorrista nos puso queja contra las inicuas autoridades que no le dejaban estafar y acuchillar en paz.

—Ya hice publicar un lindo suelto en *El juicio final*. ¡Ese sí que es un buen periódico! Siempre nos publica algo contra la policía. Pero le juro que cuando salga haré hablar de mí en los demás diarios, porque yo no soy un pillo vulgar ni un acuchillador como cualquier otro.

Manifestaciones semejantes hemos oído ciento en las cárceles de Italia. Un rengo—no lo era menos de alma que de piernas—autor de siete ú ocho homicidios, nos pidió intercediéramos ante el Director para que le permitieran garabatear su autobiografía: «Vale la pena, se lo aseguro; yo soy un hombre que ha trabajado bien». Un eminente «punguista» pidió permiso para venir á la dirección y lucir sus habilidades en presencia de los visitadores: en un san-

tiamén nos dejó limpios de relojes y alfileres, antes que autorizáramos su ensayo. Un homicida, verdadero arquetipo de la degeneración, con una de esas caras que ilustran los atlas de Lombroso ó de Ferri, reclamó con violencia: «Háganme lo que quieran. Aguantaré que me maltraten y asesinen. Pero no me impidan hacer conocer de todo el mundo las principales circunstancias de mi vida y las causas de este crimen». Otros, por docenas, nos refirieron sus delitos. Ponían, todos, particular empeño en pavonearse de sus hazañas. Los más foragidos adornaban sus aventuras cargando la pincelada roja; los bribonzuelos de segundo orden, avergonzados por la obscura lenidad de sus crímenes, inventaban de planta imaginarias fechorías. Los avergonzaba la insuficiencia de su propria infamia.

Lombroso menciona muchos casos semejantes. Un tal Rossi, por ejemplo, gritaba frente á sus jueces como ante una platea: «No imitaré á mis camaradas que hacen misterio de sus acciones. Lejos de eso; las mías me enorgullecen. He robado, es cierto; pero nunca menos de diez mil francos». Y una envenenadora célebre, la Busceni, se carteaba con su amante, firmando «Lucrecia Borgia»; así denunció los propios crímenes, por no refrenar su petulante vanidad criminal.

Como estos casos podrían referirse millares. Indudablemente esos rasgos psicológicos no son exclusivos de los delincuentes italianos; en todas las cárceles y en todos los países obsérvanse con mayor ó menor intensidad. Pero en Italia predominan, dando fisonomía á ciertas formas de la criminalidad peninsular y constituyendo una de sus peculiaridades más características.

En suma: hay verdaderos Quijotes y Ciranos del crimen, como los hay del arte ó de la caballería. Hay una criminalidad que busca el camino de la gloria; hay una vanidad criminal que mira al público y á la posteridad. Son puñales bravíos que hienden las carótidas y punzan los corazones buscando el éxito; son fusiles que resuenan en la montaña esperando la repercusión de su eco en el tiempo y en el espacio.

Eróstrato, el obscuro é inmortal ciudadano de Efeso, ¿fué un cobarde, un simple vanidoso, un verdadero megalómano? Callan los historiadores á este respecto; por ese entonces no había alienistas, que ahora escudriñan las almas con inclemencia y rotulan con sutiles diagnósticos cuantos cerebros caen bajo su lente ó su escalpelo. Vivía, sin duda, obsesionado por una atroz pesadilla: su nombre no quedaría en la historia. Necesitaba vincularlo á algún hecho grande, universal. Miró en su interior y se vió impotente para emprender una obra buena. Recordó entonces que los grandes conquistadores se inmortalizan mediante desvastaciones y carnicerías en vasta escala. Una obra grande y mala ¿no valdría lo mismo ante la posteridad? Con gesto de bárbaro y alma de nihilista puso fuego al templo de Diana. Quería solamente la gloria; y la gloria, para él, estaba más allá del bien y del mal. La asió como pudo, cogiéndola por su único garrón vulnerable, como Tetis á Aquiles. Legó su nombre á la posteridad, asociado á una gran obra mala. ¿Acaso Caín es menos célebre que Abel?

Algunos poetas griegos han enmarañado la le-

yenda de Eróstrato forjando otras versiones; para nuestro objeto basta la enunciada. Sí diremos que el profesor Lacassagne, con certero espíritu generalizador, ha denominado *erostratismo* á esa hipertrofia de la vanidad, á ese deseo de exhibición y de celebridad que en muchos casos, semejantes al de Eróstrato, suele ser el móvil esencial del delito. Otras veces entra como factor preeminente en la psicología del criminal.

Eróstrato es, pues, el precursor ilustre de todos los criminales vanidosos, su «hombre representativo», emersonianamente. Max Stirner ó Nietzche habrían podido mencionarlo como un modelo de hombre extrasocial, ajeno á la ética y á las conveniencias colectivas, libre del espíritu de grey. Su caso moral fué extraordinariamente sencillo; debía elegir entre su vida y la de una magnífica obra de arte. ¿Para qué le servía el templo cuando él muriese? Se eligió, pues; destruyó la obra de arte y él sobrevivió en la historia. Fué un gesto del individuo contra la sociedad.

La noción pleonástica de la personalidad propia se exalta en los ambientes civilizados. El brillo de la gloria sobre las frentes elegidas deslumbra á los mediocres, como el hartazgo del rico encela al miserable. El elogio del mérito es un estímulo para perseguir la loa. Bajo la obsesión del éxito que persiguen en vano, los impotentes adquieren una exagerada noción de los méritos propios; después del fracaso suelen refugiarse en la protesta contra el ambiente social, que no se decide á admirarlos. Todo hombre entra á la vida construyéndose un

escenario, grande ó pequeño, bajo ó culminante, sombrío ó luminoso; cada uno vive con la preocupación constante del juicio ajeno sobre su persona. Así consumen los hombres las mejores energías de su existencia sedientos de distinguirse en su órbita, de ocupar á su mundo, de cautivar la atención ajena, por cualquier medio y de cualquier manera. La diferencia, si la hay, es puramente cuantitativa entre el escolar que persigue diez puntos en los exámenes, el político que sueña verse aclamado ministro ó presidente, el novelista que aspira á ediciones de cien mil ejemplares y el asesino que desea ver su retrato en la sección policial de los grandes periódicos.

Tarde, ha dicho que el amor propio es el mayor estímulo para la acción: el deseo de brillar en nuestro ambiente inmediato, la preocupación del juicio que sugerimos al pequeño grupo que nos circunda de cerca es la más intensa de sus formas. Los hombres, generalmente, desean que se les pague sus esfuerzos al contado, auque sea en moneda menor, con los pequeños níqueles del éxito sobre tablas. El rol de estos sentimientos es grande en todos los hombres, desde el más humilde hasta el más encumbrado. La vanidad, el orgullo y la pretendida megalomanía de los grandes hombres son las formas intensas de fenómenos perfectamente normales; rara vez mayores que la vanidad y el amor propio de los imbéciles. La diferencia estriba en su cantidad; pero es una diferencia lógica y normal. A un metro y á simple vista nadie ve la pata ó la boca de una hormiga, pero todos perciben la garra de un león y la trompa de un elefante; ambas son normales, guardan justa proporción. Lo propio ocurre con

el orgullo ruidoso de los grandes y la desapercibida vanidad de los insignificantes.

Las que podríamos llamar «enfermedades de la vanidad» revisten dos aspectos. En algunos casos la hipertrofia patológica convierte al individuo en un extrasocial, simplemente; otras veces lo transforma en antisocial. Los primeros se escurren junto á las fronteras de la locura; son millones de megalómanos á medias que fermentan en todos los ambientes sociales, inadaptados por incapacidad, contradiciendo sus flacas aptitudes con el propio juicio de méritos imaginarios y desconocidos, cascabeleando la pompa de su yo enfermizo. Los segundos reaccionan contra el medio; ruedan al manicomio ó á la cárcel, según las circunstancias.

En los criminales la vanidad reviste caracteres mórbidos, netamente antisociales. Se observan todos los grados: desde el simple ratero que se jacta de sus golpes audaces, hasta el anarquista que desea inmortalizarse matando á un rey y cantando la carmañola al subir á la guillotina. Todos, en grande ó en pequeño, buscan la celebridad; todos la persiguen como aquel señor de Gensac, de quien cuentan las crónicas del siglo XVI que quiso batirse contra dos adversarios al mismo tiempo, sin más razón que ésta: «¡Ah, Dios mío, quiero que se ocupen de mí en las crónicas!» Ya había crónicas; luego vinieron las gacetas, los diarios, las revistas ilustradas. Todo un sistema para fomentar la vanidad criminal. El Sr. de Gensac no es una excepción. De Marat y Robespierre dice Lombroso, en un estudio interesante, que fueron tan criminales por vanidad como por pasión política: la desproporción entre su valor intelectual y su extraordinario egotismo fué una de las causas de su fanatismo sanguinario.

En esa misma encrucijada de la historia convergen y desfilan las grandes histéricas de la Revolución, cuya neurosis es singularmente propicia al deseo de notoriedad y al afán de preocupar al público. Hacia la guillotina pasa Olimpia de Gouges, amazona de la pluma; sobre los peldaños de la máquina siniestra ella sintetiza en una frase toda su psicología: «¡Fatal deseo de la celebridad! ¡He querido ser alguien!» Y pasa Théroigne de Méricourt, que los Goncourt nos pintan en su precioso estilo, «á caballo, con un penacho rojo, chaqueta roja, fusta en mano, pistolas en la cintura, cabalgando en su triunfo»; desahogaba su fiebre de histeria y de celebridad peleando á la cabeza de multitudes criminales, como la «Goga» pintada por Francisco Sicardi en su novela *Hacia la justicia.* Théroigne guía los puñales plebeyos en las jornadas de Octubre, hostigando á la masa con vociferaciones de manicomio; la pobre murió loca, en efecto. Carlota Corday toma por asalto la inmortalidad vibrando su arma como un rayo sobre Marat, que era la tempestad viviente; Rosa Lacombe, satanisa de la guillotina, y muchas, muchas otras, hasta que la hora trágica de la Comuna sonó sobre Paris su entrevero de heroísmos y de infamias, volcando del suburbio sobre el bulevar «la histeria revolucionaria», con esas desgraciadas petroleras embriagadas por el olor de la sangre y la chamusquina del incendio. En esos casos, y en otros similares que ha reunido en un libro reciente el Dr. Villette, el crimen se entrelaza con la locura de la celebridad; cada una de esas histéricas soñaba legar su nombre á la historia, como heroína de la redención humana.

La vanidad mórbida asoma, pues, en todas par-

tes: característica predominante en la psicología criminal, tanto en el delito individualizado como en las multitudes delincuentes.

Cuando la lucha contra el delito se funde sobre una organización racional de los medios preventivos y represivos, á fin de impedir los actos antisociales de los delincuentes, estas nociones de psicología criminal tendrán utilidad inmediata en las funciones de la policía y de la justicia. La ciencia criminológica comienza á influir sobre la evolución del derecho penal metafísico; en cuanto á la prevención y procedimiento policial, merece admirarse la iniciativa del ilustre Ottolenghi, profesor de medicina legal en Roma, que dicta un curso de «policía científica» á los empleados de esta repartición ¿Os imagináis las ventajas que resultarían de reemplazar al pesquisante compadrito por un técnico que ganara su empleo en un examen de concurso relativo á nociones de sociología criminal y de técnica policial? Es la vía para que el odiado *sbirro* latino se convierta en el simpático *policeman* sajón. Cualquier discípulo de Ottolenghi encontrará cien ocasiones para explotar la vanidad del delicuente en beneficio de la defensa social. Cuando quiera interrogar á un lunfardo le bastará elogiar sus aptitudes delictuosas, tratándolo para ello como á un maestro en su arte; el delincuente, envanecido por el elogio, tratará de confirmar esa honrosa reputación y referirá con pelos y señales su propia biografía criminal, y acaso la de algunos cómplices ó colegas. Este procedimiento, que también hemos visto usar con éxito por el Comisario de Investigaciones de Buenos Aires, confirma un viejo aserto de Lombroso: «La vanidad profesional es mayor en los delin-

cuentes que en los cómicos, los literatos, los médicos y las mujeres elegantes».

Como índice de la vanidad en los delincuentes italianos basta mencionar sus dos procesos más ruidosos. El de Tulio Murri, cuyo memorial es un magnífico documento de psicología criminal, y el de José Musolino, cuya celebridad excedió por mucho á la de cualquier Presidente de Gabinete italiano.

En ciertos casos la vanidad criminal suele complicarse con un vago barniz de teorías filosóficas. Se prefiere las que están de moda. Así el delito aparece como una misión y su autor como «el heroico brazo que ejecuta los destinos de la historia», para usar del cliché ravacholesco. Muchos regicidas, en todos los tiempos, han sido vulgares criminales ó simples ambiciosos, imitadores de Eróstrato. Otros han entreverado la filosofía con la abyección, la ciencia con el delito. ¿No hemos oído al cobarde asesino de una anciana, Lebiez, pretendiendo justificarse, caricaturando en su beneficio una afortunada fórmula del darwinismo?: «Yo había declarado la guerra á la sociedad; ella es más fuerte, yo sucumbiré». Una evolución semejante se advierte en toda la criminalidad política. El profesor Regis ha demostrado, y lo confirmó plenamente Pierre Villette, que los regicidas de antaño son los anarquistas de hoy. Otros tiempos, otras fórmulas verbales; nada más. Ahora sus discursos reivindicatorios han adoptado un nuevo esquema: desfacer á dinamitazos los entuertos de la sociedad.

Es evidente que estos anarquistas de acción no deben ser confundidos con los sociólogos idealistas

á la manera de Reclus y de Kropotkine; los errores del romanticismo político son siempre respetables, mientras sean sinceros. Ni puede confundírseles con los literatos que buscan en la miseria y la rebeldía inspiraciones concordes con su temperamento, ó simples caminos de éxito fácil, como Richepin ó Laurent Tailhade. En ciertos casos, sin embargo, la simple instigación literaria al delito es más torpe que el delito mismo; hay cobardía en aconsejar como óptimo un crimen que lleva al cadalso, sin tener el valor de realizarlo personalmente.

Los regicidas han adoptado ahora la teoría de la propaganda por el hecho, creando la guerra química, según la frase pintoresca de J. Simón. El profesor Regis encuentra en estos sujetos una hipertrofia enorme de la vanidad que les produce una desarmonía del carácter y de la personalidad, constituyendo una forma del delirio místico. Bajo los reyes, Francia tuvo místicos religiosos; bajo la revolución y el imperio, místicos patriotas; bajo la república surge el misticismo rojo, cuya manifestación extrema es el anarquismo. Cuando ese misticismo político-ambicioso brota en un temperamento criminal, tenemos al delincuente anarquista. ¿Quién podría impedir á los delincuentes vanidosos creerse regeneradores de la humanidad y obrar en nombre de la filosofía acrática? Muchos de ellos ofrecen el cuadro completo del erostratismo. Lombroso, en un estudio por otros conceptos deficiente, encuentra que suelen ser desequilibrados y muy sugestionables verdadero «mattoides», presentando «una combinación de insuficiencia mental y megalomanía, con una extraordinaria exageración del orgullo y de la ambición».

En el fondo suelen ser egoístas envidiosos; en su odio al rico hay envidia instintiva por su riqueza. Además, como observa Ganzer (según creo, pues cito de memoria y un océano me separa de mi biblioteca), tienen imperioso deseo de hacer hablar de sí, son víctimas de ese cabotinaje moderno que afana á tantos mediocres, fracasados y anormales, sedientos de publicidad malsana é histrionesca. Estos ambiciosos de celebridad, incapaces de alcanzarla á fuerza de talento y de trabajo, se adhieren á una forma violenta de la moderna filosofía política y disfrazan su vanidad criminal con el antifaz anarquista, titulándose desfacedores de entuertos, vengadores de los débiles, castigadores de la sociedad madrastra.

Orsini, su precursor, quiso mostrar que podía acometer, él solo, una empresa equivalente á la revolución de todo un pueblo; tenía, además, «la intención de terminar con una vida que comenzaba á pesarle, mediante un acto que le haría eternamente célebre», como dice Lombroso. De otro, de Fieschi, señala Maxime du Camp «la vanidad constante. Le complacían los extensos relatos de los diarios, repartía autógrafos á sus custodios y firmaba sus cartas: el regicida Fieschi. Sus memorias terminaban afirmando que su nombre pasaría á la historia». Y no es menos curioso Hoedel, que atentó á la vida del Emperador de Alemania, el cual, antes del atentado, mandó hacer numerosos ejemplares de su fotografía, asegurando á los fotógrafos «que harían un buen negocio, pues en breve su nombre correría por el mundo entero en alas de la fama».

El doctor Villette, en una tesis de Lyon, inspirada por el profesor Lacassagne, reunió datos muy demostrativos acerca del exhibicionismo y la vanidad de varios anarquistas célebres. Recordaremos algunos de los más significativos.

En Ravachol se percibe la más heterogénea combinación de infamia y de anarquismo; los elementos morales propios de la más baja criminalidad se escudan tras el manto de reivindicaciones sociales profesadas con petulancia sin par. Es curioso el proceso psicológico de este ladrón y violador de sepulturas, contrabandista y asesino, que intenta erigirse un pedestal sustentando sus crímenes con la argamasa de utópicas filosofías. Antes de recurrir á la dinamita ha usado todos los instrumentos vulgares del delito, desde sus simples manos de vagabundo hasta el puñal, el revólver y el martilllo; puede envanecerse cínicamente pensando que «cada uno de sus dedos ha matado un hombre». Antes del atentado había dicho á su compañero Chamartín: «¡Si yo quisiera contar lo que he hecho verías mi retrato en todos los diarios!» Y realizó su deseo. Por ese tiempo vimos en *Le Père Peinard*, que recibía en Buenos Aires un librero de la calle Esmeralda, la siniestra apoteosis del bandido. En un pésimo grabado, la cabeza de Ravachol, encuadrada en el armazón de la guillotina, resaltaba sobre la luz sangrienta de una gran noche simbólica: como un astro. Después, durante años, leímos en Buenos Aires un semanario titulado *Ravachol*; en el mundo se publicaron más de 30 homónimos. ¿Es celebridad? Lo mismo queda un nombre en la historia, ya se lo escriba en letras de luz ó en letras de sangre. La diatriba, cuando es sonora, inmortaliza más que el elogio.

Vaillant, envidioso de tanta gloria, se propuso exceder á Ravachol. Desde las tribunas del Palais Bourbon arrojó su bomba mortífera al hemiciclo de la Cámara de Diputados. Ese «bello gesto», como lo clasificó el literato Laurent Tailhade (cuya megalomanía anarquista vimos derrumbarse en el manicomio de Santa Ana, en París, ¡pobre poeta de los «Vitraux»!), fué teatral en grado sumo. Vaillant dijo orgullosamente que era la sanción final de su lucha contra la sociedad. Había preparado la leyenda del crimen para que su apoteosis fuese rápida y hermosa. Pudo comprobarse que poco antes del atentado envió su fotografía á Paul Reclus, á fin de que estuviese lista para la publicidad. Mr. Bertrand, estudiando su psicología, señaló «su inmenso orgullo y una inconmensurable adoración del yo».

Un mes después un pobre diablo falló un atentado contra el Rey de Servia, en París. Ese infeliz, llamado Leauthier, escribió previamente una carta á Sebastian Faure, director de un diario anarquista, excusándose de no ofrecer á la causa más que ese mínimo holocausto, «careciendo de medios para dar un golpe de efecto, como el sublime compañero Ravachol». Fué excesivamente ingenuo para llegar á célebre.

Emilio Henry es un tipo más interesante. Precoz, inteligente, en la escuela había sido muy buen alumno. Su instabilidad mental le impedía esa labor asidua que conduce al éxito. Ambicioso en extremo, sus fracasos le desesperan al fin. Su anarquismo es una simple revancha de fracasado. Joven, de buen talante y casi poeta, no va á la anarquía como desesperado á quien la miseria hostiga, que ha perdido la cabeza y ve todo rojo, nó; él busca en el pequeño escena-

rio de la secta el éxito que no le sonríe en el vasto escenario de la sociedad entera. Necesita hartar su vanidad; pronto consigue el elogio de sus compañeros y el aplauso fácil de sus chusmas. Él, como todos, prefiere ser primero en su aldea y no segundo en Roma. Durante el proceso, y hasta subir á la guillotina, vive preocupado por el «qué dirán»; es un precavido comediante que desempeña el papel de emancipador de la humanidad oprimida. Es fuerza confesar que lo desempeña bien, con la perseverancia que cabía esperar de su vanidad desmesurada. Al terminar los debates escribió el doctor Goupil: «Su actitud en la audiencia, su mirada fija, su mueca impasible, su pérdida absoluta del instinto de conservación, todo evidencia que padecía una forma de locura de las grandezas, la locura de la grandeza póstuma, la locura de Eróstrato».

En el desgraciado Caserio se repite esa historia. A pesar de su ignorancia, pues era casi analfabeto, encontró en las teorías anarquistas un excitante de su vanidad semisalvaje. Comenzó dedicándose á la propaganda verbal y escrita. ¿Os imagináis el envanecimiento de esos ignorantes cuando llegan á creerse periodistas universales y filósofos reformadores de la sociedad? Después se enfermó y tuvo su cama en un hospital, por una enfermedad crónica y vergonzosa. Su filosofía pesimista le indujo al suicidio; pero su yo, hecho pompa de jabón, no aceptó una muerte vulgar y modesta. «Su inconmensurable vanidad no podía resignarse á ello. Resolvió sacrificarse por la causa, vender cara su cabeza y mostrar á sus compañeros que era digno de admiración y de legar su nombre á las generaciones venideras».

Después siguieron los atentados de Czolgoz, Luc-

cheni, Rubino y otros, hasta Bresci. Podrían mencionarse junto á esas formas trágicas del erostratismo, otras larvadas é indecisas. Muchos sujetos disparan un arma sin proyectil para llamar la atención sobre su persona. Otros arrojan, á guisa de bomba, inofensivos legajos de folletos ó reclamaciones.

Hay, pues, una escala progresiva, desde los débiles mentales hasta los megalómanos razonadores. La vanidad y la sugestión constituyen sus resortes más violentos; son casos de simple criminalidad política, como los regicidas en otras épocas. Es tan absurdo reivindicarlos para el anarquismo como imputárselos sistemáticamente.

Sugestión y vanidad: es el binomio psicológico del erostratismo político moderno. En los demás delincuentes esos términos conservan su papel preponderante, aunque no exclusivo como en ellos.

¿Por qué son sugestionables los delincuentes?

La masa de la población criminal se recluta entre individuos anormales, incapaces de adaptarse á las condiciones de lucha por la vida propias de su ambiente social. En muchos la degeneración es hereditaria: en su ascendencia lucen delincuentes, alienados, neurópatas, alcoholistas, artríticos, etc. En otros la degeneración es adquirida, producto de condiciones propias del medio, primando entre sus factores la miseria, el alcoholismo, la mala educación, la falta de higiene, el trabajo excesivo, etc. En todos los degenerados el órgano más falible es el cerebro; está destinado á funciones biológicas más evolucionadas y, por ende, su íntima textura es más sensible, más frágil. El engranaje de un cronómetro se descompo-

ne por un grano de arena ó por un golpecillo que no molestan á un reloj de campanario; se gana en precisión lo que se pierde en tosca solidez. Así también el cerebro. La degeneración mental puede ya observarse en sujetos que aun no presentan caracteres físicos degenerativos.

Todos los hombres son más ó menos sugestibles; esa condición aumenta con la inferioridad mental, pues ésta impide oponer resistencias críticas á las ideas sugeridas: la credulidad de Cándido y de Cacaseno. Los anormales, desequilibrados y degenerados tienen disminuido su poder de control crítico, por eso aceptan fácilmente sugestiones que un normal rechazaría después de analizarlas con serenidad. Por eso los fanáticos de todas las sectas (espiritistas, vegetarianos, católicos, socialistas, salvacionistas, antivacunistas, anarquistas) suelen reclutarse entre sujetos anormales; éstos aceptan la sugestión doctrinaria con caracteres absolutos y la polarizan unilateralmente, por falta de aptitud para la función crítica.

Los delincuentes, por pertenecer en su mayor parte á la familia degenerativa (exceptuados los criminales de ocasión y los criminaloides), son eminentemente sugestionables. No sólo en cantidad, sino en calidad. Su cerebro está orientado por ideas y sentimientos antisociales, fruto del medio en que ellos viven y cuya influencia reciben constantemente; la moral carcelaria es distinta de la moral honesta. Un cerebro así preparado es un receptor propicio para todo lo que al delito se refiera, es una placa sensibilizada, impresionable por sugestiones que no actúan sobre un cerebro equilibrado. Por eso puede afirmarse esta premisa: los delincuentes suelen ser

degenerados, de sugestibilidad anormal, influenciables por toda sugestión armónica con sus tendencias antisociales. Y su lado flaco, el más vulnerable de sus sentimientos, es la vanidad del crimen, el orgullo profesional.

Los diarios colaboran eficazmente á esa tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales. Es un mal casi inevitable; huelgan las frecuentes protestas de los moralistas y los criminólogos. El periodismo contemporáneo, obligado á completar su información y á complacer al grueso público que lo mantiene, necesita descender á estas transacciones con el mal gusto popular; y no son las únicas.

La prensa es, indudablemente, el más importante vehículo de sugestiones. Cuando se le atribuye una función educadora, se presupone su capacidad sugestiva: educar es sugerir. ¿Qué ocurre con la descripción detallada de los delitos y la glorificación de sus autores?

Los honestos, los que piensan y obran dentro de ciertas normas tendientes á asegurar la existencia y el bienestar de cada uno, al leer esas artimañas de los deshonestos sienten repulsión por el delito y por sus artífices: su conducta es la resultante de una orientación social de su inteligencia. La sugestión del delito cae en terreno infecundo, los gérmenes mueren sin abrir brecha en las conciencias.

Pero esas mismas sugestiones, llevadas por la prensa á la población criminal, producen el efecto contrario; encuentran cerebros dispuestos antisocialmente, inclinados al delito por la herencia ó la educa-

ción. Cada crimen es un tema de emulación profesional; cada crónica periodística un honor envidiable; el objetivo fotográfico un sueño, un ideal. Leyendo el relato minucioso de un mismo delito, el tranquilo burgués exclamará: «¡Infamia!» y el delincuente comentará: «¡Magnífico golpe!» ¿Cómo desconocer que la exposición circunstanciada de esos magníficos golpes debe ejercer una gran influencia sobre el espíritu vanidoso de los delincuentes? Esas apologías—pues los dicterios de los periodistas resultan alabanzas para los criminales—¿no estimulan su orgullo profesional?

Si pudiéramos adoptar por un momento el alma de un carcelario habitual, es decir, si enfocáramos nuestro cerebro para percibir y juzgar como él los hechos exteriores, encontraríamos en las crónicas judiciales una cátedra, enseñanzas para colmar las propias lagunas, estímulos eficaces para perfeccionar los procedimientos, hermosos ejemplos que imitar, nuevos peldaños que subir en la escala de la gloria. Siempre un ¡más arriba! en la aristocracia de la infamia. Porque el delincuente, propulsado por su orgullo, quiere adquirir celebridad en su carrera, en virtud del mismo proceso psicológico por el cual la ansían el político y el poeta, el sabio y el artista.

Como el gascón heroico de Rostand, estos cruzados del puñal y de la ganzúa tienen su penacho, dan su estocada para completar un soneto de audaces premeditaciones. Sueñan, acaso, un rojo y siniestro San Graal, como soñaba el suyo el caballero Lohengrin. Vallette refiere que Henriot, el agudo caricaturista parisiense, escribió al pie de una página suya este profundo tratado de psicología criminal: «Mais, Monsieur le président, la Court d'Assises, la Guillotine, c'est notre Légion d'Honneur á nous».

UNA TEMPORADA LÍRICA DE MASCAGNI

Roma, 1905.

El amor de Roma, como el de todas las adorables casquivanas, tiene felices caprichos é injustos desgaires, crecientes y menguantes. Un día de sus favores vale un siglo de éxito en cualquiera otra de las cien ciudades italianas: una afelpada caricia de Manón ó la Montespán no podría cambiarse por la vida entera de una modesta maritornes.

Mascagni y D'Annunzio han conquistado el cerebro y el corazón de esta metrópoli, antaño gema del orbe y hoy emporio subalterno. Ahora es de buen tono y de perfecta romanidad leer al exuberante estilista y escuchar al inspirado compositor. Ambos han vencido obstinadas resistencias antes de obtener su cariño y sus mimos; actualmente usufructúan el voluptuoso privilegio del aplauso público, junto con la loa incondicional de la crítica oficiosa.

La fisonomía de Mascagni es tan conocida como sus peripecias profesionales. No lo son menos las leyendas circulantes acerca de sus bizarras originalidades; representan el tributo que rinde la mediocridad al genio, ya sean simples invenciones de la ingenua fantasía popular, ya gotas de acíbar que en la copa del triunfo vierte la envidia. Mascagni ha tenido que desvirtuar con su obra las preocupaciones difundidas sordamente para difamarlo; son la mejor

prueba de su valer. Vargas Vila definió la envidia como el culto de las almas viles á las almas grandes, y, también, como la adoración del mérito por el despecho, la forma bastarda de la admiración: envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Ahora, en Roma, causaría lástima quien repitiera en serio los chismes con que los necios han honrado al maestro liornés. Se le estima y respeta sin restricciones. El anuncio de una temporada lírica exclusivamente compuesta de obras suyas, ejecutadas bajo su dirección, constituyó un verdadero acontecimiento artístico.

Aumentaba el interés público el segundo estreno de «Amica», cuyo éxito ante la heteróclita sociedad que desfila por Montecarlo había entusiasmado á sus admiradores y exasperado á cuantos le envidian. En cambio, el maestro excluyó del cartel á «Cavallería Rusticana» é «Iris», juzgándolas demasiado conocidas para figurar en esta resurrección de «Amico Fritz» «Ratcliff» y «Zanetto». ¿Y «Le Maschere»?. Esas obras parecían aletargadas, las que no muertas; esperaban que el maestro, con afecto paternal, las sacara del olvido que gravitaba sobre ellas, pesado como una lápida que parecía definitiva, no obstante los amables epitafios con que la crítica había honrado sus merecimientos.

A fines de Abril comenzó la temporada que terminó con la décima de «Amica»; los honores de la primera noche correspondieron á «Amico Fritz».

El público apiñábase compacto en el teatro enorme; parecía un trigal incesantemente removido por tenue brisa. El deseo remueve así á las multitudes.

Cuando Mascagni apareció entre la orquesta

rumbo á su atril, la marea humana pareció henchirse de entusiasmo, desbordando en una ovación unánime. De pie, con gesto digno, sereno como una ola aun no encrespada por la tempestad, el maestro dió comienzo á su cometido. Viéndole dirigir por vez primera, Mascagni es el único intérprete de su drama musical; no puede mirarse cosa alguna fuera de él mismo. La acción escénica pasa inadvertida. El lo llena todo; su música y su persona parecen fundirse en una entidad única, como si los sonidos emanaran de su propio cuerpo. De pronto se agazapa como una pantera flexible, se arquea como si endeble racha lo doblara á compás de un juego gracioso de la orquesta. Después se estira y se encoge; se expande y se concentra, vibra, trepida, se aplaca; diríase que es un aparato viviente destinado á medir la intensidad ó las inflexiones de la música. La mano izquierda flota siempre sobre el atril como una mariposa, cual si pulsara en el aire un invisible instrumento; ora sus dedos parecen recamar un finísimo encaje de notas, ora ordenar el desgranamiento de una cadencia ó el despliegue de una venusta sinfonía. Cada ritmo y cada tema encuentran en su organismo una vibración peculiar. Un sordo creería oír la orquesta con sólo mirar al que la dirige.

De pronto sus movimientos se amplifican y vigorizan, como si fuera menester un esfuerzo interior para arrancar de la orquesta la robusta polifonía. Su cabellera desgreñada ondula sin descanso, su persona entera parece levantarse de la tarima, la mímica asume aspectos dictatoriales, los brazos crujen hasta parecer descoyuntarse; entonces su figura se destaca dominadora, como la de un creador que

pugnara con la materia misma que forma los instrumentos y arrancase de ella los signos fonéticos primordiales para fundirlos en un himno á la gloria de Euterpe.

He ahí á Mascagni teniendo en su mano las riendas de una gran orquesta. Cuando termina un acto de música intensa se le ve rendido, pues la tarea intelectual corre pareja con un fuerte desgaste físico; en este caso el trabajo cerebral y muscular está reforzado por la emoción propia de todo autor que se somete á un público, resultando aun más agotador.

Dirigiendo sus propias obras Mascagni es magnífico. Combina la severa precisión técnica de Toscanini con la avasalladora pasionalidad de Mugnone; y, sobre todo, dirige la expresión de sus propios sentimientos estéticos, que nadie siente jamás como el autor mismo. Algunos critican lo excesivo de su gesto y la mímica interpretativa que fluye de toda su persona, acusándole de histrión y *poseur*. Esos críticos juzgan en frío; no tienen la emotividad musical de Mascagni y no son autores de las obras que él dirige.

La producción total de este compositor, juzgada objetivamente, no parece aún definitiva. Su temporada en el teatro Costanzi, con la exclusión de «Cavallería», «La Maschere» é «Iris», poco da que esperar sobre la perdurabilidad total de ninguna de las obras ejecutadas.

La ópera contemporánea tiene dos públicos y dos críticas. El público de poca ó mediana educación musical busca en ella una fuente de fáciles

emociones que le den una sensación de belleza; es decir, exige que la música excite por medio del oído su sensibilidad general en sentido propicio para provocar una emoción de placer. El público muy educado, que conoce los secretos resortes de la técnica, no tiene emociones musicales simples y directas, sino á través de su inteligencia especializada, á través de su crítica estética. Para el primero basta hablar el lenguaje ingenuo del sentimiento, para llegar al sentimiento del segundo es necesario hablar un lenguaje perfeccionado que también satisfaga á la inteligencia. En otras palabras, el público educado sólo es capaz de emociones intelectualizadas. Análoga diferencia existe entre la oratoria tribunicia y la oratoria académica, frente á sus públicos respectivos.

La música del primer género suele triunfar el mismo día de su extreno ante la mayoría del público que ordinariamente llena un teatro. La música del segundo sólo es apreciada por los educados y los eruditos, que nunca son la mayoría de un público. Las melodías son tanto más agradables para la multitud cuanto mayor es su sencillez; viven aunque las menosprecien los críticos. Así vivirán Bellini y Donizetti, Rossini y Verdi, cuatro apellidos italianos. La música sinfónica es accesible á un público cada vez mayor, pero se mantiene forzosamente impopular, como ocurre con la de Bach, Beethoven, Mozart y Wagner. El caso es análogo en literatura; la novela de Dumas tiene otros lectores que la de Flaubert, el drama de Sardou otros espectadores que el de Ibsen, los versos de Stecchetti otra clientela que los de Carducci. Sin embargo, ambos géneros pueden vivir, pues emocionan á públicos diferentes; en

cambio las obras de carácter intérlope no satisfacen á ninguno. Son demasiado buenas para el inculto é incompletas para el técnico.

Ante la sencillez de Verdi puede sonreir compasivamente un wagneriano; pero ese raudal melódico gustará siempre á los oyentes sencillos, pues sacude con eficacia el mecanismo sentimental que pone en juego sus emociones estéticas. En cambio, el verdiano entusiasta se espantará ante el sinfonismo de Wagner, cuya complejidad le resulta incomprensible, mientras el erudito, más avezado, encuentra allí todos los elementos de goce intelectual ya indispensables para producirle emociones de belleza. Por las mismas razones, la educación literaria hace que parezca vulgar el estilo de Dumas, incongruente el convencionalismo efectista de Sardou y triviales los sonetos de Stecchetti, mientras que los espíritus no desbastados por la cultura declararán inaccesible el nobilísimo estilo de Flaubert, nebuloso el simbolismo de Ibsen é inarmónicas las odas magistrales de Carducci.

«Amico Fritz», «Rantzau» y aun el mismo «Ratcliff»—con tener, este último, tantos momentos soberbios—morirán probablemente. Son difíciles para un público é insuficientes para el otro. Vivirá en cambio «Cavallería», obra admirable dentro de su género inferior, y acaso viva buena parte de «Iris», porque tiene páginas técnicas de primer orden, frescura original en varios puntos, y el justamente celebrado Himno al Sol, que es una de las mejores creaciones sinfónicas producidas por Mascagni. «Zanetto» morirá también, por lo menos como producción teatral. Es un acto que dura cincuenta minutos, ocupados por un dúo entre sus dos únicos persona-

jes. Tiene, en general, una técnica sobresaliente, pero carece de vida para el teatro. La escena tiene sus exigencias; Mascagni no puede violarlas sin perjudicarse. Los más entusiastas wagnerianos reconocen que es excesivamente largo el célebre dúo de amor de «Tristán é Isolda», no obstante ser de una belleza musical pocas veces superada; sus cuarenta minutos bastan para fatigar la atención de los críticos y hacer incontenible el hastío de los indiferentes. Mascagni lo ha excedido infligiendo á su público diez minutos más, sin que el valor emocional de su «Zanetto» resista comparación con el célebre dúo de la obra maestra wagneriana.

No son superfluas algunas impresiones personales sobre «Amica», cuyo estreno en Roma alcanzó un éxito muy discutido.

Un solo párrafo basta para recordar su argumento, ya notorio. Amica, sobrina de Camoine, se ha criado en casa de éste, junto con dos hermanos huérfanos, Jorge y Rinaldo. El primero es melancólico, suave, infeliz; el segundo es bello y vigoroso, habita en las altas montañas, «más cerca del cielo, más lejos de la tierra». Amica ama en secreto á Rinaldo, que ha sido arrojado del hogar; el tío Camoine decide casarla con Jorge y ella confiesa entonces su verdadero amor. En vano Jorge le susurra palabras tiernas, en vano le amenaza Camoine. Rinaldo llega y le habla el único lenguaje que su pasión comprende; Amica huye con él, en medio de una tempestad. En el acto segundo Jorge alcanza á los fugitivos. Rinaldo reconoce en el rival á su hermano amadísimo; el amor manchado

por la sangre y el remordimiento, le repugna. Huye hacia la montaña y deja á Amica á merced de su hermano; ella lo sigue por peñascos y entre matorrales, sobre cataratas y abismos, siempre más lejos, cada vez más alto, hasta la muerte: cae Amica entre la trágica corriente tumultuosa, mientras Jorge y Rinaldo se desesperan ante la desgracia común.

Al levantarse el telón se oyó un silencio lleno de curiosidad ansiosa.

Entre el murmullo de la aurora se percibe en la campiña el tañer de lejanos cencerros; pasa la tropilla y al mismo tiempo llegan los sones de ingenuos instrumentos pastoriles. De esa agreste suavidad inicial, de esa frescura idílica, la música asciende lentamente hasta la plenitud de la tragedia. Una romanza de Jorge provoca los primeros aplausos. Un gracioso coro de pastores deleita amablemente al público y lo seduce con su gárrula melodía, que puede tararearse después de una sola audición; es de fácil técnica y de efecto inmediato, sobre todo el danzable final. Ovaciones al autor y primer bis. Un dúo entre Jorge y Amica, lleno de melancólica ternura, arranca más aplausos: Mascagni no concede el bis, pedido con insistencia. Otro hermoso dúo entre Amica y Camoine hace recordar al de Alfio y Santuzza en «Cavalleria», más por la vista que por el oído; muchos aplausos, y Amica tiene que repetir la frase final. Desde ese momento el éxito aumenta hasta el triunfo estrepitoso. Un dúo entre Rinaldo y Amica se despliega con heroica grandilocuencia, lleno de pasión sugerente; es un andante

marcial apoyado sobre un acompañamiento *strappato*, de mucho efecto, aunque inspirado y sencillo. El estro melódico fluye con fuerza; el ímpetu salvaje del alma apasionada, el grito de amor, la ansiedad del deseo, encuentran alta expresión en un lenguaje musical vivificado por la exuberancia de tonos violentos. Este dúo encrespa al público, que amenaza varias veces interrumpirlo con sus aplausos y sus bravos. Sobre el dúo se desarrolla la eficaz descripción orquestal de una tempestad, entre cuyo intermitente relampagueo fugan los amantes. Es una página de mérito indiscutido y de bastante originalidad, aunque no tan extraordinaria como parece creerlo el público entusiasmado; siendo incomparable con la ingenua de Verdi en «Rigoletto», lo es también con la magnífica de Beethoven en la «Sinfonía Pastoral».

Termina el acto con una ovación. Caballeros y damas, platea y palcos, todo el público de pie, aclama al maestro, que sale una, cinco, diez veces; la ovación aumenta. Mascagni está conmovido; en muchos años no ha tenido un éxito semejante. El público le obliga á volver á su puesto, bisándose el dúo entero y toda la tempestad entre nuevas expansiones de los concurrentes.

El segundo acto comenzó ante un público ya conquistado y terminó en un completo fracaso, no obstante las reticencias con que la prensa intentó amenguar el desastre y la reacción favorable que fué acentuándose en las funciones sucesivas. Un intermedio sinfónico lo precede. Se desenvuelve sobre dos temas; el primero sintetiza la acción desarrollada en el acto anterior y el segundo prepara el final, desgranándose ambos en formas originales

y complejas, pero difíciles de percibir para oídos poco educados á la música sinfónica. Aunque largo, el intermedio es bueno; á cada instante se descubre la mano maestra que tejió el himno de «Iris», pues la técnica es equivalente, aunque la inspiración melódica nos parece inferior. El público lo oyó con interés y lo habría aplaudido con entusiasmo; pero al terminar se levantó el telón y aparecieron magníficas decoraciones, semejando una cascada en el curso de un río alpestre. Esto distrajo la atención: el público, temiendo se creyera que aplaudía las decoraciones, se privó del placer de celebrar el intermedio. Tal primera é inmerecida tibieza preparó las siguientes.

Amica, Jorge y Rinaldo llenan los treinta y cinco minutos de este acto con largos monólogos musicales; son de buena factura y la orquesta trabaja muy bien, pero el público grueso no consigue apreciar la entonación bastante wagneriana de todo el acto, que es un incesante clamor de pasiones devastadoras. En el gran dúo final, entre Amica y Rinaldo, las frases de éste se diluyen suavemente en la poderosa expresividad sinfónica que domina. Cuando reaparece el tema de las frases grandilocuentes, tan aplaudido ya, el público se anima y aprueba: en seguida cae en completo silencio hasta el final. Una parte de los presentes aplaude, la mayoría se va, algunos sisean. Se llama á Mascagni; se insiste por cortesía, sin obtener que salga una segunda vez.

Después del ruidoso triunfo del primer acto nadie habría osado pronosticar semejante fracaso.

El público de un estreno, como forma de multitud heterogénea, tiene un juicio esencialmente falible; los hombres, al reunirse, adicionan sus sentimientos, pero restan sus inteligencias. Asociarse es disminuirse individualmente, aunque ello puede ser útil é indispensable para ciertas formas de acción colectiva y social. El juicio del público sobre «Amica» podemos interpretarlo así: triunfó el primer acto porque estaba al alcance de todos, el segundo fracasó debido á su propia superioridad melodramática y sinfónica.

Las originalidades técnicas de Mascagni suelen ser frívolas travesuras que dan la sensación de lo bonito, sin llegar á lo bello; son aceptables y tolerables porque, en general, no consiguen afear el conjunto. En cambio, «duelen al oído», permítase la expresión, sus intencionadas roturas de las frases melódicas; si éstas aparecen espontáneamente, si fluyen del cerebro del artista como recurso propio para expresar las pasiones del drama, su interrupción violenta es antiartística. Rehuir la vulgaridad es encomiable, pero el oído tiene su lógica y no es posible violarla so pretexto de originalidad. Torturando el buen gusto se llega á transformar la emoción de placer en emoción dolorosa, la belleza en fealdad.

El coro del primer acto posee esa amable sencillez que complace el oído y arrulla el sentimiento; el dúo entre Rinaldo y Amica es de ingenua solemnidad, emociona al público lo mismo que una marcha triunfal. Ambos números fueron los grandes factores del éxito y pronto disfrutarán la gloria barata del organillo callejero. Al día siguiente del estreno Mascagni ha debido sentir más amar-

gura por esos aplausos fácilmente ganados que por la caída del acto segundo, cuyo fracaso podía prever un mediocre conocedor del gusto común, antítesis del buen gusto.

En el segundo acto se ennoblecen mucho la técnica sinfónica y el recitado musical. Puede objetarse que las figuras de los tres personajes podrían estar más claramente diseñadas, señalándose mejor el colorido de cada uno. Musicalmente las pasiones parecen algo confundidas, en el punto mismo en que cada una debía distinguirse de las demás. Wagner insiste en caracterizar de esa manera las pasiones fundamentales de sus personajes, acompañando su acción dramática con temas claros y obstinados.

Esa observación no impide reconocer que el acto caído pertenece á un género incontestablemente superior que el del acto triunfante. Si en vez de seguir una alta inspiración melódica hubiese diseminado al azar media docena de romanzas, minués y coros, cada uno de éstos le habría valido una ovación. No cabe engañarse á este respecto: esas son las condiciones del éxito de una ópera ante el público habitual de nuestros teatros. ¿Cómo acogería un acto compuesto por diez romanzas de Tosti, cantadas por artistas de primer orden y acompañadas por una de nuestras grandes orquestas? Alcanzaría, sin duda, un triunfo delirante.

Mascagni ha renunciado á sus habituales transacciones con los gustos del público semiculto; su segundo acto busca la simultánea generación de la música y de las palabras, de manera que el acento instrumental corresponda á los sentimientos expresados por los personajes. Su línea melódica se eleva progresivamente, sin brusquedades y por ende sin

que el grueso público advierta la creciente plenitud de la agitación sentimental, que llega hasta el paroxismo trágico. Esa homogeneidad de estilo y ese procedimiento concienzudo provocaron la perplejidad del público que, con las manos aun calientes del acto primero, acechaba alguna siciliana ó serenata que le permitiese desahogar sus entusiasmos.

Ya en «Ratcliff»—la ópera más poderosa y genial del maestro—surge esa tendencia hacia la íntima conexión del drama con la música, ahora bien definida en el segundo acto de «Amica»; tal vez señale el rumbo definitivo de su obra futura.

En ese terreno será cada vez más difícil que una buena obra obtenga éxito ruidoso al estrenarse. El público ignorante, pródigo de palmadas y de hosannas, no comprende ni resiste las complicaciones de una música demasiado superior á su educación musical. El público severo y difícil, el educado, además de ser una escasa minoría, difícilmente otorga sanciones definitivas en un estreno, pues el juicio es tanto más difícil cuanto mejor es la obra. Téngase en cuenta, por otra parte, que Wagner, con su monstruosa genialidad, ha excedido todos los límites é imposibilitado el parangón con sus sucesores; es difícil que su caso se repita en la evolución de la estética musical. Su reforma, antes que la obra de un genio, es el supremo florecimiento del genio de toda una estirpe, es el compendio eficaz de las aspiraciones que animaron á una legión de sinfonistas y de poetas, que corren de Bach á Beethoven y de Wieland á Goethe.

Ahora el dilema es terrible para los operistas. Hacer música inferior para triunfar en los estrenos ó hacerla superior para ir al fracaso inmediato, sal-

vo los juicios de la minoría y de la posteridad. Ambos actos de «Amica», con sus estilos netamente heterogéneos, atestiguan esta verdad.

Mascagni podría hacer en una semana una ópera deliciosamente inferior, como «Cavalleria», por ejemplo, y obtener otro éxito de ovaciones y de popularidad.

¿El deseo del éxito fácil y seguro no lo seducirá en mitad de su nuevo camino? ¿Resistirá á la tentación de triunfar retrocediendo?

EL ARTE MODERNO EN VENECIA

I.—La ciudad

«Nuestra señora de los mares muertos» es su bautismo en Arte; confesemos, también, que es una gran señora muerta.

Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, incurables «rastas», melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo; atribuyen el aburrimiento á su propia falta de sentimentalismo. ¿Quién no desea pasar por sentimental? Otros, para que no se les juzgue necios ó tontos, repiten que en Venecia todo es maravilla. Así falsean el sentido de la discreta relatividad y contribuyen á perpetuar una preocupación convencional.

Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio, fecunda en desagrados. La belleza de algunas partes no salva á las restantes.

Bajamos de la estación, caída ya la noche, y entramos á la góndola. ¡La góndola! ¿Y qué? Napoleón, al destruir para siempre esta República, que duraba ya diez siglos, dió fuego inicuamente á su

incomparable Bucentauro. La modesta góndola actual es una canoa vulgar, desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa; son más hermosas las que pasean á tanto la hora en los lagos artificiales de las grandes metrópolis modernas. El gondolero no canta; los turistas embusteros debieran saber que ya no cantaba cuando lo conoció Lord Byron: «En Venecia ya se apagaron los ecos del Tasso; el gondolero no canta más; rema silencioso». Es un hombre del pueblo y, como tal, pobremente entrazado; en nada recuerda á los legendarios venecianos de Enrique Dándolo y Marino Faliero.

Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga y de apatía, poco propicio á los romanticismos melancólicos. Pensamos en la «Alegoría de Otoño» de Gabriel D'Annunzio, en las páginas deliciosas de Théophile Gauthier, en las deslumbradoras impresiones estéticas de John Ruskin, en las sensaciones de Gourdault y de Barrés, en los magníficos responsos de los románticos que fueron á Italia, peregrinos del ensueño, buscando emociones de belleza: Byron, Shelley y Keats, Chateaubriand y Madame de Staël, Musset y Jorge Sand. ¿Podrían haberse equivocado ó sugestionado en masa, ó nos pintaron la Venecia de su imaginación? ¿Nuestra señora de los mares muertos ha cambiado?

Sólo sabemos que casi todos ellos, en sus memorias y en su correspondencia particular, han referido muchas impresiones desagradables que no intercalaron en sus poemas y novelas; destinaban al público sus más alambicados fantaseos sobre las cosas bellas. Sea como fuere, el hecho real, objetivo, es que Venecia decepciona á muchos artistas

que ahora la visitan, aunque los más no osan violar los cánones de la admiración obligatoria.

La estación ferroviaria surge en el extremo Oeste del Canal Grande ó Canalazzo, riacho de aguas muy sucias que cruza la ciudad en forma de S. Al poco rato, á fin de abreviar el camino del hotel, próximo á la plaza San Marcos, el gondolero penetró en un «río». El callejón olía fuerte y no á esencias de Houbigant. A poco andar, desde un quinto piso, una señora dió dos gritos de atención y volcó un recipiente; la obscuridad nocturna evitó ver el contenido. Denso debía ser, juzgándolo por el rumor de la caída; lo cierto es que los perfumes del «río» se complicaron desagradablemente.

Con un pequeño esfuerzo de memoria pudimos recordar á Musset, que antes de conocer á Venecia la había cantado en versos elogiosos y después escribió:

«...Venise¡ o perfide cité,
à qui le ciel donna la fatale beauté,
je respirai cet air dont l'âme est amollie
et dont ton souffle impur empestá l'Italie»

Seguimos. Otro poco de Canal Grande y otro mucho de callejón. Llegamos al hotel. Las especies de mosquitos pululaban por centenares; ¡magnífico país para un coleccionador! El gondolero se apresuró á asegurarnos que jamás pican á sus conciudadanos; este rasgo de patriotismo nos alarmó en demasía, pues indujimos que preferían chupar la sangre extranjera. Breve *toilette;* cena rápida. Poco después de las 10 p. m., á cincuenta varas del hotel, llegamos á la plaza San Marcos: una perfecta maravilla. La recorrimos. No funcionaban teatros en Venecia. Volvimos á recorrer la plaza; y, de nuevo,

hasta seis veces. ¿Dónde ir? Entre dos periodistas, tres pintores, un crítico y el médico que escribe, sólo atinamos á recorrer el Canal Grande en vaporcito. Llegamos hasta el Ponte di Rialto.

Ese trayecto muestra palacios admirables, modelos de estética arquitectural, tan hermosos como los que figuran en las tarjetas postales pero menos bellos que algunos cuadros magníficos del Canaletto. Fué el mejor momento; dos docenas de palacios soberbios lucían sus mármoles sobre ambas orillas del Gran Canal, volcando por mil ventanas el oro de sus luces sobre el agua mansa. Pensamos en los castillos encantados y en los cuentos de hadas. ¿Viviría en Venecia la más célebre en los libros infantiles, el hada Merliga, «que á los buenos premia y á los malos castiga»?

El siguiente amanecer nos sorprendió reunidos en la plaza de San Marcos. En esos momentos un «rasta» se hacía retratar dando de comer á los célebres pichones. En pocos minutos vimos las dos Procuratorias, vieja y nueva, la torre del reloj, la plazoleta y el interesante palacio ducal. Estuvimos dos horas en la iglesia de San Marcos, una de las obras más encantadoras del arte bizantino. Salimos á la plaza y en un vaporcito repetimos el paseo por el Canalazzo. Serían las 10 a. m. cuando regresamos al punto de partida. ¿Qué hacer? Fuimos hasta el monumento de B. Colleoni, del cual dice la guía: «Puede afirmarse, según Burkhart, que es el monumento ecuestre más grandioso del mundo. Ningún otro reune tal unidad de concepto, tanta individualidad y tanta amplitud en la ejecución. El siglo XV, esa gran época en que el «condottiere» es una de las figuras más características, no está representado en

parte alguna de manera más imponente». Para llegar á él caminamos por callejuelas estrechas y sucias, como no se ven peores en los barrios viejos de Barcelona y de Génova, algunas con aguas estancadas, hartas de resaca y de basuras, pobladas por venecianos de carácter agresivo y desconfiado. No hemos visto mayor prevención y susceptibilidad en gente alguna de raza latina. Contiguas al monumento están las iglesias de los santos Juan y Pablo y de Santa María de los Milagros; la primera tiene buenas obras de arte. Regresamos por el arsenal y la Riva de los Esclavones, tibia y tranquila, que, en decir de D'Annunzio, «alguna vez, al alma de los poetas vagabundos, pudo parecer un mágico puente de oro prolongado sobre un mar de luz y de silencio hacia un infinito sueño de Belleza». Entramos á las 12 m. á la plaza, centro y conclusión de todo paseo.

Después de almorzar volvimos á la plaza y visitamos el palacio ducal. Otra vez el Canalazzo, y llegamos á la Academia de Bellas Artes, completando así la tarde. El museo es de primer orden: el arte excelso de la Venecia antigua hace perdonar el aburrimiento de la Venecia moderna. Las obras de los «quattrocentisti» de la escuela de Murano preludian á las magistrales composiciones de Bellini y de Carpaccio, de Giambellino y de Cima: Y allí mismo deslumbran al viajero la Asunción y la Presentación del Ticiano, para no enumerar las mejores obras del Giorgione, el Tintoretto, el Veronese, el Canaletto, Messina, Mantegna, Morini, los Bonifacios y cien más. Volvimos por el canal á la plaza. Cenamos. Atravesamos la plaza hasta el canal, regresando pocos momentos después. Allí vimos pasearse á los venecianos y á las venecianas; éstas ya no

son, por cierto, las clásicas bellezas que narran las crónicas y muestran los pintores: en cambio, todavía hablan su dialecto musicalmente. Nos dimos cita para las 7 a. m. en la plaza. Entramos otra vez á la iglesia para admirar la tempestad policroma de los mosaicos. De allí fuimos al canal, y regresamos á las 8 a. m. Recorrimos á pie un laberinto de callejones, yendo por la «Mercería» hasta el puente de Rialto; de paso tropezamos con varias iglesias insignificantes. En el puente subimos á una góndola, para volver á la plaza. Tres horas en todo. Después de almorzar, atravesando heroicamente un dédalo de mugre, llegamos á contemplar las pinturas de la iglesia de los Frari, del museo Cívico y de la escuela San Roque, esta última llena de cuadros del Tintoretto.

De allí por el inevitable Canal, fuimos á cenar al Lido, una playa de baños que parece enorgullecer á los venecianos, aunque no supera á la Playa Ramírez de cualquier Montevideo; huelga decir que no es comparable á las de Ostende y de Biarritz. El suave Musset solo pudo decir de ella:

«A Venise, á l'affreux Lido,
Oú vient, sur l'herbe d'un tombeau,
Mourir la pâle Adriatique...

Tiene, sin embargo, su página de hermosos recuerdos. Partió desde allí lord Byron, cuando venció la famosa carrera á nado hasta Santa Chiara, que admiró á los propios venecianos; se cuenta que permaneció en el agua de cuatro á cinco horas, mientras sólo había empleado poco más de una para atravesar el Helesponto.

El tercer día poco hay que hacer en Venecia, salvo ocupaciones especiales en el comercio ó el de-

seo de profundizar el estudio de sus museos de pintura. Fuimos por la mañana á ver los manicomios de San Sérvolo, que ya conocíamos por un bello capítulo de Gauthier. Son de lo más atrasado que puede imaginarse en materia de asistencia de alienados. El doctor Audenino, jefe de clínica de Lombroso, nos contó pocos días después, en Turín, que hasta hace un año se encadenaba allí á los agitados y se les sometía á torturas con instrumentos inquisitoriales; el hospicio estaba administrado por religiosos y fué menester levantar un sumario que reformó en parte ese orden de cosas. ¡Un siglo después de Pinel! De allí fuimos á Burano, fuera de Venecia, á pasar la tarde con el pintor argentino Quirós; los buranenses le llaman «il bel pittore» y se cuenta que las muchachas se disputan el honor de ser sus modelos, gratuitamente.

Ya en Venecia poco había que ver. A menos de ir á la plaza de San Marcos y atravesar el Canal Grande por milésima vez.

Esa es la verdad honestamente dicha, aunque ella duela á los venecianos y á los jóvenes poetas que no han visto la soñada ciudad. El Bucentauro no existe; el dux no va, como otrora, á arrojar su anillo nupcial al fondo de las aguas para desposar simbólicamente el Adriático. Los románticos, á pesar de su entusiasmo, nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia, en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca.

Tiene su plaza única, su canal feérico, sus galerías de pintura y otras contadas maravillas; todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó á Goethe y á Stendhal,

á Taine y á Nietzsche; los que llegan á Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade á los neurasténicos y á las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo; pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa, con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

El viajero sano se encanta el primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

II.—Los pintores italianos

O se queda, si le instan á ello los carteles chillones de la exposición internacional de pintura moderna.

Predomina, como es lógico, la pintura italiana, que ya no es italiana; la moda y el afán del éxito matan el estilo propio de una escuela, ese estilo que nace del temperamento de los pueblos y de la influencia del medio físico. Sería ingenuo hacer paralelos entre la pintura clásica y la contemporánea; á épocas distintas no pueden corresponder emociones estéticas semejantes. Desconsuela, sin embargo, comparar cualquier museo de Florencia, de Roma ó de Venecia con esta exposición de arte moderno. ¿La pintura languidece porque el momento histórico actual no le es propicio? ¿El desenvolvimiento del industrialismo capitalista no se concilia con un intenso florecimiento de este nobilísimo arte? Son temas para críticos profesionales y nos guardaremos de usur-

par sus prerrogativas. El hecho real, es éste: la pintura que vemos en la exposición de Venecia atraviesa por un período semejante al que suele llamarse «decadentismo» en literatura.

Nuestra opinión, perfectamente profana en estos entreveros de la línea, de la luz y del color, sólo podría valer si fuese exacto que ciertas cuestiones de actualidad se juzgan mejor desde afuera, balconeándolas. Los impresionistas, divisionistas, «puntinistas» y otros istas que inundan los salones italianos de la exposición, corresponden á los diabólicos, parnasianos y modernistas en literatura. Pueden ser talentosos y muchos los son de verdad, pese á las exageraciones de nuestro colega Max Nordau; pero hay en su obra un artificioso convencionalismo, demasiado á la moda para ser duradero y fijar rumbos definitivos á la pintura ó á las letras. Si bien es cierto que rompen con los viejos moldes, no lo es menos que se limitan á establecer dogmas nuevos, aunque lo hagan en nombre de la libertad y del individualismo artístico. Ilusiones puramente verbales.

La impresión predominante al ver las secciones italianas de este concurso de arte, puede restringirse á dos términos: superficialidad y falta de sinceridad. Algunos pintan «así» para llamar la atención; otros para seguir las huellas del éxito, marcadas por la moda. Para nuestro criterio profano los pintores peninsulares del último cuarto de siglo fueron muy sinceros: Segantini y Michetti, Signorini, Dalbono, Cárcano, interpretaban la fisonomía de sus ambientes respectivos, con su luz, su color, sus características regionales y hasta con el alma nativa de sus terruños. En sus cuadros se reflejaban la vida

pintoresca del ambiente y la psicología espontánea de las poblaciones. En cambio, en la mayoría de los actuales expositores se percibe un amaneramiento en la técnica y una disciplina común en la interpretación del paisaje; falta en sus cuadros la ingenuidad sincera que es el mérito más relevante del alma artística. Durante la época neoclásica y la romántica estas faltas habrían podido pasar inadvertidas, pues la inventiva y la composición bastaban para llenar un cuadro; desde que se concedía libre campo al trabajo imaginativo, la sinceridad pasaba á ocupar un puesto secundario. Pero en nuestros días, después de un largo y honorable paréntesis de realismo, de verismo, resulta chocante la ausencia de sinceridad.

Cabe una defensa: «vemos de otra manera, y nuestra sinceridad consiste en pintar como vemos». Esta explicación sería aceptable si la dieran uno ó diez pintores, considerados individualmente. Así como no hay dos hombres con fisonomía igual, no los hay con olfato, con gusto ó con vista igual. Todos vemos diferente; esta desigualdad subjetiva es indiscutible. Pero el argumento falla si se pretende generalizarlo y formar escuela; podemos aceptar la sinceridad de un impresionista, pero no de los pintores que siguen el impresionismo como escuela. Hoy, en general, el ser humano ve como hace cincuenta años. Las condiciones físicas de la materia que determinan la sensación de línea, luz, color, relieve, perspectiva, no han cambiado; el mecanismo fisiológico del ojo humano sigue siendo el mismo, tanto en sus medios refringentes como en la retina. En suma, objetivamente, no es admisible que la generalidad de los pintores «vea de otra manera».

Creemos que ven lo mismo, pero interpretan de otro modo. Y en esa interpretación está la falta de sinceridad ó la falta de personalidad, trátese de imitadores ó de sugestionados. Esas son, en efecto, las dos categorías de hombres que forman una capilla ó una escuela en torno de todo innovador de talento. Los imitadores siguen á sabiendas la ruta que el talento marca en el gusto del público; los sugestionados creen que esa es de verdad su propia ruta. Unos y otros, poco á poco, encuentran razones técnicas que justifican la nueva manera; es fácil, por otra parte, pues siempre hay algún poco de razón en cualquier cartilla doctrinaria. Así como el embustero acaba por creer en sus propios embustes, los imitadores acaban por creer sincero su amaneramiento. Y, á la postre, todos tienen sinceridad á través de su autosugestión.

El mal es peor en aquellos países donde las modas llegan tarde. En Italia retoñan rabiosamente estas maneras de la pintura, cuya irrupción en las salas del Piamonte, Lombardía y el Lacio es demasiado significativa. Hay divisionistas por docenas. Parten de una serie de premisas teóricas acerca de la física de los colores; buscan una resultante de color con sólo pintar sus elementos componentes. Sus cuadros producen una sensación de pirotecnia. Pretenden, como los impresionistas, tener el privilegio de la luz abundante; con frecuencia lo consiguen. Algunos tienen talento, sin disputa: ¿tendrían menos si no fuesen «istas» de cualquier clase? Sea como fuere, es indudable que estas corrientes artísticas heterodoxas contribuyen con eficacia al perfeccionamiento del arte, pues sugieren problemas y estimulan actividades. Alguna fruta sabrosa suele madurar entre su matorral de frondas estériles.

Sería injusto englobar á todos los pintores italianos en esta impresión predominante. Recordamos una «Plaza», de Innocenti y un «Tíber», de Garlanda, muy sentidos. Los pasteles de Casciaro gritan su color turbulento en las salas del mediodía. Pratella, un napolitano, exhibe una marina en día de niebla: sugiere toda la melancolía de la hora y una insondable profundidad de atmósfera. De Caroni vimos un bello paisaje en la sala lombarda: «Armonías del crepúsculo», título recomendable para un libro de versos. Cerca de allí está otro muy notable: el «Nido solitario», de Longoni. En la sala de Venecia distínguense Luigi Selvatico, Ciardi, Bezzi, Zanetti-Zilla, Fragiacomo; en todos ellos predomina la tendencia á pintar paisajes lunares ó crepusculares. ¿Nadie pinta el día, en Venecia? Es un convencionalismo pintarla de noche ó entre dos luces; ocurre pensar que de esa manera es más fácil obtener efectos llamativos. Cuando pintan el día es un día gris, triste, inexplicable para quien ha visto el cielo clarísimo que sirve de cúpula á la plaza de San Marcos y las refracciones del Adriático castigado por un sol de estío. ¿Cómo consiguen traer á Venecia ese día obscuro que nos acongoja en Holanda ó en Londres? Un pintor de Padua, Laurenti, consigue interesar con doce bocetos llenos de gracia elegante y de perfume juvenil. Hay magníficos retratos de Boldini y de Selvatico; son muy buenos los de Ghiglia, Grosso, Gola, Bompard, Gioia, Gelli y otros.

Nuestros apuntes al margen del catálogo terminan aquí. Nos falta mencionar á Plinio Nomellini, cuyos cuadros interesan mucho á los críticos, especialmente el «Ditirambo», la «Orda» y la «Emigración de hombres». Hemos escuchado esta sentencia de Ugo

Ojetti: Nomellini consigue, mejor que otro cualquiera de la exposición, el equilibrio entre la fantasía decorativa, la observación de la realidad y la poesía».

III.—Las salas extranjeras

Las salas extranjeras producen mediocre impresión. Si se exceptúa la sección española, la francesa y los cuadros de Shannon y Zorn, yanqui y sueco respectivamente, el conjunto es pobre. Los comités nacionales se han preocupado más de ornamentar sus salas que de seleccionar los cuadros. La sueca es una primicia decorativa, dentro de una sencillez exquisita; es sencilla también, y de excelente gusto, la sala inglesa. En cambio, la húngara y la francesa, con su pretensión de tener estilo, imponen un marco uniforme á la innúmera variedad de géneros y maneras propias de los expositores. Es una desventaja; los cortinados, las alfombras, los vidriales, los frisos, los muebles, las porcelanas, llaman la atención del público mucho más que los cuadros y las estatuas.

España puede consolarse de la pérdida de otras glorias pensando que sus pintores dominan en todas partes; la herencia de Velázquez y del Greco, de Goya y de Rivera, se conserva abundante, prestigiosa. La vigorosa pincelada de Zuloaga, casi brusca por momentos, parece colocar trozos de color sobre la tela, con tonos bien definidos, obscuridades violentas, gestos firmes, personajes que son la fuerza misma, torsos como encinas, manos como zarpas. Su «Guardián de toros», sin ser lo mejor que de él conocemos, es un exponente exacto de su manera de ser, de su personalidad artística.

Las mujeres de Anglada interesan más, mucho más. Son tipos intensos, casi dramáticos: sacerdotisas del mal, caras de suburra ajadas por la noche insomne, embebidas de vicio y de alcohol hasta los tuétanos. En esta predilección por la carne marchita se percibe una sinceridad pronunciada; Anglada ve y siente esas mujeres, sinceramente. Poe no vió de otro modo sus torturas macabras, ni Baudelaire sus fantasías siniestras. A pesar de los peligros de su género, Anglada no resulta sombrío, violento, trágico, ni siquiera incómodo al buen gusto. Conoce efectos de luz, equilibrios de color, matices hábiles, más valiosos que la precisión de la línea neta y la brutalidad de los contrastes bruscos. El mal sólo está en el alma invisible de las mujeres que pinta.

Antonio de la Gándara expone un retrato de Jean Lorrain que es un documento de interpretación psicológica. Una «Esclava» de Bilbao y un «Jardín» de Rusiñol son mirados con atención. De Sorolla encontramos el conocido cuadro «Cosiendo las velas»; como dibujo, color y vida, no representa dignamente al ilustre artista. Allí mismo se pavonea el consabido «En la antesala del ministro», de Jiménez.

En la sala francesa hay poco nuevo, pero están representadas las más conspicuas firmas contemporáneas. Los más son cuadros conocidos de Besnard, Cottet, Carolus Duran, Monet, Raffaelli. Hay buenos trabajos de la vanguardia impresionista, representada por Renoir, Monet, Sisley, Pissarro; los hay de sus más afortunados imitadores, Raffaelli y Martín, y de algunos independientes, Guérin, Valloton, Vuillard. La crítica ha sancionado ya como óptimos los «Pescadores huyendo bajo el huracán», de Cottet; el «Retrato de Blanche», de

Lucien Simón; un «Arco iris», de Menard; el «Espejo de Venecia», de Blanche.

Las demás salas llaman poco la atención. Hay un precioso «Retrato de Phil May», de Shannon; Andrés Zorn tiene admiradores á granel y lleva público á la sala sueca. Larrson muestra amables y risueñas acuarelas. ¿Qué más?

La República Argentina está representada por dos jóvenes expositores. Pío Collivadino tiene allí una «Sera sul bastione», llena de exquisita melancolía, de ternura serena, apacible en su atmósfera de tiniebla delicadísima. Nadie creería que puede caber tanta alma en Collivadino al ver su cara de cervecero flamenco, siempre alegre, rechoncha, roja como un queso de Holanda un tanto desteñido. El otro expositor argentino es un joven talentoso, Cesáreo B. de Quirós; el jurado de admisión aceptó su cuadro por unanimidad. Sus «Pescadores», llenos de luz y excesivos de color, denuncian más cerebro que experiencia. Lo esencial es eso, tener talento; la experiencia viene con los años y el trabajo.

IV.—La escultura de Bistolfi

Antes de ir á Venecia, en Roma, uno de los redactores de la *Nuova Antologia*, Giovanni Cena, nos habló con meditado entusiasmo de la obra escultórica de Leonardo Bistolfi; sólo conocíamos su monumento funerario de Crovetto, enviado en 1903 á Montevideo, amén de fotografías de sus demás trabajos. Pocos días después leímos en la importante revista romana un interesante artículo de Cena, estudiando la obra del escultor: el comité de la exposición le había destinado una sala especial.

En presencia de su obra no sentimos amen-

guarse la impresión que traíamos. Hay en toda ella una atmósfera de poesía verdadera y de sano simbolismo. En su mayor parte son monumentos funerarios, llenos de pensamiento, de unción dolorosa, de tranquilidad casi mística. La «Esfinge» es una obra maestra; en ella, como observa Cena, el escultor alcanza de golpe la cumbre de la expresión artística: la armonía casi geométrica del conjunto, la concurrencia y complementariedad de los detalles, la idea, el estilo. Es una simple mujer sentada sobre una tumba; pero la figura no se concibe aislada. El suelo, los bloques de granito, la figura, el cielo mismo sobre cuyo fondo se destaca la cabeza, forman un conjunto armónico. El tema de la cruz, la base, la esfinge, las flores, todo concurre á establecer la unidad arquitectónica definida y simple. Para romper la rigidez del tema están los lirios densos y carnosos que la tierra empuja hacia aquella cara de éxtasis y está el manto que desciende recto, «rodinianamente»; parece pensativo también él. La figura nos llena de respeto, nos impone su tristeza severa y grandiosa; por entre el marco de sus crenchas mustias asoma el óvalo de su cara, como una interrogación frente á lo desconocido; esa cara, que antes acogió toda la tristeza de la vida, ahora parece absorta en una contemplación ultrahumana. No es la obra del simple escultor: es del artista completo, del creador de formas intelectuales sobrepuestas á las formas físicas. Bistolfi es un poeta del mármol.

Su «Cristo» es elocuente, original. Original, sobre todo, en su extraordinaria expresión, pues, según afirma el mismo Bistolfi: «cada uno tiene su Cristo». Ese es el suyo.

En «Resurrección» tres ángeles genuflexos sos tienen á un joven muerto. El ángel del medio besa al cadáver en la frente, como si sus labios pudiesen devolverle la juventud perdida; los ángeles laterales juntan sus manos delante de él, formando un arco protector con sus brazos exiguos, como para defenderlo: diríase que están protegiéndole contra el olvido. El bloque de mármol que sirve de base á este grupo tiene la forma de una gran cruz griega.

El monumento al senador Orsini, jurisconsulto, es un himno, un poema. En «La Cruz» se resume la vida. La Justicia protege á todas las figuras de la Humanidad. A derecha é izquierda hay dos estatuas de hombres. El Trabajo, desnudo y musculoso; el Pensamiento, meditabundo y solemne en los pliegues de su toga. Al frente está el Amor, simbolizado en dos jóvenes unidos sin abrazarse, pero en conjunción completa y definitiva; la Maternidad, una mujer toda hecha de ternura, sosteniendo un niño entre sus brazos afectuosos y protegiéndole con un pico del manto que cae de su cabeza, amorosamente reclinada; la Prole, simbolizada por dos niños de pie, ajenos al dolor que los rodea, sosteniendo una florida guirnalda. En el primer plano un joven llora, de hinojos, abismada la cara entre las manos; en el fondo se destacan dos figuras en alto relieve, orando con caluroso fervor que asoma en cada línea de sus caras. Estas once figuras (las del centro en alto relieve, aumentando en cada una hasta la plena estatua de los hombres viriles: el Pensamiento y el Trabajo), armonizan su movimiento en un juego de claroobscuros magistrales.

En su bajo relieve, «Sobre la urna de un joven poeta», un ramillete de mujeres, musas acaso, llenas

de congoja, desoladas, esparcen un hálito de tristeza más tierno que la ofrenda de flores pendiente de sus manos. Sobre el «Pedestal del monumento á L. Rey» un grupo de niños pasea su inocencia ingenua, bajo las ramas de los árboles afligidos. «Las esposas de la muerte», bajo relieve en bronce, suben á recibir su beso impalpable y pasan suaves como un soplo de favonio entre pétalos de rosas the. «El dolor consolado por las memorias», inspiraría un canto á Albert Samain y un libro á Maeterlink. En el «Funeral de la virgen» una teoría de Ofelias y Julietas desfila diagonalmente hacia el fondo lejano, mostrando el dolor en la oblicuidad de sus espaldas y penetrando en el Carrara frío, como para enterrar en él su congoja, íntimamente. Después los altos relieves: «El sueño», «La llama», «La resurrección», «El holocausto», «La belleza de la muerte». Cada bloque es una estrofa genial.

Cuando la obra de un artista sugiere tan hondas emociones de belleza, cuando nos admira y enternece, nos hace pensar y sobrecoger, ante la vida y ante la muerte, sentimos la necesidad de buscar en el árbol genealógico del arte el lazo de parentesco que lo incorpora á la familia de los más grandes escultores contemporáneos, á la familia de los Meunier y de los Rodin.

LA ROMA IMPERIAL

Roma, 1905.

I.—Los peregrinos de la Italia hermosa.

«Me preguntas si en Roma nos divertimos. Divertirse es una palabra francesa y sólo tiene sentido en París. Aquí, siendo extranjero, es necesario estudiar: no hay otro recurso.» Esas palabras de Taine pueden repetirse después de cuarenta años. Las pupilas frívolas nacieron ciegas para la evocadora visión de Roma; es una ciudad de ensueño y de recordación, un templo de mil grandezas pasadas, un lugar de peregrinación para almas superiores. Sin un profundo y exquisito sentimiento de arte, sin un amor latino, casi filial, por sus escombros elocuentes, la permanencia tórnase pronto inútil ó tediosa.

El papa actual es un modesto burgués, excelente persona, muy distinto del preclaro y transparente León XIII que nos describe Rubén Darío en sus *Peregrinaciones*, en cierto maravilloso artículo que jamás olvidará quien lo haya leído. Si el papa es un burgués, no puede sorprender que el rey sea un tonto inofensivo. Signo de los tiempos. En cambio están allí las ruinas de emperadores inconmensurables, únicos; ellas son el atractivo intelectual de la ciudad tiberina y es creíble que el sol no haya

alumbrado cosas más admirables en la historia de las civilizaciones extinguidas.

Hay un sentir oculto que permite gustar de las cosas muertas. Cada piedra contiene el esbozo de un gesto, cada columna erige frente al cielo una pasión pujante y humana, cada arco sostiene una gloria, cada friso narra una gesta, cada escoria de la grandeza antigua denuncia un vicio magnífico ó una virtud deslumbradora: en esta suprema plenitud los vicios y las virtudes se equivalen, son igualmente sublimes.

Toda ciudad posee refracciones y afinidades que le son propias. Roma es propicia á los cerebros intuitivos, capaces de reconstruir una época sobre un plinto hecho trizas; es un modo particular del alma humana y para sentirla es necesario ponerse al unísono con ella. Es un modo superior, sin duda. Todos sus grandes peregrinos han sido astros de magnitud primordial; Roma é Italia fueron la irresistible estrella que ha orientado la marcha de altos espíritus, Reyes Magos de esta religión de la belleza cuyo profeta moderno fué Jhon Ruskin. Huelga decir que sus libros de arte, verdaderos evangelios, fueron escritos ó pensados en Italia, frente á la glauca gloria del Adriático.

El apacible burgués suele visitar la península con precipitación de bárbaro ó con apática mansedumbre de rentista: ignora el misterio de cada ruina y es insensible á la más leve emoción de arte. Necesita referir que ha recorrido la Italia y lo consigue fácilmente: cuatro bocanadas de aire sobre el Pincio, una serenata en el golfo de Nápoles, la inevitable ascensión al Vesubio y el descenso á las desmanteladas ruinas de Pompeya, dos giras en gón-

dola por el Canalazzo, un paseo en la plaza de la Señoría y una noche de espectáculo en la Scala. Le basta un ejemplar de la guía Baedeker, cuya provechosa vulgaridad supera á todo elogio. ¡Cuántas impresiones de viaje han sido pacientemente copiadas de sus páginas!

El turista con pretensiones de intelectual puede barnizarse de arqueología refugiándose en un cómodo libro de Paléologue, moderno é interesante.

El estudioso no saciará su curiosidad limitándose á analizar introspectivamente sus propias impresiones; le sobrarán, por cierto, fuentes en que abrevar sus ansias de investigación. Encontrará grandes fruiciones de espíritu indagando cómo se reflejan esas mismas cosas en otros cerebros y hará una fecunda crítica comparativa de las emociones estéticas. Supongámosle oriundo de París y frecuentador de la más modesta de sus bibliotecas circulantes.

Estuvieron en Roma, buscando inspiración y emociones, Rabelais y Montesquieu, Montaigne, Milton y Addison, De Brosse, Lalande, Dupaty. Alguno en sus libros, todos en su correspodencia, dejaron el testimonio de su admiración ante el rastro de la magnificencia imperial. Un libro de viajes del padre Jacquier, muy erudito para su época, es mezcla de mística devoción por la Roma cristiana del renacimiento y de sobrecogido respeto frente á la devastada Roma pagana de los Césares; está escrito en el estilo pedestre que campea en los manuales de urbanidad popular.

Goethe, espíritu leonardiano, fué á Italia buscando la tierra clásica, la Roma suntuosa, cuna de la fuerza y de la universalidad. En Asís sólo deseó ver

la pequeña fachada de un templo pagano, sostenida por armoniosas columnas corintias; en Venecia, gema del romanticismo, sólo se interesó por el Paladio. El gran tudesco no miró la Italia del Renacimiento. Browning y los prerrafaelistas ingleses vinieron, en cambio, en busca del arte que floreció en el crepúsculo de la Edad Media, encontrando la mina fecunda de los Giotto y los Beato Angélico. Dos temperamentos, dos formas de arte; una tercera vieron más tarde los románticos á través de su tercer temperamento.

Voltaire debe ser leído; fué tan profundo como Quevedo y mucho más que todos juntos los miembros de la moderna Academia francesa. Escribió mucho sobre Italia, á menudo picarescamente. Eugenio Bouvy es su comentarista en el curioso libro *Voltaire et l'Italie*, muy recomendable.

Los románticos, bandada inolvidable, volaron á la península como á un país amigo de sus almas indeclinables. Urbain Meingen, en su estudio sobre *l'Italie des romantiques*, nos muestra á los siete hombres representativos de esa época literaria, viajando casi al unísono en el tiempo y totalmente unificados en el ideal. «No son los únicos, dice, pero ellos forman un grupo natural. Chateaubriand y Lord Byron eran amigos de madame de Staël; Lord Byron lo fué de Shelley, que á su vez lo era de Keats; Alfredo de Musset, en fin, correspondía en verso con Lamartine y le hablaba de Lord Byron. Hay, además, entre esos escritores cierto parentesco de espíritu. Chateaubriand ejerció una gran influencia sobre Lamartine, que leía apasionadamente los versos de Lord Byron; éste debe mucho á madame de Staël, por la cual también Shelley tenía gran admiración. Keats

es un poco independiente, más, por la manera como se inspira en Dante y en Milton, está próximo de Chateaubriand y de Shelley al mismo tiempo; por otra parte, sabe gustar de Bocaccio, como lo hará también Alfredo de Musset. Este último, que les sigue, ha recogido toda su herencia».

Chateaubriand describe visiones italianas en *Los mártires*, en *El genio del cristianismo*, en *Memorias de ultratumba* y en el volumen póstumo *Viajes por América y por Italia*. Shelley nos dejó impresiones imperecederas. Musset llenó sus obras de personajes italianos, como Shakespeare, aunque fué simulador de alta envergadura: no había pisado Italia cuando publicó sus *Contes d'Espagne et d'Italie*. Lamartine nos dejó cien páginas, en sus *Meditations*; en 1811 vió

Les palais des héros par les ronces couverts,
Des dieux couchés au seuil de leurs temples déserts,
L'obelisque éternel ombrageant la chaumière,
La colonne portant une image étrangère,
L'herbe dans les forum, les fleursdans les tombeaux
Et ces vieux panthéons peuplés de dieux nouveaux;
Tandis que, s'élevant de distance en distance,
Un faible bruit de vie interrompt ce silence....

Madame de Staël esculpió sus impresiones en *Corina*, obra magnífica que sólo podemos posponer al canto cuarto de *Childe Harold*, donde nos muestra su Italia lord Byron; éste no supo emocionarse ante el arte del Renacimiento, pero le conmovieron las ruinas imperiales. Jhon Keats, como antes Brownirg, penetró el espíritu del arte prerrafaelista y fué, de hecho, el precursor de Burne Jones y Dante Gabriel Rossetti.

Stendhal conoció mejor que nadie la sociedad italiana de su tiempo; *La Chartreuse de Parme* es

un libro alado. Sus dos tomos de *Promenades dans Rome* son doblemente admirables, por la utilidad de sus indicaciones y por la amabilidad de su estilo. Esta obra se lee con simpatía, no obstante ser vieja ya de un siglo; ocúrrele como á ciertas damas espirituales que benefician de las canas, aumentando sus atractivos en proporción al número de estrías que graba Cronos sobre su piel. Puede perdonarse al mismo Stendhal un tercer volumen, absolutamente inferior, en el cual refiere impresiones recogidas *De Naples à Florence.* Taine recomienda de hecho, aunque no de palabra, la serena claridad de estilo que campea en sus paseos en Roma, pues revela seguirlos en ciertos pasajes de su *Voyage en Italie;* los hombres como Taine saben no plagiar.

Siguiendo á Musset encontramos á George Sand, cuyas impresiones quedaron fijadas en sus *Lettres d'un voyageur*; sobre Venecia escribió párrafos llenos de amor y de garrulería. Brizeux tuvo la original idea de enfrentar los paisajes de Italia á los de su nativa Bretaña. Augusto Barbier se inspiró junto al Tíber y el Arno para escribir *Il Pianto*, quejas sin trascendencia. Hugo, en *Lucrecia Borgia* y en *Angelo, tirano de Padua*, nos muestra la Italia del estilete y del veneno; la magnificencia de su estilo y la pompa de sus metáforas suplen á lo demás.

En el viaje de Theophile Gauthier desbordan encantadoramente los decires personalísimos que desgrana con gesto asiático sobre las bellezas de Génova, Venecia, Milán y Florencia. Los reflejos de las cosas en su espíritu son siempre originales; diríase que el orífice, como Nerón, las miraba al través de una preciosa gema: la esmeralda de su ingenio. Sintió los más hondos encantos de Nuestra Se-

ñora de los Mares Muertos; los alienistas encuentran páginas de aguda psicología descriptiva en el capítulo dedicado al manicomio de San Sérvolo. En todo el libro cascabelea el rico estilo de *España y Constantinopla*, ambos muy leídos por De Amicis, el cual, en muchos pasajes, le ha plagiado páginas enteras.

¿En qué mañana de agotamientos neurasténicos hilvanó Paul Bourget sus *Sensations d' Italie*, detestable ejemplo de frivolidad literaria?; nadie creería que ese libro es hermano de otros tan admirables como *Le Disciple* ó *L'Etape*. Asselineau arruinó sus buenas impresiones peninsulares al revestirlas de un estilo andrajoso y desteñido. Paul de Musset llegó hasta Sicilia y nos dejó un bonito libro de viaje. Los Goncourt publicaron después de cuarenta años sus notas recogidas en el cincuenta y tantos. A. de Mezières osó reunir en volumen las candorosas observaciones bostezadas en varios viajes; las de esta península parecen una tesis para optar al doctorado en tontería. Edmond About, amigo de Taine é íntimo de Sarcey, tiene páginas llenas de gracia, escritas con finísimo gusto. Alejandro Dumas, el fecundo mulato, no podía morir sin legarnos su Italia; en *Corricolo* está bien grabada la pintoresca jovialidad de la vida napolitana, magüer sea plebeyo su estilo. Su *Un año en Florencia* no puede recomendarse á personas que en algo estiman su tiempo.

Hay otros. En el catálogo de la Biblioteca Nacional de París figuran los viajes de Bergeret de Granicourt, Beroy, Víctor Fournel, Abate Pillié, Condesa de Polignac, Ana Potocka, Bernard Berenson y Herman Riegel. ¿Son interesantes? Nada es im-

posible; leeríamos, en primer término, el libro de Ana Potocka, escrito recientemente sobre sus memorias y cartas del año 1826.

Todo viajero ilustrado meditará con provecho las dos magníficas series de *Promenades Archéologiques*, por Gastón Boissier, utilísima introducción al examen personal de las antigüedades romanas.

Los autores ingleses y alemanes constituyen una bibliografía no menos vasta, que sólo conocemos á través de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Roma y de la incomparable biblioteca del British Museum de Londres. Suelen ser trabajos de sesuda arqueología antes que sensaciones de crítica ó de arte, cuya importancia está restringida al círculo de los especialistas. Huelga, por interminable, la mención de monografías técnicas publicadas en Italia sobre todas y cada una de sus ruinas. Se cuentan por millares.

Roma sugirió á Castelar una de sus páginas más líricas y á Zola su conocida novela, que completa la trilogía de Lourdes y París. Un viajero argentino lamentará no poder repasar los libros de viaje de algunos compatriotas distinguidos, si no tuvo la previsión de incluirlos en su equipaje: Lucio López, Miguel Cané, Soto y Calvo, Eduardo Wilde y Angel Estrada (h.).

¿Cabe dudar que Italia es el país elegido para las grandes peregrinaciones de Arte?

Después de tantas lecturas, el viajero ingenuo preguntará al estudioso si aun le quedan impresiones verdaderamente propias. El estudioso hará su examen de conciencia y si aun cree tener alguna la desbastará visitando al profesor Boni, director de los trabajos de excavación del Foro, y asistiendo á

una sola de sus conferencias; siempre será superflua la segunda. El estudio de las otras ruinas resulta más proficuo asistiendo á los cursos de Lanciani y Venturi, que enseñan topografía romana y arte antiguo, respectivamente. Ambos han publicado obras de positivo mérito sobre sus especialidades.

De esa manera será fácil sacrificar la originalidad al saber, la imaginación á la crítica. Y, en suma, se obtendrá una impresión consciente, preferible en todos los casos á las improvisadas sensaciones puramente literarias.

II.—Entre las ruinas

Sobre el Foro Romano yacen esparcidos sin previsión los escombros augustos, como sobre un antiguo campo de lides heroicas las armaduras que la carcoma de las edades roe en vano, pero no aniquila. El frescor de pocas hierbas mitiga habitualmente su pesadumbre. Cada primavera llega como una fiesta sobre la blancura de los mármoles, atenuando su palidez, que parece traducir nostalgias de almas caídas que sueñan sus catástrofes irreparables. Abril salpica, por millares, las manchas rojas de las amapolas, cuyo matiz violento contrasta con la severidad apacible de aquella blancura silenciosa, como advirtiendo el eterno florecer de la vida sobre la muerte.

Entramos al Foro siguiendo al profesor Boni, cuya vida transcurre sobre los escombros. Es talentoso, amable y tan poco elegante como suelen ser los arqueólogos de mediana estatura; tiene la dicha de mostrar cincuenta años escasos, pero se murmura que ha vivido algunos más. Su flaqueza incorregible consiste en cierto afán de obscurecer en mal

francés las cosas que diría claramente en buen italiano. Cada vez que en Roma tiene lugar un congreso ó llega una comitiva de extranjeros, figura como plato obligado una conferencia «en francés» sobre las ruinas del Foro. Le oímos dos veces y en ambas dijo lo mismo; se paró sobre determinadas piedras, hizo indicaciones similares, desplegó gestos idénticos, con igual entonación y timbre de voz, como fonógrafo que muerde con su púa de acero sobre un eterno cilindro de celuloide. Por ese motivo no hay ventaja en acudir más de una vez á su disertación.

Un distinguido estanciero argentino asistía, por compromiso, á la conferencia; ya había visitado Roma varias veces y hablaba del Foro con familiaridad, como de su estancia. Era uno de esos hombres prácticos que detestan cordialmente la cultura y el bufete; ponía su mayor vanidad en conocer á Roma sin haber leído una sola cartilla arqueológica, ni siquiera una democrática guía. Le vimos sorprenderse cuando oyó decir que el Foro en cuestión no había sido el único, ni el más grande, ni el más bello de los muchos que hermoseaban á la ciudad eterna.

Eran sitios públicos, lugares de reunión al aire libre, con una plaza rodeada por varios pórticos, simples ó dobles, de uno ó más pisos. En cada Foro existía, siempre, una ó más basílicas. En algunos había profusión de monumentos honorarios y decorativos que aumentaban su belleza y solemnidad. Allí se ejercitaba la justicia y lucían sus galas extraordinarias los retóricos de toda laya; allí también convergía la actividad comercial. Banqueros, mercaderes y usureros concurrían á los foros para

traficar bajo la fresca sombra de los pórticos. En casi todas las ciudades había algunos; por la naturaleza compleja de su actividad, podrían compararse á las actuales plazas de aldea, en cuyo derredor se levantan la iglesia y la municipalidad, la escuela y el club, la trastienda de botica y la redacción del semanario, el juzgado de paz y la comisaría. La diferencia estriba en que los foros de aquella época, aun en las aldeas, ostentaban una ornamentación desconocida en nuestos días. En Roma, «caput mundi», eran admirables el foro Trajano, el de Augusto, el de César, el de Nerva, el Romano, el Boario y otros.

En la época imperial fué el fastigio de su esplendor; solo quedan ruinas escasas. El mayor de todos fué el Foro Trajano, cuyos planos trazó Apolodoro de Damasco, arquitecto griego; cuéntase que para construirlo fué necesario derribar muchos edificios y desmontar una falda del monte Quirinal. El foro propiamente dicho ocupaba una amplia área rectangular, rodeada por tres pórticos dobles. Allí surgían el templo de Trajano y la basílica Ulpia; en el centro de un patio, desafiando al cielo con su pompa majestuosa, erguíase la columna Trajana, cuyos magníficos bajos relieves han encantado á críticos y artistas durante veinte siglos. En todas las construcciones de ese Foro asombraba el derroche de granitos raros, columnas de mármoles veteados y polícromos, frisos y capiteles con bajos relieves magníficos, estatuas de bronce y paramentos de metales preciosos, mosaicos de mármoles amarillos y violetas, todo convergiendo á hacer paradisíaca la molicie de los dominadores del mundo. Casiodoro, su más fiel descriptor, dice que cuanto mejor se

lo observaba tanto más producía la impresión de un milagro.

De tanta grandeza, además del aserto de los historiadores, cuyas referencias no suelen ser claras ni concordantes entre sí, los viajeros ingenuos pueden ver fantásticas reconstrucciones en yesos ó grabados que se venden á los forasteros en las librerías del Corso ó de la plaza de España, y á menor precio en los cambalaches de Transtíber. Los foros más modestos, como los que aun vemos en Pompeya y Herculano, parecen simples plazas rodeadas por templos y pórticos, con uno ó dos órdenes de arcadas; pero están desmantelados y les falta lo que fué su mejor característica: la generosa ornamentación.

El foro romano, único sometido á la inspección ocular de los contemporáneos, estuvo en pleno abandono durante muchos siglos, después de haber sufrido ultrajes y depredaciones de los godos, vándalos, hérulos, lombardos, sarracenos y cristianos; pues conviene tener presente que estos últimos completaron lentamente la devastación de Roma con sus rapiñas en grande y pequeña escala, con su desidia y menosprecio por todo lo que evocara la grandeza pagana. Baste decir que en 1611, bajo el dominio del papa Pablo V, se demolieron varios antiguos arcos de triunfos para ensanchar las calles; ya Urbano V había puesto en venta las piedras del Coliseo y Pablo II tomó las necesarias para edificar el palacio de Venecia, de uso particular, imitándole los cardenales Riario y Farnesio. Sixto V pretendió transformarlo en casa de inquilinato; pero los nietos de Urbano VIII, de la familia Barberini, fueron más prácticos y recogieron todos los materiales

para su magnífico palacio, dando lugar al ingenioso refrán: «lo que no hicieron los bárbaros, hicieron los Barberini.»

En los grabados medioevales, que suele mostrar el profesor Lanciani en clase, el Foro Romano está representado por una serie de ruinas enterradas hasta la mitad, recubiertas por una profusa vegetación silvestre que pone sus raíces como cuñas entre los bloques de mármol y de travertino. Montaigne lo vió en ese estado. Para Voltaire era un despreciable amasijo de piedras mugrientas, aunque en la misma época el padre Jacquier lo proclamó admirable. Stendhal lo vió semienterrado todavía y refiere las estériles intentonas del príncipe ruso Demidoff para que le permitieran desenterrarlo á su propia costa. Napoleón ya había puesto en descubierto el Coliseo y otras maravillas de la gran época. Encontrándose en Roma, en 1813, Stendhal vió desenterrar el pedestal de la columna de Focas; una inscripción antigua aplacó las dudas que habían atormentado á muchos arqueólogos, poniendo en danza su empirismo. Circuló por ese entonces un soneto ingenioso. Habla el mismo Focas: «Un obrero con su pico descubrió todo en dos días; mi gloria renace. Sabios tontos: colocando unos sobre otros los tomos que habéis escrito acerca del nombre de mi columna, se formaría una pila más alta que ella. ¡Cuánto más útiles y menos aburridos seríais arrojando vuestra pluma y cogiendo un pico!»

Shelley, en una carta á Peacok, escrita desde Nápoles, refiere la impresión que recibió después de ver las ruinas del Foro. «Roma es, por decir así, la ciudad de los muertos; mejor aún, es la ciudad de los que no pueden morir, pues sobreviven á las ma-

lignas generaciones que habitan y atraviesan los lugares que la grandeza imperial hizo sagrados para siempre. En Roma, por lo menos durante el primer entusiasmo que se aplica á contemplar la antigua edad nada se ve de los italianos. La disposición misma de la ciudad contribuye á la ilusión, pues sus vastas murallas antiguas tienen diez y seis millas de circunferencia, de manera que su población escasa queda esparcida en un espacio casi tan grande como Londres. En su interior hay grandes campos abandonados, céspedes en todas partes, bosquecillos en las ruinas; una verde colina, muda y solitaria, domina el Tíber. Los jardines de los palacios modernos son como bosques salvajes de cedros, pinos y cipreses. El cementerio inglés está sobre un repecho verde, junto á los muros, debajo de una tumba piramidiforme de Cayo Cestio; es, creo, el más solemne y hermoso de los cementerios que he visto. Cuando lo visitamos el sol brillaba sobre el rocío de otoño; oíamos suspirar el viento en los árboles, que se elevan más altos que la tumba de Cestio, el sol ardía bajo la cálida luz, mirábamos las tumbas, casi todas de niños y de mujeres, y nos repetíamos que su sueño era envidiable para el día de nuestra muerte....».

Esa es la obra de quince siglos de cristianismo; esa es la barbarie verdadera, la que no vino del Norte, sino de Galilea: convertir en un triste cementerio á la capital del mundo civilizado, con un solo paréntesis: el Renacimiento. La opinión de Shelley no es única; oigamos lo que dice madame de Staël en una de sus cartas al poeta Monti: «Os confieso que yo no sería capaz de pasar mi vida en Roma; la idea de la muerte nos sobrecoge de tal

manera, se nos presenta bajo tantos aspectos, en las catacumbas, en la Via Appia, en la pirámide de Cayo Cestio, en los subterráneos de San Pedro, en la iglesia de los Muertos, que apenas se está segura de estar viva.» Y en *Corina* agrega: «En Roma todo es extranjero, aun los mismos romanos, que no parecen vivir en ella como propietarios, sino como peregrinos que se han sentado á reposar junto á las ruinas.»

Esa barbarie cristiana se prolongó hasta la caída del poder temporal de los papas, que señaló el nuevo Renacimiento actual, bajo la dinastía burguesa de los Saboya.

Taine dedica al Foro dos páginas escasas. Si hemos de creerle, en 1865, bajo el dominio de la tiara, veíanse allí espectáculos de miseria y abandono que actualmente resultan inconcebibles. «Viejas feas y chicos sucios se calientan al sol, entre basuras. Pasan dos monjes blancos ó morenos, seguidos por escolares con sombrero negro, guiados por un eclesiástico rojo. Una fábrica de camas de hierro cruje y resuena cerca de la basílica.» En cambio: «Aun se descubren rasgos de la antigua raza y del antiguo genio. Muchas de esas viejas se parecen á las sibilas del Renacimiento. Tal paisano con sandalias de cuero, con su manto manchado por el polvo, tiene una traza admirable, la nariz distinguida, el mentón griego, los ojos negros que hablan con elocuencia, chisporroteando en ellos el brillo de su genio nativo. Bajo las bóvedas de Constantino, desde media hora, una voz salmodiaba letanías; me aproximo y encuentro á un hombre piernicruzado en tierra, leyendo en voz alta y con entonación recitativa ante cinco ó seis vagos tirados sobre el polvo el

Orlando Furioso, el combate de Rolando y de Marsilia». Más afortunados que Taine, los viajeros de hoy no ven el espectáculo de las mujeres andrajosas; pero, en cambio, no tendrán la dicha de tropezar con vagabundos románticos. A fuer de irreverentes, cabe pensar que el pincel maestro de Taine puso algunos toques decorativos en el cuadro, colocando allí esas brujas y trovadores en decadencia como simple coquetería de su prosa literaria.

Hoy todo ha cambiado. La idea que nos sugieren Jacquier, Stendhal, Shelley, madame de Staël ó Taine resulta completamente inexacta. Todas las ruinas están en descubierto, sin más mugre que la inevitable de los siglos. El profesor Boni no ceja en su labor; temiendo que la prisa destruya los restos que se pretende conservar, realiza un trabajo lento pero minucioso y certero, conforme al adagio de la gota que horada la piedra.

Descendiendo del Capitolio por una calle que corre sobre el antiguo Clivus Capitulinus, hacia la Vía Sacra que lleva al Coliseo, se encuentran las ruinas del Pórtico de los doce dioses y de los templos de Saturno, Vespasiano y la Concordia; el magnifico arco de Septimio Severo se conserva en excelente estado y parece dispuesto á mantenerse en pie algunos siglos más; contigua está la columna de Focas; á poca distancia los restos de las basílicas Julia y Emilia, y las ruinas de la Curia ó Senado sirviendo como cimientos de la iglesia de San Adrián. Del templo de Castor y Pólux quedan tres magníficas columnas en mármol de Paros: más allá escombros de los templos de Venus, César y Faus-

tina, la Regia, el palacio de las vestales, las tres enormes bóvedas de la basílica de Constantino y, por fín, el Arco de Tito, inicuamente rehecho por un mediocre arquitecto, muy celebrado en tiempos de Pío VII.

Recorriendo las callejuelas del Foro, todo espíritu medianamente culto reconstruye con envidia las horas que el pueblo de César y de Augusto podía pasar bajo uno de esos pórticos ó en el interior de una basílica, oyendo á los más elocuentes oradores, cuya mayor ambición era obtener su aplauso y cuya voz se rompía en mil ecos sobre los mármoles que por todas partes la rebotaban.

Entre el tono gris del pequeño valle lucen su ebúrnea blancura centenares de capiteles corintios mostrando al cielo la gracia audaz de sus volutas y el doble orden de sus hojarascas; el pie inexperto tropieza con fragmentos de arquitrabes, el uno con frisos triglifados, metopas en el otro, éste con bajos relieves de grifos mitológicos ó con heroicas escenas de guerra, aquél con candelabros ó calaveras. Discos ó astillas de fustes estriados atestiguan la asombrosa profusión de columnas en ese paraje delicioso, destinado al solaz de aquella Roma cuyo poderío no conoció precedentes ni tuvo sucesores.

Más allá del Arco de Tito, en el fondo, se levanta la mole del Coliseo y á su derecha el gran Arco de Constantino, obra mediocre de la decadencia. Antes de llegar á la calle que rodea el enorme anfiteatro, se tropieza con las ruinas de los templos de Venus y de Roma, adosadas, mirando al Coliseo las primeras y al Foro las segundas. El emperador Adriano en persona trazó sus planos; mas Apolodoro, arquitecto de Trajano, se permitió seña-

lar en la obra dos incorrecciones, ya irreparables. La imprudente crítica tuvo por precio la vida.

Suele terminar en ese punto la invariable conferencia del profesor Boni, á noche ya avanzada. El ilustre arqueólogo, con su voz monótona, propia de maestrescuela que repite su abecé por millonésima vez, consigue aburrir á dos tercios de sus oyentes.

Mientras regresamos, un reflejo rubio y rojo inunda aquel cementerio de cosas dos veces milenarias. El crepúsculo gradúa en el lejano horizonte sus notas de oro y de escarlata, como si los bronces de infinitos guerreros y la sangre de infinitos vencidos se mezclaran atropelladamente en aquel lejano confín del cielo y de la tierra, recordando, como en una macabra fantasmagoría, el precio de heroísmos y de martirios que costó á la humanidad la grandeza del imperio de Occidente.

Entre la penumbra del horizonte destacaban sus perfiles los restos de frisos y cornisas, las columnas con sus gárrulos capiteles, los fustes quebrados por la saña de tantos siglos, los arcos intactos y petulantes, erguidos frente al tiempo. Junto con el avance de la tiniebla crecía la solemnidad majestuosa de aquel panorama evocador. En la melancolía de esa noche estival, toda llena de recordación y de silencio, pensamos con sobrecogimiento que nuestros pies humillaban los propios mármoles por donde transitaron su gloria ó su infamia los reyes y los cónsules, los tiranos y los emperadores. La imaginación esparcía entre las ruinas, confusamente, las figuras de César y de los Gracos, de Augusto y de Nerón, de Heliogábalo y de Domiciano. Y la sombra

parecía confundir en un solo rastro, sobre las mismas piedras, las pisadas de Agripina y de Cornelia, la madre de todos los vicios y la madre de todas las virtudes.

Era un símbolo. Tanta grandeza y tanta pompa debían neutralizar, por fuerza, todas las normas de la ética. Sin imposiciones morales, los hombres rompieron las amarras del deber y del remordimiento para ascender á una región donde eran palabras sin sentido el vicio y la virtud, donde los únicos ideales de la vida eran la fuerza, el placer y la potencia, suprimiendo todo freno á la dicha de vivir.

El pueblo romano, dominador del mundo, tendía, como todos los dominadores, á colocarse más allá del bien y del mal.

III—La megalomanía de los emperadores

Entre la plaza Navona y el Panteón, sobre el antiguo campo de Marte, está el edificio de la universidad, anexo á la iglesia de San Ivor, más conocido con el nombre de «la Sapienza». En una aula del piso alto, sobre el ala derecha, escuchamos siete lecciones del profesor Lanciani respecto de la ruina más hermosa de Roma: el Coliseo. El ilustre arqueólogo enseña topografía romana, complementando sus pláticas con lecciones objetivas sobre las ruinas mismas. Conoce cuándo, cómo y por qué de cada escombro, á la manera de ciertos pacientes coleccionistas que recuerdan los más inútiles detalles relativos á cada ejemplar de su innumerable filatelia. Las canas sesentonas que ya grisean sobre su frente y la obesidad que infla su vientre como una vasija etrusca, no aplacan sus entusiasmos arqueológicos: su actividad revive cada vez que tre-

pa sobre un andrajo de la magnificencia antigua. Y se le ve, como un cabrito adolescente, corretean-do sobre la última galeria del Coliseo, encaramado en la cornisa del Panteón, prendido amorosamente de los bajos-relieves en la concavidad de un arco, mirando todo, analizando piedra por piedra, remo-viendo la tierra estratificada en veinte siglos, extra-viándose en los vericuetos de una catacumba, con el mismo empeño que pone un cirujano genial en manosear las vísceras dolorosas y sangrientas.

Las ruinas parecen vísceras de la historia remo-ta; el arqueólogo diseca las piedras como el anato-mista los músculos y las arterias.

De labios de Lanciani recogimos cien detalles sobre las peripecias de la construcción del Coliseo y sobre las azarosas aventuras de su existencia; al-gunos papas saquearon sus piedras para edificar sus palacios privados, otros lo pusieron en subas-ta, lo usaron como fortaleza, lo alquilaron como fá-brica de grasa ó de betún, lo trasformaron en de-pósito de basuras, y por fin, como destilería del guano de la ciudad.

Algunos historiadores pretenden que esta mole enorme fué construida en solo cuatro meses, traba-jando en la obra doce mil judíos esclavizados por Tito é invirtiéndose en ella una suma de escudos romanos equivalente á cincuenta millones de fran-cos. El emperador Floro Vespasiano, amigo de las ciencias é íntimo de Plinio, cuya *Historia Natural* está dedicada á Tito, edificó los tres primeros órde-nes del edificio; Tito, su hijo y sucesor, agregó dos más. La obra fué concluida por Domiciano, á quien los historiadores proclaman insigne en el manejo de la flecha; cuéntase que, para matar sus horas de

ocio, ejercitaba su asombrosa habilidad cazando moscas á respetable distancia con diminutas flechas de oro. Una cinegética en miniatura.

El Coliseo es un monumento único: Lamartine lo ha sentido admirablemente en sus *Nouvelles Méditations* y solía pasear por su recinto en las más suaves noches lunares:

> J'aime, j'aime á venir errer sur ce tombeau
> A l'heure où de la nuit le lugubre flambeau,
> Comme l'œil du passé, flottant sur des ruines,
> D'une pâle demi-deuil revêt tes septs colines...

Stendhal observa que el hombre más sensible á las artes, J. J. Rousseau por ejemplo, leyendo en París la descripción más completa del Coliseo no dejaría de conceptuar ridículo á su autor, por las exageraciones que creyera descubrir en sus palabras; sin embargo, sólo le habría preocupado el afán de amenguar sus impresiones, temiendo el juicio del lector lejano.

El Coliseo suele considerarse como la más soberbia tipificación arquitectónica de los anfiteatros, creación genuinamente romana, aunque derivada de los teatros griegos; estos últimos fueron imitados frecuentemente por los arquitectos de Roma, pudiendo verse ejemplares bien conservados en Pompeya, Herculano y Fiesole. En el extranjero merecen visitarse los de Arlés, Nimes y Orange.

Varios órdenes de arquitectura se observan en la fachada del anfiteatro de los Flavios. El piso bajo es dórico, el segundo jónico y los superiores son corintios. Esta superposición de los estilos griegos es una de las innovaciones fundamentales de la arquitectura romana. Es inútil repetir la descripción del Coliseo; puede copiarse en cualquier tratado

elemental de arqueología. Baste recordar que en el interior de la enorme elipse cabían ciento diez mil espectadores, admirablemente distribuidos en grupos cívicos y profesionales.

Después de releer en excelentes traducciones de Suetonio, Marcial y Tito Livio muchos datos respecto de la época á que pertenece el Coliseo y numerosas referencias al anfiteatro mismo, el estudioso tropezará en Dion Casio con la descripción de su fiesta inaugural. Cuenta que fueron muertos cuatro elefantes y nueve mil fieras; hubo luchas de gladiadores, batallas y parodias de combates navales. Esos espectáculos duraron cien días. Para favorecer á la plebe, Tito, desde un lugar culminante del anfiteatro arrojaba pequeños globos de madera en cuyo interior había vales por alimentos, ropas, objetos de oro y de plata, tierras, caballos, esclavos.

Si hemos de creer á Marcial, el Coliseo tuvo su mayor auge en tiempos de Domiciano. El poeta menciona muchos episodios curiosos y no pocos inverosímiles, dignos de sucinta mención. Una mujer peleó contra una leona y le dió muerte; un gran pillastre fué crucificado y expuesto á las caricias de un oso, con el resultado que es de presumir. Un condenado tenía que volar como Dédalo para escapar de las garras de otro oso; este desgraciado precursor de la navegación aérea cayó de bruces y fué víctima de la bestia. Un rinoceronte, con su cuerno, destripó un toro. Cierto león que hirió á su cuidador fué muerto á flechazos. El beluario Capofaro mereció ser antepuesto á Meleagro y á Hércules pues en un solo día y en el mismo espectáculo mató veinte fieras, entre las cuales Marcial enumera búfalos, bisontes, leones y leopardos. Un elefante, después de ma-

tar á un toro, se arrodilló ante Domiciano. Una tigre consiguió matar un león, hecho que nunca se había presenciado en Roma, si hemos de atenernos á la palabra del poeta. Un gamo que corría perseguido por veloces sabuesos, al llegar frente al emperador se arrojó á sus pies en actitud suplicativa y los perros se detuvieron sin tocar la presa, como si hubiesen reconocido que debían respetar la sagrada majestad del César. Algunos leones jugaban en la arena con las liebres, ocultándolas en sus bocas cerradas y soltándolas ilesas en seguida. Tigres, osos, bisontes y ciervos tiraban de los carros como caballos, adaptados al rigor del freno y de la fiesta. Un elefante bailaba. Algunos ciervos y gamos peleaban entre sí hasta matarse. Un león y un carnero vivían juntos, alimentándose ambos con carne de cordero.

Dejando á Marcial, que dió rienda suelta á su poética fantasía, recordemos que Trajano, celebrando su triunfo en Dacia, hizo combatir en los anfiteatros de Roma 11.000 fieras y 10.000 gladiadores. Esas enormes cifras son ridículas comparadas con los soberbios espectáculos celebrados en el Coliseo por Cómodo, cuya fragmentaria descripción encontramos en las crónicas de Capitolino, Lampridio, Spartiano y en el propio Dion Casio.

Muchos lectores semicultos, que han visto la estampa del Coliseo en los manuales de historia ó en las tarjetas postales, suelen creer que las escenas revividas por Sienkiewicz en su *¿Quo vadis?* ocurrieron allí y se emocionan tiernamente mirando el grabado que les evoca el recuerdo de aquellas terribles persecuciones contra los primeros cristianos, magistralmente pinceladas por Renán, en su *Antecristo.*

Nerón no conoció la mole que hoy admira el turista, ni se oyó jamás en su recinto la palabra arbitral de Cayo Petronio. La saña del sanguinario artista necesitaba un escenario más vasto, aunque para el buen gusto del árbitro de las elegancias habría sido perfecto el ambiente del Coliseo.

No lejos del Foro, al otro lado del Palatino, en cuyas entrañas yacen los cimientos colosales del Palacio de los Césares, se extendía el Circo Máximo, cuya capacidad excedía en mucho á la del Coliseo. Fué construido por Tarquino Prisco y en tiempos de Dionisio de Halicarnaso podía contener 150.000 espectadores; Vespasiano lo restauró, dándole capacidad para 250.000 hombres. Constantino lo agrandó aun más, para que 380.000 romanos pudieran aclamarlo cuando entraba á presidir los juegos circenses. Allí tuvo lugar el martirio de los cristianos, allí debe transportarse la emocionante fantasía del ruso ilustre, la lucha heroica de Ursus con el Toro para salvar de sus astas el adorable cuerpo de Ligia. El tiempo ha borrado las ruinas de este circo para evitar á Roma el recuerdo de sus crueldades más ignominiosas.

El profesor Lanciani, rodeado por treinta oyentes de ambos sexos, estaba en la tercera galería del Anfiteatro Flavio cuando el sol entró al ocaso. Por entre las ventanas del lado opuesto caían haces de roja luz; en el horizonte lejano el crepúsculo volcaba un hervor de incendio y de hemorragia. Todos á una, pensamos en las hogueras y en la sangre derramada en las arenas de la metrópoli imperial, cuya grandeza tuvo, como el sol de esa tarde, un poniente de púrpura.

Italia, propicia á la intelectualidad femenina, ofrece una gama infinita de mujeres originales: conocer á Matilde Serao, á Teresa Labriola y á Ada Negri en el mismo día, es una circunstancia feliz que nó ocurre en cualquier parte. Hay damas intelectuales de todo matiz y de toda vocación, desde Margarita, la reina madre, que hace versos y frecuenta á Carducci, hasta la desventurada Linda Murri que marchita su ajado romanticismo en la jaula judicial, junto con su amante, su amiga y su hermano.

Una joven marquesa, *dilettante* de arqueología, es un hallazgo raro, pero no inverosímil en Italia. Encontrarla equivale á resolver muchas incógnitas de la curiosidad arqueológica, pues en tales mujeres se asocian al saber las naturales inclinaciones del sexo por la pedagogía. Todo ello no impide, por otra parte, que la histeria y la nostalgia de ensueños compliquen agradablemente el hallazgo durante un par de meses.

Discípula del profesor Lanciani, distribuye la vida exuberante de sus treinta años entre los músicos clásicos, la literatura d'annunziana y el estudio minucioso de las ruinas memorables. En suma, una de esas almas inquietas é interesantes, contradictorias, llenas de frivolidades y melancolías, predestinadas á tener en cada hora de su vida un capítulo de novela. Su propia cultura les hace inabordable la felicidad subalterna del hogar; no debieran casarse nunca, para evitarse las inevitables incomodidades de una separación prematura.

Nos dió conferencias extraoficiales sobre las Termas de Caracalla y de Diocleciano, el Palacio de los Césares en el Palatino, la Villa Adriana en Tívoli, el Panteón y otras obras máximas de la arquitectu-

ra imperial. Es imposible describir eficazmente la cosas grandes y sería ridículo traducir en palabras la emoción de fuerza y de belleza que aquéllas sugieren. Nos admira aquel médico, cuyo nombre no hemos podido averiguar, que prohibió á Jhon Keats, agonizante, la contemplación de las ruinas magníficas: la emoción le habría muerto.

Para reconstruir la historia, las termas de Caracalla son como una pieza de esqueleto fósil en manos del paleontólogo. Son una parte de un todo enorme, una parte lógica y proporcionada que permite inducir la complexión del conjunto, así como una tibia ó un diente autorizan á formular la clasificación de un ejemplar zoológico perdido. Si no fueran bellas, absolutamente bellas, estas ruinas producirían asombro y envidia. Salones iguales no se fabrican ya; las termas de Caracalla ocupaban un área de 110.536 metros cuadrados.

Bajo sus bóvedas enormes, en recintos constelados de mármoles preciosos y bronces dorados, podían bañarse al mismo tiempo miles de romanos. Había pórticos, gimnasios, bibliotecas, galerías artísticas, academias, esedras ó salas de conversación, jardines, palestras, esferisterios, todo. El emperador había volcado allí miles de obras artísticas; en las termas se recogieron el Toro Farnesio, el Hércules Farnesio, la Flora de Nápoles, y otras cien obras de arte que honran su memoria en los museos. Mármoles blancos, mármoles verdes, mármoles rosados, mármoles grises, alabastros, jaspes incomparables, granitos de Oriente rosados y grises, basaltos negros, pórfidos rojos, mármoles de Numidia con vetas rojas sobre fondo amarillo, serpentinos verdes con manchas negras como pieles de serpientes raras, cipolinos grises y verdosos,

todo el iris refractado en mármoles, una sinfonía del mármol, la locura del mármol. Sobre esas ruinas Shelley vino á escribir su *Prometeo libertado*. Había mil seiscientos sillones de mármol, en las paredes revestimientos de mármol, pisos con mosaicos de mármol, piscinas de mármol, techos de mármol, magníficas escalinatas de mármol, centenares de estatuas de mármol, una pomposa megalomanía del mármol, un magnífico delirio del fasto y de la belleza.

Las termas de Diocleciano, aunque menos bellas, eran más grandes todavía; podían bañarse al mismo tiempo tres mil doscientos ciudadanos. Su reconstrucción topográfica requiere alguna paciencia y estudio, pues sobre ellas se ha edificado durante quince ó veinte siglos. Los restos son magníficos y de imponencia suntuosa. Sobre una de sus salas edificó Miguel Angel la iglesia de Santa María de los Àngeles; en otra está actualmente el museo nacional de las termas; lejos de allí, sobre una de las primitivas rotondas terminales, la actual iglesia de San Bernardo.

Las había en Roma por decenas, pues cada emperador deseaba complacer al pueblo y le ofrecía una terma. Son dignas de recordación las de Adriano, Alejandro Severo, Constantino, Domiciano, Nerón, Tito, Trajano, Agripa. Estas últimas terminaban detrás del Panteón; sus aguas aun llegan á la admirable fuente de Trevi, en una plazoleta rodeada por grandes edificios, que hace resonar el ruido de las aguas que caen interminablemente; madame de Staël, con exageración propia de su gusto y su sexo, dice que cuando cesa de funcionar, por alguna reparación, parece producirse un gran silencio en toda Roma.

El obligado accesorio de las termas fueron los acueductos, pues al regalar una terma el emperador debía asegurar su provisión de agua, trayéndola desde remotas distancias. Así se explican esos arcos en ruina que atraviesan llanuras, valles y montañas, sin conocer dificultades ó resolviéndolas atrevidamente. El primero de ellos data de cuatro siglos antes de nuestra era; sus restos sorprenden por la imponencia de las proporciones. Más tarde se construyeron algunos con dos y tres órdenes de arcadas sobrepuestas, corriendo un canal de agua diversa por cada uno de ellos. Fué en todo tiempo su arquetipo el que traía las tres aguas: marcia, tépula y julia.

No obstante su pobreza decorativa, los acueductos son admirables por su estructura; constituyen un excepcional ejemplo de robustez y siguen desafiando la irreverencia de la intemperie, sin llevar cuenta de los siglos que pasan. El célebre acueducto de Segovia, en España, cuyo doble orden arquitectónico está construido con monolitos enormes, aun conserva más de cien arcadas. En Nimes, sobre el Gard, consérvase muy bien otro acueducto romano, de tres órdenes sobrepuestos, cuya altura total alcanza á cincuenta metros.

He aquí dos cifras significativas para la higiene pública. El emperador Nerva elevó á un millón y trescientos mil el número de metros cúbicos de agua destinados diariamente á la provisión urbana. En tiempos de Trajano funcionaban en Roma nueve acueductos.

Frente á esas ruinas no desmerecen las del Palatino, cuya magnitud no luce como debiera; están, en gran parte, debajo del suelo, pues la edificación

superior fué devastada por las piraterías alternativas de los bárbaros y de los cristianos.

Las ruinas de Villa Adriana, cerca de Tívoli, parecen pertenecer á uno de esos fantásticos castillos encantados que los niños se imaginan cuando leen las fábulas de Cordelia ó las *Mil y una noches*. Adriano había viajado mucho é hizo de su palacio una maravilla, reuniendo en sus jardines las copias ó imitaciones de todos los edificios y parajes célebres que había conocido en sus peregrinaciones imperiales. Su descripción puede leerse en cualquiera guía de Roma y sus alrededores; la impresión que produce no podrá leerse en libro alguno.

Ese tono emotivo se mantiene ante las otras magnificencias del imperio. El Panteón es el exponente más perfecto de la arquitectura romana; Stendhal lo admira sin reservas y su magnífico interior sugirió á Taine una página admirable. El mausoleo de Adriano, sobre cuya armazón vive el castillo de Sant' Angelo; el enorme circo de Maxencio; la Vía Appia, con su preciosa tumba de Cecilia Metelia entre miles de escombros sepulcrales; todo, en fin, es emblema de una ciudad que vivió para el triunfo y para el placer, dominando y explotando en beneficio de sus pobladores á todo un continente.

Este concepto de la ciudad universal no ha resurgido jamás y tórnase cada vez menos posible. Falló la misma Roma cuando quiso erigirse en capital cristiana del mundo; ahora falla París, intentando en vano ser su capital atea.

Podría condensarse en una sola frase la impresión de las ruinas imperiales: realizan la más ad-

mirable y armónica fusión de la potencia y de la belleza.

Señalan una época en la evolución de la arquitectura. Los romanos desbordaron con rapidez los límites del arte etrusco, cuya obra maestra admiramos todavía: la Cloaca máxima, tan justamente alabada por Montesquieu. Cuando recibieron de Grecia sus estilos simples, ya ilustres en la historia del arte, los desenvolvieron ó completaron con rasgos fundamentales. La adopción de los arcos, de las bóvedas y de las cúpulas, así como la superposición de los órdenes arquitectónicos griegos, constituyen los rasgos propios de la época romana y bastan para definirla. Pero el carácter más representativo del imperio de Occidente fué la grandiosidad de las moles, la imponencia de las masas. Las ruinas del Palatino y de la Villa Adriana asombran por sus proporciones, castigan el orgullo de los pueblos contemporáneos, deprimen y mortifican á los modestos arquitectos de la actual Roma burguesa. Las acrópolis de Atenas y Selinunto no producen la misma impresión; acaso puedan suscitarla semejante las moles de Egipto y de Asiria.

Justamente se repite que si no tuviéramos otro testimonio material de la civilización griega, habría bastado el sólo Partenón para mostrar la altura intelectual que alcanzó ese pueblo, cuyo espíritu fué comprendido maravillosamente por el alma loca y grandiosa de Nietzsche. Si la Roma de los emperadores nos hubiera legado una sola de sus ruinas enormes, el Coliseo ó el Palacio de los Césares, el Panteón ó las termas de Caracalla, esa única mole habría simbolizado su poder infinito, su osadía, su fastuosidad, su pujanza, su pompa lujosa, su culto

del triunfo y su amor por la gloria, todas las cualidades que hicieron de Roma la capital de una civilización: la ciudad única, servida por más de cien millones de hombres y enriquecida por todas las comarcas de la tierra.

Si una frase pudiera pintar una época y precisar un estado de alma, sólo podríamos decir que Roma Imperial fué el producto de una enfermedad casi divina: la megalomanía de los emperadores.

Sobre tanta grandeza sobrevino una lenta carcoma de barbarie y de cristianismo. Las ruinas paganas fueron arrasadas ó despojadas de su admirable ornamentación, dejando en pie los esqueletos, testimonios eternos de su gloria. Así las pequeñas aves de rapiña roen las carnes de todo gran cadáver con saña pertinaz, creyendo borrar las huellas de una superioridad molesta por lo inalcanzable; pero dejan por tierra los esqueletos, que no pueden devorar ni saben destruir. Y esos esqueletos están allí, de pie, serenamente erguidos contra las edades, como respetables embajadores ante la posteridad.

Napoleón, digno de ser coronado emperador en el Palatino, él, que á su desmesurada necesidad de grandeza y de potencia rindió infinitos holocaustos de estrago y de exterminio, supo sentir la Roma pagana y ordenó la reparación de sus ruinas gloriosas. Doquiera pudo ejercer su influencia fomentó la arquitectura suntuosa, tomando ejemplos en la ciudad antigua, que soñara acaso resucitar para escenario de sus irrealizables ensueños.

La civilización moderna sólo concibe lo útil y lo económico. La democracia impone renunciar, por ahora, á toda obra puramente grande ó puramente bella. Es así; no puede ser de otra manera. Sería

inútil lamentarse de estas parciales deficiencias de la vida actual, pues son inherentes á cierto modo y momento del progreso. El yanqui levanta sus casas de cuarenta pisos para aprovechar mejor su lote de terreno y percibir lautos alquileres; hace edificios feísimos, pero económicos y duraderos. La misma torre Eiffel es genuinamente pobre y económica; es atrevida, pero no bella; es grande, pero no grandiosa. Cuando se proyecta emprender una obra colosal, la idea nace muerta. En toda obra privada existe una limitación estrecha de las proporciones, hay una constante preocupación de la economía, porque las mayores fortunas individuales son relativamente modestas. En toda obra pública está desterrada la suntuosidad por falta de sentimientos grandes en el pueblo y en los que pretenden representarlo. ¿Qué monarca constitucional, qué presidente, qué parlamento se atrevería á invertir quinientos ó mil millones en una obra grandiosa como las que atestiguan el poderío de Egipto, de Asiria ó de Roma?

Guillermo de Alemania, que por su originalidad y su buen gusto habría sido un discreto César en Roma, está maniatado por la mesura de cuantos Bertoldinos y Cacasenos invaden el parlamento alemán en representación de un pueblo inferior á cualquier proyecto grande. El zar de Rusia dispone de la suma del poder político; pero es un autócrata burgués, triste, débil, servido por un pueblo pobre y analfabeto. Quedaría Roosevelt, el hombre representativo de la vida intensa; pero sólo á medias es señor de su pueblo y carece de la vocación necesaria para emprender cosas puramente bellas.

La época presente no es favorable á la arqui-

tectura colosal. Es imposible pensar que puedan reunirse en una misma persona la omnipotencia del Zar, el gusto de Guillermo y la energía de Roosevelt.

Cabe presumir que esta crisis no es definitiva. Los pueblos más evolucionados de la raza blanca tienden hacia una vida económica sumamente propicia al resurgimento de lo grandioso. Las máquinas centuplican el músculo humano, aumentan indefinidamente la producción y satisfacen cada vez mejor las necesidades indispensables á la vida.

Ese aumento de capacidad de las fuerzas productivas, después de hartar las necesidades, «lo útil», tendrá que traducirse en la producción de «lo superfluo», cada vez más acentuada. Y una forma esencialmente colectiva de lo superfluo será la arquitectura monumental: de la escuela, del gimnasio, del templo, del teatro, de la terma, del foro, de la basílica, de la esedra, del museo.

Todo ésto es presumible para un porvenir más ó menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente; las grandes capitales modernas serán centros de arte suntuoso y de excelsa cultura por obra de los siglos, después de llegar á la plenitud de la civilización burguesa y cuando asome en el horizonte el crepúsculo de su decadencia.

JESÚS Y FEDERICO

Roma, 1905

Desde el Pincio, sereno y magnífico, vimos caer un crepúsculo sobre las once colinas de Roma.

Dos cúpulas inmensas sobre la línea del horizonte: cada una de ellas parecía sintetizar un sistema de moral y una filosofía de la vida. Encima, como un ala de plomo tendida en el infinito, la alta comba del cielo se desteñía en semitonos grises y celestes; los colores apagados ponían en lo alto una tranquila armonía, como si preciosas sedas de Oriente desplegaran su leve cortinado bajo el sol. En aquella hora inolvidable se recortaban sobre el fondo caprichosas siluetas crepusculares. Sólo el ocaso, entre tanta quietud, parecía resquebrajarse en lentas grietas, rompiendo su pereza un rosa tenue, indeciso, como la gama de un durazno en flor. Por momentos, en ciertas quebradas más hondas, el matiz se condensaba hasta asumir energías y violencias, triunfando el escarlata en las líneas remotas, como granada madura que estalla por la tensión de savias proficuas.

Cerramos las Loas del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes, cantadas por Gabriel D'Annunzio, el «imaginífico» incomparable. Como si oyéramos una sinfonía trascendental, de amor unánime ó de absoluta devoción—la muerte de Isolda ó la Misa del

Papa Marcelo,—acabamos de leer su loa de glorificación y de holocausto: «Per la morte di un grande distruttore. F. N. XXV Agosto MCM.» Algunos lectores no advierten el motivo de este canto; son las iniciales de Federico Nietzsche y la fecha de su muerte. En un despliegue sereno de su dialéctica maravillosa, el poeta, frente al crepúsculo, nos recordaba que el gran demoledor tuvo inextinguible pasión por Italia, fué peregrino asiduo de sus innumerables evocaciones. Escuchemos al poeta:

«Tu sol, tu sol, oh Italia, iluminó su frente, maduró su fuerte sabiduría, trocó en oro el fierro de sus saetas. El Bárbaro peregrino escuchó bajo tu cielo alcióneo el canto del coro alado de tus selvas olorosas, embalsamadas de perfumes y de músicas.—Oh Italia, él bebió el ambrosíaco néctar de tus viñas; cogió la miel de tus panales, las rosas de tus rosales llenos de abejas y de tórtolas. Sus pies se aligeraron sobre las tiernas praderas de violetas.

«La adamantina serenidad que se enarca sobre las nieves de los yermos Alpes aplacó sus furias. Las rocas que avanzan en el mar de Liguria, como esfinges coronadas de flores, le propusieron enigmas. Cual nuevo Hermes sin caduceo él cargó sobre su hombro á Dionysos joven, en las Termas de Caracalla, en el Foro, en el Coliseo. Meditó sus problemas en la sombra marina, iluminado por los oros de San Marcos, como Heráclito en el Templo de Efesio. Y el viento suave distendió su vela en los mediodías estivales, entre Sorrento y Cumas, sobre el golfo donde humea el Vesubio.» Allí querría verle enterrado el prodigioso estilista.

No debiera dormir en la hermosa bahía el gran Bárbaro. Su tumba egregia y digna está en Roma,

bajo el augusto domo del Panteón; la muerte y el homenaje tienen su lógica. Sólo allí podría descansar con gloria; así el otro gran Bárbaro solamente puede estar cómodo bajo el oro convexo de los Inválidos.

Urgida la mente por esa idea, nos pareció más respetable la cúpula vetusta del Panteón que la miguelangiolesca de San Pedro; la eterna grandeza de la Roma pagana más solemne que la grandeza transitoria de la Roma cristiana; la moral de Federico más viviente y más ecuánime que la moral de Jesús.

La locura ha tenido singulares privilegios en la historia de la humanidad; Homero lo sabía y hoy lo enseña Lombroso, aunque exagera. Dos enfermos célebres han polarizado la moral humana: Jesús Cristo y Federico Nietzsche.

El péndulo destinado á marcar el ritmo de la ética, señalando su orientación en los siglos, ha oscilado sobre un vasto cuadrante cuyos extremos son la moral cristiana (de los siervos) y la moral nietzschista (de los fuertes). Desde el Pincio, mirando las cúpulas del Panteón y de San Pedro, advertimos que el peso de todas las inferioridades gravitaba sobre el cristianismo. La cúpula del papa Pablo III es una copia, apenas, de la erigida por el emperador Adriano; la iglesia del mesías nazareno creyó necesario hurtar sus formas al magnífico templo pagano para aproximarse á su evocación de grandeza. Sin conseguirlo, por cierto. Bajo la cúpula de los emperadores se siente un antiguo clamor de potencia, la vibración de la ciudad universal; bajo la cúpula de los papas sólo se oye el murmullo de la oración, interrumpido por el cuchicheo de la in-

triga. Desde San Pedro se enseña la moral de Jesús; en el Panteón podría dictar la suya Federico.

El paralelo se impone, inevitablemente.

En la ética del galileo se encumbran las condiciones pasivas de la escoria humana, se exaltan las aptitudes serviles: la humildad, la resignación, la piedad, la compasión, la caridad. Es una convergencia de todas las inferioridades; la justificación de los débiles contra los fuertes, de los serviles contra los altivos, de los ignorantes contra los sabios, de los eunucos contra los sensuales, de la grey contra el pastor, de los ceros contra las unidades. Apoteosis de las lacras contra la salud, de la tristeza contra la alegría, de la penitencia contra el placer.

Gran parte de la humanidad ariana durmió veinte siglos bajo esa terrible pesadilla, apuntalada por innúmeras mentiras convencionales. Se cubrió de vituperio á todas las fuerzas capaces de enaltecer la Potencia, de exuberar la Vida, de complicar el Deseo.

Tras esa larga noche vino Federico, el caballero del águila y de la serpiente, maestro en voluntad autarquista é intensificación de la vida. Su ética es el drenaje que saneará la ciénaga moral del cristianismo, inquinada por veinte siglos de estancamiento. Federico es el transmutador de todos los valores, desplegados en nueva expansión plenísima, más allá del bien y del mal.

Es augur y profeta. Es el anunciador del término inmediato en la evolución biológica de los seres vivos: la especie humana debe ser superada, pues el hombre es un puente entre el mono y un sér superior. Todos los seres engendraron otros más evolucionados; el hombre debe superarse á sí mismo; lo

que hoy es el piteco para el antropo, será algún día el hombre para el superhombre. De allí surge esta ética: hagamos todo lo que eleva é intensifica nuestra existencia, todo lo que es propicio á la evolución ascendente, todo lo que sea un peldaño en la escala del hombre al superhombre.

La moral de Cristo deprime y escarnece la Vida; la moral de Nietzsche la hermosea y la exalta.

Los teoremas éticos de Jesús son empíricos y anticientíficos; contrastan con la selección biológica de los seres vivos y obstan al ascenso evolutivo de las especies. En cambio, la moral de Federico puede armonizarse con las leyes fundamentales de la biología: es propicia al seleccionismo y aspira á que la evolución de las especies vivas sobrepase al hombre, que es actualmente su forma superior. Ilógico es considerar eterno el momento actual de la evolución biológica y suponer que la especie humana es el eslabón terminal de la serie filogenética por todo el tiempo que persista la vida sobre el planeta.

La ética de Cristo fué popular gracias á su propia inferioridad. Los débiles, los ignorantes, los pobres de espíritu, los cobardes, los serviles, los gregarios, los ceros, son los más, por eso la moral cristiana y panarquista (muchos que se creen socialistas y anarquistas son simples cristianos panarquistas) encuentra fáciles simpatías en las glebas.

La moral de Zarathustra es necesariamente impopular: la impopularidad es un privilegio de todas las verdades. Los fuertes, los hermosos, los inteligentes, los sensuales, los dominadores, son los menos. —Sin olvidar, por esto, que son las unidades en toda cifra social.

El loco Jesús fué apóstol de una enfermiza decadencia, astro crepuscular ante una larga noche de la moral humana. El loco Nietzsche ha cerrado el triste paréntesis, presagiando auroras nuevas, astro de un vigoroso amanecer.

Ambos fueron locos y geniales. Sus cerebros, vergeles de ideas, florecieron extrañas orquídeas filosóficas; el uno corolas de roja seda y el otro de violados terciopelos, sedas altivas y terciopelos tristes. Sus locuras fueron heterogéneas; por eso predicaron morales fundamentalmente diversas. Jesús era tímido y humilde; su moral fué una umbría maleza: el olivo y el ciprés. Federico era pujante y pletórico; su moral fué una selva frondosa: la encina y el laurel.

El vulgo supone que los alienados no razonan. Muchas veces, en cambio, su locura consiste en que «razonan demasiado». Otros vulgos opinan: el loco no sabe lo que dice; sin embargo, á menudo, la locura estriba en «saber demasiado» lo que se afirma. En las funciones del intelecto el más y el menos son anormales por igual, lo mismo que en las otras funciones del cuerpo. La hidropesía es tan peligrosa como la consunción.

El loco razonante tiene su lógica, pero la tiene excesiva y paradojal; hay falsas vías en la red de sus comunicaciones cerebrales. Habla sentenciosamente; no concibe la duda ni acepta la discusión. La creencia desborda toda crítica y todo raciocinio. Es un hombre de fe, tan inconmovible en sus yerros como en sus aciertos; es vidente, místico, iluminado, inquebrantable.

Sólo en ésto son comparables Jesús y Federico;

así predica el uno, así escribe el otro. El mecanismo psicológico es semejante, aunque actúe sobre materiales diferentes en cantidad y calidad.

Aquél afirma su compasiva moral con la misma certidumbre con que éste escribe sus abstracciones demoledoras. Hablan por sentencias, razonan por parábolas.

El uno arrastra sus delirios, amenguadores de la personalidad, dentro del bien y del mal; el otro desarrolla los suyos, intensificadores del yo, y remonta su vuelo de cóndor para colocarse más allá.

Sus afirmaciones, siendo antitéticas, revisten una forma igualmente apodíctica. Son para aceptarlas ó rechazarlas: nunca para discutirlas. Ambos afirman con ese carácter absoluto y definitivo que es privilegio de todos los grandes soñadores enfermos.

Jesús, en Galilea, fué tan enfermo como Federico, en Weimar. Pero es fuerza decir algunas diferencias.

El éxito no es un azar, tiene su psicología; intrincada á veces, compleja, pero la tiene. Los delirios geniales no escapan á sus leyes; el éxito los corona ó la irrisión los lapida, según los tiempos. Así se explica la expansión de un genio ignorante, más vasta que la de un genio ilustrado.

El nazarense—inculto rumiador de misticismos plebocráticos—dictó para la grey su ética servil; las plebes agasajadas dijéronse cristianas y le dieron plena razón durante cuatrocientos lustros. Tuvo todas las suertes: no existían alienistas por ese entonces. Pasó desapercibida su enfermedad, vivió sin diagnóstico y le cupo la dicha de ser crucificado; la magnitud del martirio hizo olvidar las nieblas que sombrearon su mentalidad.

Así triunfó en la leyenda; por sus lágrimas, nó por su potencia. Triunfó cuando para los cerebros enfermos nadie osaba entreabrir las puertas de un manicomio.

El otro—más grande en su martirio, porque supo mucho y pensó hondamente—se apagó envuelto en la penumbra de un diagnóstico desprestigiador y murió de angustia lenta, gota á gota: corola agostada en una atmósfera sin oxígeno. Este dolor fué demasiado grande para que lo comprendieran las almas pequeñas. Los filisteos, los dominados, los serviles, los sub-hombres, todos los pordioseros de inteligencia, los mendigos de voluntad, los ajusticiados por su moral evolucionista y selectiva, se apresuraron á proclamar la bancarrota de sus doctrinas, pretextando que todas ellas fueron frutas cariadas de un enfermizo árbol del bien y del mal....

La clínica psiquiátrica puede fijar diagnósticos sobre estos dos enfermos ilustres.

Desconocida por sus contemporáneos, la locura de Jesús ha sido y será negada en toda hora por los favorecidos en su doctrina. Su moral es una justificación para los inferiores; justo es que éstos no confiesen que tuvo sus raíces en el delirio. Menos afortunados son otros cientos de cristos que apostolizan en las clínicas de los manicomios: podrían reclamar Passanante y Conselheiro.

El estudioso descubre en Cristo á un alienado místico, enfermo de locura sistematizada religiosa, indudablemente menos filósofo que un Hamlet ó un Don Quijote. Y se explica: Cristo fué elaborado por la tradición sectaria de una multitud inferior,

mientras Quijote ó Hamlet fueron forjados por un genio.

En la era de Pilatos llamábase «mesianismo» al delirio religioso sistematizado. Como en el caso de Jesús convenía su locura á la gleba, ésta hizo pendón de las vulgaridades morales y de las máximas que se le atribuyeron gratuitamente.

La locura de Nietzsche, diagnosticada en sus propios libros antes que su organismo cediera bajo la gravitación del mal, es magnífica, deslumbradora, se sobrepone á todas las preocupaciones sugeridas previamente por el diagnóstico de la enfermedad.

Aquí el loco es un hombre genial, de cultura profunda y compleja: destruye como un ciclón, piensa como un astro, escribe como un poeta.

Guarecidos tras su locura, los hombres retardados en la evolución biológica de la especie, han intentado formar un solo haz de sus videncias y sus desequilibrios, fomentando la confusión entre el robusto florecimiento de su genio y las dolorosas proliferaciones de su enfermedad.

Esa grey de los débiles parece haber temido que su voz despertara en los amos el sentimiento de la potencia necesaria y que al anuncio de sus nuevas tablas se operase una total transmutación de los valores morales. ¡Quién lo dudara, si en vez de recibir un diagnóstico de la ciencia, le hubiera tocado en suerte, como al Galileo, una cruz para aquilatar sus teoremas en los crisoles del Martirio!

Corría por esos desfiladeros nuestra imaginación, hacia la encrucijada en donde la ciencia y la

filosofía se interceptan—mirando el estudioso con el lente clínico y el moralista con el lente de su amor á la vida intensa,—cuando el crepúsculo comenzó á espesar sus negruras sobre Roma.

Sólo pudimos agregar que el contraste entre ambas éticas no es menor en su aplicación á la vida práctica.

La moral cristiana es clorótica, compasible. Induce á prolongar las existencias inferiores con limosnas de absurdo altruismo: rebajan al que las da y ofenden al que las recibe. Se ha convenido en llamarla moral; es, indudablemente, un buen negocio para los infelices.

Nietzche es plenitud vigorosa. Nos empuja á ser siempre más, infinitamente, por todos los medios aptos para intensificar la personalidad. Su ética educa para la Vida laboriosa, alegre y fecunda. Induce á perseguir el único derecho incontrastable: la conciencia de la propia fuerza.

Y en la negrura del crepúsculo, maciza ya, vimos perderse poco á poco el domo cristiano de San Pedro. Pero sobre el cielo, más intensa que la noche misma, aun recortaba netamente su silueta pagana el domo del Panteón. Símbolo en esa hora, presagio en los siglos.

EL VAGABUNDO ILUSTRE

París, 1906.

Su obra es vida escrita, miseria hermoseada por el arte, dolor anestesiado por el talento. En cada hora de sus días ha relampagueado un drama terriblemente emocional, como los narra en sus prosas. Contados escritores pueden jactarse de ser tan personales: pocos volcaron en sus cuartillas más realidad vivida y menos convencionalismos falaces.

Él está en sus obras; se escribe en cada página. Pone en los personajes girones de su propia alma, intensa á toda hora, trágica por momentos. Su pluma, recogida en la ciénaga, tiene al propio tiempo agudas fidelidades de cincel y hondos sadismos de escalpelo: cuadros y escenas como aguas fuertes, pasiones y conciencias dignas de Shakespeare ó Dostojewky.

Diríase que admira el mal; con frecuencia se inclina á amarlo. Fíltrase el vicio á través de su ingenio y sale embellecido por el corte sobrio y definitivo de su estilo: toda espina parece flor, toda amargura consuelo, toda pena esperanza.

El dolor ajeno le es familiar, trasunto acaso del propio. Su grito de angustia es un rugido que estremece pero no apiada: el clamor de los fuertes suena á invectiva, no á lamento. Dilacera con saña el alma de su pueblo, exponiendo vilezas al sol y co-

bardías á la intemperie. Sus metáforas crujen como barras de acero al rojo blanco y llevan color de ascua. El giro de su elocución es incisivo y terso, la frase decidida y brillante: como un filo de sable que se desenvaina.

Le vimos una vez sola, en ocasión inolvidable.

Cielo de plomo negruzco, sin una estrella, cubriendo con su opacidad los impudores del París nocturno. Luces atenuadas por la niebla y temblorosas por el frío implacable, desplegadas en doble hilera á lo largo del bulevar clamoroso de jarana y de alcohol. Mujeres escuálidas como las pinta Anglada y jóvenes exhaustos que parecen brotados bajo el lápiz violento de Steinlein. Más mujeres y más jóvenes, en parejas bien estrechadas por la temperatura y por el deseo, chachareando todos en tantas lenguas cuantas fueron las innúmeras de Babel.

Algunas figuras de probables estudiantes y dudosas grisetas; muchos parásitos acechando sus presas, con los gruesos labios desbordantes de besos y los rudos puños listos para el castigo, según sea menester; en pandillas los apaches con sus gorras ajustadas sobre los cráneos que meditan pavorosos dramas rocambolescos.

Uno tras otro llegan carruajes por docenas, provenientes de allende el río, desde los grandes bulevares, cargados de ilusos que acuden á visitar el soñado Barrio Latino que antes les sedujo en las páginas ingenuamente conmovedoras de Murger.

En esa hora todo romanticismo se hiela en las venas. Entre la turba vése algún falso Rodolfo con melena y sin talento, ó alguna Mimí de contraban-

do, cuyas siluetas intérlopes se deslizan furtivamente sobre el Bulevar Saint Michel, rumbo á alguno de esos bailes estudiantiles que el bajo París tiende como red á los extranjeros ebrios de voluptuosidades corrosivas, antros cuajados de humo espeso y perfume de Suburra.

Y sigue el cinematógrafo, ora interesante, ora tedioso, risueño y trágico, sonoro y mudo, jovial y triste, pareciendo estar los hombres en un dantesco girón de condenados en pena y las mujeres en un manicomio de pajarillos frívolos.

Ese es el « bulevar » actual, donde nunca se ve á un parisién que se respete; en vano se buscaría allí á los herederos de Alfonso Karr, de Glatigny ó de Aureliano Scholl. El París que piensa y estudia no pierde sus noches en el bulevar; el espíritu y la gracia han huido ante la invasión de los rastas extranjeros.

Sentados frente á la plaza de la Sorbona, separados de él por una limonada y su coñac, oíamos los díceres sombríos de un médico polaco cuya amistad hicimos en la Salpêtriére; nos narraba el torturante ajetreo de la vida intelectual en su país, donde el delito de pensar se castiga aun más severamente que en nuestras repúblicas de alma cartaginesa. Su palabra urdía en mal francés verdaderos poemas de amargura; los músculos de su cara parecían crugir al contraerse en muecas de cruel desesperanza. Los nombres de Stepniak, Tcherchesowky, Dostojewsky, Gorky, Andreieff, traían aparejadas cien anécdotas de dolor y de ignominia: acudían á la memoria los poetas románticos de Polonia, el trío com-

pensto por Mickiewics, Slowacki y Krasinsky, cuya verba tuvo inspiración profética y cuyo gesto fué siempre de apóstoles soñadores. Hablamos también de Tolstoy, el tonto sublime, cuyas tres ó cuatro novelas prodigiosas apenas le hacen perdonar los cien panfletos ingenuos que le consagran arquetipo de la banalidad mística.

De pronto, mirando hacia todas partes como temiendo ser espiado, un sujeto de mal talante llegóse hasta nosotros. A primera vista sólo podía ser un atorrante ó un pechador.

Un amplio gabán de color incierto le cubría hasta los pies, dejando entrever dos botines robustatamente macizos; traía levantado hasta las orejas el cuello de terciopelo, calvo y untuoso al mismo tiempo. Bajo el ala de su sombrero bohemio relumbraba una melena lacia. Lo poco de su cara que alcanzamos á ver tenía cierta expresión firme que es privilegio de algunos genios y de muchos bandoleros. Dijo á nuestro amigo pocas palabras, las más indispensables para su objeto. El médico polaco nos pidió permiso para alejarse algunos minutos: su interlocutor contestó á nuestro saludo con una brusca inclinación de cabeza, más parecida á una amenaza que á una galantería, y ambos se alejaron en dirección al Trocadero, de prisa, inseguros como buhos ahuyentados por las luces indiscretas del « Boul' Mich' ».

—Pobre amigo!—exclamó al regresar, conteniendo un sollozo que hinchaba de lágrimas sus párpados.

—....., interrogamos con el ceño.

—¡Pobre Gorky!—añadió en voz baja.—Está acongojado. Ayer supo que uno de sus más caros

amigos fué enviado á Siberia; hoy, para que uno solo de sus días no transcurra sin gota de hiel, hoy murió en París un muchacho de veinte años, un discípulo predilecto, acaso el que más prometía....

—¡Tan joven!

—En Siberia habría muerto antes que en París; la tisis le minaba despiadadamente los pulmones. Allá nadie hubiera protegido su agonía: aquí siempre tuvo la ayuda generosa de Gorky....

—Y éste ¿era Gorky?

—Sí! él! Dentro de esa burda hopalanda y bajo ese gesto severo vibra un alma tierna é inquieta: hay un romántico detrás del realista, una caricia en su mano tosca, una lágrima bajo cada amenaza.

—Un Musset que parece un Zola....

—Sí, doctor. Su prosa brusca y varonil, su palabra agresiva, su gesto de presidiario, son el antifaz de un corazón simple, lleno de sentimentalismos exquisitos. Por ese motivo sus amigos queremos tanto al hombre como admiramos al escritor.

Tan conmovido nos pareció, que preferimos cambiar de tema para poner término á su amistosa tristura.

Así conocimos á Gorky. En el desgarbo de su hopalanda adivínanse nostalgias de sus vagancias. Su mirar dulce y penetrante denuncia un corazón fecundo en ternuras detrás de la fisonomía patibularia y hosca: solamente su melena de león enjaulado puede revelar que anida en su cerebro los misteriosos resortes que le consagran alquimista de espíritus é intérprete de la realidad.

Después de conocer al más ilustre, todo vagabundo puede inspirar interés. ¿Quién asegura que no lleva un Gorky dentro?

LA MORFINA DE ESPAÑA

Madrid, 1905.

«Oro, seda, sangre y sol»: es la corrida de toros. Madrid está de fiesta. Oro en las cabelleras, seda en las mantillas, sangre ardiente en los corazones y sol en todas partes.

El toro es una emoción viviente. Es fuerza desplegada sin frenos: irrupción de catarata, plenitud de marea, desgranamiento de avalancha, violencia de rayo. El cordaje de sus músculos parece rechinar estremecido por el impulso. Vuela hacia la capa roja como sobre un imán: diríase que tiene la bestia entrañas de acero. Nadie obsta su paso. Llena la pista como un señor feudal antiguo, desafiando á todos, con mirada y con desplante que envidiaríale una severa deidad asiria. Por momentos parece encarnación de todas las pasiones, ceguera de todos los ideales, inconsciencia de todos los ensueños, tan seguro está de sí mismo, ajeno á la infidencia de las picas y espadas que le acechan. Heroicamente, como dardo que parte de un arco tendido por invisible mano, el toro irrumpe unánime cuando estallan los obscuros resortes donde conspira su instinto. Así una ola, encrespada por el ciclón, va á romper su aborujada cresta contra la negrura de las peñas.

En pocos instantes la realidad le acoyunda. Los adversarios son muchos; contrastan su fuerza con

la astucia. Ofrecen á su ímpetu gallardo el carmín de las capas, movedizos escudos que defienden la osada fiereza de los bustos resplandecientes de oro y plata, de borlas y colores. Cuando consigue amedrentar á la trahílla humana, cuyo poder sólo está en el número y en el engaño, los capeadores desaparecen ágilmente tras la barrera; él, en su ceguera de ilusorios heroísmos, pone el furor de innúmeras cornadas sobre las tablas crujientes de admiración. Así un glorioso manchego—toro del ideal, á su manera—esparció en otra edad sus lanzadas sobre insensibles aspas de molino.

El capeo fatiga al animal; la suerte de pica le empurpura. La ira le enloquece cuando siente manar de su carne la sangre cálida, por heridas copiosas como rojas Castalias. La sangre tiene elocuentes esplendores sobre su antepecho: parece una belígera condecoración. De lejos, cuando el toro corre veloz, el manchón de sangre semeja el tapiz carmesí de una dogaresa veneciana tendido sobre la quilla de un Bucentauro que vuela á todo viento. A ratos se cuaja en pedazos la hemorragia, como si á la sangre le remordiera abandonar las arterias donde solía pulsar robustamente.

A cada paso del animal vuelcan nuevos borbotones las heridas; cada una parece un ojo por donde llora el coraje en lágrimas sangrientas. Y lloran sin cesar, á cada movimiento, cuando el torero lo instiga con su capa, cuando el público aplaude su valor absurdo ó silba su instintiva prudencia, cuando la música anuncia el cambio de la suerte. Las banderillas le encuentran ya cansado; se desconcierta visiblemente al sentir que la certera mano enemiga le empavesa con la gala trágica de sus pares multicolores.

Después, cuando está ablandado por la fatiga, el espada comienza á ejercitar su esgrima audaz. El toro embiste y muere, admirable Don Quijote del impulso, rey Lear de su raza.

El beluario—Bombita, Fuentes, Algabeño ó Machaquito—tiene momentos sublimes. Hay en él gracia de artista y temple de antiguo espartano. Su gesto, cuando es exacto, supera las más hermosas actitudes ciranescas, vale el de cualquier «Discóbolo» griego. Los magníficos emperadores de la antigua Roma hubiéranle proclamado semidiós. Canova habría podido extraer del mármol un «torero que entra á matar» digno de sus intensos «luchadores» que parecen divertir á «Perseo» en el Belvedere. Falta esa obra maestra en la escultura, la piedra ó el bronce de ese gesto soberbio, síntesis del arrojo y apoteosis de la temeridad. En él tendría su icono el «culto del coraje», si llegara á instituir ritos. La pintura ha vertido cien veces en la tela esta silueta del espada señalando al toro; pero es inferior á la escultura tratándose de expresar un bello gesto.

El toro, preparado por el hostigador mariposeo de las capas, afiebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude á la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve sobre sus pasos, cornea á diestra y siniestra, arrastrado por el trapo rojo que cosquillea su retina. De pronto se cuadra, junta las manos, separa las extremidades posteriores y se prepara á embestir. Es el momento propicio.

Frente al toro, como para iniciar un supremo diálogo de vida y de muerte, el beluario tiende su muleta con la mano izquierda, á la altura de la ingle.

Su pie derecho, atrás, asentado transversalmente, sirve de resorte á todo el cuerpo que va á caer como una flecha sobre la bestia. El pie izquierdo, ligeramente vuelto hacia la derecha, apoya apenas sobre el suelo y juega un papel secundario ó pasivo en la ejecución de esta suerte.

El matador levanta su brazo derecho—que forma una sola pieza con el arma reverberante bajo el sol—hasta la barba, un poco más alto que el hombro: el acero, como una sentencia, apunta á la robusta cerviz. Un alma animosa peligra sobre su empuñadura y un alma irreductible agoniza bajo su punta. El toro acepta el envite, asienta sus extremidades, baja la cabeza y entra.

El matador entra simultáneamente. Su estocada lleva una rapidez de fulguración, su brazo se inmerge entre las astas del toro y el hombro parece estar sobre su testuz. La hoja ha penetrado entre las vértebras, hasta la empuñadura. El torero está á la derecha del animal, incólume, sin que haya tiempo de ver cómo salió de entre las astas terribles. El bruto queda trastabillando, fluye sangre de su boca, flaquean sus patas, da pocos tambaleos y cae. Treinta mil palmas celebran con frenesí el triunfo del beluario, doble tributo á su arte y á su valentía.

Tal es la estocada «á volapié», creación del eminente Frascuelo. No siempre la acierta el espada; pero cuando el golpe es bueno se siente una profunda emoción, de belleza por el gesto y de respeto por la corazonada.

Cabe una observación: existe el peligro de que el profesional mate al artista, lo mismo que en esgrima. El problema no es matar de una estocada, sino matar con arte. Así como el esgrimista no debe ser

un simple tocador, el espada no puede limitarse al puesto subalterno de matador; todo su talento debería encaminarse á la conservación de la bella apostura durante la suerte y al envío de la estocada envuelta en un bello gesto. Ya que no es posible exigirla en un soneto, como si la enviara Cyrano...

Entonces, además de encontrar un Canova para su mármol, surgirá un cantor homérida; y Gabriel D'Annunzio prodría señalarle como arquetipo de beluario, en sus Loas de los Héroes. Merecidamente.

Todo hombre extenuado por la anemia ó por el dolor, cuando un morbo roe su entraña dolorosa ó su víscera incurable, cuando la energía desmaya en sus carnes escuálidas, cuando su cerebro pierde el gobierno de la máquina humana, busca dos cosas: acicate para su vitalidad insegura é insensibilidad nebulosa para ahogar su dolor en la inconciencia.

Sus horas pasan así, entre artificios estimulantes y languideces consecutivas, alternándose los unos y las otras hasta lo infinito.

Todos los agotados poseen su agrabable veneno. El poeta gastado reanima su llama, parpadeante ya, con el verde tósigo de su ajenjo. El viejo exhausto busca paraísos artificiales en frágiles excitantes que renuevan estremecimientos fugitivos. El luchador acoquinado pide al alcohol la sensación completa de su yo vacilante, para centuplicar el coraje perdido. El escritor tiene el tabaco para el cerebro cansado; el financista lubrifica con té ó café su engranaje mental enmohecido por los cálculos; el amante compensa con la estricnina su asiduidad imprevisora. Todos fomentan esa ficción de la propia energía, contentándose con la sombra de un gesto que no existe.

El símil fuerza la idea. Este pueblo que se apiña y se excita en el populoso tendido, bajo el sol meridional que pone luz y fuego en las graciosas mantillas y hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de inercia. Conserva el labio propicio á la amable sonrisa y á la algazara bulliciosa. No es la risa plena y sonora que llena la boca del hombre sano y fuerte: más bien recuerda la alegría optimista del tísico en vísperas de partir. Pero le falta lo esencial: la voluntad, la aptitud para la acción organizada y persistente.

«Todo, menos trabajar: esta es la teoría española y, sobre todo, la madrileña», dice Eusebio Blasco, escritor ibérico y ultramadrileño. Y, en efecto, en Madrid la mayor fatiga es holgar. El sol se llega todos los días á inundar de esplendores meridianos la puerta homónima, para acalorar la eterna cháchara de los matritenses; el sol es gratuito y sale para todos; la conversación es libre y gratuita también. A este pueblo le bastan la risueña sonrisa de su cielo, los ojos de las mujeres, su ingeniosa frivolidad epigramática, alguna aventura de novela picaresca y su propio carácter, amable en grado sumo, para vivir sin preocupaciones seis días de la semana; más bien dicho, con una sola preocupación: la morfina del séptimo día. En la plaza de toros está el veneno que excita el alma de la raza, llena ya de languideces y nostalgias. El valor dormido ha siglos, el de las grandes horas históricas, parece despertar en la bravura aparente de los gritos, los aplausos, los tumultos: diríase que una partícula de Cides y Pelayos permanece todavía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente

triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar á este enfermo á vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajenjo y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás á su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar á los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad está en los hechos y no en las doctrinas aprioristas; cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios ó paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya á España y asista á una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero sin sujetarse á preocupaciones y á sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y fecundos no necesitan morfina.

EL IMPUESTO DEL MAR

Sobre el Océano, 1905.

Impelido por la hélice trepanadora el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo un sol implacable. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotaran errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por mano ignota sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de suicidios y naufragios.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfilar de olas pesadas, amplias como gestos de antiguos oradores griegos. Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso á paso calcina las faldas y los valles.

Sobre esa plenitud de fuerzas en movimiento avanza la nave, se mece á toda hora, inquieta, ya leve y risueña, ya profunda y sombría; ora en gárrulo tiempo

de valse, ora en andar pausado de habanera tropical; y, por momentos, crugiendo el maderamen, cimbrando los vidriales, rodando las *steamer-chair* sobre la cubierta impermeable, el buque se encabrita y caracolea como un brioso potro de nuestra pampa que siente sobre su lomo por vez primera la audacia del jinete.

Entonces suele gemir una voz gentil:

—Doctor, estoy mareada...

—Paciencia, amiga mía. El mareo es lógico, es necesario; la belleza tiene sus impuestos y el mareo es uno de los más justificados: el mar cobra para que lo admiren. El ciclón devasta, el champaña embriaga, la cordillera apuna, la hermosa enamora, el genio desequilibra; toda belleza, toda fuerza, todo placer involucra una pena, un dolor, un desgarramiento. El mar conoce la infinitud de sus maravillas y exige un impuesto. El caso es sencillo: ¿su contemplación merece las molestias del mareo?

Para muchos el tributo es gravoso; para la mayoría es injusto, porque no es ecuánime ni inflexible: eterna paradoja es la igualdad. Algunos lo pagan usurariamente y otros lo eluden; además, no siempre gozan los que pagan, ni existe proporcionalidad entre la mengua y la satisfacción de cada uno.

Estudiar el mareo es un pasatiempo tentador para cualquier médico desocupado. Su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluida en los incerteros tanteos del curanderismo transatlántico. La observación empírica ilustra poco acerca del mecanismo íntimo

que lo determina; apenas si permite señalar algunas diferencias fácilmente perceptibles. Cualquier observador meticuloso comprobará que, en general, el impuesto del mareo no se paga con uniformidad: el inglés no se marea lo mismo que el brasileño, ni las solteras como las casadas, ni el hombre como la mujer, ni el niño como el anciano. También existen diferencias cuyo origen estriba en las peculiaridades del carácter individual; un poeta no puede marearse como un luchador del casino, ni la inflada tendera de suburbio como el ágil piruetista de la arena acrobática, ni el mozalvete ablandabrevas como el viejo lobo encanecido sobre el rolar de las ondas tumultosas. Cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta y, por ende, cada cual se marea según lo concibe, pues, en gran parte, el problema depende de la autosugestión.

Melancólicamente recostada junto á la borda, una soltera azás romántica pone los ojos en blanco, al compás de las bordadas, con regular intermitencia; sus manos exangües se pierden entre los encajes de su blusa matinal, como si peinaran complicadas cabelleras de seda fina. Mirando á ratos el intranquilo juego de las espumas coronadas por airones de rocío, brillantes como abalorios de ágatas translúcidas, recibe con indolencia las gotas saturadas de salitre que brincan hasta perderse entre el oro viejo de su cabeza ensortijada. Sufre el mareo con gracia; de cuando en cuando sobreviene un ahilo para complementar el correcto cuadro. Marearse de esa manera es en gran parte cuestión de coquetería y de tedio, cuando no simple deseo de evocar

el recuerdo de lejanas Carlotas que sueñan con Werthers imaginarios.

Más allá, con desvencijada fisonomía de espantabobos, como antigua máscara de tragedia ateniense, la mueca de una suegra amenaza á las olas, al viento, al sol, al buque, á los pasajeros. Cruzadas las manos sobre el abdomen excesivo, los dedos pulgares jugando á perseguirse en una translación sin fin, vigila al yerno desgraciado: tanto que una viudez prematura le privó de la esposa sin libertarle de la suegra. Esta reniega á media voz, protesta contra la naturaleza, maldice los elementos, regaña á los que no se marean tanto como ella. Y de pronto, dando más de seis barquinazos para andar menos de un metro, se llega al pasamanos de estribor y allí se esfuerza en vano por desperdiciar los alimentos que no ha ingerido. Esa crisis produce agriación en su carácter, de suyo avinagrado, estableciéndose proporciones entre el mareo y sus acometividades agresivas.

Sobre la cubierta esmerilada por el salitre se marea un comerciante neoyorquino. Su mayor problema es la conservación del equilibrio; cree poseer un talismán en el whisky y la cerveza, de que abusa sin reparos. Camina á toda hora separando los pies en busca de una ancha base de implantación que lo reconcilie con el perdido centro de gravedad; el sonoro taconeo de sus zapatos rememora un alegre compás de cakewalk. Huye del camarote, aborrece las sillas de viaje, no se acostumbra á los bancos; tiene, él también, su teoría, atribuyendo á la inmovilidad todos los males. Por eso está siempre de

pie, pasea á trancos, y traza más eses que las pronunciadas por los inmigrantes italianos al ensayar por vez primera el estropeo del habla castellana. Sin embargo, nadie podría decir cuánto hay de mareo y cuánto de ebriedad en sus oscilaciones, pues la belleza y el alcohol parecen cobrarle un mismo impuesto.

En cambio, un brusco hacendado italiano vive sumergido en la camilla de su camarote. Entre dos boqueos se recomienda á varias vírgenes de su predilección, y más que á otras á la del Carmen. No come porque lo traiciona el estómago, aunque siente nostalgias de inolvidables ravioles y minestrones; no duerme por estorbárselo el ruido del vapor; no se levanta para esquivar los tormentos de una equilibración imposible; no fuma; no lee porque es analfabeto; ni siquiera piensa. No piensa, naturalmente; ignora esa difícil tortura en que algunos hombres se deleitan. Así yace, como un bulto á obscuras, sin que nadie comprenda el por qué de su existencia y de su viaje.

Ruidosamente se marea una francesa, más frágil de intenciones que de costumbres. Entra y sale del comedor cada vez que lo juzga inoportuno, concentrando todas las miradas, cascabeleando sus mareos. Desde el pasillo grita sus ansias de champaña helado, que prueba y no bebe; ocupa tres mozos y dos sirvientas, emite quejas de opereta y se desmaya á voces cuando sospecha que la olvidan. Entonces arquea su cuerpo de pantera, amenaza morir y adopta visajes que le envidiarían Mimí Pinsón ó Margarita Gauthier para sus literarias ago-

nías. Su cónyuge es cómplice pasivo de estos mimos y desvíos; pues, aunque olvidáramos decirlo, es evidente que una mujer de este corte siempre tiene un marido á la espalda.

Se burla de ella una alemana de curvas superfluas, mofletuda, cuya nariz de rojo múrice parece estar sonriendo ante la incomprensible inmensidad del mar. Tiene, como todos, su teoría; opina que los latinos sufren mareos de estómago y los anglosajones de cabeza. Para ser consecuente bebe por dos, come por tres, y digiere por cuatro, pregonando á tontas y á locas que el alimento es lastre ideal contra el mareo. Bien lastrada merodea sobre cubierta, se vuelca voluminosamente sobre los bancos. Allí palidece en silencio cuando la toma el mareo de cabeza y paga su impuesto con terribles murmuraciones, como todo contribuyente forzoso. Sin embargo el apetito no la abandona; sufre en silencio, esperando que suene otra campana y le anuncie que es hora de repetir la embestida contra manjares y brebajes.

Un inevitable petimetre aprovecha los intervalos de su mareo para cambiar seis trajes y doce corbatas: las tiene de lazo y de nudo, plastrones y cintillos, rojas y lilas, de seda, de fantasía y hasta de raso floreado. Su flacura gomosa parece ajarse cada vez que le falla la cabeza, como si el mareo destornillase en su cerebro la imaginaria circunvolución de la elegancia.

Un viejo de barba tolstoiana gruñe sus roncos ayes desde un rincón de la popa, contemplando el ir y volver de las cadenas que aprisionan el timón y orientan á la mole sobre el mar. La entera familia de un lechero vasco, nueve personas en todo,

dedica las horas hábiles del día á olfatear otros tantos frascos de agua colonia falsificada, que recomendó el curandero del barrio antes de embarcarse. Un setentón, veterano de muchos viajes transoceánicos, tiene su elixir infalible en el humo de su pipa; ello no impide que el mareo le venga con frecuencia y, más de una vez, su boca empalagada por la náusea deja caer la pipa exánime, mientras su cara palidece cubriéndose de frías transpiraciones. Una rubia irlandesa parece desteñirse por los ayunos, como si la brisa marina hurtara los colores de sus mejillas.

Por fin, una morocha deliciosa entretiene su mareo dejándose enamorar por un mediquillo zumbón, de ojos traviesos, más gustoso en devastar corazones que en curarlos, y que absuelve las consultas de la niña vertiendo en su alma galanterías corrosivas.

Todos ellos, en formas diversas, pagan este impuesto de la belleza: todos se marean.

Pero ¡ironía de las cosas! ellos no son los que más gozan del espectáculo cuyo importe pagan. Es la eterna desproporción de los impuestos, agravada en este caso por la circunstancia de estar singularmente favorecidos los contrabandistas: la belleza del mar es mayor para los que menos se marean. Imaginaos un concierto donde pagaran entrada los sordos y tuviesen acceso gratuito los oyentes, ó un cinematógrafo sostenido por un impuesto á los ciegos para mayor deleite de los que ven!

El mar es así. Avaro de sus bellezas para con el mayor tributario y generoso hasta lo infinito pa-

ra con los insolventes. Pero ello tiene su razón en la propia inteligencia que dirige sus excepciones.

Un artista viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando ó junto al astabandera de popa. Durante horas y horas mira el piélago vasto, abarcando las olas amplias y escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas. Luego mira hacia el norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban á uno y otro lado los mástiles apremiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente; habla con el mar, animándolo á encresparse bajo el latigazo de su invectiva ó el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos á compas de sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va á arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y bellezas, de rumores y energías, en quien se conjuraran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto á los que comprenden toda su belleza.

LAS RAZAS INFERIORES

San Vicente, 1905.

La nostalgia mordía en los corazones: como un ancla. El austro propicio silbaba entre las jarcias, rumbo á San Vicente, más veloz que la nave pero menos que nuestro deseo de pisar tierra. El océano formaba á la espalda una infinita landa azul, inmenso abanico japonés abierto desde la popa y á todos los rumbos, floreado por las sombras que ponían de trecho en trecho las nubes, diseminadas con negligencia. En la visión lejana de la proa una sombra rompía la línea del horizonte como un acento circunflejo perdido entre el cielo y el mar: era un peñón, el primero visible de los muchos que constituyen el archipiélago de Cabo Verde.

Poco á poco surgieron otros. A breve andar el cuadrante de la máquina señaló media fuerza y nos deslizamos blandamente por entre los canales. Para los más, las islas parecían peñascos arrojados al azar desde el cielo; algunos casquivanos fantaseaban un imaginario apedreo de Neptuno por Júpiter ofendido. Para los menos, parecían levantadas del fondo del océano por el brazo de algún coloso encerrado en el centro de la tierra. No había sabios que explicaran su verdadero génesis geológico; las moles plutónicas podían lucir su rojiza estriación horizon-

tal sin que la palabra de la ciencia turbara su reposo multisecular.

El canal se ensancha de pronto. A la izquierda aparece la isla de Santiago, donde está la capital del archipiélago; á la derecha, entre costas matizadas por basaltos y feldespatos, se divisan faldas aridísimas teñidas de ocre: entre ellas un villorrio con casuchas blancas, azules, rojas, verdes, amarillas. En el centro del canal culmina un faro partiendo en dos la línea del horizonte, desde una isla que emerge del fondo del mar como una columna: su forma cónica y su estriación transversal le han valido un nombre insubstituible, que por demasiado pintoresco sólo puede citarse por aproximación: la, como diremos, la incorrección del diablo. No obstante sus dimensiones, no figura en los versos que dieron popularidad á Juan Cruz Varela.

El vapor viró hacia la derecha, enfiló el canal de ese lado y ancló frente á la población multicolor: una aldea jovial, vestida con la alegría del iris, como una maritornes en traje de verbena. Los ventanillos, alineados á lo largo del casco, parecían mirar curiosamente el panorama, como ojos de la nave acostumbrados á contemplar fijamente los más lejanos horizontes, descifrando el secreto de las olas fecundas en quietudes y en tempestades.

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zabulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda —ya sea un sueldo ó una lira —es indigno de ser descrito. El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades.

Están lejos, muy distantes uno de otro, el criterio formado en quince años de biblioteca y el juicio que se impone en quince minutos de observación directa de la vida. Acaso sea ésta una de las mayores dificultades para las ciencias de aplicación á la política, forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social misma: la falta de contacto con la realidad en todas sus fases innumerables, la falta de concordancia entre los esquemas ideológicos y los fenómenos á que ellos se refieren.

La crítica del conocimiento es progresivamente más difícil á medida que se complica el orden de los fenómenos estudiados: un problema de aritmética puede resolverse en una celda, uno de química desde el gabinete, uno de biología general en el laboratorio, ¿pero los problemas de sociología, es decir, de alta política científica? Sin embargo, en esta esfera cada hombre cree poseer verdades infalibles, principios absolutos, dogmas intangibles, que á la postre suelen resolverse en estériles sectarismos ó en violentas ortodoxias: una misma teoría para diez pueblos distintos, una norma general para cien casos particulares y heterogéneos, una ley y una ética para cien millones de hombres desiguales.

La simple visión de esos negros sugiere mil cuestiones, ilumina mil problemas con luz inesperada: las razas, la nacionalidad, la esclavitud, los paralelos históricos, la evolución del régimen colonial y cien más que llenarían muchas crónicas. Así, por ejemplo, cuando leemos en Mitre ó López—para citar solamente á los mayores—el desarrollo de la importación de esclavos africanos á las antiguas colonias españolas del Río de la Plata, nos los ima-

ginamos como víctimas de la iniquidad de los blancos y simpatizamos con su dolor; suponemos, involuntariamente, que aquellos esclavos africanos eran como los actuales negros que anualmente suelen ir de jaquet y galerita á saludar la estatua de Falucho.

Es un craso error, sin embargo, que nos falsea la interpretación del papel histórico de la raza negra en la formación del pueblo y el carácter americanos. Los negros importados á las colonias eran, con toda probabilidad, semejantes á los que pueblan San Vicente: una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que esclavitud — como función protectiva y como organización del trabajo—debería mantenerse en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que se asila en colonias á los alienados y se protege á los animales. La esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad objetiva puramente biológica. En San Vicente está abolida de derecho; pero la situación de hecho en que vive esta gleba es la propia del esclavo, si no inferior. Las leyes no pueden modificar los fenómenos biológicos y sociales; sólo debieran limitarse á interpretarlos, adaptándose á ellos.

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica é irracional. Los derechos del hombre podrán ser justos para los que han alcanzado una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer á la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos. ¿El voto de estos negros puede equivaler al de Spencer? Los hombres de las razas blancas, aun en sus grupos

étnicos más inferiores, distan un abismo de estos seres, que parecen más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados.

Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología ó las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal: las actitudes, los gestos, el lenguaje, los gustos, las aptitudes, los sentimientos de bestia domesticada, y, por fin, su mismo *standard of life* que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopiteco de Dubois.

La primera impresión al ver sus barquillas mugrientas boyando hacia el vapor, es nauseosa. Sin más abrigo que un harapo dispuesto á guisa de taparrabo, llegan en montones de cinco, ocho, diez en cada embarcación. Desde lejos piden monedas, poniendo en las nubes sus gritos de cadencia ancestral; cuando un cobre cae en las olas, se abalanzan en bandada sobre la limosna, se zabullen, se dan de mojicones debajo del agua, trenzando sus cuerpos como nudos vivientes. Un minuto después esa triste resaca humana vuelve á flotar en la superficie, mientras el elegido por la suerte exhibe entre los dientes el codiciado fruto de la gresca.

Los pasajeros suelen divertirse en ese entretenimiento; sus espíritus, generalmente frívolos ó aburridos, encuentran grato el pasatiempo, como los niños que en un jardín zoológico arrojan golosinas á una jaula de monos para ver la disputa. Los pasajeros, no siendo niños por su edad, lo parecen por sus gustos. Si es afrentoso el espectáculo de hombres

que mendigan, no es consolador el de los que se divierten á expensas de tanta miseria moral y material.

Los célebres negros, cuya pantomima acuática deleita la imaginación de los pasajeros con varios días de anticipación, resultan lastimosos bufonzuelos mendicantes. Las personas que consideran decorosa la limosna podrían ejercerla en otra forma, ahorrando á la especie humana esa desdorosa exhibición de su propia indignidad.

La enseñanza fundamental que se recibe no es, por cierto, halagüeña para espíritus nublados por prevenciones democráticas. Los hombres de razas inferiores no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales; son inaptos para el ejercicio de la capacidad civil y no debieran considerarse «personas», en el concepto jurídico. Por supuesto que en la regla caben mil excepciones; esta verdad relativa sería un error tomándola en absoluto, como todas las afirmaciones absolutas respecto de fenómenos biológicos y sociales.

Estos negros viven hacinados en chozas desmanteladas, pues las casas bonitas sólo son ocupadas por extranjeros; comen maíz pisado, rara vez carne y pocas verduras; beben agua pésima, que compran á un precio relativamente elevado, cuando no pueden adquirir su veneno habitual, una caña violenta llamada *cashasha*. Los hombres adultos suelen trabajar en la carga y descarga del carbón, tarea accidental y que se paga á destajo. Cuando no huelgan, pueden ganar por día una cantidad de reis fuertes que corresponde á poco más de dos francos ó un peso argentino. El mismo día los reis se transforman en caña.

Se cuentan á dedo los negros que hablan portugués y no encontramos ningún adulto que supiera leer y escribir. No tienen siquiera ideas religiosas, siendo éstas un índice de cultura entre los hombres de mentalidad inferior, incapaces de excluir ó reemplazar las ideas religiosas por nociones científicas. En las épocas de carestía, que son frecuentes, estos negros perecen de hambre, á miles; el año pasado murieron cuatro mil en la isla de Santiago, en los alrededores de la capital.

Semejantes hombres no pueden sobrevivir en la lucha por la vida. La selección natural, inviolable á la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos toda vez que se encuentren frente á frente con las razas superiores. Adviértase que los actuales negros de San Vicente deben ser ya la flor y nata de su grupo étnico, pues en algunos siglos de contacto con los blancos sólo han podido sobrevivir los ejemplares de *élite*; igualmente los negros que aun vemos en América son la fina flor de los introducidos por los españoles á las antiguas colonias, adaptados á las condiciones de vida propias de nuestro ambiente europeizado.

Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; á lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción puedan hacerlo. Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como á las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres ó á los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes. No contaría con nuestro voto el severo tribunal missisipense que, en el pueblo poéticamente llamado Magnolia, acaba de condenar

á diez años de trabajos forzados á una mujer blanca, llamada Teresa Perkins, por haberse casado con un negro. Pero sería absurdo tender á su conservación indefinida, así como favorecer la cruza de negros y blancos. La propia experiencia de los argentinos está revelando cuán nefasta ha sido la influencia del mulataje en la argamasa de nuestra población, actuando como levadura de nuestras más funestas fermentaciones de multitudes, según nos lo enseñan desde Sarmiento, Mitre y López, hasta Ramos Mejía, Bunge y Ayarragaray.

Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, oponen artificiosas razones á estas realidades afligentes. Jean Finot en su reciente libro *La preocupación de las razas* ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer á la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola.

Por una parte encontramos á los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, á la manera de Lapouge ó de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos á Ernest Seillièze, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo ó, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocéfalos y braquicéfalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención á la verdad misma de los hechos. Max Nordau, que en las mismas columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: «No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable.» Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han *visto* poblaciones de negros. Cuando D'Haussonville, partidario de los negros, los vió en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. «¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué á América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco á poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar á un negro como mi semejante.» Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas é impresiones á través de los Estados Unidos.*

En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios Americanos*, muy superior á su reputación no obstante haberlo dedicado á Taine que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filosofías sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la mansión estaban cuatro seres humanos. El primero de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en

su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, á la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban á la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañon de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un piel roja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta bronceada del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro, profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: «¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacia de la raza blanca?» Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret, en su «enquête» *De San Francisco al Canadá*, cree que los pieles rojas no son superiores á los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps en *Le Temps*, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superiodad

de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar á su propia mesa al negro Boocker Washington.

No cabe en una crónica el debate amplio de tan obtusa cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen á demostrar estas palabras autorizadas de Renán: «Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco.» Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau.

Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables. La igualdad humana es un sueño digno de ingenuos como Cristo y Bakounine.

Suele oponerse el ejemplo del Japón, con todo el prestigio de su actualidad gloriosa. Es un ejemplo falso. Gobineau, grande en sus videncias geniales y en sus desequilibrios fronterizos del manicomio, previó ya esta objeción en su interesante *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Los japoneses difieren de los chinos por la mezcla de elementos étnicos diferentes. Además de cierta indudable aleación de raza negra, contienen elementos de raza blanca, especialmente en sus clases más elevadas. Eso confirmaría la idea de que la población malesa, que constituye el fondo de la población, ha sido primitivamente civilizada por colonias de raza blanca, versión cimentada por la analogía entre muchas de sus leyendas mitológicas y las leyendas corrientes en Asiria. Gobineau explica de esa manera las particularidades fisiológicas y morales que caracterizan al pueblo japonés.

Por otra parte, no es posible desconocer que el Japón que vence á Rusia no es el que describen los literatos viajeros, desde Pierre Loti hasta Gómez Carrillo. Ni es tampoco el que nos sugieren los malabaristas de circo. Es el Japón europeizado que viste á la parisién, pelea con fusiles y cañones europeos, estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas de Inglaterra y Alemania. Una raza que puede civilizarse no es una raza inferior; estas son, precisamente, las inadaptables, las no civilizables. Los japoneses de hoy, aptos para asimilar la civilización de los pueblos más evolucionados, no constituyen una raza inferior; son, por lo menos, el residuo seleccionado y adaptable de una raza generalmente inferior é inadaptable. En Manchuria peleó un Japón europeo contra una Rusia europea también, por lo menos en su capacidad de asimilar la civilización europea. Lo singular es que se siga viendo en el japonés al malabarista, como en el sudamericano al gaucho ó al indio emplumado; es necesario advertir que no gobiernan en Tokio los pordioseros del arrozal, como no se ve en Buenos Aires el resplandor bizarro de lanzas montoneras.

Lamentar la desaparición de las razas inadaptables á la civilización blanca, equivale á abdicar del progreso biológico y contradecir los datos de la ciencia. Los ganaderos se desviven por seleccionar y refinar sus razas, prefiriendo las cabezas de ganado fino y estableciendo enormes diferencias de precio entre unas y otras. ¿Qué diríamos del que prefiriera la cría del escuálido carnero criollo á la del Lincoln ó el Rambouillet, la del mancarrón á la del puro de carrera? El sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está

obligado, por lo menos, á pensar lo mismo que el criador en materia de razas equinas ó lanares. ¿O, por ventura, la raza humana nos interesa menos que ellas?

La condición material de los pueblos, de las clases sociales y de los individuos suele corresponder á sus propias aptitudes para la lucha por la vida y para la mejor adaptación al medio en que viven. Razas como la que puebla las peñas del archipiélago de Cabo Verde, tienen que ser miserables. El ambiente natural contribuye eficazmente á ese resultado; salvo alguna fértil quebrada en la isla de Santiago, todo revela allí una aridez pavorosa. No hay productos naturales. El reino mineral no tiene fuentes de riqueza en explotación. El vegetal se refugia en pocos vericuetos que el azar irrigó de aguas profícuas; no hay cultivos en proporciones que permitan hablar de producción agrícola, no siendo las numerosas lechugas descoloridas que el cónsul argentino cultiva en su propia huerta, á fuerza de regadera y para su consumo personal. La ganadería es desconocida. Sobre tales cimientos económicos vegeta una constitución social que le corresponde estrictamente.

Faltando riquezas naturales explotables, no hay producción industrial de ningún género. La única fuente de subsistencias es el comercio de carbón; esta actividad comercial determina el tipo sociológico de la pequeña población de San Vicente. Un grupo de extranjeros, portugueses é ingleses en su mayor parte, se enriquece en el tráfico del combustible. Una pequeña parte de la población indígena trabaja por

vil salario en las operaciones inherentes á ese tráfico, constituyendo un proletariado cuya miseria está proporcionada con su inferioridad étnica é intelectual. Por fin, el resto de la negrada indígena, la más inferior y menos apta para el trabajo de carga y descarga del carbón, vive en pleno parasitismo social. acechando al transeunte extranjero para mendigar su limosna de pocos sueldos á cambio de lo único que puede ofrecer su propia indignidad. Baste decir que un cicerone, solicitado por algunos viajeros para conducirlos á sitios de recreo, los condujo á su hogar, á fin de que su propia familia ganase los francos producidos por el entretenimiento.

Esta miseria crónica es el rasgo más característico de la población, á punto de repercutir en la mentalidad de los europeos y funcionarios allí residentes. Cuento al caso. A las once ante meridiano la oficina de correo sólo podía vender estampillas para tarjetas postales, siempre que se pidieran en pequeña cantidad: el franqueo de las cartas era imposible hasta la una, pues el jefe de la oficina había ido á almorzar y guardaba las estampillas de algún valor en un bolsillo del saco, dejando á sus empleados un pequeño número de las de poco monto. Otro. El dueño del único «hotel» de la localidad, al ser visitado por los pasajeros, ofreció mandar en busca de carne y huevos, por si alguno tenía el propósito de refocilarse allí; adviértase que el vapor era esperado en San Vicente y que el hostelero mandó á bordo un negro descalzo para distribuir tarjetas de su negocio.

Por tal correo y semejante hotel puede inducirse fácilmente lo demás.

La miseria de la raza africana tiene un solo paréntesis en esa isla. Una visita á la cárcel, nos permitió ver algunos negros felices.

Es un edificio de 60 metros por cuarenta inaugurado á fines del año recién transcurrido. Una verja exterior ciñe el frente del edificio. Cuatro cuadras espaciosas (cuya posición rememora la casa de los osos en el jardín zoológico de Palermo), dan albergue á una treintena de presos. Catorce de ellos son menores de edad; hay una sola mujer. El delito común es el robo; hay un presunto uxoricida, un procesado por riña, otro por lesiones, y un viejo tenido por brujo y sospechoso de «sacar el unto» á las personas, delito que todos mencionan y nadie sabe en qué consiste. El régimen es patriarcal. Los presos beben *cashasha* junto con los centinelas y juegan á los naipes con el alcaide; reciben visitas de sus mujeres é hijos dentro de las celdas, tocan la guitarra y bailan con las negras.

Toda su pena es la secuestración; pero ninguno se queja de ella. Varios en cambio confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aireada y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica que por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una bolsa vacía y otros delitos similares, se dejen estar meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial. Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que esta heroína de los filósofos románticos sólo puede ofrecerles un hambre probable á cambio de un hartazgo seguro.

En este sentido la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para los negros libertos. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos tenía para éstos la ventaja de asegurarles la existencia. La posesión de un hombre representaba la propiedad de cierta cantidad de mercancía bajo la forma de fuerza de trabajo. El amo hacía trabajar á sus esclavos y los mantenía en buen engorde á fin de que su trabajo rindiese mucho; en el caso contrario perdía su propio capital. La abolición de la esclavitud reemplazó la venta del negro por su alquiler á destajo ó á salario; su fuerza de trabajo no se compra para siempre, se alquila cuando se la necesita. El capitalista no tiene interés alguno en asegurar la existencia individual de los negros asalariados; si mueren nada pierde, alquila otros. Y los alquila por un salario tanto más bajo cuanto mayor es la oferta y la miseria de los postulantes. Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos. La libertad actual les ofrece la perspectiva del desamparo y de la muerte por inanición.

Sin embargo, desde la biblioteca lejana y al calor de sentimientos tan absurdos como generosos, no faltarán filósofos y sociólogos que crean haber favorecido á estas razas inferiores clamando contra la esclavitud.

La situación económica de la metrópoli influye sobre el estado de la colonia, lusitanamente disfrazada con el rumboso título de Provincia. Salvando las naturales distancias, San Vicente nos evoca á

Buenos Aires en el siglo XVII. España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron, ni podían dar vida á sus colonias. Sin capacidad productiva natural ni industrial, sin instituciones sociales evolucionadas, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fué inmolado por la avaricia del conquistador, que sólo pensaba en despojarlo ó destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: aquí el encomendero de indios y allí el negrero de esclavos africanos. Cuando se organizó algún comercio, las metrópolis indigentes sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, á costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente, los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluidos de toda actividad económica productiva, comprendieron que podían librarse de la onerosa tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal. Esa es la sinopsis de la independencia de todas las colonias que tenían recursos de vida propia.

El archipiélago Cabo Verde está aún como la América latina en el siglo XVII; gracias á su indigencia no puede ni necesita independizarse. Allí no hay riquezas, no hay producción alguna; el poder político no daría ni quitaría ventajas ó facilidades económicas, pues no representa la administración de una vasta empresa productora. Los hijos de Portugueses, que se cuentan á dedo, no se consideran nativos ni están excluidos del magro comercio local; el poder político nada significaría para sus intereses económicos. Los negros son una masa políticamente inapreciable.

El cónsul argentino en San Vicente, *rico home* criollo, reconocía la imposibilidad de plantear el problema de la independencia del archipiélago, «pues no hay riquezas ni privilegios que disputarle á Portugal». Le preguntamos qué pensaría del asunto si existieran allí millares y millares de cabezas de ganado, como los tenía Buenos Aires en 1810. Sonrió graciosamente, asegurándonos que en ese caso la isla no sería miserable y los criollos harían lo posible para ser los dueños de casa.

San Vicente sólo tiene importancia como estación carbonera; este hecho no ha escapado á la perspicacia económica de los ingleses. Así como á principios del siglo pasado aparecieron en el Río de la Plata los Berresford y Witeloke, en el archipiélago se han instalado fuertes compañías marítimas y carboneras, substrayendo á las inexpertas manos de los portugueses la hegemonía comercial del lugar. Estas son las invasiones inglesas civilizadas; antes las hacían con descargas de metralla, ahora con descargas de libras esterlinas. Y son más eficaces.

Los naturales se regocijan de este lento cambio de patronazgo, productor de sensibles progresos en la población durante los últimos diez años. Prefieren los modernos amos inteligentes á los antiguos negreros inciviles.

IMPERIALISMO

Berlín, 1906.

Tendidas las alas serenas, el vuelo pujante, severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el Aguila de Prusia culmina sobre el continente, afirmando su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

Los grupos germánico y anglosajón llegan ya á su momento. Su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los grandes imperios que han llenado algún capítulo de la crónica humana.

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenaje ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; solo entreabre su secreto á los críticos despreocupados. Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras.

Es preocupación ingenua, puerilidad harto difundida, la de juzgar los fenómenos históricos á través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades ó antipatías; ese criterio suele convenir á los políticos y es útil para arrastrar á las muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro. La actividad universal constituye un proceso de formación continua, de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad debe atribuirse á que el hombre representa una manera superior de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; resultan necesaria é inevitablemente de las fuerzas que concurren á determinarlas, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas á la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos ó de los gobiernos.

La ley de la lucha por la vida, y la consiguiente selección de los mejor adaptados á sus condiciones, domina ampliamente en la evolución del orden biológico. En el mundo social las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho engendra otro principio general: la asociación de los hombres para la lucha

por la vida. Su exponente psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades no es un hecho improvisado. De la familia á la tribu, de ésta á la raza, de ésta á la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen á los débiles, los asimilan como provincias ó los explotan como colonias. La potencia de un imperio se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la política imperialista y la encarnan en un hombre representativo: Grecia en Alejandro, Roma en César, Francia en Napoleón. Después del apogeo viene la decadencia, el imperio se desorganiza y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

Uno de los hechos más significativos de la vida política contemporánea es el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón; las «virtudes latinas», que emocionan á tantos retóricos de la sociología sentimental, pesan menos en la balanza política que la «capacidad de energía» de sus actuales concurrentes. Adviértase que la superioridad no es antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua ó anula el rol social de los pequeños estados, cuya actividad queda enteramente subordinada á la que desenvuelven las grandes potencias.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden á intensificar esa absorción ó subordinación de los estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables á ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, ajena á las intenciones y deseos de pueblos y gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y su afectividad hacia el sentimiento colectivo del imperialismo.

El régimen imperialista—que tiene por exponentes una doctrina, una política y un sentimiento—se personifica en grandes tipos representativos: los hombres emersonianos de sus pueblos. Guillermo, Chamberlain y Roosevelt hablan en nombre de su raza; por eso su voz semeja un fragor de ciclón y resuena á la distancia. Cada uno de ellos interpreta el pensar de muchos millones que están á su espalda.

A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pueblos fuertes se creen encargados de tutelar á los otros, extendiendo á ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» á la fuerza del «hecho»; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los

débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación ó una raza—debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

El proceso de formación del imperialismo alemán ha sido claro. Prusia comenzó por extender su zona de influencia y de conquista sobre los estados alemanes, tendiendo á confederarlos bajo el imperio. Grande ya, es decir, rica y numerosa, impuso toda la gravitación de su masa á los estados vecinos del continente; para ello necesitó acogotar á Francia, tomándole cientos de banderas, unciendo á su carro de triunfo dos provincias y coronando á su emperador en la más histórica sala de Versalles. Después fué la hora del inolvidable Bismarck, la energía en forma de hombre, iniciándose la política de expansión que ha dado á Alemania una influencia exterior y un poder colonial equivalente al de Inglaterra. Ahora tiene el kaiser las riendas del carro político europeo, las más importantes por lo menos.

Este proceso, que observamos hoy en Alemania, ha sido ayer el de Inglaterra y se prepara á ser mañana el de los Estados Unidos. Esas condiciones de hecho se acompañan necesariamente por una orientación paralela del sentimiento nacional, imprimiendo caracteres bien definidos á la mentalidad de los componentes de esos grupos sociales.

El tipo medio del hombre alemán, inglés ó yanqui posee rasgos psicológicos comunes, propios del sentimiento imperialista colectivo. Ante todo cree en la superioridad étnica de su raza y en la inevitable

preponderancia política de su país; sabe que tal grandeza presente y futura se funda en condiciones de prosperidad económica por todos reconocidas; supone que la nación á que pertenece marcha á la cabeza de la civilización y del progreso; deduce que su pueblo tiene actualmente una misión directiva y tutelar sobre la humanidad entera, misión que debe ejercer por todos los medios concurrentes á la realización del objetivo providencial.

Semejante estado de espíritu es común á sujetos de diversa clase social, religión, intelectualidad, credo político, etc. Es la zona de concordancia entre mentalidades individuales infinitamente heterogéneas, que se agitan en el agregado social: es un verdadero fenómeno de psicología colectiva. Por eso el imperialismo, antes que la expresión de un principio político abstracto, es el exponente de un sentimiento nacional. La doctrina se formula después y se encarna en los hombres representativos; Guillermo, Chamberlain y Roosevelt son los voceros del imperialismo en acción, sus ejecutores políticos.

Alemania puede enorgullecerse del suyo. Tiene talento, despliega una actividad asombrosa y reune personalmente las virtudes que constituyen la fuerza de su pueblo. Es un fuerte; por eso no supo tolerar á Bismarck, que también lo era; dos energías no caben sobre un mismo escenario. Es recto en su justicia, ecuánime en su severidad, prudente en su osadía.

Y lo que vale aun más: sabe «hacer la parada». La hace con gallarda apostura y oportunamente, como todo el que tiene con qué sostenerla. Vive siempre en su papel de dux de un gran pueblo y firma «Imperator-rex», en su doble carácter de emperador la Alemania y rey de Prusia. Sus enemigos le llaman

poseur, sin advertir que en su caso el vocablo es laudatorio: un hombre representativo debe vivir en su rol. Guillermo es, en suma, un emperador de verdad: el único monarca de Europa.

Las causas que concurren á la formación histórica del imperialismo son múltiples. Un escritor italiano, F. Amadori Virgili, sostuvo recientemente en un hermoso libro que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo ó raza; ese criterio le lleva á buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social, convergiendo todos ellos á orientarlo y estableciendo entre sí relaciones de recíproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son en primer término el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según comen.

Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras

de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Son los países en que se trabaja con mayor tesón. Los empleados de un ministerio en Berlín están ocupados diez horas por día; para cualquier inglés el tiempo es dinero; el yanqui cree en «la vida intensa», predicada por su presidente, como en una Biblia. Las más grandes empresas del mundo manejan capitales ingleses, alemanes y yanquis; la política financiera y colonial de esos pueblos es la más gigantesca. Y para custodiar tan valiosos intereses, encontramos la pletórica organización del militarismo, sólo apreciable en su verdadero valor después de ver una gran revista del ejército alemán y otra de la escuadra inglesa. En cuanto al militarismo yanqui sabemos que la política imperialista ha coincidido con la organización de una flota poderosísima.

En el proceso constitutivo del régimen imperialista contemporáneo pueden, pues, distinguirse tres fases. El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; la organización poderosa del militarismo sirve para guardar la espalda á todo el sistema.

A medida que se agiganta la grandeza material de un pueblo, se opera en el pensamiento de sus intelectuales una polarización favorable al imperialis-

mo. Dejemos de lado á Walt Withman y á Rudyar Kipling: miremos hacia el Rhin.

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva iluminaron y preludiaron el sueño «en que la Walkyria llamaba á su Sigfrido». Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó á trabajar y organizarse, después de Iena, sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck ,Moltke y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad alemanas. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Lessing, los Herder, los Kant, los Schiller, los Humboldt, ha concurrido eficazmente á formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propias para el gran designio nacional y distiende las velas: ese es el secreto del éxito, saber aprovechar oportunamente el buen viento y la marejada vigorosa. Los Hegel y los Delbrück fueron los clarines de batalla; los Moltke y los Roon colaboraron con eficacia de artillería.

Los pensadores evocan la visión de esos claros de las selvas germánicas donde un cazador,—tan repetido en los lieds y las baladas de los poetas locales, —encontraba algún mago encantador ó escuchaba el eco misterioso de un coro invisible. El rudo caballero se detenía á escuchar las voces ó las canciones; á su frente el camino obscuro se iluminaba con un resplandor ideal; el cazador suspendía la

persecución de su presa, obedecía á la influencia ignota de un sortilegio más fuerte que su voluntad y marchaba ciegamente hacia el fin que le señalara el destino, cuyo intérprete se perdía en la bruma y la distancia, entre los perfumes embriagadores de la selva infinita.

La leyenda simbólica del cazador se realiza con el viejo Guillermo y remata en la consagración de Versalles. Después sigue Bismarck y ahora el nuevo Guillermo.

El imperialismo requiere una educación especialmente adaptada á sus fines.

La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugestiones concurrentes á fomentar el sentimiento imperialista, cuya constitución gira sobre cuatro elementos principales: el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual.

El culto de la gloria está en todas las cosas, en todas partes, en todos los momentos. La escuela enseña á idolatrar los grandes factores del nacionalismo alemán. El ejército es una segunda escuela de nacionalismo. La vida civil es la tercera escuela, más eficaz porque es permanente. El alemán vive en un medio favorable al arraigo de los caracteres que son las bases de su mentalidad. Las plazas, las avenidas, los parques, llevan nombres evocadores; por todas partes se ven monumentos triunfales y estatuas conmemorativas; en el ornato de los edificios públicos priman águilas, leones, coronas, bustos de guerreros, trofeos de armas: todas las insignias de la combatividad y de la gloria. Para completar esta sugestión

de las cosas sobre los espíritus, el Kaiser ha dispuesto que la más hermosa avenida del «Tiergarten» sea flanqueada por una doble fila de estatuas de todos los reyes de la casa de Hoenzollern, cuyas blancas hileras evocan la consabida escena de Don Juan Tenorio.

La noción de la jerarquía no es menos intensa en el alma alemana. Toda relación entre los individuos está protocolizada y nadie osa violar el respeto del riguroso escalafón. El Kaiser está en la cumbre, naturalmente. Es, para todos, un semidiós: para todos sin excepción; el mismo Bebel, que suele tronar en el Reichstag (sus truenos oratorios, escandalosos en Berlin, serían infantiles en boca de un Ferri, de un Jaurés ó de un Palacios), tiene íntima admiración por el emperador, si hemos de creer las confidencias oídas de sus propios labios. Descendiendo la escala, todo alemán posee una psicología de funcionario y tiene profundo respeto por la estratificación social. En un ministerio, en un banco, en un hotel, en un taller, en un ateneo, en la vía pública, la jerarquía es sagrada: todos saben cuál es su propio sitio y respetan el sitio ajeno. El «arrivismo» es allí imposible; todos marchan al mismo paso, sin atropellarse. Los mejores llegan más lejos, pero no más pronto.

Contribuye á ello el servicio de los ciudadanos en el ejército, que educa otro sentimiento general: la disciplina. Un joven alemán espera con ansiedad el momento de la conscripción y se enorgullece bajo el uniforme; ser soldado es casi un título, como en otras partes poseer la Legión de Honor ó la cruz de los santos Mauricio y Lázaro. El regimiento da uniformidad á los espíritus, descoyunta los caracteres originales y vierte en cada soldado la gota de tósigo

que paraliza hasta los gérmenes de todo sentimiento de rebeldía; los ciudadanos son conformados bajo el torniquete y salen de las filas como plomo de un molde. El sentimiento antimilitarista, que mina á la Francia, no existe en Alemania, á pesar de los discursos semielocuentes de los diputados democráticos y de los millones de votos que reune el partido socialista. Esos mismos electores rojos llevan dentro, y á pesar suyo, el sentimiento irresistible del imperialismo; sus protestas verbales parecen quejas de amante celosa: gritan más fuerte cuando aman más. La disciplina está en todo. Una gran fábrica funciona como un gran regimiento; los clubs jacobinos se agitan con precisión, orden y automatismo, como un cuerpo de ejército en campo de maniobras. En el gobierno ó en la oposición, en la cátedra ó en la tribuna, católico ó judío, militar ó anarquista, el «hombre alemán», en su tipo medio, es ante todo un ser disciplinado.

El sentimiento imperialista colectivo imprime al individuo un carácter sumamente útil para el conjunto y del cual depende la acción eficaz de todo el agregado: el esfuerzo individual. Para la grandeza del conjunto es indispensable la cooperación de las partes con su máxima intensidad. Todo alemán trabaja mucho y con pertinacia, creyendo cumplir así deberes de solidaridad colectiva y coadyuvar á la obra de toda la nación; la magnitud de un gran pueblo es proporcional á la suma de esfuerzos acumulados por el trabajo. Este paralelismo es más perceptible en la época de formación; basta mirar la fiebre de actividad que enloquece á los yanquis y la hipertrofia de su nacionalismo político.

Una estadía en Berlín nos ha valido más, para interpretar la mentalidad de Nietzche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su personalidad y su obra. Los elementos constitutivos de su espíritu son los mismos que componen el alma nacional de su pueblo en nuestro momento histórico; sólo cambian las proporciones, por la doble influencia del genio ó de la enfermedad, según los casos. El emperador Guillermo es el exponente normal del estado psicológico imperialista en su forma colectiva; Max Stirner es el exponente del imperialismo en su forma individualista; el gran enfermo de Weimar es el exponente del mismo estado de espíritu, pero en forma patológica, asociando la idea de la super-raza con la idea del superhombre. Nietzche es la copa que rebalsa; es el sentimiento imperialista que rompe su propio molde: ritmo de ola encrespada por violento aquilón. El «sentimiento de potencia» es una concreción patológica del común «sentimiento imperialista». Es la exaltación mórbida de la raza y del individuo por el culto de los héroes y del esfuerzo personal, es la aspiración al «más alto y más lejos» en favor de la selección y de la jerarquía remachando la disciplina para los débiles y los siervos, al par que instituyendo una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominadores.

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias

económicas de las naciones europeas y estar amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto, de buenos clientes, que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación.

La política de los grandes estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania é Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que las convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean la Inglaterra que envejece, ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente ¿no serán la Argentina y la Australia los pueblos que despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero?

LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN BERLÍN

Berlín, 1906.

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudios de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar á los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan á cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy bien instaladas; una celebridad ruidosa resulta un tonto de capirote,

á la vez que un profesorcillo incógnito se revela culto y preclaro; algunas cátedras que tienen magníficos programas son desempeñadas con enternecedora insuficiencia, siendo otras verdaderos focos de irradiación científica magüer se dicten siguiendo programas imposibles.

En todo—hombres, hechos y cosas—ocurre lo mismo. La distancia deforma, amengua ó agiganta la visión de la realidad; cuando se está frente á ella el defecto óptico se corrige por grados y todo vuelve á sus proporciones normales. Aquí se desvanece un espejismo ilusorio, allá se enmienda una censura injusta.

De algún tiempo á 'esta parte los médicos de ultramar han decidido convencerse de que para aprender medicina es indispensable ir á Berlín, como antes lo era peregrinar á París. Los más ingenuos y entusiastas llegan á creer malo todo lo que no es alemán y magnífico todo lo que allí se hace. No diremos que esa afirmación es completamente inexacta, pero hay que reducirla á límites de relatividad. No es ecuánime asegurar que sólo hay buena enseñanza médica en Alemania, ni que todo lo enseñado allende el Rhin merece admiración incondicional: dicho sea con perdón de los médicos que han pasado allí una semana ó un año, para poder contarlo á sus amigos y clientes.

Allí, como en todas partes, hay lados luminosos y puntos obscuros, luz y sombra. Para equilibrar sus cualidades y sus defectos conviene observar los institutos de cultura profesional, la mentalidad de sus maestros y los hábitos estudiantiles. Es decir: el medio en que se enseña, los hombres que lo hacen y los alumnos cuya mente se cultiva.

Una gran parte de los servicios médicos destinados á la enseñanza está agrupada en el hospital Charité. Es un establecimiento vasto: su conjunto es magnífico. Tiene el defecto común á muchos hospitales de Europa. Fué edificado por secciones sucesivas; junto á pabellones nuevos y confortables coexisten otros viejos y deficientes, cuya inferioridad se acentúa por el contraste. Buenos Aires ofrece ejemplos típicos de ese arlequinismo arquitectónico: el hospital San Roque, el Hospicio de las Mercedes, el Hospital de Alienadas, etc.

El mejor instituto científico de Berlín es, sin duda, el de anatomía patológica, cuya cátedra dicta el profesor Orth. Su museo es único. Hay series casi completas de todas las lesiones que pueden afectar los órganos del cuerpo humano; la instalación es cómoda, el criterio de la clasificación muy razonable y el arreglo de las piezas no carece de cierto gusto artístico, hasta donde cabe en un cerebro de sabio alemán. La magnitud de este museo débese, en parte, á la cooperación de muchos profesores de diversas especialidades, los cuales prefieren concurrir á la formación de un gran museo central antes que tener en sus clínicas un pequeño museo particular, á menudo insuficiente.

El instituto de anatomía normal, dirigido por el eminente Waldeyer, tiene un cuerpo de edificio propio; consta de dos pisos y se le está sobreponiendo un tercero. Los museos de embriología, anatomía descriptiva y topográfica prestan excelentes servicios; los anfiteatros están muy bien dispuestos. En cambio, las salas de disección son increíblemente incómodas y desaseadas; hemos visto á los estudiantes trabajando en condiciones molestas y antihigiénicas.

La instalación de algunas clínicas es ejemplar; pero hay varias que deslucen el buen conjunto. El anfiteatro de operaciones del servicio de cirugía está edificado á muchos metros sobre el nivel del suelo; la parte que corresponde al diámetro del hemiciclo tiene, á guisa de pared, un vidrial transparente. Su altura lo hace visible desde lejos; parece un teatro grecorromano visto desde el escenario. Es casi lujoso. Los operadores se desempeñan bien.

Los servicios de clínica médica tienen anexados buenos laboratorios, algunos museos especiales y un personal de médicos numeroso y disciplinado. No se les regatea recursos. Todos tienen consultorios externos; funcionan puntualmente y se atiende á los enfermos con prolijidad.

Entre las clínicas del Charité llama la atención la dedicada á las enfermedades nerviosas y mentales. Ha sido inaugurada en 1905 y reune todas las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Recibe allí, con amabilidad exquisita, nuestro colega Ziehen, neurólogo y psiquiatra de nota, que desempeña la cátedra y dirige el servicio clínico; tiene capacidad para 150 alienados y 60 enfermos nerviosos. Es un solo cuerpo de edificio y está dividido en dos secciones simétricas, la una para hombres y la otra para mujeres; dirigen la primera Henneberg y Forster, la segunda Seiffert. Esta clínica tiene para las lecciones un anfiteatro propio en el cual no se sabe qué admirar más, si el lujo ó la comodidad; también tiene un laboratorio de anatomía patológica y un museo más que mediocre, dirigidos por Koeppen. En ninguna universidad hemos visto un servicio mejor organizado para esa especialidad médica; al retirarnos felicitamos á Ziehen y nos respondió en muy

mal francés: «Da gusto enseñar en un ambiente como éste». La observación nos pareció justa en su caso, pero incompleta como regla general. ¿De qué servirían clínicas admirablemente instaladas si en ellas no trabajaran hombres de talento?

Los laboratorios de ciencias físicas y experimentales están perfectamente organizados; Alemania derrocha en su militarismo, pero no regatea en su enseñanza universitaria. Los gabinetes de química, física, fisiología é histología podrían figurar entre los mejores de su género; nada tienen que envidiar á los de Viena, París y Londres. Ya veremos cómo se trabaja en ellos.

El laboratorio de psicología experimental es común á los cursos regulares de la escuela de filosofía y letras y á un curso facultativo de la escuela de medicina. Está instalado en la Doroteenstrasse, á poca distancia de la universidad. Es bastante mediocre, casi malo, no obstante estar dirigido por Stumpf, profesor de fama y respeto. Consta de cinco salones ocupados por instrumentos de fisiología del sistema nervioso, uno para cada sentido. No es un laboratorio de psicología, sino de fisiología de los sentidos; no responde al concepto amplio y moderno de los estudios psicológicos. Su punto de vista es más atrasado y estrecho que el de los escasos laboratorios similares organizados en Estados Unidos, Francia, Italia é Inglaterra.

En resumen, el ambiente de los estudios médicos es muy bueno, no obstante algunas deficiencias en pocos servicios clínicos y en ciertos laboratorios.

Pero, lo dicho, no basta una buena vidriera para juzgar la calidad de un artículo.

El valor científico del personal docente es muy alto si lo medimos por sus astros de primera magnitud. La escuela de Berlín puede estar orgullosa de contar á Waldeyer y Hertwig como profesores de anatomía, de tener á Fischer en la cátedra de química, á Schwenderer en la de botánica, á Schultze en la de zoología, á Engelmann en fisiología, á Orth en anatomía patológica, á Bumm y Olshausen en obstetricia, á Ziehen en nerviosas y mentales, á Hildebrant y Bergmann en cirugía, etc. Son notabilidades universales.

Esas estrellas de primera magnitud no constituyen la vía láctea; la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, ó creyera serlo, incomodaría á los maestros, como ocurre en muchas universidades latinas. Los jefes de clínicas, médicos agregados, jefes de laboratorios, etc., tienen una mentalidad inferior y un concepto estrecho de sus funciones; esas cualidades negativas, asociadas á una prodigiosa laboriosidad, hacen de ellos perfectas máquinas de trabajar, cuya utilidad es inmensa para el sabio de talento que los dirige. Esa es la clave del progreso científico en Alemania: los mediocres se creen honrados obedeciendo y sirviendo á los superiores.

En ningún otro país hemos visto análogos prodigios de resignación satisfecha. Allí se encuentra un médico que desde hace treinta años y durante diez horas diarias efectúa análisis de la sangre; otro ha practicado un millón de cortes microscópicos del hígado ó de la médula; vimos un médico agregado que desde hace medio siglo afila los instrumentos de cirugía. No saben absolutamente nada

más, y lo que es más singular, no conocen el objeto de los trabajos que realizan. El analizador de sangre no ha visto jamás á los enfermos correspondientes; el que corta médulas é hígados no sabe á quién pertenecieron y sólo se propone multiplicar las colecciones del profesor á quien obedece; el que afila instrumentos no ha operado jamás, ni siquiera le permiten dar cloroformo. Este sistema de regimentación es conforme al estado contemporáneo del espíritu nacional.

Las observaciones precedentes acerca del personal científico de la primera escuela médica alemana, autorizan á hacer una inducción de índole general.

Todos los que llegan á ser profesores notables han pasado por el rudo cedazo de la carrera; pero adviértase que sólo llegan cincuenta hombres de talento sobre mil aspirantes que no lo tienen. Ninguno de los ilustres sabios que hemos nombrado, absolutamente ninguno, pierde ahora su tiempo en trabajos de laboratorio ó experimentales. Cada uno de ellos tiene á sus órdenes una cohorte de colegas subalternos, especializados en trabajos que requieren mucho tiempo y paciencia, los cuales aceptan de buen grado su posición obscura, lejos de la gloria y aun de la simple notoriedad. Son estos mártires ignorados los que viven veinte ó cincuenta años sobre un microscopio ó entre los tubos de cultura, ganando entre 100 y 200 marcos (50 ó 100 $ argentinos), trabajando para un profesor de talento y sin el estímulo de realizar obra propia ó de llegar por sí mismos al más modesto descubrimiento.

En eso, que para los latinos es un defecto, reside la fuerza de los maestros de la escuela médi-

ca alemana: sentimiento de la jerarquía y división del trabajo. Es un caso particular de la mentalidad imperialista.

Los latinos suelen interpretar erróneamente esos hechos, inclinándose á creer que la vida de laboratorio basta para hacer de un tonto un hombre de talento y de un mediocre un sabio. No es así; el régimen alemán de trabajo solo sirve para que el tonto y el mediocre se conviertan en obreros útiles al servicio de los hombres superiores. El edificio científico es el producto de una labor común para la cual ningún esfuerzo es despreciable; los hombres de talento son los arquitectos que dirigen, los demás son hábiles peones que apilan un ladrillo sobre otro para concurrir á una obra cuyo concepto y finalidad ignoran.

Los latinos escollan contra una dificultad seria: todos se creen arquitectos y menosprecian la situación del peón. Sin embargo, como todos no tienen capacidad para arquitectar, algunos acaban por creer que basta trabajar de peones para ser arquitectos; entonces proclaman la excelsitud del trabajo minucioso y pertinaz—el único que está á su alcance—olvidando que ningún sabio ilustre de Alemania agota su talento en esa humilde faena. Los maestros han sido siempre espíritus generalizadores y sintéticos.

No obstante ese error de concepto, creemos que la importación de hombres de trabajo alemanes sería muy benéfica para nuestra enseñanza superior; ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanto necesita la gran masa de los hombres de estudio. Mientras no exista ese elemento subalterno, los hombres de espíritu superior

no podrán realizar una enseñanza brillante y fecunda.

Al fin y al cabo el mérito del que nace con talento no es mayor del que nace sin él. Lo único provechoso para todos es que cada cual acepte con dignidad el puesto que le señalan sus aptitudes y trabaje con la mayor intensidad por el adelanto de la ciencia. Sin arquitectos no se hacen edificios; pero tampoco es posible hacerlos sin peones.

Lo dicho sobre institutos de enseñanza y personal docente permite algunas conclusiones.

La impresión general acerca del ambiente de estudio es óptima; las instalaciones y los materiales de trabajo no desmerecen de los de otras universidades tenidas por las mejores. Hay maestros de talento que honran á la escuela; detrás de ellos se mueve una multitud infatigable que les sirve de pedestal. El sentimiento de jerarquía y de disciplina permite el trabajo en común, sin que nadie incomode á los demás.

¿Un médico argentino debe ir á Berlín?

Sí, debe ir, lo mismo que á París, á Roma y á Tokio.

Pero no irá á aprender medicina. Si no la sabe puede quedarse en Buenos Aires, donde tiene iguales elementos de estudio é infinitamente más facilidades. El alumno que egresa de la Escuela de medicina de Berlín, París ó Viena, tiene una cultura médica general inferior á la del que estudia en Buenos Aires; esta observación puede extenderse á todas las escuelas médicas europeas, sin excepción.

El médico debe ir sabiendo ya medicina y, si

es posible, con una especialidad hecha; en esas condiciones podrá discernir lo bueno y lo malo que hay en cada escuela, aprender muchas cosas y enseñar otras tantas.

En Berlín aprenderá á trabajar muchas horas por día y á ser una rueda de un vasto engranaje científico, donde muchos fatigan y pocos brillan. En cuanto á creer que basta ir á Alemania para ser sabio y tener talento, nos parece tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.

LA ESCUELA DE LA FELICIDAD

Paris, 1905.

Existe. Hemos conocido sus profesores y asistido á sus cursos. Reina en ella un ambiente de verdadera felicidad. Gente sana, activa, optimista y alegre; es decir, gente feliz. Paulina Lombroso publicó hace algunos años un libro sobre «La Psicología de la Felicidad»; nosotros, en un juicio crítico publicado en Buenos Aires, llegábamos á esta conclusión consoladora: la felicidad es una autosugestión, lo mismo que la infelicidad. Creerse feliz equivale á serlo.

Los filósofos y los reformadores sociales suelen buscar las bases de la felicidad en la moral ó en la economía política. Los vegetarianos la buscan en la supresión de la carne, los politiqueros en el látigo de un caudillo providencial, los militares en una guerra bastante mortífera, los agricultores en la extinción de la langosta, los anarquistas en la supresión de la autoridad, los caballos de tiro en la difusión del automóvil. ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es la felicidad?

La repuesta es sencillísima. No hay «una» felicidad, hay felicidades. Cada hombre aspira á una felicidad distinta, por la muy simple razón de ser cada hombre diferente de los demás. La desigualdad humana es la clave de los más interesantes problemas de psicología individual y social. Cada hombre tiene an-

tepasados diferentes, ha vivido bajo climas diversos, recibió una educación especial, tiene amigos y afectos distintos, desempeña tal empleo ó ejerce cual profesión, es casado ó viudo, joven ó viejo, rico ó pobre, inteligente ó idiota, ilustrado ó ignorante, sano ó enfermo, rubio ó mulato, gallardo ó cojo, etc. Por eso la preocupación de los filósofos y los utopistas se ha estrellado siempre contra la realidad: han buscado «la» felicidad de «el» hombre, sin reparar en que hay tantos ideales de felicidad como hombres existen en la superficie de la tierra. Los inventores de religiones han sido más sensatos que los filósofos y los utopistas; comprendiendo que no era posible resolver la cuestión, la han desviado. Ofrecer á todos los fieles una misma felicidad determinada, era exponerse á la protesta de los inevitables descontentos. De ahí que la mejor solución les pareciera suprimir de hecho la felicidad ó, lo que es lo mismo, relegarla al otro mundo.

La ciencia es más modesta. Sabe que la felicidad es relativa; estudia las condiciones más propicias para que cada hombre pueda creerse feliz é indica los medios para ponerle en esas condiciones. ¿Puede ser más claro y sencillo el objeto de una escuela de la felicidad?

El Dr. Paul Valentín, distinguido psicólogo y director de *La Vida Normal*, se ha propuesto establecer esa ardua enseñanza. Cree que la psicología es muy buena en los libros y en los laboratorios, pero considera que será mejor si aplicamos sus conocimientos á embellecer é intensificar la vida. Su iniciativa es novedosa y responde á una de las necesida-

des más evidentes de nuestra época: la necesidad de equilibrio y de salud. Ese es el problema. Sin salud y sin equilibrio no hay felicidad. Es necesario ser sano y normal para ser feliz; debe curarse el organismo para orientar la mente hacia la dicha. Después de todo no haremos sino volver al clásico «mens sana in corpore sano».

En la Escuela de la Felicidad se ha agrupado una falange de apóstoles decididos á luchar, cada uno en su esfera, contra los errores evitables que nos hacen flojos, cobardes, tristes y desalentados. Se inspiran en los principios de la psicología positiva y fundan la realización práctica de la felicidad sobre el conocimiento integral del hombre. Creen que la perseverante demostración de ciertas verdades elementales conseguirá sembrar en los individuos algunas ideas justas; una educación racional y una sabia utilización de las energías individuales deben traer por resultado una rarefacción de los dolores humanos, de las causas de infelicidad.

El doctor Valentín plantea el siguiente dilema. Si la conquista de la felicidad no está sometida á ninguna condición, poco importan los medios para alcanzarla; si ella está sometida á condiciones tangibles y concretas, debemos investigarlas, conocer sus posibles desviaciones y estudiar la manera de normalizarlas.

Esas condiciones existen: el psicólogo las conoce. Por haberlas desdeñado los teóricos de la moral se limitaron siempre á promulgar doctrinas y preceptos demasiado sublimes para ser eficaces. Juzgando á los demás según ellos mismos, no veían que desde su torre de marfil elaboraban un código abstracto de conducta, adaptado á un estado social perfecto.

El hombre real no cabe en los ficticios esquemas de las teorías metafísicas; posee instintos poderosos que se burlan de las quimeras más respetables cuando supone ó intuye que son demasiado elevadas para referirse á él. Solamente le interesan los móviles de actividad libres de ficción y de ilusiones; cada día es más imperiosa la necesidad de fortificarse en el ejercicio de «virtudes útiles». El hombre no debe aceptar máximas hermosamente irrealizables, ni doctrinas en que las palabras reemplazan á los hechos: debe exigir prescripciones aplicables á la vida real, que reflejen para su uso las leyes de la naturaleza y le aseguren los goces efectivos de una existencia digna de ser vivida, aquí mismo y ahora, sobre el planeta.

Corresponde á los psicólogos formular ese nuevo objetivo moral: el arte de vivir bien debe conciliar progresivamente las más legítimas satisfacciones individuales con el interés común del agregado social. El psicólogo, familiarizado con los datos de la biología,—ciencia de la vida, en todas sus fases y condiciones,—no puede separar la conciencia de sus condiciones orgánicas: él la ve nacer en todas las funciones del cuerpo, sintetizarse en ciertas actividades superiores del cerebro, desarrollarse, expandirse, desagregarse, siempre de acuerdo con los órganos mismos que la determinan. Según la estructura hereditaria y las aptitudes evolutivas de nuestro cerebro, nosotros estamos predispuestos á sentir determinadas influencias, á beneficiar de ciertas ventajas, á sufrir especiales perturbaciones.

La vida es, ya, un terreno conquistado por la ciencia: la actividad del espíritu es una función propia de la materia viviente. Vivir bien implica pensar

bien; pensar bien es adquirir la conciencia de la propia felicidad. Enseñar á vivir bien significa enseñar á ser feliz.

De ahí surge una concepción positiva de la vida; la felicidad depende del funcionamiento fácil, vigoroso y regular de un buen mecanismo cerebral, subordinado á la actividad equilibrada de todo el organismo. Desde el punto de vista fisiológico los hombres somos transformadores de fuerza, más ó menos bien adaptados al trabajo que ejecutamos; pero somos transformadores infinitamente delicados, sensibles en extremo á las imperfecciones de nuestros engranajes y á la fatiga de nuestros órganos.

La especie humana sufre por el desequilibrio íntimo y complejo de las relaciones que deberían existir entre los placeres y las actividades provechosas, entre los dolores y las actividades nocivas. Si los hombres fuesen normales—es decir, si todas sus funciones se ejercieran en absoluta concordancia con las exigencias combinadas del organismo y de su medio—todos ellos gozarían de un excedente de sensaciones agradables y el problema de la felicidad estaría resuelto para ellos.

Nuestros vicios corresponden á una tara biológica, conocida ó ignorada, que nos impide la expansión completa y regular de nuestra personalidad. Nuestras fallas provienen de estados afectivos é intelectuales más ó menos mórbidos, subordinados á trastornos nerviosos congénitos ó á una perturbación nutritiva de los centros cerebrales. Los impulsos irresistibles, las pasiones desenfrenadas, las obsesiones peligrosas, la pereza, la falta de voluntad, la

tristeza, la pérdida de la atención, la decadencia de la memoria, las alternativas propias de la instabilidad mental, son exponentes psicológicos de transformaciones materiales que afectan á las funciones del organismo. Esos factores de desequilibrio son otras tantas causas de infelicidad y dependen de un cerebro sin organización, ineducado ó exhausto por un trabajo impropio ó excesivo.

La psicología clínica ha demostrado fácilmente estas verdades; de ellas se desprende un nuevo criterio para el tratamiento de las enfermedades del espíritu, de los «dolores del alma» si se nos permite hablar en términos extracientíficos. Prescindir de las nociones positivas en la solución de los problemas morales es un absurdo. Metchnikoff ha dicho eso mismo en una fórmula feliz: «Cuanto más exacta y precisa deviene una noción, tanto menos tenemos la libertad de prescindir de ella». El mecanismo de las funciones psíquicas es ya bastante conocido—en la salud y en la enfermedad—para permitir un bosquejo aproximado de lo que debe ser la vida normal, es decir, una vida activa, inteligente y sana, conforme á las necesidades de la evolución individual y á las exigencias del medio en que el hombre vive.

La psicología positiva, enseñándonos á ver claro dentro y fuera de nosotros, dándonos la noción del esfuerzo útil, definiendo las condiciones biológicas de la felicidad humana, nos mejora, nos fortalece, nos suaviza, nos instruye. Gracias á ella podemos justipreciar el valor de nuestras propias ideas y sentimientos, discerniendo los frutos sanos de la salud mental y los frutos enfermizos del desequilibrio ó la

perversión. Bajo la mentira de las palabras y la máscara de las actitudes, aprendemos á despistar las formas infinitas de la inquietud mental y de las neurosis.

La psicología nos enseña á evitar los caminos tortuosos, nos aleja de la maraña en que cae todo cerebro desequilibrado. Gracias á ella podemos distinguir los verdaderos trabajadores del pensamiento de los utopistas, metafísicos y grafómanos que cada día estorban más en el campo de las letras, las ciencias y la política. En su órbita caben el estudio y la profilaxis del individuo y de muchas taras sociales. Ella nos dá también una explicación, un alivio ó un remedio para muchos estados depresivos: la cólera, los celos, la pereza, la timidez, las malas inclinaciones, el delito, el suicidio. ¿No son otras tantas causas de infelicidad?

Entrando al terreno clínico, la psicología estudia fenómenos más graves aunque menos frecuentes: la obsesión, la alucinación, el sonambulismo, los desdoblamientos de la conciencia, todas las formas de la degeneración mental, la locura moral, las excentricidades, los fenómenos llamados espiríticos y extranormales, etc.

¿Cabe dudar que todos esos factores de desequilibrio mental impiden al individuo llegar á la autosugestión de la felicidad? Un hombre que sienta cualquiera de esos trastornos ó enfermedades de su personalidad, no puede creerse feliz; y mientras no cree serlo, no lo es.

Estudiando esos trastornos la psicología contribuye á orientar la sensibilidad, á moderar la imaginación, á reposar el juicio, á educar la voluntad. Dándonos una idea más justa y más coherente de nuestras legítimas ambiciones terrenales, ella nos arranca á la duda y al pesimismo, templa nuestro

ánimo, nos da un sentido ecuánime de la vida y esa confianza en nosotros mismos sin la cual no serviríamos para nada.

Por eso cabe esperar de ella nuevos y fecundos principios de educación integral, de ortopedia del espíritu y de estética de las pasiones. Ella podría darnos las bases para una moral verdaderamente práctica, ajena á toda estrechez ó intolerancia. Para la psicología el mal es una violación de las leyes fisiológicas que rigen la vida humana en su propio funcionamiento y en sus relaciones con el medio; ella busca sus causas y puede sugerir algunos remedios. Aspira á substituir los malos hábitos cerebrales por otros mejores, orientando la evolución del individuo en el sentido más favorable al cumplimiento de todas sus funciones.

El papel de la psicología aplicada es muy sencillo ó muy complicado, según el talento, la ilustración y la experiencia del psicólogo. Es evidente que para devolver la felicidad á los espíritus que la han perdido se necesita algo más que el mentalista á la antigua, simple «médico de locos» ó escrupuloso administrador de manicomios; entre ese y el psicólogo científico media un abismo, como entre el alquimista y el químico.

El tratamiento de la infelicidad — es decir, de sus causas orgánicas y psicológicas—reviste dos fases. La una es curativa y la otra profiláctica.

La parte curativa tiende á llenar dos indicaciones. La primera consiste en devolver al organismo en general, y particularmente al cerebro, todas las fuerzas vivas que necesita para su completa activi-

dad funcional; esta es la fase médica de la cura. La segunda se propone regularizar el gasto de esa fuerza viva para mayor provecho del sujeto, buscando la sinergia funcional de los diversos centros cerebrales indispensables á la afirmación de una voluntad firme y serena.

La parte profiláctica entra en el dominio de la moral positiva. El conocimiento de las funciones psíquicas normales y anormales autoriza á trazar las líneas de una vida «activa, inteligente y sana», según la fórmula favorita del doctor Valentín. Todo ser humano tiene derecho á la felicidad; para alcanzarla debemos aconsejarle que siga la conducta que le permita realizar el máximum posible de vida, sin vulnerar el derecho análogo de sus semejantes. La profilaxis de la felicidad consiste, pues, en la vida intensa.

¿Cómo obtener ese resultado?

Es necesario denunciar todas las mentiras convencionales y las falsas fórmulas de moral que esclavizan el espíritu del hombre y le entregan sin defensa á los más astutos y audaces; las concepciones místicas y novelescas de la vida terrenal deben reemplazarse por nociones positivas, fundadas en la observación sistemática de la realidad; conviene perseguir el equilibro necesario de las actividades orgánicas y psíquicas bajo el contralor de un cerebro dueño de sí mismo; nunca debe buscarse fuera de la naturaleza el remedio para los males que sufrimos y para conquistar las ventajas que nos está permitido anhelar.

La Escuela de la Felicidad—según confesión de su fundador en el discurso inaugural—no pretende

resolver, con una palabra ó una plumada, todas las cuestiones que implica el problema así planteado. Sólo quiere ser el primer núcleo de acción en la propaganda activa de la psicología aplicada.

Sus conferenciantes se colocan en el cuádruple punto de vista científico, literario, musical y pedagógico. En casa del director, que nos brindó una recepción magnífica, hemos visto reunidos á más de cincuenta médicos, literatos, músicos, artistas y críticos de ambos sexos. Es imposible asegurar que todos ellos fueran felices; pero lo parecían. Lo único indudable es que el ambiente no podía ser más intelectual ni amistoso.

Allí cada uno enseña lo que sabe; todos discuten, todos aprenden. Un tema de arte empalma con uno de filosofía, en seguida se habla de estética ó de ciencia, se ejecuta buena música de Beethoven ó de Wagner, se comenta á Spencer ó á Ribot, salen á danzar Brunetière y Tolstoi, el último drama de Richepin, la reciente novela de Gorki, la ópera de Massenet, el volumen de Flammarión, todo, hasta los últimos versos de Rubén Darío. Ignoramos si ésto es eficaz como Escuela de Felicidad; pero es hermoso, agradable y la gente allí reunida se cree feliz.

¿Esta Escuela de la Felicidad es, acaso, una asociación de gente feliz que se distrae filosofando sobre la infelicidad ajena? Pedimos anticipadas disculpas á su eximio director. Nos asaltan dudas; la cosa en teoría está muy bien, pero nos parece que con tan hermosa escuela no disminuirá la proporción de infelices. Conocer psicología y saber aplicarla á la vida será siempre un privilegio de pocos elegidos.

UNA CONFERENCIA EN LA SORBONA

París, 1906.

Defiriendo á una invitación del profesor Jorge Dumas, presidente de la sociedad de psicología de París, el viernes 6 de julio un médico argentino tuvo la honra de disertar en el anfiteatro Michelet, en la Sorbona, ante los más distinguidos neurologistas y psicólogos de París. El hecho, bastante significativo como índice de la estima que por la ciencia argentina comienza á tenerse en el viejo mundo, merecería comentarios que preferimos no hacer.

El tema de esa disertación médica puede interesar á profanos y profesionales; lo resumiremos suprimiendo las consideraciones técnicas y limitándonos á referir algunos hechos singulares; más parecen fruto de fantasía abundosa que tristes consecuencias de la enajenación mental.

La imaginación poética, en ésto como en otras cosas, ha sido precursora de la ciencia. El monumento magnífico que nos legó Ovidio en sus «Metamorfosis» será, en todo tiempo, la fuente más copiosa de invenciones respecto de la transformación de los hombres en animales ó en seres inanimados. Quien guste de frecuentar á los clásicos latinos recordará las sorprendentes aventuras mitológicas que dieron por resultado la metamorfosis de Lycaón en lobo, de Dafnis en laurel, de Yo en ternera, de Siringa

en rosal, de Filomela en ruiseñor, de Calixto en osa, de Acteón en ciervo, de Marsias en río, de Narciso en flor.

La lectura del propio Ovidio ofrece á los alienistas la clave del vocablo licantropía con que suelen designar la transformación del hombre en lobo, y, por extensión, en cualquier animal. En su libro primero cuenta que Júpiter, alarmado por los crímenes de los mortales, reunió á los dioses en el Empíreo á fin de resolver sobre los castigos á que los hombres se hacían acreedores. Para mostrar á sus colegas en divinidad los excesos de la perversión terrenal, narró la infamia y el castigo de Lycaón. Deseando ver de cerca las felonías humanas, Júpiter descendió del Olimpo, ocultando su divinidad bajo humildes formas. Franqueó el Ménalo, espantoso refugio de fieras, después el Cileno y por fin el fresco Liceo coronado de pinos. Caía el crepúsculo cuando penetró en el palacio inhospitalario del rey de Arcadia. El pueblo rindióle homenajes, pero de éstos burlóse Lycaón. A fin de probar si era Dios ó mortal, durante la noche, mientras Júpiter dormía, se preparó á asesinarlo; mientras tanto, para no perder tiempo, degolló á un emisario de los molosos, hizo hervir una parte de sus miembros palpitantes y asó la otra sobre un brasero. En cuanto hubo servido ese abominable desayuno, el rayo del Dios derribó su palacio y sus penates.

Lycaón huyó espantado; en el silencio de las campiñas lanzó sus aullidos y en vano intentó hablar. Llevado por su ira y su ansiedad carnívora, diezmó los rebaños, gustando de embriagarse en sangre. Sus vestidos se trocaron en pelos hirsutos y sus brazos en piernas. Metamorfoseado en lobo, conservó ves-

tigios de su forma primitiva: el mismo color de pelo, la misma violencia de líneas fisionómicas, el mismo relampagueo vivaz de la mirada, la misma expresión de ferocidad insaciable.

Los alienistas pueden, pues, remontar al discípulo de Propercio la paternidad de la palabra licantropía, con que designan ciertos hechos clínicos harto extraños.

Esa concepción poética de las metamorfosis, repetida por otros artistas, arraiga en creencias universalmente difundidas entre los pueblos primitivos. Cualquier folklorista podrá contar cien leyendas de personajes malignos transformados en fieras errantes que vagan por los bosques y los caminos acechando al viajero apacible. La Edad Media, con su enfermizo recrudecimiento de misticismo, creó centenares de leyendas análogas. La ingenua población rural suele creer en ellas todavía; cualquier abuela de Bretaña, Galicia ó Calabria sabe contar diez historias de esa índole para asustar á sus nietos traviesos.

Esas mismas leyendas suelen ser explotadas por los pícaros contra los tontos, motivando episodios de resonancia puramente policial. El hombre-chancho, el hombre-perro, el hombre-burro, la viuda, etcétera, son nuestros conocidos de la infancia; los suburbios de Buenos Aires conocieron á esos falsos licántropos, que de ordinario acabaron sus días en un calabozo ó por el castigo de una bala certera.

Tales creencias absurdas tienen, sin embargo, un reflejo inconsciente en el espíritu humano. Por eso, cuando la enfermedad desorganiza los sentimientos y las ideas del hombre, aquéllas salen á flote é invaden

la conciencia, creando ese trastorno mental que constituye el delirio de licantropía y los demás delirios de metamorfosis.

El médico argentino no se ocupó de esas cuestiones, más interesantes para el arte y la etnografía que para la medicina mental. Trató, simplemente, de fijar el sitio que corresponde al delirio de metamorfosis en la psicología clínica, señaló sus diversas formas y analizó el mecanismo psicológico de su constitución en el espíritu de algunos alienados.

¿Puede un hombre dudar de que es él mismo? ¿Puede suponer que se ha cambiado en otro? ¿Puede creer que es un animal ó una planta?

Suele llamarse delirio á cualquier estado de confusión é incoordinación de la actividad mental, generalmente acompañado de inconsciencia ó subconsciencia, sin que exista un núcleo de ideas que prevalezcan de una manera constante sobre las demás; en este sentido se habla del delirio que acompaña á la fiebre ó á la embriaguez. Pero los psiquiatras tienden á dar al vocablo una acepción más restringida. Llaman delirios á ciertos sistemas más ó menos complejos de ideas falsas que se refieren al yo en sus relaciones con el medio; los ejemplos más notorios son el delirio de las grandezas y el delirio de las persecuciones. El carácter del delirio no depende tanto de lo erróneo de las ideas en sí mismas, como de su contraste con la personalidad anterior del sujeto ó con las relaciones reales entre éste y su medio. Las ideas de exaltación personal que nos parecen normales en Roosevelt, Hugo ó Wagner, serían delirios en un barrendero, un payador de club electoral ó un tocador de organillo callejero.

Algunos delirios afectan las relaciones entre el yo y las condiciones del medio social en que el sujeto vive; otros afectan la conciencia de la personalidad, del yo, independientemente de esas relaciones. El delirio de la metamorfosis pertenece á estos últimos.

Esos cambios de la personalidad pueden afectar el sentimiento ó la idea de sí mismo.

El sentimiento puede estar elevado; se forman ideas secundarias fundadas sobre una falsa conciencia del propio vigor, de capacidad, de actividad ó de aumento de energía; los médicos llaman á eso «eufo-ria» y alguien, más atrevidamente, lo llamó «delirio de salud». Puede estar disminuido y acompañarse de ideas de incapacidad, pereza ó debilidad, produciendo un empequeñecimiento y decadencia del yo. Pue-de, por fin, estar alterado; entonces hay sensación de fastidio, malestar ó modificación indefinible del or-ganismo, una de cuyas formas vulgares es la noso-manía ó «manía de enfermedad».

El delirio de metamorfosis no consiste, sin embar-go, en un trastorno del sentimiento de la personalidad; se refiere á la representación del yo, al conocimiento de sí mismo. Las perturbaciones de ese conocimiento pueden ser totales ó parciales.

En el primer caso fórmase un nuevo concepto de la personalidad. Con relación al estado anterior del sujeto pueden ocurrir tres fenómenos distintos. 1º El nuevo yo reemplaza al antiguo y el sujeto se cree transformado en otra persona; en nuestro Hos-picio hay un sastre que se ha vuelto emperador y un pelapapas que se considera duque de Orleans y de Angulema. 2º El nuevo yo se altera por tempo-radas con el antiguo, produciendo diferencias perió-

dicas en la inteligencia y en el carácter del sujeto; una histérica solía creerse niña durante ocho días por mes, procediendo como si realmente lo fuera. 3º Los dos yo coexisten, teniendo el sujeto dos ó más personalidades discordantes ó contradictorias al mismo tiempo; así ocurre en muchos casos de locura de la duda, en que el sujeto siente que un yo quiere una cosa y el otro quiere la contraria, viviendo en pena como el asno de Buridán.

En el segundo caso los trastornos del conocimiento de sí mismo son parciales. En algunos enfermos se modifica la conciencia de la unidad é integridad del yo físico; el sujeto cree que le han cambiado el hígado, que su corazón se ha petrificado, que en su cuerpo se alojan animales raros ó seres sobrenaturales. Otras veces el sujeto, sin perder la noción de su propia identidad, cree haber sufrido algún cambio importante respecto de la especie, el sexo, la composición ó el volumen de su cuerpo; un alienado se cree convertido en animal ó en árbol, otro cree que se ha vuelto mujer, alguno certifica que su cuerpo es de vidrio y no se mueve por temor de quebrarse, y, por fin, los hay que creen tan agrandado su cuerpo que se desnudan temiendo ser ahogados por la estrechez del traje.

Estos últimos casos corresponden al delirio de metamorfosis. El sujeto cree que sigue siendo el mismo, pero supone que se ha transformado como si pesara sobre él una venganza de dioses paganos.

Esa forma de locura no es nueva. En todo tiempo hubo desgraciados que se creyeron convertidos en animales. En la Edad Media el hecho era

frecuente, revistiendo algunas veces todos los caracteres de verdaderas epidemias psíquicas. La sugestión, actuando sobre espíritus predispuestos, explica el fenómeno.

Los desequilibrados y débiles mentales tienen un cerebro que funciona mal y se dejan influenciar por el desequilibrio ajeno. Cada época y cada ambiente están preparados para determinadas sugestiones, que sirven de levadura para la fermentación de tal ó cual fanatismo; las crisis religiosas, las sectas políticas y sociales, el espiritismo, el ejército de salvación, el vegetarianismo, son castillos de quimera elaborados por cerebros incapaces de espíritu científico, sobre alguna idea que flota en el ambiente y que suele contener cierta partícula de verdad. El estado mental de los sectarios es uniforme; sólo cambia la dirección del viento que los arrastra y las formas exteriores de la fe sectaria. Tanto significa el crucifijo en manos de Juana de Arco como el puñal en las de Carlota Corday y la bomba explosiva en las de Luisa Michel.

En la Edad Media, durante una crisis de fanatismo religioso que llenaba los espíritus de preocupaciones diabólicas, floreció la licantropía junto con la magia, la posesión, el sucubismo, etc. El Dr. Ramos Mejía, entre otros, se ha ocupado de estos fenómenos y de su rol en la historia.

Ahora la licantropía es menos frecuente; sin embargo, no es excepcional, especialmente en los histéricos. El conferenciante lo aseguró así: en las clínicas de enfermedades nerviosas y mentales de *Buenos Aires, Italia, Francia, Alemania,* Londres y Viena, ha podido observar treinta y cuatro casos de delirio de metamorfosis, entre los cuales figuran veintidós de licantropía propiamente dicha.

Algunos de los casos referidos en la Sorbona son curiosos; si no mediara la circunstancia de ese gran dolor humano que es la locura, diríamos que son divertidos.

Narró de una histérica, hermosa joven prusiana, que vió en la clínica del profesor Ziehem, en Berlín, que por su carácter irreductible hacíase acreedora á severos tratamientos de parte de su familia. La idea de que «la trataban como á perro» invadió poco á poco su cerebro instable; bastaron pocas semanas para que llegara á esta conclusión; «me tratan así, luego soy un perro». En breve tiempo adaptó su conducta á esa idea; vivía tirada en un rincón, andaba en cuatro pies, comía directamente en el plato sin usar de las manos, rehuía toda indicación higiénica y cuando le hablaban contestaba ladrando. Fué menester recluirla: gracias al aislamiento y á sugestiones hábilmente efectuadas curó de su delirio, volviendo á creerse mujer en vez de perro.

Parecido al anterior es el caso de una joven argentina, histérica también. Su salud endeble inducía á su familia á prestarle toda clase de cuidados y atenciones, á punto de cohibir su libertad personal. La enferma comenzó á preocuparse de esa tutela; razonando acerca de su situación infirió que la trataban así porque se había transformado en una niñita, constituyéndose en su espíritu entidades silogísticas particulares. En torno de éstas se asociaron otras ideas semejantes, *hasta constituir el* sindroma complejo que los mentalistas llaman «delirio de infantilismo».

En los casos mencionados el delirio de metamorfosis es inicial. Otras veces sobreviene como complicación ó transformación de otro delirio preexistente. Un individuo con ideas de persecución llega á inferir que se le persigue á causa de su temibilidad y se le ocurre que se está transformando en una fiera. Cada uno de sus semejantes le parece un cazador; basta un año para que el delirio de metamorfosis reemplace al delirio de las persecuciones. Este caso, observado en el Asilo de Santa Ana, en París, es sumamente raro, aun para los especialistas. Existe una clase de perseguidos que suelen transformase en megalómanos, para caer después en un estado de demencia final; en este enfermo la licantropía reemplaza al delirio de las grandezas, pues la situación de fiera temible equivale para el enfermo á la de genio, emperador ó profeta.

En esas observaciones la transformación de la personalidad es el producto de una lógica enfermiza; las tres metamorfosis son de origen razonante y pertenecen al grupo de los delirios por inferencia.

Otras veces el falso raciocinio es secundario; el delirio es el resultado de una interpretación errónea de ciertas percepciones inmediatas. La idea delirante nace de ilusiones y alucinaciones que invaden la conciencia, perturban la integración de las imágenes en ideas, descomponen las asociaciones ideativas preexistentes y acaban por constituir un sistema de representaciones que no corresponde á la realidad.

Uno de los casos más típicos es el de un degenerado mental que sufre ilusiones y alucinaciones olfativas, creyendo percibir olores imaginarios y re-

conocer todas las personas y objetos por su olor. Después de algún tiempo comienza á interpretar esos fenómenos como el producto de su transformación en perro de caza. En ese estado lo vió el conferenciante en el manicomio de Villejuif, donde tiene su laboratorio de psicología experimental el doctor Toulousse; el enfermo pasaba el día ocupado en oler todo lo que estaba á su alcance, ladrando, saltando en cuatro pies y asumiendo actitudes de galgo acechando la presa.

Otro enfermo, cliente forzoso de la Sala de observación de alienados, en Buenos Aires, era también degenerado mental y alcoholista crónico. Sufría alucinaciones del oído y de la sensibilidad orgánica general. Al principio oía voces que le decían que era un burro; el enfermo conservaba la noción de su personalidad primitiva, limitándose á creer que tenía un burro dentro de su cuerpo, alojado en el estómago. Bien pronto las alucinaciones cambiaron de carácter. Las voces ya no eran externas sino internas: el mismo burro le hablaba desde el estómago. La convicción era completa: cuando el asistente de la clínica, don José Fariña, le ofrecía de comer, el enfermo iniciaba un diálogo con su huésped y tomaba sus resoluciones de acuerdo con él. En un período siguiente el burro le advirtió que no era su huésped, sino él mismo: «Yo soy tú»; ésto creaba al enfermo una situación por demás incómoda, pues no sabía á ciencia cierta si era un burro ó no lo era. Esa fase de duda no fué larga; alucinaciones de otro orden complicaron su estado y el enfermo creía que su piel se llenaba de pelos, que se le estiraban las orejas, que su voz era un rebuzno y que estaba á punto de crecerle un oprobioso rabo. Felizmente

para él, las alucinaciones duraron pocos días por ser de origen alcohólico.

En último caso habría podido consolarse leyendo el libro XI de Ovidio, donde se cuenta el castigo que Apolo infligió al rey Midas por haberse mostrado indigno de oír los sones magníficos que el bello dios arrancaba de su lira.

El conferenciante reunió en un tercer grupo aquellos delirios de metamorfosis que se fundan en simples asociaciones falsas entre ciertas palabras, á las cuales el enfermo suele atribuir una significación especial. Una sola palabra llega á ser el centro de un delirio completo, gracias á la agregación sucesiva de otros vocablos simbólicos, hasta formar una trama, lógicamente absurda, de imágenes verbales que no corresponden á ninguna condición de hecho. Esta forma de locura debiera amonestar á muchos oradores copiosos y á no pocos poetas modernistas, en quienes parece más profundo el culto de las palabras que el de las ideas.

Ocurrió el caso á un desequilibrado. Tenía aficiones poéticas y se clasificaba á sí mismo como vate decadente, según consta en los libros clínicos del manicomio de Roma.

Este joven servía de hazmerreír á sus amigos. Publicó una poesía titulada «El centauro», en la cual hablaba el autor por boca del mitológico animal. Tan mala era que sus camaradas dieron en llamarle así á él mismo, designación que él aceptó con muestras de visible complacencia. Andando el tiempo, la palabra centauro adquirió para él extraordinario valor simbólico, relacionándola con una serie de nombres

abstractos que se le asociaban por simple consonancia fonética ó, como suele decirse, por la fuerza de la rima. Poco después se operó una metamorfosis de su personalidad, constituyéndose un delirio de zoantropía bien definido. Creía que su cuerpo era mitad humano y mitad equino; en vez de caminar trotaba como un potro brioso, entreverando las palabras con relinchos sonoros y sacudiendo su espalda como si quisiera esparcir al viento su crin imaginaria. No fueron más bruscos los corcovos del centauro Neso cuando en la orilla del Evenio lo mató una flecha de Hércules, indignado por el rapto de su esposa.

En esa forma la ciencia corrobora la vieja intuición del poeta que nos legó las páginas deliciosas de las «Heroidas», «Los Amores» y el «Arte de Amar». Pero los hechos que para el vate latino fueron una gesta de dioses, digna de su insuperable fantasía, para el conferenciante de la Sorbona son simples creencias de cerebros afectados por la locura, susceptibles de ser estudiados con el frío criterio de la clínica y del laboratorio.

SOBRE PSICOLOGÍA MUSICAL

En un libro publicado recientemente en París hemos dilucidado algunos problemas de psicología musical, aclarando ciertas cuestiones de estética científica, estableciendo una clasificación nueva de las aptitudes musicales y agregando un capítulo hasta hoy desconocido á la patología mental.

Algunos hechos y doctrinas expuestos en esa obra han suscitado interés en los especialistas. Mr. Lionel Dauriac, profesor en la universidad de Montpellier y autor del «Essai sur l'esprit musical», «La psychologie dans l'opéra francais», «La realisme de Reid», «Croyance et realité», «Des notions de matiére et de force dans les sciences de la nature», etc., nos dirige con tal motivo una consulta sobre un tópico hasta hoy obscuro y sin duda interesante. Conviene preceder su carta por breves nociones que le servirán de premisa.

Hemos sostenido que diversos procesos de actividad psicológica concurren á la formación de la inteligencia musical.

1º La aptitud de cada sujeto para percibir las sensaciones auditivas provocadas por las excitaciones musicales.

2º Las diversas formas de la memoria musical.

a) La memoria de las sensaciones musicales, comprendiendo tres procesos igualmente indispensables:

la conservación de las imágenes auditivas, el poder de reproducirlas y la capacidad de localizarlas.

b) La memoria de los estados emotivos que acompañan á las excitaciones musicales.

3º La imaginación musical, en sus dos formas características.

a) La imaginación reproductiva: la aptitud para reavivar las percepciones concretas; es decir, la reproducción simple de imágenes sin necesidad de percibir las excitaciones sensoriales correspondientes. En rigor, es una forma de la memoria musical.

b) Imaginación constructiva: la fantasía musical propiamente dicha, es decir, la aptitud para transformar y combinar las imágenes sin subordinarlas á la memoria de su percepción primitiva. En rigor es una forma de la ideación musical.

4º La ideación musical (entendida en sentido figurado, de acuerdo con lo que suele llamarse «ideas musicales»: cierta coordinación ó serie de estados emotivos que suelen estar asociados á una idea mediante la educación), constituida por los tres procesos más evolucionados de la inteligencia musical.

a) La concepción musical: aptitud para comparar, asociar y abstraer los diversos elementos de la música y sus estados representativos.

b) El juicio musical: aptitud para percibir é interpretar las relaciones de afinidad y diferencia, cantidad, identidad, génesis y desenvolvimiento, entre esos elementos y estados.

c) La lógica musical: aptitud para coordinar, subordinar y relacionar los elementos técnicos y psicológicos del lenguaje musical, de una manera análoga á la lógica del pensamiento verbal ordinario.

Conceptuamos superfluo insistir aquí sobre el

papel de la educación en el desarrollo de esas diversas aptitudes para constituir, por decirlo así, la fórmula fisiopsíquica individual respecto de la música. En sus formas no educadas el lenguaje musical solo puede ser la expresión directa de emociones musicales simples; en cambio, en sus formas educadas llega á ser el medio de expresión de emociones musicales intelectualizadas, es decir, de representaciones de estados emotivos.

Siendo la formación y evolución del lenguaje musical—en cierta medida—un producto de la educación, el problema de las aptitudes musicales se identifica con el de la educabilidad del lenguaje, pues ésta se funda en las aptitudes congénitas de cada individuo.

La educación influye sobre el desarrollo de esas aptitudes; se llega, por grados, desde la audición agradable hasta la invención, pasando por la virtuosidad. Las facultades de invención musical, manifestadas por los compositores contemporáneos, no son—según ya observara Dauriac—las primeras en surgir. Antes de imaginar nuevas formas sonoras gustamos de las que otros imaginaron con anterioridad. Si ese placer es bastante grande como para desear su repetición, procuramos reproducirlo tocando ó cantando. A fuerza de tocar y cantar, ésto acaba por gustarnos en sí mismo; además de tocar y cantar las obras que nos gustan, nos empeñamos en cantarlas sentidamente y tocarlas con elegancia y corrección. Así de «amateur» se pasa á ejecutante, se aspira al título de virtuoso. Basta, entonces, que el virtuoso se preocupe de su vocación y frecuente una clase de composición musical, para adquirir, tal vez, la conciencia de su aptitud inventiva; con

el tiempo logrará satisfacer las impaciencias inherentes á esa aptitud y regularizará su producción. Por lo general, las cosas ocurren de ese modo. «Es natural pasar de la audición á la admiración, de ésta á la interpretación de las obras admiradas, y, por fin, de la virtuosidad á la invención».

Admitiendo esa trayectoria para la evolución de las aptitudes musicales, hemos podido plantear la cuestión amplia: ¿por qué difiere en los individuos la educabilidad del lenguaje musical? ¿por qué á igualdad de educación corresponde un desenvolvimiento diverso de las aptitudes musicales?.

Estamos, á las claras, fuera del mecanismo del «lenguaje» y entramos en el terreno de la «inteligencia» musical. Fundándonos en la observación y procediendo por semejanzas, hemos clasificado el desarrollo de las aptitudes musicales en cinco grupos.

1° Idiotismo musical (sordera tonal); 2° Imbecilidad musical (sordera musical); 3° Inteligencia musical; 4° Talento musical; 5° Genio musical.

El análisis minucioso de los caracteres psicológicos de cada grupo nos lleva á formular las siguientes conclusiones:

1° Los «idiotas musicales» no perciben la altura de los tonos, oyendo ruidos en vez de notas musicales: tienen «sordera tonal».

2° Los «imbéciles musicales» perciben la graduación tonal de los sonidos pero no encuentran placer en la audición musical, pues no comprenden los sentimientos expresados por la música. Tienen audición sensorial pero carecen de audición psicológica: están en el caso del que oye hablar un idioma desconocido.

3º Los « inteligentes musicales », además de oír la música y comprenderla, son susceptibles de educar su técnica y sus representaciones de estados emotivos; el desarrollo de sus aptitudes musicales varía con la cantidad y la calidad de la educación musical.

4º Los « talentos musicales » desarrollan ciertas aptitudes comunes á los inteligentes musicales, mejor que la mayoría de los que han intentado cultivar esas mismas aptitudes.

5º El « genio musical » imagina formas nuevas de expresión de los sentimientos mediante la música, ó concibe y realiza, de una manera enteramente propia, formas de expresión musical ya conocidas.

Huelga decir que entre los tipos contiguos existen formas intermedias; la diferenciación de los tipos es relativa, como ocurre en todas las clasificaciones pertenecientes á fenómenos psicológicos, biológicos y sociales.

Sintetizados así los antecedentes de la cuestión, he aquí la carta que nos dirige M. Lionel Dauriac.

« Señor y querido colega: M. Ribot acaba de enviarme su excelente obra sobre « El lenguaje musical »; soy yo, pues, quien escribirá su juicio crítico en la « Revista Filosófica ». Creo que para dar á su trabajo toda la importancia que le atribuyo, tendré que consagrarle un verdadero artículo bajo el título de « Enfermedades del lenguaje musical ».

Me siento muy honrado por el partido que usted saca de mi libro. Usted me ha utilizado, citado, nombrado al citarme, lo que es la probidad misma; todo lo cual, desgraciadamente, no está siempre en

las costumbres de los maestros jóvenes. Ellos creen que los precursores, los viejos—y yo soy de los viejos—son sus deudores naturales y que sería ridículo estimar públicamente sus méritos.

Me complace de modo especial, que usted, de acuerdo con M. Ferrand (cuyo trabajo yo ignoraba hasta verlo analizado en su libro), haya adoptado mi distinción entre la « sordera tonal » y la « sordera musical ». Nuestro amigo Grasset, con quien conversé de ello en Montpellier, consideraba que mi distinción,—legítima desde el punto de vista subjetivo é introspectivo—debía encontrar su fundamento en la patología, aunque él consideraba que esa comprobación era difícil de hacer. Me parece que su distinción entre los « idiotas » y los « imbéciles » (musicales), correspondiente á la mía, debe reposar sobre bases objetivas: de otro modo usted no la habría adoptado en un trabajo cuyo método es objetivo y experimental, en el sentido más moderno de la palabra.

Sobre este punto necesito un suplemento de información y esa necesidad es la razón apremiante de esta consulta. En la segunda parte de su obra he buscado ejemplos de « sordera musical » con ausencia de « sordera tonal, » es decir ejemplos de « imbecilidad sin idiotismo ». Esos ejemplos clínicos no figuran en su libro. ¿Los ha observado usted? Considero que su respuesta será de suma importancia para los estudios venideros sobre psicología musical.

Si no los ha encontrado usted mediante la aplicación del método ó los métodos de observación clínica, ¿se debe á que esos ejemplos no existen ó á que no se prestan á la verificación experimental?

Me permito instarle vivamente á dilucidar ese punto, pues leyendo su obra creía encontrar la confirmación patológica de las conclusiones (hipotéticas) de mi estudio sobre la sordera tonal y la sordera musical, pero tuve la decepción de no encontrar dato alguno al respecto.

Insisto sobre la importancia de esta no comprobación esencial. Dado mi método—que es la introspección de los viejos «psicólogos» y que he aplicado con exclusión de los demás, por falta de hábito y de frecuentación de los laboratorios psicológicos,—yo tenía el derecho de afirmar la distinción entre el «oído» y la «inteligencia», á título de funciones distintas, reconocidas como tales desde el puro punto de vista mental. Y dado el método de su libro, que es el de un psicólogo moderno, una distinción de funciones como el «oído» y la «inteligencia musical» adquiriría verdadero valor si aquélla estuviera confirmada por el método clínico, por los hechos patológicos.

Si usted ha hecho esa confirmación desearía conocer sus leyes; en caso contrario desearía saber si usted cree, fundándose en sus comprobaciones anteriores, que esa comprobación puede hacerse algún día.

Por mi parte yo insisto en ello. La primera vez que he querido leer «Tristán é Isolda», no solamente no la comprendí, sino que en lugar de recibir la impresión de una música fea, bizarra ó cacofónica, tuve la impresión de que era una cosa subjetivamente ininteligible. Pero, así como lo digo al final de mi capítulo sobre las dos «sorderas musicales», aunque mi distinción sea lógica y razonada, es necesario que ésta sea confirmada por clínicos de su

talla para que adquiera un valor realmente indiscutible.

Esperando sobre este punto respuestas un tanto detalladas á una consulta que espero usted no reputará indiscreta, le tiendo por sobre el Atlántico mi mano confraternal y lo felicito sinceramente por la obra original y profunda que acaba de producir.—*Lionel Dauriac.*

He aquí los términos de nuestra respuesta:

Mi querido colega—Me es muy grato satisfacer sus preguntas en la medida que lo permiten mis investigaciones.

La diferenciación que hago entre los idiotas y los imbéciles musicales, la fundo en datos experimentales y clínicos.

Desde el punto de vista experimental he sometido á muchos sujetos que no gustan de la música á este sencillo ensayo. Los coloco junto á un piano y toco aisladamente diversas notas. Algunos individuos distinguen muy bien la altura de las notas, es decir, oyen las diferencias tonales: otros (muy raros entre los sujetos de inteligencia mediana, pero más comunes entre los débiles mentales y los dementes) no distinguen las diferencias de altura tonal, oyendo todas las notas como ruidos secos, como un sonar de castañuelas, distinguiendo diferencias de intensidad pero nunca diferencias de tono.

Esta investigación la he practicado entre amigos, algunos de nivel intelectual superior, y entre dementes ó niños insuficientes.

Entre personas cultas, que dicen no entender nada de música, sólo he encontrado un sujeto con

verdadera y absoluta «sordera tonal» correspondiente al grupo de los idiotas musicales; los demás presentaban «sordera musical» y entraban en el grupo de los imbéciles musicales.

No tengo cifras estadísticas; esas observaciones las consideré secundarias para el libro, pues mi propósito fué estudiar las perturbaciones del lenguaje musical de origen histérico, es decir, las «dismusias histéricas», capítulo virgen en patología nerviosa y mental.

Mis investigaciones sobre el origen y evolución del lenguaje musical, sobre su psicofisiología y sobre las formas y grados de la inteligencia musical, solo constituyen una introducción á la parte puramente clínica de la obra.

Por este motivo V. no ha encontrado—ni debía encontrar—ejemplos de sordera musical sin sordera tonal, es decir, de imbecilidad sin idiotismo. Los casos clínicos citados solamente se refieren á las «amusias, paramusias é hipermusias histéricas», grupos clínicos no descriptos por autor alguno antes que por mí.

Lo antedicho contesta afirmativamente á su pregunta. Es decir: por la aplicación de los métodos de observación clínica he comprobado la existencia de casos de sordera musical sin sordera tonal y de imbecilidad musical sin idiotismo musical. Y, dato curioso, entre éstos figura un eminente escritor argentino, virtuoso del estilo y exuberante creador de imágenes; se dice que Goethe, Napoleón, Grant, Gambetta, Zola, Max Müller y otros muchos padecieron de esa misma «imbecilidad musical».

En cambio, como es lógico, no puede existir «sordera tonal» sin «sordera musical».

De lo expuesto infiero que la inteligencia musical puede ser distinta de la «audición tonal» (función sensorial), aunque no del «oído musical» (función psicológica); y confieso que en su carta ésos dos términos distintos me parecen estar confundidos.

Deseando que estas líneas puedan aclarar sus dudas y satisfacer su curiosidad, resumo á usted mis respuestas fundamentales:

1º La diferencia entre la «sordera tonal» y la «sordera musical», descriptas por usted y que caracterizan los dos grados inferiores de mi clasificación de las aptitudes musicales, está confirmada por los métodos de observación clínica.

2º La integridad de la «audición tonal», (función sensorial), no implica la existencia del «oído musical» (función psicológica), pues siendo un fenómeno elemental puede ó nó coexistir con los fenómenos superiores, á cuya formación concurre.

AMIGOS Y MAESTROS

Cuatro psicólogos franceses

París, 1906.

Todo el mundo se cree psicólogo. Cualquiera amable conversador de salón improvisa en menos que canta un gallo la «psicología» de un suceso de actualidad, ya sea un accidente de automóvil ó la renuncia de un ministro, un motín militar ó un adulterio aristocrático. El más zurdo periodista se atreve á escribir la psicología de cualquier cosa: del chisme, de la educación, de la bicicleta, de una época histórica, de una intriga de bastidores. Surgen psicólogos doquiera y todas las cuestiones acaban por tener una psicología.

Conviene, empero, distinguir psicólogos de psicólogos y psicologías de psicologías. En las clínicas y en los laboratorios, por ejemplo, se cultiva un género que no es precisamente el que repunta en las charlas de sobremesa mundana.

Las funciones del espíritu, atribuidas otrora al alma, principio inmaterial é intangible, han entrado en el dominio de la fisiología. El sistema nervioso, especializado para sintetizar las sensaciones y dirigir los movimientos de todo el organismo animal,

es el complicado engranaje de los fenómenos que antes constituían las tres facultades autónomas del alma: inteligencia, sentimiento y voluntad.

El principio biológico de la división del trabajo ha producido en el sistema nervioso diversas diferenciaciones funcionales. La médula se encarga de las reacciones simples y directas; la corteza cerebral de las reacciones más complejas é indirectas. Entre la médula y la corteza cerebral existen centros nerviosos encargados de las reacciones intermedias, cuya coordinación no puede hacer la médula ni requiere la intervención de la corteza.

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su estudio—objeto de la psicología—entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación.

Pero eso no es todo. Ha podido advertirse que las diversas enfermedades cerebrales producen alteraciones, disociaciones é involuciones de la actividad mental, destruyéndola ó desviándola, total ó parcialmente. El estudio de esos trastornos permite inferir datos preciosos acerca de las funciones normales; de ahí que para estudiar psicología, además de ser fisiólogo, conviene ser médico. Los estudios del laboratorio deben complementarse con los de la clínica. El resultado convergente de esa labor bilateral constituye la psicología biológica, única digna del nombre de ciencia; su campo de investigaciones no se limita á la «inteligencia» humana, pues abarca las funciones psíquicas de todos los seres vivos.

Existe otra labor cuyo mérito filosófico ó lite-

rario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales ó de talento que se dedican á la observación empírica del alma humana, á la introspección psicológica ó á la síntesis metafísica de los conocimientos adquiridos fuera del laboratorio y de la clínica. Shakespeare fué el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque pueden ser interesantes para la crítica filosófica y literaria.

La psicología tiende, pues, á ser el patrimonio de los sabios especializados en el estudio de las funciones del sistema nervioso: el psicólogo debe ser, á la vez, un experimentador y un clínico. Estas dos condiciones pueden estar reunidas en ciertos médicos: por eso, en todas las universidades modernas, la enseñanza de la psicología suele ser confiada á médicos y se lleva á cabo según los criterios comunes á la enseñanza fisiológica y clínica.

En Francia es cultivada con interés. Hemos presentado á algunos de sus más distinguidos investigadores: trazaremos aquí las siluetas de otros colegas eminentes.

El curso oficial de psicología se dicta en el Colegio de Francia. Hasta hace algunos años dictaba esa cátedra Ribot, amigo gentilísimo y bastante paternal. No es del todo solemne; si lo fuera tendría bien ganada su solemnidad, pues fué sembrador proficuo y maestro fecundo. Cuando pidió su jubilación planteóse un verdadero conflicto. Los candi-

datos para sucederle fueron Pierre Janet y Alfredo Binet.

Janet tiene mayor preparación clínica, su cultura médica es grande, ha descollado en el estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, posee excelentes condiciones de expositor y cuenta varios libros en su haber intelectual. Binet es más hombre de laboratorio, su erudición es vasta, prefiere las investigaciones de psicología pedagógica, es de una dedicación ejemplar y ha escrito libros muy estimados. Janet es más clínico y mejor conferenciante; Binet es un experimentador más diestro. La ventaja de este último para suceder á Ribot consistía en que vive consagrado á sus tareas experimentales, mientras que Janet se reparte entre la ciencia y el ejercicio de la medicina sobre una vastísima clientela.

La elección era indecisa: cada uno de los postulantes tenía su grupo de amigos y adversarios. Se optó por aplazar la provisión de la cátedra. Pero Janet quedó provisionalmente á cargo de ella, lo cual significaba estar ya con un pie en tierra firme. Uno ó dos años más tarde, cuando llegó la ocasión del nombramiento definitivo, Janet fué designado sucesor de Ribot, obteniendo un voto más que Binet, el cual ha quedado como director del laboratorio de psicología experimental. Cada uno en su sitio.

Nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan, no tomó partido por ninguno de ellos. Ambos le parecían dignos de sucederle, aunque desde puntos de vista diferentes. La competencia clínica de Janet se equilibraba por la com-

petencia experimental de Binet; las dotes de expositor brillante del primero se compensaban por la dedicación exclusiva del segundo á la ciencia.

Janet es un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de buena presencia, humor risueño, conversación agradable y exquisita amabilidad.

Sus estudios clínicos sobre la histeria, las obsesiones y las ideas fijas, son de primerísimo orden. Ha complementado el cuadro de las neurosis creando el tipo clínico de la «psicastenia», enfermedad que participa de algunos caracteres de la neurastenia clásica, de la histeria y de las locuras parciales, aunque sin confundirse con ninguna de ellas. Su concepción es original é interesante; puede aceptarse ó nó, pero es digna de la mayor atención y señala una etapa considerable en el desenvolvimiento de la psicología clínica.

Como profesor posee en alto grado las cualidades brillantes que caracterizan á los maestros de la escuela francesa; su elocuencia es nítida y fácil, siempre agradable, á menudo convincente. Prefiere tratar temas de psicología clínica, en los cuales desarrolla vistas originales y demuestra una cultura no común. La experimentación normal, la psicología introspectiva, sus relaciones con la filosofía y la sociología, las aplicaciones prácticas de su ciencia á la pedagogía, la criminología y otras ramas afines, no tienen en sus cursos toda la amplitud que merecen. Verdad es que una sola cátedra no puede abarcar todo. Podría enseñarse cada año una parte distinta, pero sería en perjuicio de la especialización que constituye la indiscutible superioridad de este profesor.

Para complementar su enseñanza, Janet tiene un consultorio externo en la Salpétrière, anexo al servicio de Raymond, el sucesor de Charcot. Por allí desfilan decenas de enfermos interesantes: voluntades rotas en la lucha por la vida, pasiones obsesivas hasta el suicidio, preocupaciones que engendran ideas fijas, pérdidas de la memoria y de la atención, toda la gama de espíritus atormentados por la herencia, por las intoxicaciones, por las fatigas del vivir. Ese extraño kaleidoscopio del desequilibrio mental, aunque sus formas son menos trágicas que la locura misma, posee mayor interés para el observador y el analista.

Digamos, al pasar, que Francia aplica este principio: para tener buenos profesores hay que pagarles bien. La cátedra debe dar para vivir, de otra manera los profesores no se dedican á ella; á menos de creer que la ciencia debe ser un privilegio de los rentistas, un sport de gente rica, lo mismo que el tennis ó el automóvil. En la Argentina el profesorado universitario es un adorno ó una ayuda de costas, pero no una carrera. Janet gana 1.500 francos mensuales; en relación al costo de la vida equivalen á 1.500 pesos en Buenos Aires, donde los profesores de esa misma cátedra tienen la flaca perspectiva de ganar 300 ó dedicarse á otras cosas.

Georges Dumas enseña psicología experimental en la Sorbona, donde esta cátedra es suplementaria. Es de la misma generación que Janet y, también, médico especialista de enfermedades nerviosas y mentales.

Diserta con una corrección y claridad sorpren-

dentes realiza el tipo mental del orador universitario. En las discusiones posee una rápida comprensión del asunto: en las sociedades científicas brilla por su ingenio y su disciplina intelectual. Para completar su tipo, agréguese una ilustración vastísima, una gentileza efusiva y una infatigable laboriosidad.

Sus estudios sobre los estados intelectuales en la melancolía, la mentalidad de Augusto Comte y de Saint Simon, la tristeza y la alegría, etc., revelan un talento superior. Cultiva con igual éxito los trabajos clínicos y los experimentales, trabajando en el Asilo de Santa Ana, donde tiene su clínica nuestro colega Magnan.

Su último libro, aparecido este año, estudia la psicología, fisiología y patología de la sonrisa, tema que desarrolla en 160 páginas llenas de interés. Al leerlo acudieron á nuestra memoria algunas observaciones de Eduardo Wilde sobre la risa, expuestas en su ingeniosa monografía sobre el hipo, y la tesis no menos interesante presentada por Enrique Prins á nuestra facultad de medicina.

Junto con Janet, Dumas dirige la mejor revista de psicología normal y patológica, complementaria de la revista filosófica dirigida por Ribot. Hacia ella converge el trabajo de los maestros de ambos mundos y su circulación es tan respetable que sus colaboradores habituales ganamos cinco francos por página, escrupulosamente pagados por el editor Alcán. Es una práctica que deberían adoptar las revistas científicas argentinas; les aseguraría excelente colaboración y, por ende, mayor clientela.

Henri Piêron

En el Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma en 1905, llamó nuestra atención un joven de aspecto nada vulgar. Alto, robusto, ojos de místico, gran melena, barba copiosa, una fisonomía oscilante entre la de un cristo clásico y la de un conspirador nihilista. En París lo encontramos en varias sociedades científicas y pronto trabamos amistad muy cordial.

El Dr. Henri Piêron es uno de los jóvenes mejor conocidos en el mundo científico, aunque sólo pesa sobre sus hombros una treintena de años. Su actividad intelectual es continua, considerable y eficaz.

Entre sus mejores cualidades señalaremos la amplitud de su horizonte mental y la claridad de sus vistas sintéticas. Le interesan por igual todas las ciencias físiconaturales, biológicas y sociales; está al día en todo orden de conocimientos. Tiene ideas generales bien definidas, orientadas según el criterio del determinismo evolucionista, las que le permiten intervenir en cualquier debate y lucir aptitudes dignas de encomio.

Bajo su aspecto apacible, casi nazareno, palpita con vigor una juventud entusiasta. Cuando toma parte en alguna discusión parece caldearse, acelera el curso de su dicción, la acompaña con gestos expresivos, se apasiona por el tema y por la gimnasia de la argumentación. Aun no padece del implacable escepticismo en que suelen rematar muchos hombres de ciencia.

Trabaja en el laboratorio de Psicología Experimental instalado en el manicomio de Villejuif; co-

mo investigador es, á un tiempo mismo, hombre de ciencia y hombre de conciencia.

Conoce el español y dedica atención preferente á los trabajos científicos hispano-americanos. Nos ha complacido oírle repetir que en la Argentina se produce más y mejor que en todos juntos los demás países de habla castellana.

Max Nordau

Si el escritor subyuga el hombre no le va en zaga. Posee la fuerza y la gracia, la densidad y el brillo. Si fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer y de Nietszche; si poeta, odas de Carducci; circunstancias especiales habrían hecho de él un «Silvestre Bonnard», miembro del Instituto; si fuera superficial, escribiría libros dignos de Tarde. Pero es otra cosa.

Las canas rodean completamente su fisonomía, como un halo: es una característica astral. Podría deducirse que tener talento equivale á ser un astro. Las canas parecen una revancha del tiempo contra su organismo que no envejece; Nordau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas. En su amabilidad exquisita la afectuosa bondad de un primogénito y la superioridad cortés de un maestro se combinan con la amistosa confianza del camarada. Frecuentar á este hombre es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es un regodeo y una lección. Este juicio ¿es un simple exponente de afinidad intelectual? ¿Es un homenaje de discípulo? Ambas cosas pudieran ser, sin que la afini-

dad implique una pretensión de equivalencia y sin que el discipulado involucre modestias de glosista ó imitador. La afinidad resulta de la orientación científica y del procedimiento intelectivo; discípulo es todo el que ha venido después de un maestro, aprovechando lo que éste aprendió por sí mismo. Un imitador no es un discípulo; el que imita no es nada, ni es nadie: es un hombre que no existe.

En la rue Leonie, detrás de la estación Saint-Lazare, en un barrio que no es precisamente el frecuentado por los monarcas extranjeros, este monarca de la fama internacional habita una casa de aspecto modesto, más bien pobre que rica, si hemos de respetar la clasificación consuetudinaria. La primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad femenina, casi infantil. Una sala como las más, escasamente iluminada; los rincones de penumbra y algunas fruslerías inesperadas hacían pensar en cosas de antaño, como si esa vivienda fuera la de un gran señor feudal arruinado. En las paredes algunos cuadros, difíciles de ver; la media luz nos dejó leer en uno de ellos la firma de Raffaelli: nos pareció comprometedora en casa del autor de *Degeneración*. Muebles suficientes, aunque fuera de moda; diríase que se extiende hasta el mobiliario su horror por el *art nouveau* intelectual. Varios objetos de arte, esparcidos al desgaire, parecen fatigados por una monótona exhibición de muchos años y esperan pacientemente la caricia afectuosa de algún anticuario. Sobre una mesa de tres pies, muy apropiada para entretenimientos espiritistas, descansa un puñal filoso, un puñal de verdad;

podría tener historia, ser el de Junio Bruto ó el de Carlota Corday, pero lo ignoramos. En un ángulo, frente á dos ventanas, se pavonea un piano de cola, cuyo aspecto no presagia sonoridades muy efusivas; parece estar diciendo «Mírame y no me toques», como las bellas formas de las elegantes parisienses. Ese es el preámbulo para ver á Nordau, el hombre admirado por muchos, injuriado por tantos, discutido por los demás. Muy discutido, sobre todo, como hombre que tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía á su «señor Teufelsdrockh», que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del Rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno.

Antes que nosotros habían llegado un par de hombres, al parecer judíos. La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaban ningún olor étnico, no obstante la especie difundida por Drumont. Sobre el uno habían corrido ya veinte años; sobre el otro treinta y seis y algunas semanas.

El más joven lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de madama Gyp, muy leídos por los analfabetos durante la crisis de judiofobia que complicó la cuestión Dreyfus. Gastaba guantes averiados, cabe suponer que por el uso. Merecía llamarse Moisés ó Salomón. Si no profesor de «esperanto», su fisonomía denunciaba que era copista á máquina, sin empleo; ello no le impedía ser estudiante—pues todos lo son—y, acaso, propagandista

de alguna liga contra el alcohol, el tabaco, las malas costumbres ó la tuberculosis.

El otro se nos figuró ornitólogo ó presidente de algún lejano comité sionista, venido á París á fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad. Pues, dicho sea de paso, Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un «ismo» de tantos.

Estábamos fantaseando éstas y otras inducciones cuando vimos cruzar en el interior de la casa una delicadísima figura, que igual podría tener diez y ocho ó veinte años, la edad de amar y de soñar. Fisonomía de inteligencia inequívoca, gracia natural y discreta, ojos llenos de intención: capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido.

La primera tarde no vimos más. Sonó una campanilla; la maritornes políglota nos acompañó hasta el bufete del sabio. Subimos una breve escalera y nos encontramos frente al hombre.

Entre la blancura homogénea de las canas tiene su guarida el más amable sonreír. Nordau ha sido un hombre dichoso, verosímilmente. La expresión fisionómica suele ser determinada por los músculos que funcionan con más frecuencia. Todo hombre en quien predomina el hábito de reír y de sonreír ha sido sano y por consiguiente bueno, laborioso y feliz. La mueca jovial y la mueca trágica son los exponentes de la salud y del padecimiento, de la bondad y de la envidia, de la fecundidad y de la impotencia, de la dicha y de la felicidad. Cada mueca es una biografía.

Sobre su mesa de labor estaban esparcidos papeles y libros que el trabajo y el talento convertirán en páginas apetecidas por cien mil lectores.

Nordau, contra lo que de él podría creerse, encarna el tipo psicológico del hombre equilibrado. Es ante todo un trabajador, un estudioso infatigable. Antes de terminar una obra pone manos á la siguiente y piensa ya las sucesivas. Vive retirado «del mundo, de la carne y del demonio», eludiendo todas las cosas que hacen perder tiempo: la vida social, el café y la política. Su sionismo es una simple actitud. Podría ser, también, una coquetería antiburguesa, una manera de no ser jacobino ó conservador, republicano ó monárquico, radical ó anarquista: matices diversos de la vulgaridad.

No trabaja por impulsos, como hacen muchos «idiotas geniales». Su pensamiento es progresivo, metódico, se integra equitativamente. La disciplina mental es una de sus características; por eso conversa como escribe y su amistad resulta útil además de atrayente. Siempre está de buen humor, discretamente dispuesto á la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisíaco que retoza en la intimidad.

Algunas veces se crispa como un gesto de amenaza para lanzar uno de sus juicios decisivos, catapultantes; por momentos su palabra ase un apellido como una tenaza coge un clavo, su ingenio lo muerde como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo agita sabiamente, y después del análisis lo filtra hasta dejar un leve residuo de lo que antes era una reputación. Esta aparente maldad es, sin embargo, bondadosa; es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con

los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, á su enfermo?

Nordau conversa mediante un mecanismo cerebral propio; la asociación de sus ideas es original y su estilo de expositor le pertenece de manera exclusiva. Su lógica es rigurosa. Pero es una lógica suya, distinta de la escolástica vulgar, de esa lógica admirada por las ocas y al alcance de los papagayos, donde los términos del discurso se suceden como los números de un almanaque de pared, donde cada idea viene agarrándose de los faldones de la precedente, como los niños que juegan al «Martín Pescador.»

Sus razonamientos no son, en ningún caso, paradojales. Clasificar de paradoja toda idea que contrasta abiertamente con los errores aceptados por rutina ó por pereza, es una represalia del vulgo. Todos los hombres que enunciaron verdades nuevas fueron paradojalès para sus contemporáneos; ello en el mejor de los casos, pues muchos recibieron del rebaño el honroso título de locos, de acuerdo con aquella definición que dió un lanudo Rambouillet, á despecho de los alienistas: « loco es todo el que no es carnero ». Nordau está libre de este epíteto; pero nadie lo exime ya del anterior. Todo hombre que va contra las rutinas del rebaño que le rodea — todo hombre « inactual », en el mejor sentido de la jerigonza nietzchista — acaba por gustar de esos calificativos; Nordau ha fomentado el propio, titulando « paradojas » dos de sus libros más leídos.

Cuando publicó « Degeneración » una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nordau era un « periodista », á lo sumo « el más grande periodista. » Habría sido más fácil demos-

trar que su libro era exagerado y lleno de injusticias; pero prefirieron esparcir el epíteto injurioso, pues sabido es el desprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nordau sólo es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros científicos ó leyéndolos sin comprenderlos.

Acaba de publicar un volumen sobre «El arte y los artistas», en alemán; nada podemos decir á su respecto, pues el idioma de Guillermo II no figura en el modesto «haber» de nuestro balance filológico. En cambio, gracias á la comunicativa gentileza del ilustre escritor, adelantaremos que su obra futura nos parece destinada á acrecentar sobremanera su celebridad.

Se titulará «El sentido de la historia» y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nordau cree que la historia se encuentra en un período semejante al de la alquimia ó la astrología. Este juicio, más exagerado que inexacto, es susceptible de atenuaciones y creemos que ellas no le pasarán inobservadas en el curso de su trabajo.

El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar todos los recursos de su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues, al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima y al trabajar un libro no contamos con sus aplausos sino con su malignidad.

Tenemos, sí, un gran consuelo: solamente muerde y rasguña la mujer que ama.

RICHET

El ilustre fisiólogo Charles Richet está irremediablemente enfermo de misticismo senil; á no tratarse de un hombre por tantos conceptos respetable, diríamos sin reparo que está zonzo. Da tristeza conversarle acerca de espiritismo, mediumnidad y fantasmas; habla como una vieja de tierra adentro y por milagro no se persigna al nombrar el objeto de sus actuales preocupaciones. Al contarlas habla como un iluminado vergonzante, como un hombre de fe que lee la incredulidad en el rostro de su interlocutor. Ensayamos en vano algunas objeciones: las eludió con enternecedora ingenuidad. Hizo bien: la fe no se discute.

En Argelia, en «Villa Carmen», perteneciente al general Noel, hiciéronle ver y tocar un fantasma viviente. La aparición se produjo en un gabinete bien alfombrado, en que había mesas, sofaes, muebles, una bañadera y la inevitable cortina; los fantasmas son caprichosos, gustan de aparecer entre cortinas. Además de Richet y los esposos Noel, asistían el espitista profesional Gabriel Delanne y seis mujeres, todos muy diestros en el juego de las mesas parlantes y en las evocaciones de ultratumba. Una de las mujeres (la médium) fué novia del difunto, tres son menores de edad y dos sirvientas de la casa. Richet no se preocupó de averiguar cuántas de ellas padecen de histerismo, ni siquiera puso en duda su buena fe y la posibilidad de una sofisticación inconsciente.

La médium sentóse ante la cortina, en una obscuridad casi completa; pocos momentos después apa-

reció sobre ella el espectro de su novio, envuelto en una sábana, es decir, en traje de fantasma. Richet lo fotografió al magnesio, tocó su mano y lo invitó á soplar en un tubo de agua de barita que se enturbió por la reacción del ácido carbónico respiratorio. ¿Cómo dudar de que el fantasma existía y vivía?

Richet no lo duda; nosotros tampoco. Pero hay una leve diferencia entre ambos juicios. Para el ilustre profesor el fantasma era el espíritu errante del difunto novio, materializado por la influencia de la médium. Para nosotros la médium misma pudo levantar un maniquí que le alcanzó la sirvienta desde atrás de la cortina; la mano que tocó Richet (debajo de la sábana) pudo ser de la propia sirvienta, una negra llamada Aischa, que no se atrevió á mostrarla para evitar que el fantasma de un blanco ostentase una mano de color; ella misma pudo soplar en el tubo de barita cuando el fantasma fué invitado á hacerlo. Las condiciones en que se produjo la sofisticación nos parecen infantiles; un distinguido psicólogo de París publicó un sesudo artículo demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet.

Triste lección. Haber sido un sabio de verdad, un experimentador de primera fila, para dejarse coger como un chiquillo en redes más leves que telarañas.

Esta opinión sobre el caso de Richet no implica negar la aptitud de ciertas histéricas-médiums para desarrollar á distancia fenómenos de sensibilidad y movimiento; pero esas energías que irradian del organismo de la médium permiten excluir la intervención de fantasmas en tales experimentos, antes que autorizar tan primitiva suposición.

Richet tenía que acabar así: presencia estas co-

sas como creyente y no como sabio. Su fe permite que otros abusen de su buena fe.

«No creo que me hayan engañado y por eso creo en la existencia de los fantasmas». Eso es todo. Richet, el místico, ha dicho "creo".....Richet, el hombre de ciencia, no se atreve á decir y demostrar que «sabe». Al fin y al cabo esta honradez vale una disculpa. Y la merece.

¡Está tan viejo!

Rodin

Entramos devotamente en su taller, como en un templo. Es sencillo y bondadoso, ameno conversador. Su hermosa cabeza blanca diríase elocuente; es de estatura mediana, más bien bajo; mira dulcemente y vaga en sus ojos un secreto prodigio, el mismo que le permite precisar las suntuosas líneas del mármol después que las ha visto su cerebro creador. Su abolengo es de genios. Scopas y Praxíteles podrían estrechar su mano, magüer la diferencia de su arte; son hermanos en el genio, antes que en la obra. En su familia hay otros ilustres: Miguel Angel es la fuerza, Canova la gracia, Rodin la idea.

En compañía de madame Geneviéve Lanzy, distinguida escritora y bella mujer, llegamos á su estudio en una hora crepuscular. Ardía y crepitaba mucha leña en la estufa, mientras un reflejo de oro y púrpura iluminaba desde lo bajo aquella complicada teoría de maravillas: parecía un desfile de walkyrias entre un campo de miés y de amapolas. Después plantó una vela en un pedazo de barro, la encendió y la puso junto á uno de esos mármoles que reciben diariamente su animador soplo genial.

En esa hora y con esa luz habríase dicho que el taller era un sabbat vehemente. Por todas partes mujeres deliciosamente desnudas, curvas perfectas estremeciéndose por las caricias de olas sonoras, ninfas oscilando su gracia sobre fuentes silenciosas, senos procaces surgiendo del infidente bloque en actitudes de hermosura violenta, besos prolongados é intensos como combustiones de labios febriles, mejillas insaciables, pecaminosas orquídeas de voluptuosidad, toda la gama infinita de Eros. El viejo derrocha en su obra fantasía y amor, sin freno.

Junto al arte está la profesión, el tosco pan esparcido entre la gloria, en forma de retratos expresivos, magníficos, de señoras burguesas, más ricas de dinero que de hermosura. Rodin se esfuerza por hermosearlas en proporción á lo que pagan: para algunas es vana labor.

Nos dijo que le tienta la idea de trabajar una «Salambó» inspirándose en Flaubert; á este propósito recordó el hermoso cuadro homónino del pintor argentino Rodríguez Etchart. Ignoraba la muerte de Miguel Cané y pareció lamentarla: «era un espíritu muy culto, encantadoramente superficial».

Demostró simpatía por Irurtia, recordó á Pellegrini, habló de Schiaffino y de sus artículos en La Nación; alegó plena ignorancia respecto de su crítico Groussac. Sin embargo esquivó conversar del *Sarmiento*: «Sí, el Sarmiento.....», pero se mostró satisfecho del Apolo que magnifica el pedestal: «me gusta, salió muy bien».

Admira á Meunier, sin incurrir en la tontería de creerse inferior á él; gusta de Bistolfi, aunque el género funerario le parece muy banal. Se queja abiertamente de sus compatriotas, máxime de la

gente oficiosa; cree ser más estimado en el extranjero. Y repitió el eterno refrán de todos los grandes hombres: nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, desde hace dos años, le aplicaron una encomienda de la Legión de Honor. Y él la aguanta.

El abate Peillaube

Todo hombre que haya alcanzado la dicha de tener ideas en vez de opiniones, de matar la pasión cón la sonrisa, huyendo desde la política hacia la filosofía, comprenderá que un abate ilustrado y risueño es preferible á un ateo ignorante y aburrido. Nuestro amigo Vaschide, psicólogo y experimentador de nota, creyó conveniente presentárnoslo en un almuerzo. Ocurrencia feliz, digna del eminentísimo Don Francisco de Quevedo y Villegas, el cual sentenció que á un abate sólo es posible conocerlo bien comiendo en su propia casa. No lo diremos por simple gratitud, pero la mesa fué digna y absolutamente abacial: pierna de cordero magnífica, postres minuciosos, botellas envainadas en copiosas telarañas, apetito luculiano. Con todo, no fué una cena de Trimalción; faltaba el plato clásico: no había damas. En cambio abundaban los filósofos; en este sentido parecía una mesa griega.

Sonrisa fresca y estilete certero, mucho de Juvenal, bastante de Renán y de Brunetiére, y hasta un poco de Voltaire; tal es el abate Peillaube. Cree ser católico y procede como si realmente lo fuese. Es profesor de psicología en la Universidad Católica y dirige la Revue de Philosophie; en ella se profundizan estudios de psicología científica, muchas veces experimentales, sin que el dogma trabe en

manera alguna á la ciencia. Su tolerancia es completa; él cree porque debe creer, pero ello no le impide concebir que los demás no crean.

¿El estudio de la psicología positiva y experimental es conciliable con la fe religiosa?

Aunque Peillaube lo asegura, nos cuesta creerlo. La fina dialéctica y la ilustración vasta permiten conciliar, aparentemente, cosas mucho más contradictorias. Pero la realidad se filtra por entre la dialéctica, como el agua marina por entre las tablas de un barco desvencijado: y resulta que la concordancia naufraga en un absurdo de relatividades, pues está hecha á expensas de jirones de fe y de ciencia. Sin embargo un Peillaube es preferible á un Combes, por más ilustrado y ático; por lo menos no desayuna ateos ni cẽna librespensadores, como el otro frailes y monjas.

METCHNIKOFF

A los cincuenta años era apenas conocido; á los sesenta goza de celebridad mundial. Es un simpático viejo lleno de mugre y de talento: parece que la una no estorba al otro; pero ello no significa que baste ser mugriento para ser talentoso. Las sucias canas de su barba parecen un borujo de lana vieja extraído de un colchón infantil. En el Instituto Pasteur enseña ciencia de la vida, esa alta ciencia que no sospecha el común de los galenos, inclinado á curar enfermedades cuya naturaleza ignora mediante drogas de problemática eficacia. Los médicos franceses se esfuerzan por no admirarlo: Metchnikoff los compadece, sin que ello les impida concurrir por docenas á sus lecciones. Es inútil la protesta del hierro dul

ce: el imán puede más; y el imán de hombres no está en el estómago sino en el cerebro. Los insectos acuden al foco lumisoso; cuando son muchos pretenden opacar su luz, pero mueren por millares. Y el foco sigue resplandeciendo.

Su juicio es de filósofo á la vez que de ironista. «Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado á ser hombre de ciencia, ni pensador, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta ser curandero legal y diplomado. Mis «estudios sobre la naturaleza humana» hacen sonreír á los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica ó literaria. Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jalapas y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo; me resigno á ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del curanderismo». Entra en clase como un proyectil, habla desde la puerta y gesticula activamente. El tiempo le es breve para decir lo mucho que sabe. Carece de preámbulos. Enuncia ideas, expone datos, refiere hechos, siempre con talento y originalidad. Para probar que el microbio del cólera es impotente si llega á un organismo sano, tragó una vez un cultivo del terrible huesped: aun está vivo y sonríe cuando refiere el caso para corroborar esta alta enseñanza: el microbio es inofensivo si no hay predisposición, si no están debilitadas las defensas naturales del organismo. Sus investigaciones sobre cierto mal de origen amoroso dieron lugar á comentarios más risueños que los clásicos de Moliére. En un escenario de París aparecía Metchnikoff seguido por dos monos que no habían amado jamás, inoculados con propósito experimental. Decían enormida-

des; en París los monos de los teatros hablan hasta por los codos. Y, lo que es peor, dicen chistes.

Los estudios de Metchnikoff sobre las causas que abrevian la vida humana y los medios de evitarlas, fueron acogidos con escepticismo. El se burla de los incrédulos; nos decía con envidiable gracia: «tengo ya sesenta años y espero vivir otros sesenta para demostrar que podemos alargar la vida». Salvo error ú omisión.

Fraya

En los tés vespertinos ofrecidos por Emilio Buloz, hijo del fundador de la *Revue de deux Mondes,* conocimos é intimamos con una joven señora, bien parecida, perspicaz en grado sumo y viuda. Su boca es sonriente, su nariz afilada, los ojos picarescos; mirándola de perfil nos hacía recordar el «Apolo Arcaico» del museo de Atenas. Tiene afición por los estudios psicológicos y los aborda con tanto empirismo como buena intención. Tras pocos minutos de cháchara semicientífica hizo nuestro retrato psicológico, bastante acertado y completo. Su exactitud fué su propia condena:

—Ya ve Vd., madame Fraya, que no es necesario leer las manos para conocer el carácter de las personas.

Se turbó un poco, mas se rehizo rápidamente. Pero, en rigor, se confesó vencida. Esta inteligentísima señora practica la quiromancia. Recuerda haber leído en la mano de un argentino «muy alto, sin barba, parecía un hombre de gobierno; tenía la muñeca muy grande». Ignora su nombre; ¿podría llamarse Pellegrini?

La celebridad de Fraya promete superar á la de madame de Thébes, famosa universalmente. ¿Lee en la mano? Vamos por partes.

Es indudable que difieren la mano de la cortesana y la del luchador, la del viejo y la del niño, la del tipógrafo y la del curtidor, la del orfebre que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un sano almacenero de suburbio y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio.

En este sentido la quiromancia parte de premisas verisímiles; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la perspicacia individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar á su interesante Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece superfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer á los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar á muchos «conocedores de hombres» que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en madame Fraya, y en otras quirománticas, debe estar desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gustos y aun sus pasiones del momento. Tienen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad ó para justipreciar la fecundidad de un campo.

Algunas veces Fraya se equivoca, como cualquier perito de otra clase. Todo médico honesto puede referir por docenas sus errores de diagnóstico.

LOS FANÁTICOS DEL ATEÍSMO

París, 1905.

Montmartre....¿Para qué repetir su elogio panorámico, las dulces historias de su bohemia romántica, el reír musical de sus Mimíes y sus Musetas con bocas sonoras como sistros, los derroches inadvertidos por manos imprevisoras, la travesura inquieta del cabaret, el eco de voces femeninas que ruedan por las calles como un coro de aulétridas embriagadas en una fiesta dionisíaca?....Llegamos á Montmartre con la fatiga encantadora del que trepa una altura. Fué en una tarde febriciente, democrática; sentíase doquiera un calor de pasiones y de estío, fundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas.

Llevamos un tomo de Renán y otro de Stirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria, rebaño de mil cabezas; bullían en cada una mil sugestiones envenenadoras, como serpientes innumerables de una medusa carmesí. En los gestos altivos se traducían desplantes y amenazas; en cada pupila brillaba una chispa de incendios ignotos; en cada labio piruteaba una mueca, terrible ó ridícula. Caras pálidas, caras demacradas, caras mudas, por el odio, por la miseria, por la imbecilidad; en pocas fisonomías proyectaba su resplandor el talento: los caudillos. En

la masa torva alterna la blusa mugrienta del resignado á proletario con la chaqueta dominguera del aspirante á burgués. Bajo las blusas la rebelión se estremece: es ira; bajo las chaquetas se arrastra: es envidia.

En Montmartre la tarde es de «revancha», el 3 de septiembre. Los rojos han vencido á los negros y les ponen el pie sobre la nuca, tal como antes sintieron el pie enemigo. El vejamen es igualmente desagradable; tanto da inferirlo en nombre de la Inquisición como del Libre Pensamiento. Toda la odiosidad del rebaño sectario converge esta vez hacia el Sacré Coeur, fortaleza de la grey enemiga.

¿Es justa esa actitud? En sí mismo nada es justo, nada es lógico. Toda actitud humana es relativa: es la manifestación de un temperamento más ó menos desbastado por una cultura. Cualquier gesto de odio, soplo de rencor, animosidad enemiga, ambición de venganza, es baja, es propia de almas inferiores; es la coz refleja, el arañazo, el mordisco, pues en los sujetos poco evolutivos persisten atavismos del asno, del perro y de la fiera: la bestia conspira dentro del hombre.

Los libres pensadores de hogaño no pueden resistir á la tentación de ser anticlericales; olvidan que siendo anti-cualquier cosa, dejan de ser libres. El ultramontano y el anticlerical son dos manifestaciones homólogas del temperamento sectario. Es necesario mirarlos como enfermedades del alma colectiva, como casos clínicos del «espíritu gregario» entrevisto por Nietszche y analizado por Palante. Un amigo de metáforas audaces definiría las sectas como inflamaciones que se producen en el organismo del rebaño.

París enfermó, antes, de clericalismo reaccionario. El Sacré Coeur se irguió rumbosamente sobre Montmartre, como una Bastilla. Desde allí se levantó el vendaval que hizo peligrar las instituciones de la República, en horas tristes, cuando Dreyfus marchitaba su dudosa culpa en la isla del Diablo; se desencadenó la traílla de periodistas y literatos que perseguían la «revancha» de sus fracasos, como si el régimen político fuera culpable de su falta de talento ó su incapacidad para el trabajo. Desde que el presupuesto de la república liberal no bastaba para todos, lógico era que hubiese hervor de protestas. Porque entonces y aquí, como siempre y en todas partes, muchos creían aplaudir ó silbar con manos ó labios, aunque solamente lo hacían con el estómago. Cuando apretaron demasiado el torniquete, el mecanismo se desvencijó. Soplaron otros vientos y se trocaron los papeles. Los cabecillas anticlericales han asido el manubrio y manejan el mismísimo torniquete: tienen la sartén por el mango. La masa popular es la misma. Ayer marchaba contra la Casa del pueblo cantando el «Corazón santo, tú reinarás»; hoy marcha contra el Sacré Coeur cantando la «Carmañola».

Ciertos cambios de la política menuda son como los motines de cuartel. Los oficiales suplantan á los jefes, los sargentos á los oficiales: la tropa obedece automáticamente á los más atrevidos ó afortunados. Todo apóstol que predica contra los caudillos aspira simplemente á suplantarlos, como todo hombre que desprestigia á un marido ante su esposa anhela ser amante de ésta. El mismo ácrata militante, el anarquista literato ó dinamitero que se dedica á predicar entre las masas—este ejemplo, por extre-

moso, es el más demostrativo,—presenta, con ello, la propia candidatura para apóstol ó caudillo, persigue su aplauso ó su admiración con tanto empeño como otros su limosna ó su balota electoral. El verdadero hombre libre no se complica en ninguna logia ó partido, no busca el aplauso de ningún cenáculo ó multitud.

Abreviemos el comentario. La secta vencedora no sabe de generosidades. Para demostrar su horror por los viejos procedimientos, se ha apresurado á copiarlos. Su primer gesto no es de olvido sino de desquite.

El Consejo municipal de París ha votado una injuria, una agresión histérica; frente á la puerta del Sacré Coeur, sobre el cordón de la acera, en la misma calle Lamark, se erigirá una estatua á la memoria del caballero de la Barre, «mártir del Libre Pensamiento». ¡Magnífico respeto por la libertad de pensar!

La Federación internacional de los libres pensadores, que actualmente celebra en París un congreso, preludió sus reuniones con un desfile anticlerical frente á la «maquette» del monumento futuro, colocada provisionalmente en el sitio mismo que ocupará el año próximo. La reunión general fué en el puente Caillaincourt, junto al bulevar Clichy, para subir la colina de Montmartre hasta el Sacré Coeur.

Los manifestantes llegaban por grupos. Una escarapela distinguía á los congresistas, obreros en su casi totalidad. Los prospectos contenían nombres ilustres, Haeckel y Sergi, ausentes; ni siquiera estaban allí los políticos socialistas más notorios: Jau-

rés, Ferri y Anatole France, anunciados también como atractivos del meeting. De Bélgica vinieron centenares de congresistas. Entre ellos descubrimos á dos estudiantes porteños domiciliados en Bruselas. No son anticlericales: el uno es violinista y el otro bachiller. Pero se adhirieron al congreso para aprovechar la rebaja de precio en los pasajes: «por seis francos de Bruselas á París ¡ida y vuelta!» La misma rebaja que para las peregrinaciones á Lourdes.

Desfilan por las calles sociedades pintorescas. Una mujer lleva un estandarte en cuyo centro lucen, como emblema, dos manos cruzadas estrechando un manojo de pasto; una inscripción dice: «Fecundidad: grupo de mujeres emancipadas». Detrás de esa bandera se alinea docena y media de hombres, cuyo sexo masculino sería indiscutible si no mediara la inscripción del estandarte. Otro grupo, «Caballeros de la Humanidad», nostálgicos de cualquier título caballeresco; sabiendo que no conseguirán ser caballeros de la Legión de Honor, como cualquier Humbert, Jaluzot ó Cronier, se consuelan otorgándose modestamente el título mencionado. La Humanidad y el Honor son hojarascas equivalentes en el escalafón de la vanidad humana.

De pronto, desde la plaza Clichy, asoma un grupo de treinta mujeres: éstas lo son de verdad. Sobre sus bustos ajados, indecisos, resaltan bandas y cintas celestes. Sentimos un calofrío. ¿Aun existen en París mujeres heroicas? ¿Hay católicas que se atreven á desafiar las iras de los anticlericales, que vienen con sus escapularios sobre el pecho á disputarles el camino del Sacré Coeur, tendiendo sus cuerpos osadamente á través de la calzada, barreras de

carne viva opuestas por el viejo contra el nuevo fanatismo? Decepción. Los manifestantes las recibieron tranquilamente, cediéndoles un lugarcillo en la columna. Nos acercamos á despejar la incógnita: los escapularios eran bandas masónicas y la que presumíamos presidenta de una Congregación del Huerto resultó hermana venerable de la logia Amigas de Lucifer. Este hecho no sorprende á un parisiense, pues la masonería francesa es andrógina. ¡Bonita página para la pluma deliciosamente desvergonzada de Leo Taxil!

El psicólogo mira y pasa. Una fe vale otra; dos fanatismos se equivalen. Si el histerismo de Juana de Arco fué heroico, también lo fué el de Théroigne de Méricourt.

En la manifestación hay muchos anarquistas; son la remolacha de esta ensalada rusa. En Italia, para evitar la represión gubernativa, se titulan «socialistas revolucionarios», resignándose á votar y aun á hacerse elegir diputados. En Francia agrúpanse en calidad de «libres pensadores»; al respecto nos decía Juan Grave, hace pocos días, que les parece muy perjudicial confundirse con los socialistas, pues éstos son politiqueros oportunistas y cómplices del Gobierno. Desde su absurdo punto de vista, Juan Grave no exageraba. Los grupos ácratas lucen letreros heroicos, que les habrían envidiado Cyrano ó Tartarín para sus más famosas empresas: «Los redentores del Universo», «Grupo de Regeneración de la Humanidad», «Los trompeteros del nuevo Apocalipsis». Por lo general, cada grupo consta de un cabecilla, bien mechado de oratorias frondosas, y de seis ó doce compañeros que lo admiran: el objeto de estos grupos no es prepa-

rar atentados dinamiteros, sino proporcionar al cabecilla frecuentes ocasiones de pronunciar el mismo discurso contra la «infame burguesía», la «inquisición clerical» y la «tiranía del sable». En el Faubourg Saint Antoine los hay por docenas; sus reuniones son más entretenidas que los espectáculos del Moulin Rouge y del Varietés.

En la columna hay muchas mujeres. Son feas todas, no obstante ser parisienses; casadas las más, algunas gordas, y, por excepción, una que otra menor de cuarenta años.

Es la época del recrudecimiento místico, la edad de las beatas en todas las religiones; en el caso presente, el misticismo se complica con la política. Las mujeres de París, cuando son jóvenes y bonitas, gastan pasiones más agradables. Las Luisas Michel, en todas partes, cuando no son temperamentos desequilibrados, son mujeres inútiles para la galantería é inaceptables en los salones de etiqueta, resignadas á hacer vida social en los clubs demagógicos. Un consuelo ó un desquite.

Después de los triples abrazos fraternales, á las 2 p. m., la columna comenzó á desfilar hacia el Sacré Coeur. *La Croix*, órgano católico, dice que eran mil; *Le Temps*, prudentísimo, concede tres mil; *La Petite République*, socialista, repunta hasta los diez mil; *L' Action*, anticlerical, transige discretamente en más de cincuenta mil.... ¡Y hay quien niegue las ventajas de la libertad de imprenta!.

Todos tenían una eglantina en el ojal de la solapa; un millar usaba distintivos y bandas masónicas, contándose por docenas los que lucían sobre el pecho medallas, compases y escuadras, triángulos, cuadriláteros, pentágonos y otras chafalonías de oro

y plata. Durante el trayecto numerosos vocingleros vendían eglantinas artificiales y cantos revolucionarios: la Internacional, la Carmañola (¡con letra pornográfica!, agrega en voz baja el vendedor), la Anticlerical, Dinamitémoslos, etc.

Las eglantinas valían un sueldo. Más baratas que los escapularios.

Puesto que los manifestantes iban á inaugurar un monumento al caballero De la Barre, digamos cuatro palabras sobre su trágica aventura anticlerical.

Carlos Dickens ha escrito el siguiente párrafo en una de sus encantadoras novelas: «La Francia, menos favorecida en materia de espiritualismo, se deslizaba con quietud por una pendiente de infinita dulzura. Fabricaba papel moneda, que se apresuraba á malgastar, y, bajo la dirección de sus pastores cristianos, se divertía en realizar actos sobremanera humanitarios: por ejemplo, quemando vivo á un joven después de haberle cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse puesto de hinojos, un día de lluvia, en honor de una procesión que pasaba á cincuenta metros de distancia.» Queriéndolo, ó sin quererlo, Dickens cuenta en esas líneas la historia del caballero De la Barre.

Era la época en que Voltaire, D'Alembert, Diderot, Helvetius, Holbach y los otros enciclopedistas, con un talento solo comparable á su pertinacia, batallaban contra la superstición religiosa, la decadencia política y la degeneración de las costumbres. Lefevre de la Barre, como otros nobles de su tiempo, seguía la nueva corriente y frecuentaba

el círculo de aristócratas intelectuales que rodeaba á Deuville de Maillefeu, el mecenas que adelantaba fondos para los trabajos de la enciclopedia. De la Barre tenía solamente diez y ocho años, detalle que aumenta su mérito según sus biógrafos anticlericales, y que en nuestra opinión lo amengua. A esa edad el ultramontano es tan inconsciente como el ateo: pocos sabios ó filósofos han cargado á los cincuenta años con la responsabilidad de opiniones vertidas á los diez y ocho. En suma, De la Barre fué un chico á quien gustaba asumir actitudes originales, un aristócrata de cepa posando á demagogo.

Era delgado, inteligente, rubio; mejor lo definiremos con un paralelo, magüer no sea nuestra pluma la de Plutarco: De la Barre se declaró irreligioso en Abbéville, tal como Augusto Bunge socialista en Buenos Aires.

Se buscó una ocasión para procesarlo y hemos leído la curiosa sentencia en la Biblioteca Nacional.

«Visto que se le ha declarado debidamente convicto: «De haber, deliberadamente y por impiedad, pasado el día de pascua á veinticinco pasos del Santísimo Sacramento, que se llevaba en procesión, sin quitarse el sombrero y sin ponerse de rodillas... De haber proferido blasfemias enormes y execrables contra Dios, la Santa Eucaristía, la Santa Virgen y los mandamientos de Dios y de la Iglesia... De haber mostrado respeto por libros infames, llamados filosóficos, entre los cuales se encuentra el «Diccionario Filosófico Portátil» del señor Arouet de Voltaire, que tenía sobre una mesa de su habitación, y ante los cuales se prosternaba, diciendo que se les debía más respeto que al Santísimo Tabernácu-

lo... De haber profanado el Signo de la Cruz, haciéndolo por chacota y acompañándolo de palabras impías... De haber profanado el misterio de la consagración, diciendo en voz baja términos impuros sobre un vaso de vino que tenía en la mano y bebiendo en seguida... De haber profanado las bendiciones usadas en la Iglesia, haciendo la cruz y diciendo bendiciones jocosas sobre un pollo asado, en una hostería, con la circunstancia agravante de cometer esta abominable profanación en día viernes... De haber propuesto á un tal Perignot que le ayudase á decir misa, por titeo...

Por tanto... se le condena á hacer enmienda honorable... «allí de rodillas, con la cabeza y los pies desnudos, con una cuerda al cuello, llevando letreros en el pecho y la espalda que digan: por impío, blafemador y sacrílego abominable y execrable, y teniendo entre sus manos un cirio ardiente del peso de dos libras, dirá y declarará en voz alta que se arrepiente de sus crímenes y pide perdón de ellos á Dios, al rey y á la justicia... Y en dicho sitio se le cortará en seguida la cabeza, la cual será arrojada á la hoguera junto con su cuerpo, para ser quemado con el ejemplar del «Diccionario Filosófico», y sus cenizas arrojadas al viento.»

Todo se cumplió al pie de la letra; pero antes se le sometió á la «cuestión ordinaria y extraordinaria», es decir, le intercalaron cinco cuñas entre las rodillas, previamente encajonadas, suspendiendo el acto cuando los huesos estaban ya triturados y las carnes hechas jirones.

El proceso provocó protestas enormes. Se inició una campaña para rehabilitar la memoria del niño atrevido, á quien ya se proclamaba mártir del libre

pensamiento. Voltaire fué de los más eficaces y contribuyó á la anulación del juicio, que se pronunció por decreto del 25 brumario del año II.

Para confirmar la regla de que nada hay más parecido que dos pasiones contrarias, la rehabilitación de De la Barre preludió las atrocidades cometidas por los adoradores de la Diosa Razón. El Terror reemplazó á la Inquisición: la eglantina remontó á la altura del escapulario.

La ola de manifestantes se hinchaba, crecía, rodando á compás de coros más entusiastas que afinados, principalmente «la internacional». En torno de una banderola roja, aislados, una veintena de españoles, en su mayor parte mal vestidos, manifestaban estrepitosamente su furia anticlerical. Más que gritar vociferaban, acompañando las diatribas con gestos excesivos, demasiado meridionales. A poco andar comprendimos que eran barceloneses, pues por cada centenar de palabras proferían treinta y cuatro blasfemias, haciendo «en Dios» y «en la Virgen Santísima» cosas que no se hubiera atrevido á mencionar el propio Voltaire en su «Diccionario Filosófico». Conseguían llamar la atención y al parecer no pretendían otra cosa; en ciertos momentos cabía pensar que desahogaban entusiasmos crónicos, aprovechando la circunstancia de hablar español, idioma tan conocido en París como el araucano y el kákano.

De pronto, en un intervalo entre dos estrofas de La Internacional, se produjo un relativo silencio en la columna: fué el apogeo de la pandilla catalana y sus alaridos tronaron sobre cien metros á la redonda. Los franceses los miraban con despre-

cio no disimulado. Uno de los orfeonistas improvisados se apresuró á comentar con otro internacionalista de Montmartre:

—¡Son extranjeros!

El otro subrayó el injurioso comentario con una risa de suburbio y completó su pensamiento:

—¡Son bailadores españoles! ¡anarquistas toreros!

Y ambos, satisfechos y risueños, entonaron la estrofa siguiente de La Internacional.

Los anarquistas no se libran de esa característica mental del pueblo francés y especialmente del parisiense: el menosprecio absoluto por el «extranjero». No ser parisiense es una grosería; no ser francés es una circunstancia ridícula, una inferioridad, una deficiencia imperdonable. Los más sonados internacionalistas y antipatriotas son, en este punto, iguales á los demás franceses; por lo menos, y como transacción honorable, se limitan á creer que los antipatriotas franceses son los mejores antipatriotas del mundo. Hervé coincide perfectamente con Déroulède en creer que el universo entero es una colonia intelectual y moral de Francia; ambos certifican que todo extranjero llegado á París es un salvaje que viene á encantarse con las maravillas de su civilización. Para el pueblo francés vale menos Spencer que un apache y Carmen Sylva infinitamente menos que una trotacalles de á tres francos.

Agregaremos un solo episodio á los mencionados, eligiéndolo entre cien que suprimimos. Se aproxima un grupo con un cartel: «Libres pensadores del primer distrito»; debajo del título está inscripta una joya poética que procuramos traducir, conservándole sus características literarias y filosóficas:

«El que ha inventado á Dios es un farsante.
Toda divinidad es una gran mentira.
De crucifijos arda una gran pira.
Pueblo: adelante;
Dios es mentira,
Y su inventor ha sido un gran farsante.

Nos aproximamos, buscando la firma de algún Bibolini ó Carrasco anticlerical. El autor del fragmento poético guardaba el anónimo, por modestia, sin duda. Interpelamos al badulaque portador del cartel:

—¿Usted entiende lo que ha escrito?

—Yo no lo he escrito, señor...

—Pero lo habrá leído...

—Desgraciadamente no se leer. Lo llevo porque ese caballero me paga un franco por toda la tarde...

Nos volvimos y un hombre regordete nos saludó servilmente. Era nuestro peluquero, á quien todos los domingos por la mañana vemos pasar, con su esposa é hijas, rumbo á la Magdalena, á la misa de ocho. En su peluquería afeita á muchos clericales distinguidos y es subscriptor de Le Gaulois. Pero ello no le impide ser venerable de una logia del Rito de Mizraim; no contento con los treinta y tres grados del rito escocés, se permite el lujo de poseer el grado ¡noventa! Le faltan diez para entrar en ebullición.

Entre un par de sonrisas y algunas muecas de náusea llegamos hasta la *maquette* del caballero De a Ba rre. Un amplio tablado, cubierto de coco rojo, chilla su color de ascua ante la puerta del Sacré Cœur; desde lejos parece una mancha de sangre, una *cálida* herida abierta en la frente de una poseí-

da mediœval. A juzgar por el boceto la estatua de Armando Bloch no será fea. El joven está de pie, atado al palo de la hoguera, con el busto ceñido por una doble vuelta de cadena. Acaba de sufrir la tortura y están junto á sus pies los instrumentos del suplicio. Sostiene su mano izquierda con la derecha; ese gesto no carece de simbolismo, pues la mano derecha es la del pensamiento y la izquierda la del corazón. El conjunto es eficaz, sugerente; en los detalles hay fuerza y armonía.

Algunos liberales lloraban viendo las cadenas del infortunado joven; muchos besaban sus pies, con unción y respeto, místicamente, como besan los católicos el pie de San Pedro en Roma.

Al bajar de Montmartre encontramos algunos católicos sectarios que distribuían manifiestos firmados por «Un grupo de obreros de la Unión de los trabajadores libres » y por «Un grupo de estudiantes amigos de la verdad histórica». Pretendían demostrar que De la Barre no había sido víctima de la intolerancia religiosa, sino de la justicia civil; vana rectificación, pues el texto de la sentencia define claramente el caso.

De sobre una pared pudimos copiar un cartel manuscrito contra la «manifestación provocativa y ridícula De la Barre». El texto es breve: «Solo cabe decir una palabra respecto de esta manifestación, más absurda que injusta, en cuanto á los móviles del proceso. Y es que el primer verdugo de ese pobre chico, el verdugo moral de ese triste muchacho, de ese triple idiota corrompido que se dejó embaucar por un bribón astuto, es el más cínico mentiroso que haya habitado sobre el planeta: es Voltaire». Firmado: «Una pedagoga francesa, llevada al estu-

dio serio de las altas cuestiones religiosas y á la fe cristiana por esos pretendidos filósofos antirreligiosos cuyo corifeo es el desvergonzado farsante de Voltaire».

Cambiando la palabra Voltaire por la palabra Dios, se diría que esta «pedagoga francesa» es la autora de los versos ateos del peluquero. O viceversa.

¿Enseñanzas?

Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes. Hay que tener la honestidad intelectual de formular estas verdades antipáticas; quien lo haga no encontrará electores para su candidatura, clientes para su profesión, admiradores para sus escritos, aplausos para sus discursos. La multitud atea es análoga á la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni la una ni la otra saben. Lo esencial es saber, no creer. En la boca de un ignorante igual valen la afirmación ó la negación de Dios; el creyente y el incrédulo son dos sofisticados. Los unos dan la limosna de su dinero á los sacerdotes, los otros dan la limosna de su voto á los diputados anticlericales. Nada más.

No concebimos un fisiólogo que conozca las funciones del cerebro y sea espiritualista. No comprendemos á un naturalista embriólogo que niegue el transformismo y el evolucionismo biológico. No consideramos psicólogo científico al que admita el libre albedrío y niegue el determinismo. Una interpretación filosófica del universo, considerado como conjunto de materia que se manifiesta por fenómenos, conduce al axioma del orden natural uniforme y constante, fundado en principios experimentales ya in-

discutidos, como la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. Esas opiniones son lógicas en Luciani ó Le Dantec, en Darwin ó Haeckel, en Flechsig ó Sergi, en Spencer. En determinadas etapas de la cultura intelectual se llega á «saber» ciertas nociones. Pero los grandes filósofos, los señaladores de rumbos, los investigadores de laboratorio, no forman tropillas ni rebaños. En toda época han sido astros solitarios, verdaderos estilitas del pensamiento.

El problema, para las masas, consiste en «creer». A los intereses políticos ó pecuniarios de las diversas sectas que pugnan por predominar en la sociedad podrá convenir que las multitudes crean una cosa antes que otra; pero objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija y su exaltación es proporcional á su temperamento. Cuando se congrega forma rebaños, cuya alma gregaria sigue á uno ú otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el Himno á María, mañana el Himno de los trabajadores; hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas. El hombre de pensamiento no cabe en ninguna parte: compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, á quien le preguntara si se debe estar con Dios ó contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

—El hombre libre debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

LAS FATIGAS DE UN HUELGUISTA

París, 1906.

«Huelga: espacio de tiempo en que uno está sin trabajar», según define el diccionario de la Academia. El valor ético de la huelga sería muy fácil de fijar si los términos del problema fueran sencillos. Si el trabajo es un mal, la huelga es un bien; si el trabajo es un bien, la huelga es un mal. La cuestión no es, empero, tan sencilla.

El trabajo es una necesidad fisiológica y todo ser viviente goza trabajando, según lo ha demostrado Carlos Féré en un docto volumen sobre «el trabajo y el placer». Pero esa verdad fisiológica no es exacta en la vida real. Hay dos clases de trabajo. El que se efectúa cuando se tiene disposición, de acuerdo con las inclinaciones individuales, resulta delicioso; el que se ejecuta por necesidad y sin vocación, bajo una férula cualquiera, es horrible. En la vida económica moderna, al hablar de trabajo y de trabajadores se alude siempre al desagradable, al trabajo obligatorio.

No está probado que Dios sentenciara al hombre: «ganarás el pan con el sudor de tu frente»; más exacto parece el refrán profundísimo: «el vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo». Era sin duda un hombre vivo el Sr. Paul Lafargue cuando escribió su hermoso panfleto «El derecho á la pereza», de-

mostrando que el trabajo es un mal necesario, una desventura que el hombre debe soportar aunque procurando reducirla á su mínima expresión. El panfleto ha cundido entre los trabajadores, según lo demuestran las numerosas huelgas que ocurren en todas partes; por el momento reclaman las ya clásicas ocho horas, reservándose el derecho de pedir después siete, cinco y si fuera posible dos. El ideal sería no trabajar ninguna.

Como todos los ideales, éste es un bello absurdo.

La naturaleza brinda al hombre su enorme depósito de subsistencias, necesarias para la vida humana; pero esa materia prima hay que arrancarla de sus entrañas y elaborarla, hasta que sea adaptable á nuestras necesidades. El carbón no sale automáticamente de las minas; es menester sembrar el trigo; una fibra de planta no es una camisa, ni un copo de lana es un traje; una vaca viviente no es un puchero; un árbol ó una cantera no son una casa. Por esos motivos los hombres tienen la obligación de trabajar; y como cada uno por separado no puede adquirir todas las aptitudes que le son indispensables, se produce naturalmente la división del trabajo y existen mineros, agricultores, sastres, cocineros y albañiles.

Basta pensar en la complejidad de las necesidades humanas, siempre crecientes, para comprender la innumerable cantidad de trabajos obligatorios para el hombre. El progreso implica el aumento paulatino de esas necesidades; un hombre es tanto más civilizado cuantas más necesidades tiene. Un hotentote podría vivir ejerciendo tres ó cuatro industrias; el más modesto obrero de un país civilizado usa los productos de tres ó cuatrocientas.

Es necesario, pues, trabajar; y en rigor, todo el mundo trabaja, aunque muchos en cosas inútiles ó perjudiciales. La diferencia estriba en que nadie está contento con el trabajo que le corresponde en la sociedad, ya porque esté mal distribuido, ya porque lo hay más ó menos pesado, más ó menos desagradable. Bajar á la mina, tejer un paño, anudarse la corbata y ceñirse el corset, son cuatro formas de trabajo, todas ellas igualmente necesarias para el que lo ejecuta. Un diputado no debe ir al congreso sin anudarse la corbata, ni puede una tiple cantar en público sin ponerse corset; pero todos prefieren ser diputados y actrices en vez de mineros y tejedoras. Todos persiguen obstinadamente el mismo ideal: trabajar lo menos posible y en las mejores condiciones

La civilización moderna, fundada en el sistema económico capitalista, exige una pérdida cada vez mayor de la libertad individual en los trabajadores. La producción se industrializa cada día más, el trabajo en gran escala es más fecundo que la pequeña industria y la división del trabajo se acentúa. El obrero independiente desaparece, convirtiéndose en número de taller ó de estancia; el antiguo artesano tórnase proletario ó peón, obligado á trabajar en un ambiente colectivo, sometido á reglamentos, con horario fijo y remuneración por tarifa.

El trabajador ignora que esa esclavitud es indispensable para el funcionamiento de la gran industria y la atribuye á la simple maldad de los capitalistas. Como no puede renunciar á su ideal de trabajar menos y mejor, intenta modificar la duración y las condiciones del trabajo mediante la lucha política y la lucha económica. La primera tiende á

orientar la legislación en el sentido de sus aspiraciones; la segunda se propone la modificación directa del contrato de trabajo entre el capitalista y el obrero.

La acción política no tiene la confianza de los trabajadores franceses; los 45 diputados socialistas de Francia son simples políticos de profesión, algunos honestísimos, la mayoría desvergonzados. Están divididos en varias camarillas, se injurian en sus diarios y asambleas, se difaman; en una palabra, se disputan la clientela de electores. Con tal de ser elegidos se alían con el odiado burgués, compran votos, sobornan empleados, lo mismo que cualquier caudillo criollo. Alguno de ellos llega á ministro; entonces los otros diputados socialistas lo denigran, por haber llegado antes que los demás. (Esto no significa que los diputados conservadores sean, por lo general, menos detestables).

Los trabajadores franceses prefieren la lucha en el terreno económico, para la cual han organizado numerosos sindicatos obreros bajo el patrocinio de la Confederación Nacional del Trabajo. Allí se detesta á Jaurés lo mismo que á Millerand, á Deville, á Rouanet y á todo el mundo. Los únicos tolerados son Guesde y Lafargue... porque están reñidos con los otros.

Esta confederación ha creado la gimnasia de la huelga, pues el sistema sólo puede considerarse como un deporte. En Francia hay huelgas por centenares. Son muy entretenidas. Se pierden unas y se comienzan otras, para perderlas también. Los diarios explotan el asunto para dar interés á sus crónicas, exagerándolo de acuerdo con sus intereses políticos. Los diarios radicales creen reforzar la acción del

presente gobierno semisocialista; los diarios conservadores pretenden espantar á la población demostrando los peligros de ese mismo gobierno.

Unos y otros no advierten que París sigue ajeno á esos manejos de comité, lleno siempre de extranjeros que pagan y de franceses que cobran; la industria del forastero, que es la más lucrativa de esta ciudad, no admite huelgas. Estamos á pocos días del 1° de mayo y puede pronosticarse que en París no pasará nada; los burgueses sólo serán ametrallados á discursos. Es posible que en algunas regiones fabriles haya desórdenes; pero los agregados sociales tienen cimientos demasiado sólidos para que estos incidentes de la vida económica puedan comprometer su estabilidad; cuando más, llenan una página de historia sangrienta, como la revuelta de Espartaco, la Revolución Francesa ó los motines de Rusia. Al poco tiempo las cosas vuelven á su marcha habitual, con ligeros cambios de amos y la adopción de ciertas reformas impuestas por razones históricas, independientes del capricho de las facciones revoltosas. La evolución social se opera á pesar del desorden, aunque en ciertos casos puede parecer su producto. En el caso presente los disturbios obreros podrán dificultar el advenimiento del socialismo, en su parte realizable, pero no conseguirán impedirlo. El ministerio de Briand podrá más que la barricada de Guesde.

Anoche, subiendo la interminable escalera de nuestra habitación en el bulevar Montmartre, nos detuvo un bulto. Era un trabajador, sentado en el descanso del tercer piso; estaba cobrando fuerzas para continuar hasta el quinto.

Somos viejos conocidos. Es un joven delgado, lampiño, muy nervioso, hijo de un conspicuo bebedor de ajenjo que en vez de mandarlo al colegio lo sumergió en un taller á la edad de siete años. Habla con alarmante verbosidad, lo cual le autoriza á creerse muy inteligente. El muchacho no es malo, pero en vez de fortuna heredó la inclinación por el ajenjo. Ha leído cinco ó seis folletos anarquistas, sin comprender gran cosa; pero los sabe de memoria y se atrevería á discutir con el propio Spencer, sosteniendo que la anarquía lo arreglará todo. Por el momento, mientras llegue la hora de participar de más grandes empresas, forma parte de un sindicato obrero; opina que urge declararse en huelga cuando el caso lo exige. Somos vecinos y cada ocho ó quince días entra en nuestra habitación para desahogar sus iras contra la «infame burguesía». Dado el carácter inofensivo de la retórica, su compañía nos entretiene; ¿por qué no confesarlo?: abusamos de nuestra erudición en estas cuestiones para dejarle el consuelo de creer que compartimos sus errores.

Le hicimos entrar en nuestro bufete y empezó á contarnos sus fatigas del día.

—Estar de huelga es un trabajo enorme. Yo soy huelguista porque es necesario arreglar la sociedad; pero le juro ¡por Dios! que es un trabajo sobrehumano. Hoy me levanté á las cinco de la madrugada y salí en comisión, con otros, para impedir que los traidores á la causa fueran á trabajar. Hubo una de palos, tremenda; felizmente le rompimos la cabeza á tres de ellos y de esa manera conseguimos atraerlos á nuestra lucha por la libertad.

—El sistema no es nuevo. En nuestro país a!-

guien propuso hacer la unidad nacional á palos; no es de extrañar que en Francia, país más civilizado, se haga á palos la libertad...

—De allí nos dirigimos á otros talleres. En todas partes hemos tenido que hablar y pegar, para convencer á algunos y corregir á otros; la causa de la libertad tiene sus exigencias. A las ocho de la mañana, fatigado ya, fuí á la Confederación para parlamentar con los jefes de las otras huelgas; allí pasé más de una hora escribiendo notas para los comités y circulares para los diarios...

—¿Para los diarios burgueses?

—Para ellos. Usted comprende que si los diarios no se ocupasen de nosotros, las huelgas perderían su principal razón de ser. En *Le Journal* son muy buenos; ayer publicaron mi retrato. En *Le Matin* me han prometido publicar un discursito mío, pero tardan mucho; creo que el secretario de redacción, debe ser un pesquisa, porque sino ya habría salido el discurso. A las diez hubo reunión en el Tivoli Vaux Hall y tuve que pronunciar como cinco proclamas. ¡Viera usted que asamblea agitada! Un grupo de internacionalistas de Montparnasse quería quitarme la secretaría porque yo vivo en Montmartre; pero, felizmente, los internacionalistas de mi barrio son más vivos é hicimos poner en duda la buena fe de mi contrincante, insinuando que es amigo de un agente de pesquisas.

—¿Y la especie es cierta?

—¡Qué esperanza! Pero entre los obreros una insinuación de ese género es de efecto infalible; nosotros también tenemos nuestra política y cuando es necesario triunfar no podemos pararnos en simplezas.

—Pero la verdad...

—¡La verdad es que yo iba á perder el puesto de secretario! Como le iba diciendo, la asamblea fué borrascosa; fueron dos horas de apocalipsis, en una atmósfera espesada por mil alientos, cargada por toda clase de emanaciones desagradables, con vahos de ajenjo y de mugre, olor á tabaco negro y á pipas demasiado curadas. Todo el mundo quería hablar á un mismo tiempo y nadie decía nada. Por fin me encaramé sobre la mesa y salvé la situación repitiendo algunas frases elocuentes que le he aprendido á Jaurés: « los obreros morimos de hambre y los burgueses mueren de indigestión», «más vale morir en la brecha que vivir en la esclavitud», « los destinos de la libertad y de la civilización están en nuestras manos », etc. Esas palabras tocaron el corazón del pueblo y hubo un disloque de entusiasmo, confirmándome en el puesto de secretario.

—Es una confirmación bien ganada.

—Al terminar la reunión, deshecho por la fatiga, habría deseado reposar. Me resigné á beber un par de ajenjos y tuve que salir en manifestación, dando gritos continuamente para que no se entibiara el ánimo de mis compañeros. Caminamos casi una hora sin rumbo, hasta que la policía nos atajó; allí armamos otra de puñadas y garrotazos para que los diarios hablen mañana de la importancia de la huelga. Así llegó la hora de almorzar; aunque rendido por el trabajo, tuve que despacharme rápidamente un par de platos y cuatro ó cinco ajenjos en la fonda de un compañero, donde come Juan Grave.

—Los días de trabajo tengo dos horas para almorzar; pero los días de huelga hay que hacerlo todo de prisa, no hay descanso posible. Media hora antes de la entrada á los talleres tuve que salir en una comisión de vigilancia y recomenzamos la tarea de hablar y de pegar. A las dos de la tarde hubo reunión en la Bolsa de Trabajo, con la misma atmósfera pesada y otros quince ó veinte discursos; yo pronuncié cinco ó seis, para poner las cosas en su lugar, y además tuve que leer ante la asamblea un centenar de notas de los sindicatos hermanos, alentándonos á continuar en esta santa cruzada por el mejoramiento social.

—¿Las pretensiones de su gremio son muy radicales?

—Por ahora solamente exigimos la jornada de ocho horas; pero hay trabajadores muy atrasados y no quieren comprender la exigüidad de esta reclamación. Figúrese que al votar si se continuaría la huelga hubo más de cien votos en contra. ¡Y eso sabiendo la paliza que les espera si los descubrimos! El escrutinio me dió un trabajo enorme. Tuve que leer, una por una, más de mil boletas, casi todas escritas con garabatos indescifrables. Le juro que quedé ronco; ¡tuve que beber un par de ajenjos!

—¿Otros dos?

—Sí, pues el ajenjo es el único remedio para la fatiga; si no bebiera yo no podría aguantar ni dos días de huelga. A las cinco de la tarde hicimos otra manifestación y sus correspondientes discursos; en la plaza de la República hablaron los diputados Marcelo Sembat y Viviani. ¡Esos son hombres de carácter! Pronuncian discursos todos los días y ja-

más cambian de opinión; hace como diez años que les oigo repetir lo mismo.

—¿Siempre lo mismo?

—¡Claro! El día que no repitan lo mismo les silbaremos, por traidores. Después anduvimos ocho ó diez kilómetros, recorriendo las redacciones de los diarios, hasta la hora de comer. La fatiga era tan grande que tuve que beber un ajenjo para estimular el apetito. A las ocho de la noche hubo otra reunión para comentar las noticias del día. Llegué á la asamblea con una jaqueca atroz, no veía ni oía nada....

—¿Por qué no se acostó?

—Eso no es para tiempos de huelga. Un buen huelguista no debe tener jaqueca; aunque esté moribundo tiene que trabajar, pues las grandes causas no se ganan sin grandes sacrificios. En ese estado hube de escuchar otros nueve discursos y pronunciar el décimo. Después cantamos «La Internacional»....

—¿Usted también?

—¡Qué hacer! Al que no canta se le considera traidor á la causa, aunque tenga jaqueca. Y en seguida me puse á escribir las actas de las asambleas del día, varias notas y muchas circulares, hasta las dos de la mañana, sin probar un bocado ni beber más que dos ajenjos.

—Vaya usted á descansar; buena falta le hace.

—Sí, sí; por suerte pronto perderemos la huelga. Espero con impaciencia el momento en que volvamos á la fábrica para poder ¡al fin! descansar un poco.

UN DÍA DE ELECCIONES EN PARÍS

París, 1906.

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores, son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del hombre» muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desvergüenza patibularia ó de una tontería

enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo á las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar á diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado; pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el congreso, como si la diputación fuera una ganga ó una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido á auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su vía crucis de enredos, promesas y discursos

para . . . no ser más que antes si triunfa ó desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran á un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado á sargento, ni siquiera á cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años ó medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos ó tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen á la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio ó virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje á sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar á los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso á su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced á la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pre-

tensiones de gobernar al país, desahogando su vanidad ó su piratería bajo pretexto de sostener ideales é intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente ó un poderoso industrial que paga á peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal único accesible á su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira á ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento á fin de entregarse á toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto á empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el estado, cobrando sus discursos á tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales á sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya á todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia ó probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre á batir palmas cuando él habla y á ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado ó representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse á la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado á la Economía Política, á la Sociología, al Derecho Constitucional, á las Finanzas, á la Historia, al Derecho Internacional.....

—No, doctor, nada de eso....., repuso sonriendo.

—¿Entonces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces á almorzar..... Pronto seré diputado.

El 20 de Mayo presenciamos en París el segundo acto del sainete electoral.

Resistimos fácilmente á la tentación de comentar en serio asuntos que no lo son: muertos que votan, vivos que venden sus libretas, candidatos que gastan dinero, escrutadores que escamotean votos,

ingenuos que se entusiasman y bribones que mienten con elocuencia. Es inútil describir esas minucias, pues en Buenos Aires suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.

Pero hay, en las de aquí, un factor que allí no se conoce: los programas de los candidatos y los carteles electorales. Comenzaremos por los títulos de éstos, que oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la comicidad más grotesca.

En el barrio de los estudiantes dispútanse el diploma el conservador Auffray y el socialista Viviani. Los carteles reaccionarios se titulan: «La libertad en peligro», «La desvergüenza masónica», «Respuesta á una respuesta», «La sangre de Dantón», «Bebida por cucharadas», etc.; los socialistas retrucaron como sigue: «Una infamia», «Respuesta á los sicarios», «Basta de respuestas», «Temblad», «El juicio final», etc.

En el Hotel de Ville, entre el nacionalista Galli y el célebre juez Magnaud, radical-socialista: «Gracias, hombres decentes», «Respuesta á una maniobra desleal», «La tiranía radical-socialista», «¡La libertad protesta!», «Candidatos pedigüeños», «El juez de los masones anarquistas», «A la horca las sotanas», etc.

Entre Armand Charpentier y Tournade los títulos fueron más metafóricos, gracias á la fantasía literaria del primero: «Nada de confusión, nada de confesión», «La carabina de Ambrosio y el monóculo de Chamberlain», «La paja y la pólvora», «La linterna y la vejiga», «El siniestro fantasma», «La torre de Babel», etc.

Lo mismo ocurrió en todos los distritos. Leyendo esos títulos será fácil suponer lo que diría el

texto de los carteles electorales. Calumnias, titeos, infamias, lodo, indignidad, bajeza, mentira: los candidatos se someten á todo por conseguir de los electores la limosna del voto.

Esta es la lección de política que se recibe en un día de elecciones, un siglo después de la Gran Revolución.

Los carteles electorales sirven para todo y tienen ya su historia. Las anécdotas que referimos á continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París (1), regodeando á los lectores antiparlamentarios. Uno de los mayores beneficios del sufragio universal en Francia fué dar á conocer la candidatura Marcerou, la eterna candidatura que se presentaba en todos los distritos. El candidato no perseguía honores oficiales, ni pretendía arreglar el mundo; su propósito era mucho más práctico: llamar la atención de los electores sobre una nueva marca de betún para lustrar calzado. El candidato no agregaba á su nombre ninguna indicación política; no era un Marcerou republicano, ni un Marcerou bonapartista. Se contentaba con indicar su carácter de «fabricante de betún» y su profesión hacía las veces de profesión de fe: el betún era su programa.

Marcerou fué un candidato travieso; ha habido centenares de candidatos ingenuos cuyos programas se han hecho célebres.

En 1848 hubo un Charlemagne Bejot que preconizaba en el suyo una ley obligando á los hombres á casarse antes de los veintidós años. En 1849 fué célebre el candidato Colson; garantizaba

---

(1) Inclusive, algunas, en la titulada «Je sais tout», según lo hizo notar oportunamente, en «El País», un admirador de estas crónicas.

á sus electores que, llegado al congreso, revelaría al mundo las causás y los remedios de las enfermedades de la papa y de la viña. Un médico Grégoire ofreció renunciar su sueldo en favor de las víctimas de los accidentes de vehículos. Pierre Manchón prometió curar todos los males sociales mediante «la aplicación de la tesis, la síntesis y la antítesis». Un autor dramático, Fougas, se comprometió á distribuir al pueblo los millones que producirían sus obras... cuando se representaran. El más temible de todos los candidatos fué Preban, el cual empeñó su palabra de honor de que en caso de ser electo, «ocuparía la tribuna desde la mañana hasta la noche». (¡Cosa rara! los electores tuvieron el tino de no elegirlo.)

Sin embargo, todos los candidatos excéntricos, burlones, desequilibrados ó imbéciles obtienen algunos votos. El célebre candidato Captain Cap, que algunos consideran una simple fantasía literaria del ingenioso Alfonso Allais, existió realmente. Su verdadero nombre fué Caprón y presentó su candidatura á los electores de Montmartre con un programa netamente «antiburocráctico». Muchas personalidades literarias del Chat Noir y del Auberge du Clou lo apoyaron con alegre entusiasmo, consiguiendo reunir una compacta minoría de ciento veinte votos. Sea como fuere, el hecho real fué que ciento veinte ciudadanos usaron, como de un juguete, de esta libreta electoral que desde hace un siglo se proclama sagrada y sublime.

Quince votos obtuvo, en Loire, un adversario del mismísimo Waldeck Rousseau; entre otras cosas prometía, por cuenta del estado, «instalar en todas las casas máquinas para rechazar á los acreedores».

Ese candidato era un verdadero apóstol y jamás se dudó de su buena fe.

No nos ha parecido tan ingenuo el candidato Jules Laurent, cuyos carteles hemos leído en el distrito de Battignolles; se presentó como candidato «republicano, radical, socialista, revolucionario, anarquista, nacionalista, vividor, quesista y sobre todo fumista». Su programa, difundido profusamente en el barrio, consta de los siguientes artículos. 1º Separación de Battignolles y del estado. 2º Se dará de oficio la Legión de Honor á todos los ciudadanos. 3º Las palmas académicas serán declaradas de utilidad pública. 4º Reglamentación severa de la conducta de las suegras. 5º Teresa Humbert será nombrada tesorera general de la nación. 6º Creación de una escuela nacional de robo. 7º Transporte de la torre Eiffel á la plaza de Battignolles. 8º El gas y la electricidad serán substituidos por la luz astral. 9º Las calles del barrio serán regadas con agua colonia. 10 Supresión de todo lo que estorba: conserjes, peluqueros, diputados, cobradores, etc. Este candidato obtuvo una docena de votos.

Julio Guesde, candidato socialista, el día precedente al del segundo escrutinio se dejó decir en una entrevista que la jornada de trabajo podría reducirse ¡á 45 minutos!... Claro está que lo eligieron. Mauricio Barrés, el ilustre académico, antes candidato revolucionario, se presentó esta vez como conservador, firmando carteles que dicen: «Salvemos á la Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía». Y claro está que también lo eligieron.

En el barrio de las Grandes Carrières, el ciuda-

dano Constantino Dalechamp, dueño de un despacho de bebidas — y eminente bebedor él mismo— se presentó como «candidato de los descontentos», contra todos los partidos; obtuvo catorce votos sobre ocho mil votantes. ¿Ese resultado prueba que la cuestión social no es tan grave como la pintan?

El candidato Pépain, sabiendo que el sueño de todo buen francés es ser funcionario, estudió un medio práctico de realizarlo. «Cada año se hará un cuadro teniendo en cuenta la densidad de la población, las escalas de mortalidad y el número de empleos públicos, de manera que todo francés, hombre ó mujer, sea llamado á ocupar, durante el mismo espacio de tiempo, todos los cargos públicos. El ciudadano que goce normalmente de sus derechos políticos, antes de morir habrá sido, aunque sea por un minuto, presidente de la república y gran oficial de la Legión de Honor». Su cartel es muy simple: «Pépain (de l'Orne)—Candidat fontionnariste—¡Tout le mond fontionnaire!»

Más expeditivo es el cartel de un médico de Montparnasse: «Dr. Mortillet—Candidat unique». Tuvo un solo voto, el propio. ¡Si habrá muerto enfermos!...

El diario de Drumont publicó la siguiente mentira: «El negro Legitimus, electo diputado socialista por los negros que infectan la isla de la Martinica, propondrá que en homenaje á la igualdad socialista todos los negros sean declarados blancos; es su programa». Drumont se divierte.

Hasta aquí las anécdotas espigadas en la prensa.

El criterio para elegir candidato es sumamente variable. Nos contaba el literato Max Fischer que

en un pueblo de campaña ocurrió el siguiente caso. Gracias al aumento de población se creó un nuevo empleo de diputado; el señor Juan Buenhombre, amado por los vecinos gracias á su talento y virtudes, supo que el foragido Tristán Rompealmas osaba presentar su candidatura. ¿Cómo es posible —se dijo—que la población elija á este ejemplar de presidio? Viendo que nadie se presentaba contra él, Buenhombre mandó inprimir tres mil carteles y lanzó su candidatura, seguro de la victoria.

El periódico de la localidad anotó semanalmente las peripecias de la campaña electoral: «Total de votantes 10.000. Votos asegurados para Buenhombre 5000. Para Rompealmas 0.» Este último tenía ya muchos enemigos y era de presumir que su candidatura acrecentara el número.

Una mañana Rompealmas aplastó con su bicicleta á un niño de tres años; como sus padres protestaran, los apaleó y amenazó de muerte. Todo el pueblo se indignó; los electores estaban furiosos.

—¡Qué maldición para un pueblo tener un vecino de esta catadura y no poder librarse de él!

Buenhombre se frotó las manos, considerando segura su elección. Pero al día siguiente leyó en el periódico: «Votos asegurados para Buenhombre 5000. Para Rompealmas 5000».

Poco después Rompealmas dió de bofetadas á un anciano cegatón que no le saludó en la calle. La indignación llegó al colmo; algunos propusieron linchar al bandido, pero todos tenían miedo. Buenhombre se frotó las manos por segunda vez. El periódico lo sorprendió: «Votos para Buenhombre 2000. Para Rompealmas 8000».

Buenhombre se dedicó á hacer toda clase de

buenas acciones y sacrificios para reconquistar sus votos; en cambio Rompealmas hizo todo lo posible para afrentar á sus conciudadanos.

El día de las elecciones los diarios de París publicaron este lacónico telegrama: «Rompealmas, republicano, elegido por 10.000 votos».

Buenhombre se quejó al ver tanta ingratitud. Sus vecinos protestaron:

—Cuando un pueblo tiene la dicha de poseer un hombre tan simpático y bueno como usted no debe desterrarlo á la capital.

—¿Entonces—gritó Buenhombre estupefacto—habéis elegido á Rompealmas para libraros de él? ¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir á molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló á los electores:

—Los diputados, para librarse de su compañía en la cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después .... el presidente del consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se hable de Rompealmas para suceder á Fallières en la presidencia de la República.

EL SEÑOR CERO-A-LA-IZQUIERDA

Niza, 1906.

De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles á medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un suave paisaje de Corot. Aquí una choza triste rodeada por jardines prolicromos; allá una moza vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso é interminable serpenteando en el valle como una tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular como el margen de un libro cuyos pliegos rompemos sin paciencia, nerviosamente, con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco andar, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí tropezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola ó en una página de Gorki.

Sus manos groseras y mugrientas cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de mimbre y de caña; los pétalos temblaban entre la brusca tenaza de sus dedos, como se estremeció el busto frágil de Ana Bolena al contacto del verdugo londinense. Es una de las crueldades necesarias para la industria de los

perfumes; ¿cómo podría comprender el rico burgués de Grasse que las rosas pálidas deben ser recogidas por manos galantes y agonizar entre los senos de una Afrodita hermosa? Menos comprenden estos infortunados campesinos, que en cosechar las rosas ven sólo un oficio; á fuerza de recogerlas durante muchos años no sienten ya su perfume, ni deleita su vista el matiz suavísimo de las corolas sonrientes á la tibieza del sol, ni cosquillea sus dedos el suave contacto de los pétalos sedosos. Trabajan como bueyes uncidos á un yugo, sin cariño por la tierra fecunda ni por las flores aromosas como incensarios. Sin embargo, á la distancia, sus espinazos encorvados parecían cuellos de viejos cisnes obscuros y el cuadro despertaba evocaciones poéticas: un carmen de Horacio ó una tela de Millet.

¿Por qué no entrevistarles sobre la actualidad política de Francia? Presidente nuevo, senadores nuevos, inminente renovación de la cámara de diputados y otras novelerías de bulto pesan sobre sus hombros. Son ciudadanos, y como tales la constitución les concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernante. ¿Qué piensa de «todo eso» el Señor Cero-á-la-izquierda?

Al acercarnos, los tres se irguieron á medias y nos dieron los buenos días, tímidamente, en su dialecto endiablado, mezcla de marsellés y piamontés con alguna pizca de castellano. Fácilmente hicimos cordial amistad, mediante un cigarrillo por cabeza, procedimiento habitual entre los visitadores de manicomios. Charlamos del tiempo, de las flores, del trabajo, de los extranjeros que llegan á Niza huyendo el es-

pantoso clima invernal de París—bruma, lodo, lluvia y meretrices—y charlamos también de otras cosas inútiles como preámbulo á la más inútil de todas para ellos: la política.

—¿Habéis oído hablar del nuevo presidente?

El viejo se encogío de hombros y agregó, señalando al más joven:

—Yo soy un trabajador honesto y no me gustan las intrigas. Este sí, lee los diarios y el otro día nos contó que ahora han inventado otro presidente.

El joven, que acechaba la ocasión de hablar, intervino de prisa:

—Yo soy un ciudadano y un patriota. Sé que el nuevo presidente se llama Falliéres y puedo asegurar que debe ser un gran hombre...

—¿Por qué debe serlo?—interrumpimos.

—Porque lo han nombrado presidente. En Francia no es presidente cualquiera; tiene que ser un hombre extraordinario, como antes era el rey. Por eso nos manda á todos.

—¿Usted lo ha visto alguna vez?

—Personalmente nunca: pero salió el retrato en «mi» diario. ¡Ya lo creo que me gustaría verlo! Debe ser un hombre hermoso, alto, robusto, sabio, muy bueno...

—¿Y qué más?—interrumpió con sorna el otro joven.

—No le haga caso, buen señor: á éste le llamamos «el loco». Se ríe de los que nos mandan: no quiere comprender que un presidente no es un hombre como los demás. ¡Pues sí! Yo cursé toda la escuela elemental, presté mi servicio en el ejército y soy ciudadano de la Francia, que es el primer país del mundo. Y tengo derecho de asegurar

que un presidente es el hombre más sabio y más bueno...

—Está bien: pero no tanto como lo era el rey, ni como lo es el cura de nuestra parroquia, ¡no exageres!—corrigió el viejo.

—Falliéres es más sabio y más bueno que el rey, que el cura y que todos; para eso es presidente.

Mientras el viejo cabeceaba negativamente, el loco nos dijo sonriendo:

—Ya ve, señor. Todo está en averiguar si el cura y el rey son mejores que el presidente. Yo siempre les digo que son iguales y que son hombres como nosotros; por eso me llaman el loco.

—¿Cómo nosotros?—exclamó el viejo persignándose.

—¡Claro! Nosotros nos ocupamos de nuestros oficios y ellos de los suyos. Estos simples no quieren creer que juntar rosas es tan importante como decir misa ó hacer discursos; aparte de que es más lindo...

He ahí tema para un cuento anarquista de Octavio Mirbeau.

El ciudadano, lector de «su» diario, creyó justificarse con estas palabras:

—Yo, señor, no soy un tonto como él. Yo no pienso con mi pobre cabeza de ignorante, no tengo esa pretensión: yo repito lo que dice «mi» diputado cuado viene á pronunciarnos un discurso muy lindo, ¡viera que discurso! Ya se lo he oído á él mismo tres veces y siempre me hace llorar de patriotismo, porque, además de republicano, es radical. ¡Y que

radical! Habla sin cortarse nunca y le han tomado el discurso en esas máquinas que hablan solas.

—En el fonógrafo.

—Yo no necesito saber el nombre de la máquina. Pero cada mes, cuando bajo al pueblo, me gasto diez céntimos para oírlo de nuevo...

—Sí, sí. ¡Harías mejor en oír todos los domingos los sermones del cura! Y son más buenos porque siquiera algunas veces son diferentes y no hay que pagar diez céntimos para oírlos. Además el cura dice siempre la verdad, lo mismo hoy que hace cincuenta años.—El viejo temblaba de emoción al pronunciar estas palabras.

—Pues yo, señor, me quedo con lo que dice «mi» diputado. Este viejo no lo quiere porque los diputados son amigos de los presidentes y ahora éstos se han peleado con los curas. Pero la verdad es...

—El cura dice que entre los presidentes y los diputados les han robado todos sus bienes á los que van á la iglesia.

—¡No es cierto! Esa es la ley que se llama de la separación de la Iglesia y del Estado. Y la ley no la hacen los presidentes y los diputados, la hace el pueblo, el pueblo soberano desde que la Gran Revolución rompió sus cadenas...

Y el loco, al desgaire:

—¿Y quién es el pueblo?

—Los ciudadanos, nosotros.

—¿De manera que tú eres el pueblo?

—¡Sí; en la escuela he leído los derechos del hombre!

—¿Entonces, tú has hecho esa ley de la separación?—gruñó el viejo, entre indignado y sorprendido.

El ciudadano se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

—A mí no me agarran más esos charlatanes —dijo el loco. Primero nos dicen que somos ciudadanos, que nos van á proteger, que nos aumentarán el jornal, que los grandes destinos de Francia están en nuestras manos, que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, y mil paparruchas agradables al oído, hasta que llega el día de las elecciones. ¡Y los viera, señor! Vienen de chambergo á visitarnos en nuestras covachas, nos dan una palmadita en el hombro, nos tutean, felicitan á nuestras mujeres por su buena salud, se sientan los chicos sobre las rodillas sin fijarse en que les ensucien los pantalones recién planchados y al irse nos aprietan la mano con gran efusión ó nos pagan un ajenjo barato en la taberna vecina. Parecen viejos amigos...

—El mío lo es de verdad—repuso el ciudadano.

—¡Ya se ve!. Hasta el día de las elecciones. Ese día nos llevan á votar como carneros.

—¡Eso no lo dirás! ¡Te consta que «mi» diputado nos manda buscar en birloche y que en la fonda de la Fraternidad Republicana tenemos almuerzo y beberaje gratuitos!

—¡Sí! Pero al día siguiente... si te he visto no me acuerdo. Gran galera, gran levita, gran cuello; ya no nos saludan cuando pasan por el camino mientras nosotros sudamos la gota gorda en el trabajo; y de yapa, si no tenemos cuidado, nos aplastan una criatura con esos coches que andan muy ligero sin caballos. ¿A mí? ¡Maní! Que le cuenten á otro que los destinos de Francia están en nuestras manos; yo no creo en la política.

—Haces mal—replicó el ciudadano.—La Francia, como dice el discurso de «mi» diputado, es la madre de todos nosotros y á ningún hijo pueden serle indiferentes las cosas de su madre.

El viejo opinó con mucha calma:

—No, hijo mío. La madre es la Iglesia, como enseña el cura los domingos. Lo que el loco dice de los diputados de ahora es la pura verdad, se ríen de nosotros. Yo voté la otra vez por el mismo por quien tú votaste; pero fué porque el patrón del campo me iba á despedir si no lo hacía. Sin embargo, me confesé la mañana siguiente y el cura me perdonó con tal que no lo hiciese más.

—Pero volverá á hacerlo en las elecciones de abril, porque usted, aunque viejo, es un ciudadano libre y por eso tiene que hacer lo que diga «mi» diputado.

—¿A eso le llamas ser un ciudadano libre?—dijo el loco.—Se conoce que has ido mucho á la escuela y sabes leer «tu» diario. Con razón estás orgulloso de ambas ventajas....

—A tí también te despedirán por loco.

—Puede ser. Pero yo no soy viejo todavía y encontraré trabajo en cualquier parte. Yo no voto, yo no voto más, porque «tu» diputado es un embrollón. Antes de las elecciones me prometió una plaza de chauffeur en ese coche que anda muy ligero sin caballos y después me plantó....

—¡Se conoce que el despecho te hace hablar! Si hubieras oído la parte de «nuestro» discurso que explica las nuevas leyes que van á hacer...

—¡Linda cosa! Eso de las leyes nuevas hace un

siglo que lo repiten. Para mí las leyes son simples torniquetes para sacarnos la plata de los bolsillos. Cuando hemos trabajado un día entero para juntar un carro de rosas y las llevamos á la fábrica, nos cobran tres sueldos, porque dicen que hay una ley; cuando sube el precio del pan el panadero dice que hay otra ley; cuando murieron el tata viejo y mi angelito inocente tuve que pagar para enterrarlos, porque hasta para morirse han inventado una ley especial. ¡Estamos frescos si tu diputado sigue haciendo leyes nuevas!

El viejo quiso poner las cosas en su lugar:

—No hay que hablar mal de las leyes; toda ley es justa y respetable. Dios, cuando hizo el mundo, hizo también la ley. La Santa Madre Iglesia tiene sus leyes y el rey también las tuvo. Lo malo es que ahora quieren echar á todos los reyes y separarse de todas las iglesias; eso es lo malo.

—No, no es eso; interrumpió el loco.

—Sí, muchacho, es eso. Ahora los que hacen las leyes son hombres que hablan; el cura dice siempre que estas leyes de hoy no son más que habladurías y que pronto se van á acabar.

—¡Nunca! — rugió el ciudadano. «Mi» diario dice otra cosa; el presidente Fallières va á aumentarlas para hacer respetar los sagrados principios de la Revolución Francesa, los inmortales derechos fundados en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

—¡Oh ingenuo!— exclamó el loco, riendo á mandíbula batiente. ¡Nuestra libertad... y si no votamos por «tu» diputado nos despiden del trabajo! ¡La igualdad entre los que pagamos cada ley que ponen y los que cobran sueldo para ponerlas! ¡La Fraternidad que nos rehusa la mano después de las elec-

ciones y nos aplasta la criatura con el coche que anda ligero sin caballos!

El asunto del automóvil le hervía en los sesos.

La discusión entre ellos se agriaba; resolvimos cambiar tema. Pocas conversaciones políticas nos han parecido más interesantes que ésta, cuya disparatada ingenuidad deja traslucir la verdadera mentalidad política del campesino francés. Nos dirigimos al viejo:

—¿Ha oído hablar de la guerra entre Rusia y el Japón?

—No los conozco, deben ser reyes de ahora ó presidentes.

—Son dos países.

—¿Países?

—Si, dos países, como Francia y Alemania.

—Antes no había tantos. He oído hablar de la Italia y de que hay ingleses. Esos otros deben ser cosas nuevas. ¡No le decía yo que todo anda mal! Los diputados, además de hacer leyes nuevas, inventan países nuevos para que haya más guerras.

—¿Le parecen malas?

—Ya lo creo, pero no hay remedio. Cuando el rey de Francia se enojó con el de Alemania tuvimos que ir á la guerra todos los pobres. Me acuerdo que fué mi padre, que fueron mis tres hermanos y yo también fuí. El viejo y dos de mis hermanos murieron, ¡pobrecitos!, nunca habían hecho mal á nadie...

El viejo se enjugó algunas lágrimas con el faldón de la chaqueta. Y siguió:

—A mí me hirieron en un brazo, pero estoy

contento porque me dieron una cintita azul. Lástima que no puedo usarla, pues nunca bajo á la ciudad...

—¿Y por qué fueron á la guerra?

—Eso es otra cosa. Hay que ir porque el rey lo manda. Por eso no me gustan los reyes que se enojan; ellos se enojan y los pobres tenemos que hacernos matar.

—¿Y ellos?

—Ellos se arreglan cuando nosotros estamos todos muertos. Pero hay que tener paciencia; la guerra es un castigo que nos manda Dios y hay que saberla sufrir con resignación. Dice el cura que si Dios no quisiera no habría guerra.

—¿Pero, entonces, la culpa no es de los reyes?

—Ahora no, ahora es de los presidentes...

El ciudadano ardía por interrumpir y acabó por hacerlo:

—La guerra, dice «mi» diputado, es para defender á la Francia que es la madre de todos nosotros; debemos ir aunque no sepamos por qué.

—Y aunque nos maten,—refunfuñó el loco.

—¡Naturalmente! Si hubieras oído á «mi» diputado no hablarías con tan poco juicio. Aunque no lo dice muy claro, porque en política nunca se debe hablar claro, da á comprender que todos los alemanes son unos pícaros y quieren matarnos á todos los franceses de por acá, como ya mataron á todos los de Alsacia y Lorena; y dice también que si vienen los ingleses nos van á robar toda la plata...

—¡Qué lástima!—comentó el loco.—¡Ya no tendrás diez céntimos para oír cada treinta días el discurso de la máquina que habla sola!

—Ya ve, señor—nos dijo el anciano:—los hombres de hoy no se *entienden más, desde que* han

inventado la política. Antes todos éramos como hermanos. Nos quitábamos el sombrero para pronunciar el nombre del rey, los hijos pensaban como los padres, el cura nos daba buenos consejos y no había que pagar nada para llevar á la fábrica un carro de rosas. Ahora es otra cosa: el pobrerío no se entiende, parece que en estos campos hubieran sembrado alguna hierba mala. Los muchachos se ríen de los viejos, los diputados nos hablan de cosas que ni ellos comprenden, los patrones nos llevan á votar, á los curas les faltan al respeto y cada día inventan otra ley para que paguemos ahorrando sobre la comida... Y á todo esto le llaman la política, la república y qué se yo.

—Los viejos no pueden comprender ésto, pero los ciudadanos lo entendemos muy bien. No conocen las glorias de la Revolución Francesa, ni los Derechos del Hombre...

Amenazaba recitar otro capítulo del discurso de «su» diputado cuando el loco le advirtió que asomaba á lo lejos la silueta del dueño de las perfumerías de Grasse. Los tres volvieron á su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes obscuros.

Solamente el loco se atrevió á despedirse; nos guiñó el ojo picarescamente, señalando al ciudadano:

—¡Este no quiere convencerse de que es un Cero-á-la-izquierda!

DOS DISCURSOS

PLUS ULTRA... [1]

.....

Vuestro generoso aplauso colectivo me evoca sensaciones diversas: la tierna caricia de una madre que alienta al niño en sus primeros pasos, ó la cita de un delicado verso clásico en la monotonía de una página prosaica, ó el fecundo aluvión sobre una pampa calcinada por largo día de sol ardiente, ó la clarinada del propio ejército al centinela perdido en la distancia y en la noche, expuesto á desorientarse. Descubro en el aplauso un estímulo; en el elogio un pacto. La celebración de este éxito me parece un violento hincar de espuelas sobre el flanco del trabajador que sospecháis cansado, compeliéndole á nueva y proficua labor, para exigirle realizaciones concordes con vuestros amistosos presentimientos.

Mucho cariño dictó, ayer, á un condiscípulo: «Has llegado», en una felicitación casi tierna.

¿Llegado? ¿Se llega, acaso, en la vida?

Sólo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse. La vida es acción, movimiento incesante.

---

(1) Discurso pronunciado en 1904, en el banquete ofrecido al autor al obtener el Premio de la Academia de Medicina «á la mejor obra científica publicada en el país», por el libro *Simulación de la Locura.*

Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos mientras se aproxima á cada uno de los que persigue. Llegar implica un renunciamiento á las posibilidades ulteriores.

La vida no debe ser uniforme y serena como una estepa sin confines. Es una cordillera infinita: debemos vivirla en perpetuo ascenso hacia más altas cumbres, progresivamente, corriendo siempre tras la quimera de un perenne más allá.

La ruta no es descabellada: aunque sobre la veta desbordante de nieve la refracción del sol ciegue al viajero; aunque la atmósfera difícil oprima los pulmones inexpertos; aunque, mirando al llano, la propia audacia cueste el vértigo de las alturas.

En la duda, ¿preferiremos que nos ciegue el verde reflejo del pantano inerte y cenagoso,—que nos ahoguen los miasmas condensados en las llanuras apestadas de vulgaridad,—que nos asfixie el ácido carbónico que, por más pesado, se condensa en los estratos inferiores de la atmósfera?

Vida ascendente y programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar es acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes.

La expresión de la vida es el movimiento, suele repetirse.

Ante la soñolienta serenidad de un lago que induce á meditativas calmas, sentimos el íntimo deseo de quebrar la inmóvil frescura del agua; deseamos que un cisne surque la superficie melancólica poniendo su nota de movimiento sobre la perspectiva inerte y que una doble estela divergente rice con

gracia coqueta, desde sus flancos, la infinita quietud. En el tranquilo jardín estival buscamos, instintivamente, la mariposa ó el picaflor; y bajo la grave copa el nido palpitante de ternura y de vida; y sobre los trigales maduros la ráfaga que arquea la superficie, en un oleaje grávido de espigas; y sobre el tedio de un mar soñoliento auguramos una vela distraída ó una góndola sonriente...

Como buscamos el movimiento en la Naturaleza debemos buscarlo en la Vida, que es acción, diversa é innumerable, pero incesante.

Cualquier deseo será para nosotros el principio de una acción. Debemos preguntarnos, como el poeta: «¿Por qué la potencia humana no es infinita como el deseo?» Hacerlo todo, hacerlo sin reposo, antes que el sentimiento de la dificultad obste al deseo mismo.

Y, si la admiración es estímulo, admiraremos por igual la actividad del que extrae la estatua elocuente del bloque mudo y del que arranca el maligno neoplasma de la víscera enferma; admiraremos al sembrador que incuba en las entrañas de la tierra la germinación de las mieses y al domador que enfeuda en su voluntad los instintos rebeldes para que su cerebro dirija los músculos del bruto; al que emancipa, con instrumentos nuevos, la secular esclavitud de sordas glebas; y al que redime, con la inyección de suero, millones de niños envenenados por el microbio; y al audaz que trepa en la atmósfera y domina los vientos; y al que vigila, centinela sobre el espacio, el curso de las constelaciones, y lo adivina; y al que en los rastros silenciosos de pie-

dras seculares ausculta el silabeo de idiomas muertos, descifrando, en el mutismo de los signos, la historia lejana de otras generaciones que esparcieron su actividad, que fué su Vida, sobre el planeta.

Todo movimiento es bello. Toda acción es fecunda. Toda fuerza es admirable.

Los éxitos no señalan el final de la acción, no realizan ideales: en la vida intensa y ascendente no hay estaciones de llegada. Son, apenas, oasis de fresca sombra esparcidos en el interminable arenal de la lucha por la vida. Alegran la vista, quebrando la monotonía del paisaje; aplacan la sed que pone la fatiga en las fauces del viajero; y, más que todo, sirven para medir con precisión el trayecto recorrido, sin prejuzgar el infinito que siempre queda por recorrer.

Para el hombre de ciencia, para el filósofo, para el artista, los panoramas son ilimitados, las rutas para la acción superan todo cálculo.

Penetrar los modos del fenómeno y los misterios de la causa, en la naturaleza y en la vida; buscar las leyes que ritman la existencia humana; conocer y dilatar el curso de sus múltiples resortes fisiológicos; descubrir los secretos engranajes de la enfermedad y aplicarles el lubrificante de razonables terapéuticas,—es ya un programa de exploraciones ilimitadas.

Sin embargo, apenas constituye un capítulo en el objetivo total de la ciencia, de la filosofía y del arte.

Si alguien pudiera representar á mi generación, en la que soy, apenas, uno de tantos legionarios, podría enunciar en pocos postulados el programa

para toda la juventud intelectual: la que escudriña problemas científicos superiores y la que educa su espíritu en las letras y en las artes.

La inteligencia es cualidad vulgar en los argentinos. Ella se convierte en talento por obra del estudio pertinaz; en cambio, no pasa de frivolidad estéril si no es fecundada por una constante disciplina de trabajo. La actual juventud será legión de hombres de talento, en las ciencias y en las letras, si modela esa áspera arcilla de su inteligencia nativa hasta darle una vigorosa robustez de *Discóbolo* ó una bellísima finura de *Perseo*.

La era de las improvisaciones declinará muy pronto; hay, en la palestra, demasiados luchadores por la vida. Será cada vez más difícil piratear una cátedra ó ejercer funciones públicas sin aptitudes especializadas. La evolución de los pueblos civiles impone definir la división social del trabajo; tal vez, en un futuro no remoto, exija en cada profesor un sabio, en cada funcionario un técnico, en cada político un sociólogo.

Entonces llegará para la juventud la hora de las liquidaciones positivas. Los activos, los infatigables estarán sobre el buen derrotero, mirando frente á frente los problemas del porvenir, como experimentados capitanes que ponen la proa hacia la nube lejana, sin temor á las tormentas que les son ya familiares...

Permitidme, amigos, que al agradecer esta demostración, asocie la medalla actual de la Academia de Medicina con un recuerdo que solía referirse en mi hogar modesto, recuerdo lejano, mas no por eso menos intenso en mi afecto.

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por el virtuoso educacionista Pedro Ricaldoni. Llegó la semana de exámenes y el niño obtuvo tantos «sobresaliente» cuantas asignaturas cursaba. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto; y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes y con gesto displicente entregó á su madre aquella insignia cuyo valor no comprendía.

Ajeno á la emoción provocada, oyó de pronto á su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vió á su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto.

He oído referir que el niño, inconsciente en sus 7 años del porqué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó á llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

—No llore, no llore, no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?

En el presente caso huelgan las disculpas. Pero cabe expresar un voto y no resisto á la tentación de formularlo.

Os invito á levantar la copa, augurando que en breve plazo, un argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París.

VOLVIENDO AL TERRUÑO..... [1]

.....

Si hay virtudes, si el bien y el mal no son simples disfraces verbales del placer y del dolor, diré que admiro entre todas la que diferencia á los hombres de las sombras, á las unidades de los ceros, á los que viven de los que no existen: la virtud suprema, la energía. Ella incuba el secreto de todos los éxitos para los individuos y de todas las grandezas para los pueblos.

Es el motor y la palanca de la vida, siempre multiforme y compleja; es triunfadora, inagotable, renace más vigorosa después de cada esfuerzo. Ella es ciencia cuando se aplica á observar ó interpretar; es trabajo cuando produce y fructifica; es arte cuando sueña y cuando canta. Ella abrevia el espacio tejiendo telarañas de acero que agrietan las pampas y sembrando bajeles cuyas hélices conspiran contra el ritmo de los océanos; ella viola el tiempo y se le adelanta, enseñándonos á pronosticar los fenómenos venideros por la inconstancia de una aguja magnética; ella rompe el hijar de la montaña y abre en la masa de las cordilleras un paso á la civilización dominadora, como desafío de la po-

---

(1) Discurso pronuciado en 1906, on el banquete ofrecido al autor «celebrando sus triunfos científicos en el viejo mundo».

tencia humana al aislador capricho de la naturaleza; ella separa continentes y funde océanos, cortando enormes estrechos como si fueran cuellos gráciles bajo el filo de ciclópeas guillotinas; ella, siempre la energía humana, enseña á ver lo invisible, á escrutar lo inescrutable, á manejar las fuerzas más extrañas é incomprensibles, á convertir en proficuos motores la violencia de la catarata, el calor del sol, el empuje de los ciclones, la majestuosidad de las mareas.

La historia de la humanidad es la historia de su energía, en todas las formas individuales y colectivas: la energía del que estudia y del que siembra, la energía del que enseña y del que combate, de la madre que cría, del poeta que rima, del labriego que siega, del amante que besa, del rebelde que clama. Vivir la vida es un privilegio de los fuertes; los otros la asfixian en la inercia ó la marchitan en la sombra.

La intención no basta; es necesario el gesto. La promesa es falaz si la acción no la acompaña. Más aún: toda promesa debe ser ya el comienzo de una obra.

Invariable adepto de este culto, el balance de mis vagancias por Europa es sencillo y cabe en dos palabras: «he trabajado». Al volver hoy ante vosotros, con vacilación de mensajero que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales, recuerdo que vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley, compartiendo con ancianos ilustres la presidencia de un congreso científico internacional, diser-

tando en los centros más conspicuos de la cultura europea y obteniendo para la ciencia argentina una recompensa honorífica de la más eminente academia médica del mundo. (1) Puse, en complaceros, mi intención mejor y mi pertinacia más obstinada.

Aceptadlas, si os place, como saldo honorable de mi deuda; si vuestra exigencia es más, contentaos con ver en ellas un nuevo compromiso para el porvenir.

Cuando se parte con una mentalidad ya definida, la vagancia por tierras lejanas aporta pocas convicciones nuevas, pero ajusta ó corrige las que son más hondas en la integración evolutiva del espíritu. El conocimiento objetivo del mundo y de la vida, en fases más innumerables, sólo puede confirmarnos las nociones fundamentales de la filosofía científica: la evolución y el determinismo. Por la una sabemos que todo cambia y progresa, por la otra aprendemos que sólo cambia subordinadamente á causalidades que son ajenas al voluble capricho de la voluntad humana.

Sólo intereses transitorios y accidentales podrían sugerir transacciones entre el fantasear de la metafísica y la disciplina realista de la ciencia. La madurez del pensamiento persigue la intelección sintética de los fenómenos del universo, cuya realidad es objetiva y es una. Podemos, conforme á nuestro lente subjetivo, mirarla de cien modos, juzgarla según nuestros deseos, dolernos de ella si rompe alguna cuerda en la lira de nuestros sentimientos:

---

(1) Por la obra: «*Le langage musical et ses troubles hystériques*», editor Felix Alcan, Paris, 1906.

mas siendo la realidad una y objetiva, la síntesis de nuestra filosofía científica debe ser el evolucionismo determinista, eje y motor de toda la ciencia contemporánea.

Leve es cualquier bagaje de hechos y sensaciones; frágil es toda consolidación del saber, que siendo humano es por fuerza exiguo y precario; superficial es la incesante floración de los procesos cerebrales que la vida intensa complica.

Lo más fundamental en el espíritu ausente es el aprendizaje de afecciones que vinculan al terruño, que inducen á amar esa indefinible madre común, que hacen vibrar por ella como por una amante que empieza á idolatrarse cuando está lejana, que estremecen por la eclosión de fuentes sentimentales que suponemos cegadas cuando las obstruye su proximidad misma.

Es necesario haber sufrido la cruel lección de la nostalgia para comprender ciertas formas de afecto colectivo; la fraternidad universal es un idealismo abstracto, el amor por el país propio es un sentimiento real. Los ideales abstractos son la polilla del cerebro, carcomen la energía; los sentimientos reales la orientan y la fecundan.

El espíritu proscripto se puebla á la distancia de inenarrables recordaciones. Frente á un Lacio silencioso, donde tanta gesta de césares y de tribunos ilustró la historia de muchos siglos, la imaginación vuela de pronto y reconstruye la pampa monótona y grandiosa. Los más vastos panoramas de cumbres y quebradas helvéticas nos evocan la adusta majestad del Andes prestigioso y magnífico. En

cada racha de mistral creemos sentir un roce de alas frescas y tenaces como la penetrante caricia del pampero. Junto á un Arno que madrigaliza crónicas de antiguas gentes florentinas, despierta en la memoria el recuerdo de nuestros ríos que peinan con mansedumbre inefable las murmurantes cabelleras de los sauces melancólicos. Siempre, con razón ó sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente á castillos fantásticos que parecen animarse por las sugestiones deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de walkirias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oír murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopeya de un «triste» ó de una «vidalita»...

Amar á este hogar común es dignificarse á sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco de este árbol que á todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.

Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren á combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer

el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecedora.

Aspiremos á crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira á ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también á que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.

Buenos Aires, 1906.